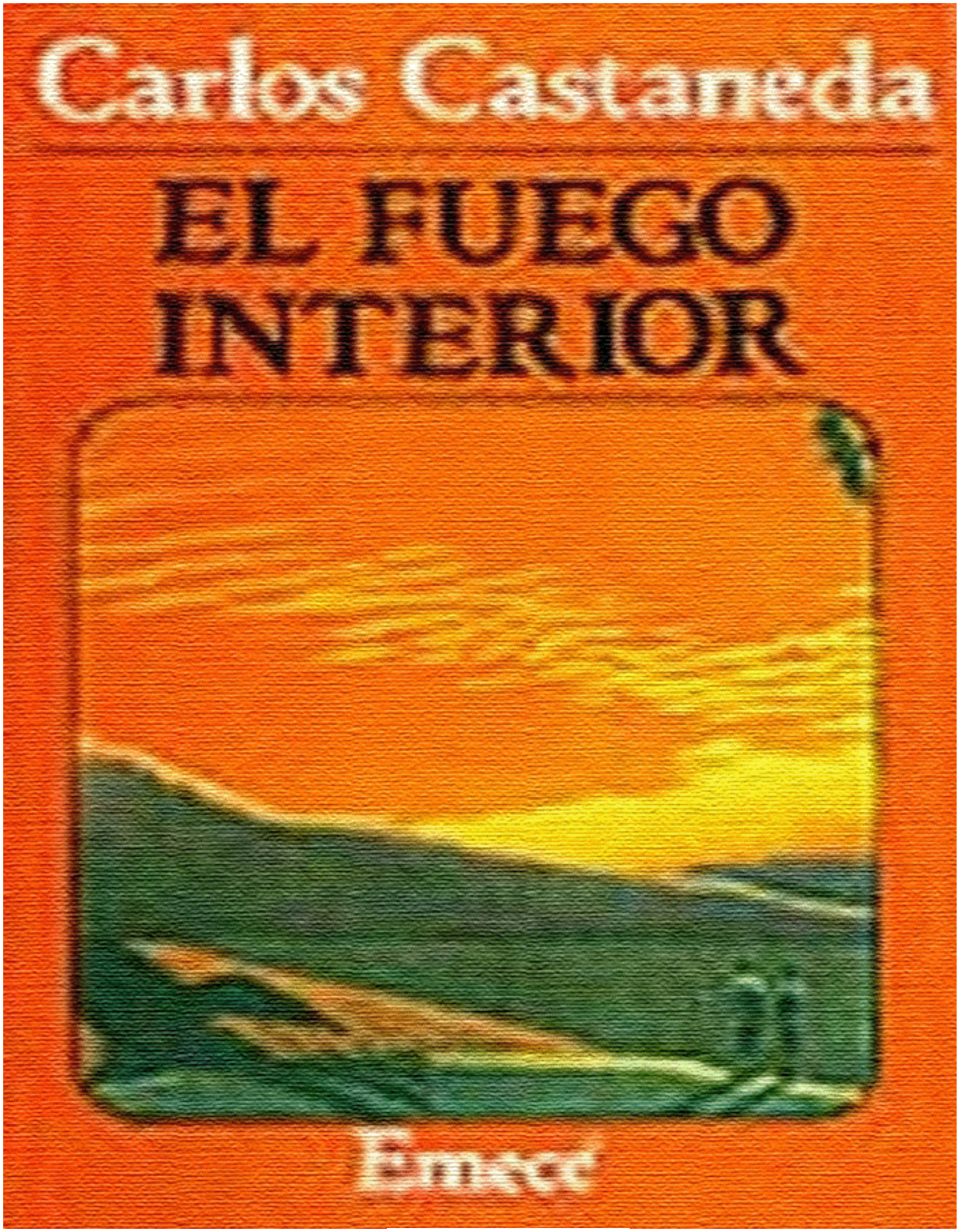
El Fuego Interior
Carlos Castaneda



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

En los últimos quince años, he escrito extensos relatos sobre mis relaciones de aprendiz con un brujo indio, don Juan Matus. A causa de lo extraño de los conceptos y prácticas que don Juan quiso que yo comprendiera e interiorizara, no he tenido otra alternativa sino presentar sus enseñanzas en forma de narraciones descriptivas, relatos de lo que me ocurrió, tal como sucedió.

La organización total de las enseñanzas de don Juan se basaba en la idea de que el hombre tiene dos tipos de conciencia. El los nombró el lado derecho y el lado izquierdo, y de acuerdo a ello, dividió su instrucción en enseñanzas para el lado derecho y enseñanzas para el lado izquierdo.

Describió el primero como lo normal de todos nosotros, o el estado de conciencia necesario para desempeñarse en el mundo cotidiano. Dijo que el segundo era algo que no es normal, el lado misterioso del hombre, el estado de conciencia requerido para funcionar como brujo y vidente.

Las enseñanzas para el lado derecho las llevó a cabo en mi estado de conciencia normal. He descrito esas enseñanzas, a detalle, en todos mis relatos. Como parte de ellas, don Juan me dio a saber que él era un brujo. Incluso, me presentó a otro brujo, don Genaro Flores, y debido a la naturaleza de nuestra asociación, lógicamente concluí que me habían tomado como aprendiz.

Ese aprendizaje, en mi modo de pensar de aquel entonces, culminó con un acto incomprensible que don Juan y don Genaro me hicieron ejecutar. Me hicieron saltar desde la cuna de una montaña a un abismo.

En uno de mis relatos he descrito lo que me ocurrió en aquella ocasión. Lo que yo creí que era el último drama de las enseñanzas para el lado derecho fue representado allí, en esa cima, por el propio don Juan, don Genaro, dos aprendices, Pablito y Néstor, y yo. Pablito, Néstor y yo nos precipitamos, uno por uno, a un abismo.

Durante años después, creí, a pie juntillas, que mi absoluta confianza en don Juan y en don Genaro fue lo que inexplicablemente me hizo sobrevivir. Hasta llegué a creer que el sobrepasar mi pánico racional, al enfrentar mi inevitable aniquilación, fue lo que me salvó. Ahora sé que no fue así. Sé que el secreto estaba en las enseñanzas para el lado izquierdo, y que impartir esas enseñanzas implicó tremenda disciplina y perseverancia de parte de don Juan, don Genaro y sus otros compañeros.

Me ha tomado casi diez años recordar exactamente lo que ocurrió en las enseñanzas para el lado izquierdo. Ahora sé qué fue lo que me hizo estar tan dispuesto a realizar un acto de tal magnitud: precipitarme a un abismo.

En sus enseñanzas para el lado izquierdo, don Juan dejó entrever lo que él, don Genaro y sus otros compañeros realmente eran y lo que hacían conmigo. No me enseñaban brujería, ni encantamientos, me enseñaban las tres partes de un antiquísimo conocimiento que poseían; ellos llamaban a esas tres partes el estar conciente de ser, el *acecho* y el *intento*. Y no eran brujos; eran videntes. Y don Juan no sólo era vidente sino que también era un nagual.

En sus enseñanzas para el lado derecho, don Juan ya me había explicado muchas cosas acerca del nagual y acerca de los videntes. Entendí que ser vidente era la capacidad que tienen los seres humanos de ampliar su campo de percepción hasta el punto de poder aquilatar no sólo las

apariencias externas sino la esencia de todo. Entre otras cosas, me había explicado que los videntes *ven* al hombre como un campo de energía, algo parecido a una bola de luz, o lo que él llamaba un huevo luminoso. Decía que por lo general esos campos de energía están divididos en dos secciones, y que la excepción a esta regla son los hombres y mujeres que tienen sus campos de energía divididos en tres o cuatro partes. Debido a ello, esas personas son más fuertes y adaptables que el hombre común y corriente, y por lo tanto, pueden convertirse en naguales al volverse videntes.

Fue, sin embargo, en sus enseñanzas para el lado izquierdo, donde don Juan elucidó totalmente los intrincados detalles de ser un vidente y de ser un nagual. Recalcó innumerables veces que ser un vidente implica el comando de recursos perceptuales imposibles de definir, y que ser un nagual es llegar a un pináculo de disciplina y control. Ser un nagual significa ser un líder, ser un maestro y un guía.

Como nagual, don Juan era el líder de un grupo, conocido como la partida del nagual, compuesto por ocho videntes femeninas, Cecilia, Delia, Hermelinda, Carmela, Nélida, Florinda, Zuleica y Zoila; tres videntes masculinos, Vicente, Silvio Manuel y Genaro; y cuatro propios o mensajeros, Emilio, Juan Tuma, Marta y Teresa.

Pero don Juan no solamente era el guía de la partida del nagual, sino que también educaba y guiaba a un grupo de videntes aprendices conocidos como la partida del nuevo nagual. Consistía ese grupo de cuatro hombres jóvenes, Pablito, Néstor, Eligio y Benigno, de cinco mujeres, Soledad, la Gorda, Lidia, Josefina y Rosa. Yo era el líder nominal de ellos, junto con Carol, la mujer nagual.

Las enseñanzas para el lado izquierdo me fueron dadas cada vez que yo entraba en un estado único de claridad perceptual que él llamaba conciencia acrecentada. A lo largo de mis años de asociación con don Juan, repetidamente me hizo entrar en tales estados mediante un golpe que me daba con la palma de la mano, en la parte superior de la espalda.

Don Juan me explicó que, en un estado de conciencia acrecentada, la conducta de los aprendices es tan natural como en la vida diaria. Su gran ventaja es que pueden enfocar sus mentes en cualquier cosa con fuerza y claridad descomunales; pero su desventaja esta en la imposibilidad de traer al campo de la memoria normal lo que les sucede. Lo que les acontece en tales estados se convierte en parte de sus recuerdos cotidianos sólo a través de un asombroso esfuerzo.

Mi interacción con los videntes compañeros de don Juan fue un ejemplo de esta dificultad de recordar. Con la excepción de don Genaro, yo sólo tenía contacto con ellos en estados de conciencia acrecentada; por ello, en mi vida normal, no podía recordarlos de ninguna manera. Después de esfuerzos inauditos, llegué a recordar que siempre me reunía con ellos de un modo casi ritual. Comenzaba al arribar en mi coche a la casa de don Genaro, en un pueblito en el sur de México. De inmediato, don Juan se unía a nosotros y luego los tres nos empeñábamos en ejecutar las enseñanzas para el lado derecho. Al cabo de un rato, don Juan me hacía cambiar niveles de conciencia y yo los llevaba a los dos en mi coche a un pueblo cercano, más grande, donde don Juan y don Genaro vivían con sus otros compañeros videntes.

Cada vez que yo entraba en un estado de conciencia acrecentada no podía dejar de maravillarme de la diferencia entre mis dos lados. Siempre sentía como si un velo se me quitara de los ojos, como si antes hubiera

estado parcialmente ciego y ahora podía ver. La libertad, el absoluto regocijo que solía posesionarse de mí en esas ocasiones no puede compararse con ninguna otra cosa que haya experimentado jamás. Pero al mismo tiempo, había un aterrador sentido de tristeza y añoranza que iba de la mano con aquella libertad y aquel regocijo. Don Juan me había dicho que sin tristeza y añoranza uno no está completo, pues sin ellas no hay sobriedad, no hay gentileza. Decía que la sabiduría sin gentileza y el conocimiento sin sobriedad son inútiles.

La meta final de sus enseñanzas para el lado izquierdo fue la explicación que don Juan, junto con algunos de sus compañeros videntes, me dieron acerca de la tres facetas de su conocimiento: la maestría del estar consciente de ser, la maestría del *acecho* y la maestría del *intento.*

Esta obra trata de la maestría del estar consciente de ser. Yo la describo aquí como parte del arreglo total que don Juan usó a fin de prepararme para llevar a cabo el asombroso acto de saltar a un abismo.

Debido al hecho de que las experiencias aquí narradas tuvieron lugar en estados de conciencia acrecentada, no pueden tener la trama de la vida cotidiana. Carecen de contexto mundano, aunque he hecho lo mejor por proporcionarlo, sin hacerlo ficción. En estados de conciencia acrecentada se tiene mínima idea de lo que nos rodea, puesto que la concentración total queda ocupada con los detalles de la acción del momento.

En este caso, naturalmente, la acción del momento era la elucidación de la maestría del estar consciente de ser. Don Juan me dio a entender que dicha maestría era la versión moderna de una antiquísima tradición, que él llamaba la tradición de los antiguos videntes toltecas.

Aunque él sentía que estaba unido, de modo inextricable, a aquella antigua tradición se consideraba a sí mismo como uno de los videntes de un nuevo ciclo. Cuando una vez le pedí que me describiera las características esenciales de los videntes del nuevo ciclo, lo primero que dijo fue que son los guerreros de la libertad total. Luego explicó que son tales maestros del estar consciente de ser, del *acecho* y del *intento*, que la muerte no los alcanza como alcanza al resto de los seres humanos. Los guerreros de la libertad total eligen el momento y la manera en que han de partir de este mundo. En ese momento se consumen con un fuego interno y desaparecen de la faz de la tierra, libres, como si jamás hubieran existido.

I. LOS NUEVOS VIDENTES

Había pasado la noche en la ciudad de Oaxaca, en el sur de México, iba camino a las montañas de Ixtlán a buscar a don Juan. Al salir en mi coche de la ciudad, temprano por la mañana, tuve el buen tino de dar una vuelta por la plaza principal, y ahí lo encontré, sentado en su banca favorita, como si esperase a que yo pasara.

Paré el coche y me reuní con él. Me dijo que estaba en la ciudad atendiendo negocios, que se hallaba hospedado en una pensión local y que con toda confianza podía quedarme con él, ya que tenía que permanecer en la ciudad por dos días más. Por un largo rato hablamos de mis actividades y problemas en el mundo académico.

Como era su costumbre, de repente me dio una palmada en la espalda, cuando menos me lo esperaba, y el golpe me hizo entrar en un estado de conciencia acrecentada.

Estuvimos sentados durante mucho tiempo, en silencio. Yo esperaba con ansia que comenzara a hablar y, sin embargo, cuando lo hizo me sorprendió.

-Mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a México -dijo- existían extraordinarios videntes toltecas, hombres capaces de actos inconcebibles. Eran el último eslabón en una cadena de conocimiento que se extendió a lo largo de miles de años.

"Esos videntes toltecas fueron hombres extraordinarios; brujos poderosos, sombríos y obsesionados que desentrañaron misterios y poseyeron conocimientos secretos que utilizaban para afectar o subyugar a quienes cayeran en sus manos. Sabían como inmovilizar la atención de sus víctimas y fijarla en lo que fuera.

Dejó de hablar y me miró. Sentí que esperaba que yo le hiciera una pregunta, pero no sabía qué preguntar.

-Tengo que hacer hincapié en un hecho importante -prosiguió-, el hecho de que aquellos brujos sabían cómo inmovilizar la atención de sus víctimas. No te diste cuenta, cuando yo lo mencioné no significó nada para ti. No es raro. Una de las cosas más difíciles de admitir es que el estar consciente de ser es algo que puede ser manejado.

Me sentí confuso. Sabía que me guiaba hacia algo. Sentía una aprensión familiar, el mismo sentimiento que siempre me asaltaba cuando don Juan comenzaba un nuevo ciclo de enseñanzas.

Le dije cómo me sentía. Hizo un gesto vago de sonrisa. De costumbre, cuando sonreía, rezumaba felicidad; esta vez estaba definitivamente preocupado. Durante un momento pareció considerar si seguir hablando o no. De nuevo me miró atentamente, paseando su mirada con lentitud a lo largo de todo mi cuerpo. Aparentemente satisfecho, asintió con la cabeza y dijo que yo estaba listo para emprender la etapa final; el aprendizaje que todos los guerreros tenían que llevar a cabo para al fin entender el camino del conocimiento.

-Vamos a hablar del estar consciente de ser -continuó-. Los videntes toltecas, de hecho, fueron los maestros supremos del arte de estar consciente de ser. Cuando digo que sabían cómo inmovilizar la atención de sus víctimas, quiero decir que su conocimiento y sus prácticas secretas les permitieron romper el misterio del estar consciente de ser. Muchas de sus prácticas han sobrevivido hasta el día de hoy, afortunadamente, en una forma modificada. Digo afortunadamente porque esas actividades; como ya

te lo explicaré, no llevaron a los antiguos videntes toltecas a la libertad, sino a su ruina.

-¿Usted conoce esas prácticas? -pregunté.

-Claro que sí -contestó-. No hay manera de que nosotros no conozcamos esas técnicas, pero eso no quiere decir que las practiquemos. Tenemos otras miras. Pertenecemos a un nuevo ciclo.

-Pero, ¿usted no se considera brujo, verdad, don Juan? -le pregunté.

-No le hagas, -dijo-. Yo soy un guerrero que ve. En realidad, todos nosotros somos los nuevos videntes. Los antiguos videntes eran los brujos.

"Para el hombre común -prosiguió-, la brujería es asunto negativo, pero de todos modos fascinante. Por esa razón, siempre te animé, en tu estado de conciencia normal, a que pensaras que nosotros somos brujos. Es recomendable hacerlo. Sirve para atraer el interés. Pero, para nosotros ser brujos sería como entrar en un callejón sin salida.

Quise saber que quería decir con eso, pero se negó a hablar al respecto. Dijo que se explayaría en el tema conforme siguiera avanzando con su exposición del estar consciente de ser.

Le pregunté acerca del origen del conocimiento de los toltecas.

-Al comer plantas de poder los toltecas dieron el primer paso en el camino del conocimiento -contestó-. Ya fuera empujados por la curiosidad, o el hambre, o el error, las comieron. Una vez que las plantas de poder produjeron sus efectos, solamente fue asunto de esperar hasta que algunos de ellos comenzaran a analizar sus experiencias. En mi opinión, los primeros hombres que recorrieron el camino del conocimiento fueron muy intrépidos y al mismo tiempo muy desacertados.

-¿No es todo esto una conjetura de su parte, don Juan?

-No, esto no es ninguna conjetura mía. Yo soy vidente, y cuando me enfoco en aquella época sé todo lo que ocurrió.

-¿Puede *ver* los detalles de las cosas del pasado? -pregunté.

-*Ver* es un sentido peculiar de saber -contestó-, de saber algo sin la menor duda. En este caso sé lo que hicieron esos hombres, no solamente a causa de que *veo*, sino porque estamos tan estrechamente ligados con ellos.

Don Juan explicó entonces que su uso del término "tolteca" no correspondía a la manera como yo lo usaba. Para mí significaba una cultura, el imperio tolteca. Para él, el término "tolteca" significaba "hombre de conocimiento".

Dijo que en la época a que se refería, siglos o tal vez incluso milenios antes de la Conquista española, todos aquellos hombres de conocimiento vivían dentro de una vasta área geográfica, al norte y al sur del valle de México, y que se dedicaban a ocupaciones específicas: curar, embrujar, hacer relatos, bailar, ser oráculos, preparar alimentos y bebidas. Tales ocupaciones fomentaban un conocimiento específico, un conocimiento que los diferenciaba del hombre común y corriente. Por otra parte, esos toltecas eran personas que encajaban en la estructura de la vida cotidiana, muy a la manera en que lo hacen en nuestra época los médicos, artistas, maestros, sacerdotes y hombres de negocios. Practicaban sus profesiones bajo el estricto control de cofradías organizadas y llegaron a ser expertos tan influyentes que incluso dominaron todas las áreas vecinas.

Don Juan dijo que después de siglos de usar plantas de poder, algunos de ellos aprendieron finalmente a *ver*. Los más emprendedores comenzaron entonces la enseñanza de cómo *ver*. Y ese fue el principio de su perdición. Al pasar el tiempo aumentó el número de videntes, y la obsesión de *ver* llegó a

tal punto que dejaron de ser hombres de conocimiento. Se volvieron expertos en *ver* y en ejercer control sobre los extraños mundos que atestiguaban, pero todo ello no sirvió de nada. El *ver* había socavado su fuerza y los había obligado a obsesionarse con lo que *veían*.

"Sin embargo, hubo videntes que escaparon a ese destino -prosiguió don Juan-, grandes hombres que, a pesar de *ver*, nunca dejaron de ser hombres de conocimiento. Estoy convencido de que, bajo su dirección, las poblaciones de ciudades enteras penetraron en los mundos que *veían*, y de ellos no volvieron a salir jamás.

"Pero los videntes que podían sólo *ver* fueron un fracaso, y cuando su tierra fue invadida por pueblos conquistadores se encontraron tan indefensos como todos los demás.

"Esos conquistadores -continuó- se apoderaron del mundo tolteca, se apropiaron de todo, pero nunca aprendieron a *ver.*

-¿Por qué cree usted que nunca aprendieron a *ver*? -pregunté.

-Porque copiaron los procedimientos de los videntes toltecas sin tener el conocimiento interno que los acompaña. Hasta la fecha hay cantidades de brujos por todo México, descendientes de esos conquistadores, que siguen imitando a los toltecas, pero sin saber lo que hacen, o lo que dicen, porque no son videntes.

-¿Quiénes fueron esos conquistadores, don Juan?

-Otros indios -dijo-. Cuando llegaron los españoles, los antiguos videntes habían desaparecido hacía ya siglos. Lo que encontraron los españoles fue una nueva casta de videntes que comenzaba ya a asegurar su posición en un nuevo ciclo.

-¿Qué cosa es una nueva casta de videntes?

-Después que el mundo de los primeros toltecas fue destruido, los videntes que sobrevivieron se recluyeron y empezaron un recuento de sus prácticas. Lo primero que hicieron fue establecer el *acecho*, el *ensoñar* y el *intento* como los procedimientos claves, luego descontinuaron el uso de las plantas de poder; quizás eso nos da cierta idea de lo que realmente les sucedió con las plantas de poder.

"El nuevo ciclo apenas comenzaba a establecerse cuando los conquistadores españoles acabaron con todo. Afortunadamente, para entonces los nuevos videntes estaban completamente preparados para enfrentar ese peligro. Ya eran practicantes consumados del arte del *acecho.*

Don Juan dijo que los subsecuentes siglos de subyugación les proporcionaron a los nuevos videntes las circunstancias ideales para perfeccionar sus habilidades. Por extraño que parezca, fue el extremo rigor y la coerción de dicho periodo lo que les dio el ímpetu para refinar sus nuevos principios. Y gracias al hecho de que nunca divulgaban sus actividades, se les dejó libres y pudieron explorar y delinear el curso de sus actos.

-¿Hubo un gran número de videntes durante la Conquista? -pregunté.

-Al principio había muchos. En la época colonial sólo quedó un puñado. El resto había sido exterminado.

-¿Y cómo está la cosa hoy en día?

-Hay unos cuantos. Como tú comprenderás, están dispersos por todas partes.

-¿Los conoce, usted, don Juan?

-Una pregunta tan sencilla es la más difícil de contestar -repuso-. Hay unos a quienes conocemos muy bien. Pero no son exactamente como nosotros, porque se han concentrado en otros aspectos específicos del

conocimiento, tales como bailar, curar, embrujar, hablar, en vez de lo que recomiendan los nuevos videntes: el *acecho*, el *ensueño* y el *intento*. Los que son exactamente como nosotros no cruzarían nuestro camino. Así lo dispusieron los videntes que vivieron durante los tiempos coloniales para evitar ser exterminados por los españoles. Cada uno de esos videntes fundó un linaje. Y no todos ellos tuvieron descendientes, de modo que quedan muy pocos.

-¿Conoce usted a algunos que sean exactamente como nosotros?

-Unos cuantos -contestó lacónicamente.

Le pedí entonces que me diera toda la información posible; el tema me interesaba de manera vital; me era de suma importancia conocer nombres y direcciones con objeto de validar y corroborar todo lo que me estaba diciendo.

Don Juan no parecía interesado en complacerme.

-Los nuevos videntes pasaron por todas esas corroboraciones -dijo-. La mitad de ellos dejó los huesos en el cuarto donde los corroboraban. Así que ahora son pájaros solitarios. Dejémoslo así. Lo único de lo que podemos hablar es de nuestro linaje. Acerca de eso, tú y yo podemos decir todo lo que queramos.

Explicó que todos los linajes fueron iniciados en la misma época y de igual manera. Hacia fines del siglo dieciséis cada nagual se cerró en sí mismo y aisló a su grupo de videntes para que no tuvieran ningún contacto abierto con otros videntes. La consecuencia de esa drástica segregación fue la formación de linajes individuales. Dijo que nuestro linaje estaba compuesto de catorce naguales y ciento veintiséis videntes. Algunos de esos catorce naguales tuvieron solamente siete videntes con ellos, otros tuvieron once y algunos hasta quince.

Me dijo que su maestro, o su benefactor, como le llamaba, era el nagual Julián, y el anterior a Julián era el nagual Elías. Le pregunté si conocía los nombres de todos los catorce naguales. Los nombró y los enumeró, a fin de que yo supiera quiénes eran. Dijo también que había conocido personalmente a los quince videntes que formaron el grupo de su benefactor, y que había conocido al maestro de su benefactor, el nagual Elías, y a los once videntes de su grupo.

Don Juan me aseguró que nuestro linaje era bastante excepcional, porque sufrió un cambio drástico en el año 1723. Una influencia externa vino a afectarnos y alteró nuestro curso de manera inexorable. En ese momento no quiso hablar del evento en sí, pero dijo que, a partir de ese entonces, nuestra línea tomaba en cuenta un nuevo comienzo, y que se consideraba que los ocho naguales que habían gobernado el linaje desde ese instante, eran intrínsecamente diferentes a los seis que los precedieron.

Don Juan debió tener negocios que atender al día siguiente, porque no lo vi hasta casi el mediodía. Mientras tanto, llegaron a la ciudad tres de sus aprendices, Pablito, Néstor y la Gorda. Venían a comprar herramientas y materiales para el negocio de carpintería de Pablito. Los acompañé y los ayudé a cumplir todos sus encargos. Luego regresamos todos a la pensión.

Los cuatro estábamos sentados conversando cuando don Juan entró a mi cuarto. Nos dijo que partiríamos después del almuerzo, y que, inmediatamente, tenía algo que discutir conmigo, en privado. Sugirió que nosotros dos diéramos un paseo alrededor de la plaza antes de que nos reuniéramos todos en un restaurante.

Pablito y Néstor se pusieron de pie y salieron diciendo que aún no terminaban sus quehaceres. La Gorda parecía estar muy disgustada.

-¿De qué van a hablar? -chilló, pero de inmediato reconoció su error y se rió nerviosamente.

Don Juan la miró de manera extraña pero no dijo nada.

Alentada por su silencio, la Gorda propuso que la lleváramos con nosotros. Nos aseguró que no nos molestaría en lo más mínimo.

-Estoy seguro de que no nos molestarás -le dijo don Juan-, pero realmente no quiero que oigas nada de lo que tengo que decir.

El enojo de la Gorda era muy obvio. Se sonrojó. Cuando don Juan y yo salíamos del cuarto, la miré a hurtadillas y noté que tenía la boca abierta y los labios resecos. Toda su cara se había nublado con ansiedad y tensión, distorsionándose al instante.

El malhumor de la Gorda me causó una gran ansiedad. De hecho, sentía una incomodidad física. No dije nada, pero don Juan pareció darse cuenta de cómo me sentía.

-Deberías darle gracias a la Gorda día y noche -dijo de repente-. Ella te está ayudando a destruir tu importancia personal. Ella es la pinche tirana en tu vida, pero aún no te das cuenta de eso.

Paseamos alrededor de la plaza hasta que todo mi nerviosismo se desvaneció. Entonces nos volvimos a sentar en su banca preferida.

-Los antiguos videntes en realidad fueron muy afortunados -comenzó don Juan-, porque tuvieron tiempo de sobra para aprender cosas increíbles. Con decirte que sabían maravillas que hoy no podemos ni siquiera imaginar.

-¿Quién les enseñó todo eso? -pregunté.

-Aprendieron todo por su cuenta, eran videntes, *veían* -contestó-. La mayoría de lo que sabemos en nuestro linaje fue obra de ellos. Los nuevos videntes corrigieron los errores de los antiguos videntes, pero la base de lo que conocemos y hacemos está perdida en el tiempo de los toltecas.

Explicó que uno de los más sencillos y al mismo. tiempo más importantes hallazgos, desde el punto de vista de la instrucción, es saber que el hombre tiene dos tipos de conciencia. Los antiguos videntes los llamaban el lado derecho e izquierdo del hombre.

-Los antiguos videntes se dieron cuenta -prosiguió-, de que la mejor manera de enseñar su conocimiento era hacer que sus aprendices cambiaran a su lado izquierdo, a un estado de conciencia acrecentada, porque ahí es donde tiene lugar el verdadero aprendizaje.

"A los antiguos videntes les entregaban niños muy pequeños como aprendices -continuó don Juan-, para que de esa manera no conocieran otra clase de vida. A su vez, cuando esos niños crecían, tomaban a otros niños como aprendices. Imagínate las cosas que debieron descubrir en esos cambios a la izquierda y a la derecha, después de siglos de hacerlo.

Yo comenté lo desconcertante que eran para mí esos cambios. Me aseguró que mi experiencia era similar a la suya. Su benefactor, el nagual Julián, le creó un profundo cisma al hacerlo cambiar una y otra vez de un tipo de conciencia al otro. Dijo que la claridad y la libertad que experimentaba en estados de conciencia acrecentada estaban en completo contraste con las racionalizaciones, las defensas, el enojo y el miedo que eran parte de su estado normal.

Dijo que los antiguos videntes solían crear esta polaridad para satisfacer sus propósitos particulares; con ella, obligaban a sus aprendices a lograr la concentración necesaria para aprender técnicas de brujería. Los nuevos

videntes, por otro lado, la usaban para guiar a sus aprendices a la convicción de que existen en el hombre posibilidades que jamás son realizadas.

-El mejor logro de los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, es su explicación del misterio de estar consciente de ser. Lo condensaron todo en unos conceptos y actos que se enseñan mientras los aprendices están en el estado de conciencia acrecentada.

Dijo que el valor del método de enseñanza de los nuevos videntes radica en que aprovecha las cualidades peculiares de la conciencia acrecentada, especialmente la inhabilidad de los aprendices para recordar. Esta inhabilidad constituye una barrera casi infranqueable para los guerreros que tienen que recordar toda la instrucción que se les dio, si han de seguir adelante. Sólo después de años de esfuerzo y de disciplina monumentales pueden los guerreros recordar su instrucción.

II. LOS PINCHES TIRANOS

Don Juan no me volvió a hablar de la maestría de estar consciente de ser hasta meses después. Estábamos entonces en la casa donde vivía todo el grupo de videntes.

-Vamos a caminar un rato -me dijo don Juan secamente, poniendo una mano sobre mi hombro-. O mejor todavía, vamos donde hay mucha gente, a la plaza del pueblo y nos sentamos a platicar.

Me sorprendió muchísimo que me hablara; ya llevaba yo varios días en la casa y ni siquiera contestaba mis saludos.

Al momento en que don Juan y yo salíamos de la casa, la Gorda nos interceptó y nos exigió que la lleváramos con nosotros. Parecía estar determinada a seguirnos. Con voz muy firme don Juan le dijo que tenía que discutir algo conmigo en privado.

-Van a hablar de mí -dijo la Gorda; su tono y sus gestos traicionaban tanto su desconfianza como su enojo.

-Pues, sí -repuso don Juan secamente. Pasó frente a ella sin volverse a mirarla.

Lo seguí, y caminamos en silencio hasta la plaza del pueblo. Cuando nos sentamos le pregunté que qué demonios podríamos discutir acerca de la Gorda. Todavía me molestaba la amenazante manera como me había mirado cuando salíamos de la casa.

-No tenemos nada que discutir acerca de la Gorda o de ninguna otra persona -repuso-. Le dije eso sólo para aguijonear su enorme importancia personal. Y dio resultado. Está furiosa con nosotros. Yo la conozco bien, estuvo hablando consigo misma y ya se dijo lo suficiente para darse confianza y para sentirse indignada porque no la trajimos y por haber quedado como tonta. No me sorprendería si se nos viene encima en esta banca.

-Si no vamos a hablar de la Gorda, ¿de qué vamos a hablar? -le pregunté.

-Vamos a continuar la discusión que comenzamos en Oaxaca -contestó-. Entender esta explicación va a requerir tu esfuerzo máximo. Tienes que estar dispuesto a cambiar una y otra vez de niveles de conciencia, y mientras estemos envueltos en nuestra plática exigiré de ti total concentración y paciencia.

Quejándome a medias, le dije que me había hecho sentirme muy mal al negarse a hablarme desde mi llegada a su casa. Me miró y arqueó las cejas. Una sonrisa apareció fugazmente en sus labios y se desvaneció. Me di cuenta de que me daba a entender que yo estaba tan confuso como la Gorda.

-Te estuve aguijoneando tu importancia personal -dijo frunciendo el ceño-. La importancia personal es nuestro mayor enemigo. Piénsalo, aquello que nos debilita es sentirnos ofendidos por los hechos y malhechos de nuestros semejantes. Nuestra importancia personal requiere que pasemos la mayor parte de nuestras vidas ofendidos por alguien. "Los nuevos videntes recomendaban que se debían llevar a cabo todos los esfuerzos posibles para erradicarla de la vida de los guerreros. Yo he seguido esa recomendación al pie de la letra y he tratado de demostrarte por todos los medios posibles que sin importancia personal somos invulnerables.

Mientras lo escuchaba, de pronto, sus ojos se volvieron muy brillantes. La idea que se me ocurrió, de inmediato, fue que parecía estar a punto de reírse y que no había motivo para hacerlo, cuando me sobresalto una repentina y dolorosa bofetada en el lado derecho de la cara.

Me levanté de un salto. La Gorda estaba parada a mis espaldas, con la mano aun alzada. Su cara estaba roja de ira.

-¡Ahora si puedes decir lo que quieras de mí, y con mas razón! -gritó-. ¡Pero si tienes algo que decir, dímelo en mi cara, hijo de la chingada!

Su arranque pareció haberla agotado; se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Don Juan estaba inmovilizado por un júbilo inexpresable. Yo estaba tieso de pura furia. La Gorda me fulminó con la mirada y luego se volvió hacia don Juan y le dijo sumisamente que no teníamos ningún derecho a criticarla.

Don Juan se rió con tanta fuerza que se dobló casi hasta el suelo. Ni siquiera podía hablar. Dos o tres veces trató de decirme algo, pero finalmente se incorporó y se alejó, con el cuerpo aun sacudido por espasmos de risa.

Yo estaba a punto de correr tras él, todavía furioso contra la Gorda, quien en ese momento me parecía despreciable, cuando me ocurrió algo extraordinario. Supe, instantáneamente, que era lo que había hecho reír tanto a don Juan. La Gorda y yo éramos horrendamente parecidos. Nuestra importancia personal era gigantesca. Mi sorpresa y mi furia al ser abofeteado eran exactamente iguales a la ira y la desconfianza de la Gorda. Don Juan tenia razón. La carga de la importancia personal es en verdad un terrible estorbo.

Corrí tras el, exaltado, lágrimas me brotaban de los ojos. Lo alcancé y le dije lo que había comprendido. En sus ojos había un brillo de malicia y deleite.

-¿Qué puedo hacer por la Gorda? -pregunté.

-Nada -contestó-. Los actos de darse cuenta son siempre personales.

Cambió el tema y dijo que los augurios nos decían que prosiguiéramos nuestra discusión en casa, ya fuera en una sala amplia con cómodos sillones o bien en el patio trasero, que tenía un corredor techado a su alrededor. Dijo que en cada ocasión que llevara a cabo sus explicaciones dentro de la casa esas dos áreas quedarían vedadas para todos los demás.

Regresamos a la casa. Don Juan le contó a todos lo que había hecho la Gorda. El deleite de los videntes y las bromas que le hicieron al respecto, aumentó el desasosiego de la Gorda.

-La importancia personal no puede combatirse con delicadezas -comentó don Juan cuando expresé mi preocupación acerca del estado de animo de la Gorda.

Pidió luego a todos que abandonaran el cuarto. Nos sentamos y don Juan comenzó sus explicaciones.

Dijo que los videntes, antiguos y nuevos, se dividen en dos categorías. La primera queda integrada por aquellos que están dispuestos a ejercer control sobre sí mismos. Esos videntes son los que pueden canalizar sus actividades hacia objetivos pragmáticos que beneficiarían a otros videntes y al hombre en general. La otra categoría está compuesta de aquellos a quienes no les importa ni el control de sí mismos ni ningún objetivo pragmático. se piensa de manera unánime entre los videntes que estos últimos no han podido resolver el problema de la importancia personal.

-La importancia personal no es algo sencillo e ingenuo -explicó-. Por una parte, es el núcleo de todo lo que tiene valor en nosotros, y por otra, el núcleo de toda nuestra podredumbre. Deshacerse de la importancia personal requiere una obra maestra de estrategia. Los videntes de todas las épocas han conferido las más altas alabanzas a quienes lo han logrado.

Me quejé de que, aunque a veces me parecía muy atractiva, la idea de erradicar la importancia personal me era realmente incomprensible; le dije que sus directivas y sugerencias para deshacerse de ella eran tan vagas que no había modo de implementarlas.

-Estoy ya cansado de repetirte -dijo-, que para poder seguir el camino del conocimiento uno tiene que ser muy imaginativo. Como lo estás comprobando tú mismo, todo está oscuro en el camino del conocimiento. La claridad cuesta muchísimo trabajo, muchísima imaginación.

Mi zozobra me hizo argüir que sus amonestaciones sobre la importancia personal me recordaban a los catecismos. Y si algo era odioso para mí era el recuerdo de los sermones acerca del pecado. Los encontraba yo siniestros.

-Los guerreros combaten la importancia personal como cuestión de estrategia, no como cuestión de fe -repuso-. Tu error es entender lo que digo en términos de moralidad.

-Yo lo veo a usted como un hombre de gran moralidad -insistí.

-Lo que tú estas viendo como moralidad es simplemente mi impecabilidad -dijo.

-El concepto de la impecabilidad, así como el de deshacerse de la importancia personal, es un concepto demasiado vago para serme útil -le comenté.

Don Juan se atragantó de risa, y yo lo desafié a que explicara la impecabilidad.

-La impecabilidad no es otra cosa que el uso adecuado de la energía -dijo-. Todo lo que yo te digo no tiene un ápice de moralidad. He ahorrado energía y eso me hace impecable. Para poder entender esto, tú tienes que haber ahorrado suficiente energía, o no lo entenderás jamás.

Durante largo tiempo permanecimos en silencio. Yo quería pensar en lo que había dicho. De repente, comenzó a hablar de nuevo.

-Los guerreros hacen inventarios estratégicos -dijo-. Hacen listas de sus actividades y sus intereses. Luego deciden cuáles de ellos pueden cambiarse para, de ese modo, dar un descanso a su gasto de energía.

Yo alegué que una lista de esa naturaleza tendría que incluir todo lo imaginable. Con mucha paciencia me contestó que el inventario estratégico

del que hablaba sólo abarcaba patrones de comportamiento que no eran esenciales para nuestra supervivencia y bienestar.

Yo aproveché la oportunidad para señalarle que la supervivencia y el bienestar eran categorías que podían interpretarse de incontables maneras. Le argüí que no era posible ponerse de acuerdo sobre lo que era o no era esencial para nuestra supervivencia y bienestar.

Conforme seguí hablando, comencé a perder mi impulso original. Finalmente, me detuve porque me di cuenta de la inutilidad de mis argumentos. Me di cuenta de que don Juan estaba en lo cierto cuando decía que mi pasión era hacerme el difícil.

Don Juan dijo entonces que en los inventarios estratégicos de los guerreros, la importancia personal figura como la actividad que consume la mayor cantidad de energía, y que por eso se esforzaban por erradicarla.

-Una de las primeras preocupaciones del guerrero es liberar esa energía para enfrentarse con ella a lo desconocido -prosiguió don Juan-. La acción de recanalizar esa energía es la impecabilidad.

Dijo que la estrategia más efectiva fue desarrollada por los videntes de la Conquista, los indiscutibles maestros del *acecho*, y que consiste en seis elementos que tienen influencia recíproca. Cinco de ellos se llaman los atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento, la habilidad de escoger el momento oportuno y el *intento*. Estos cinco elementos pertenecen al mundo privado del guerrero que lucha por perder su importancia personal. El sexto elemento, que es quizás el más importante de todos, pertenece al mundo exterior y se llama el pinche tirano. Me miró como si en silencio me preguntara si le había entendido o no.

-Estoy realmente perdido -dije-. El otro día dijo usted que la Gorda es la pinche tirana de mi vida. ¿Qué es exactamente un pinche tirano?

-Un pinche tirano es un torturador -contestó-. Alguien que tiene el poder de acabar con los guerreros, o alguien que simplemente les hace la vida imposible.

Don Juan sonrío con un aire de malicia y dijo que los nuevos videntes desarrollaron su propia clasificación de los pinches tiranos. Aunque el concepto es uno de sus hallazgos más serios e importantes, los nuevos videntes lo tomaban muy a la ligera. Me aseguró que había un tinte de humor malicioso en cada una de sus clasificaciones, porque el humor era la única manera de contrarrestar la compulsión humana de hacer engorrosos inventarios y clasificaciones.

De conformidad con sus prácticas humorísticas los nuevos videntes juzgaron correcto encabezar su clasificación con la fuente primaria de energía, el único y supremo monarca en el universo, y le llamaron simplemente el tirano. Naturalmente, encontraron que los demás déspotas y autoritarios quedaban infinitamente por debajo de la categoría de tirano. Comparados con la fuente de todo, los hombres más temibles son bufones, y por lo tanto, los nuevos videntes los clasificaron como pinches tiranos.

La segunda categoría consiste en algo menor que un pinche tirano. Algo que llamaron los pinches tiranitos; personas que hostigan e infligen injurias, pero sin causar de hecho la muerte de nadie. A la tercera categoría le llamaron los repinches tiranitos o los pinches tiranitos chiquititos, y en ella pusieron a las personas que sólo son exasperantes y molestos a más no poder.

Las clasificaciones me parecieron ridículas. Estaba seguro de que don Juan improvisaba los términos. Le pregunté si era así.

-De ningún modo -contestó con expresión divertida-. Los nuevos videntes eran estupendos para hacer clasificaciones. Sin duda alguna, Genaro es uno de los mejores; si lo observaras con cuidado, te darías cuenta exacta de como se sienten los nuevos videntes con respecto a las clasificaciones.

Cuando le pregunté si me estaba tomando el pelo se rió a carcajadas.

-Jamás te haría eso -dijo sonriendo-. Quizá Genaro lo haga, pero no yo, especialmente cuando sé lo serio que son para ti las clasificaciones. Lo malo es que los nuevos videntes eran terriblemente irreverentes.

Agregó que la categoría de los pinches tiranitos había sido dividida en cuatro más. Una estaba compuesta por aquellos que atormentan con brutalidad y violencia. Otra, por aquellos que lo hacen creando insoportable aprensión. Otra, por aquellos que oprimen con tristeza. Y la última, por esos que atormentan haciendo enfurecer.

-La Gorda está en una categoría especial -agregó. Es una repinche tiranita suplente. Te hace la vida imposible, por el momento. Hasta te da de bofetadas. Con todo eso te está enseñando a ser imparcial, a ser indiferente.

-¿Cómo puede ser eso posible? -protesté.

-Todavía no has puesto en juego los ingredientes de la estrategia de los nuevos videntes -dijo-. Una vez que lo hagas, sabrás cuán eficaz e ingeniosa es la estratagema de usar a un pinche tirano. Te aseguro que no sólo elimina la importancia personal, sino que también prepara a los guerreros para entender que la impecabilidad es lo único que cuenta en el camino del conocimiento.

Dijo que la estrategia de los nuevos videntes era una maniobra mortal en la cual el pinche tirano es como una cúspide montañosa, y los atributos del ser guerrero son como enredaderas que trepan hasta la cima.

-Generalmente solo se usan los primeros cuatro atributos -prosiguió-. El quinto, el *intento*, se reserva siempre para la última confrontación, como diríamos, para cuando los guerreros se enfrentan al pelotón de fusilamiento.

-¿A qué se debe esto?

-A que el *intento* pertenece a otra esfera, a la esfera de lo desconocido. Los otros cuatro pertenecen a lo conocido, exactamente donde se encuentran aposentados los pinches tiranos. De hecho, lo que convierte a los seres humanos en pinches tiranos es precisamente el obsesivo manejo de lo conocido.

Don Juan explicó que sólo los videntes que son guerreros impecables y que tienen control sobre el *intento* logran el engranaje de todos los cinco atributos. Una acción de esa naturaleza es una maniobra suprema que no puede realizarse en el nivel humano de todos los días.

-Cuatro atributos es todo lo que se necesita para tratar con los peores pinches tiranos -continuó-. Claro está, siempre y cuando se haya encontrado a un pinche tirano. Como dije, el pinche tirano es el elemento externo, el que no podemos controlar y el elemento que es quizás el más importante de todos. Mi benefactor siempre decía que el guerrero que se topa con un pinche tirano es un guerrero afortunado. Su filosofía era que si no tienes la suerte de encontrar a uno en tu camino, tienes que salir a buscarlo.

Explicó que uno de los más grandes logros de los videntes de la época colonial fue un esquema que él llamaba la progresión de tres vueltas. Los videntes, al entender la naturaleza del hombre, llegaron a la conclusión indisputable de que si uno se las puede ver con los pinches tiranos, uno

ciertamente puede enfrentarse a lo desconocido sin peligro, y luego incluso, uno puede sobrevivir a la presencia de lo que no se puede conocer.

-La reacción del hombre común y corriente es pensar que debería invertirse ese orden -prosiguió-. Es natural creer que un vidente que se puede enfrentar a lo desconocido puede, por cierto, hacer cara a cualquier pinche tirano. Pero no es así. Lo que destruyó a los soberbios videntes de la antigüedad fue esa suposición.

Es solo ahora que lo sabemos. Sabemos que nada puede templar tan bien el espíritu de un guerrero como el tratar con personas imposibles en posiciones de poder. Solo bajo esas circunstancias pueden los guerreros adquirir la sobriedad y la serenidad necesarias para ponerse frente a frente a lo que no se puede conocer.

A grandes voces, disentí con él. Le dije que, en mi opinión, los tiranos convierten a sus víctimas en seres indefensos o en seres tan brutales como los tiranos mismos. Señalé que se habían realizado incontables estudios sobre los efectos de la tortura física y sociológica sobre ese tipo de víctimas.

-La diferencia está en algo que acabas de decir -repuso-. Tú hablas de víctimas, no de guerreros. Yo también creía lo mismo que tú. Ya te contaré lo que me hizo cambiar, pero primero volvamos otra vez a lo que te estaba diciendo acerca de los tiempos coloniales. Los videntes de aquella época tuvieron la mejor oportunidad. Los españoles fueron tales pinches tiranos que pudieron poner a prueba las habilidades más recónditas de esos videntes; después de lidiar con los conquistadores, los videntes estaban listos para encarar cualquier cosa. Ellos fueron los afortunados. En aquel entonces había pinches tiranos hasta en el mole.

"Después de esos maravillosos años de abundancia, las cosas cambiaron mucho. Nunca más volvieron a tener tanto alcance los pinches tiranos; sólo durante aquella época fue ilimitada su autoridad. El ingrediente perfecto para producir un soberbio vidente es un pinche tirano con prerrogativas ilimitadas.

"Desgraciadamente, en nuestros días, los videntes tienen que llegar a extremos para encontrar un pinche tirano que valga la pena. La mayor parte del tiempo tienen que conformarse con insignificancias.

-¿Usted encontró a un pinche tirano, don Juan?

-Tuve suerte. Un verdadero ogro me encontró a mí. Sin embargo, en aquel entonces, yo me sentía como tú, no podía considerarme afortunado, aunque mi benefactor me decía lo contrario.

Don Juan dijo que su penosa experiencia comenzó unas semanas antes de conocer a su benefactor. Apenas tenia veinte años de edad en aquel entonces. Había conseguido un empleo como jornalero en un molino de azúcar. Siempre había sido muy fuerte, y por eso le era fácil conseguir trabajos para los que se requerían músculos. Un día, mientras movía unos pesados costales de azúcar llegó una señora. Estaba muy bien vestida y parecía ser mujer rica y de autoridad. Dijo don Juan que la señora quizá tenía unos cincuenta años de edad, y que se le quedó viendo, luego habló con el capataz y partió.

El capataz se acercó a don Juan, diciéndole que si le pagaba, él lo recomendaría para un trabajo en la casa del patrón. Don Juan le respondió que no tenía un centavo. El capataz sonrió y le dijo que no se preocupara, que el día de pago tendría bastante. Palmeó la espalda de don Juan y le aseguró que era un gran honor trabajar para el patrón.

Don Juan dijo que, puesto que él era un humilde indio ignorante que vivía al día, no solo se creyó hasta la ultima palabra, sino que hasta creyó que una hada benévola le había hecho un regalo. Prometió pagarle al capataz lo que quisiera. El capataz mencionó una considerable suma, que tenia que pagarse en abonos.

De inmediato, el capataz llevó a don Juan a la casa del patrón que quedaba bastante lejos del pueblo, y ahí lo dejó con otro capataz, un hombre enorme, sombrío y de físico horrible que le hizo muchas preguntas. Quería saber acerca de la familia de don Juan. Don Juan le contestó que no tenía familia alguna. Eso agradó tanto al hombre que llegó a sonreír, mostrando sus dientes carcomidos.

Le prometió a don Juan que le pagarían mucho, y que incluso estaría en posición de ahorrar dinero, porque no tendría que gastarlo ya que iba a vivir y comer en la casa.

La manera como el hombre se rió aterró tanto a don Juan que de inmediato trató de salir corriendo. Llegó hasta la entrada, pero el hombre le cortó el camino con un revólver en la mano. Lo amartilló y lo empujó con fuerza contra el estómago de don Juan.

-Estás aquí para trabajar como burro -dijo-. Que no se te olvide.

Con mucha fuerza empujó a don Juan, y le pegó con un garrote. Lo arrastró a un costado de la casa y después de comentar que él hacía trabajar a sus hombres de sol a sol y sin descanso, puso a trabajar a don Juan, desenterrando dos enormes troncos de árbol cortados. También le dijo a don Juan que si otra vez intentaba escapar o acudir a las autoridades lo mataría a balazos.

-Trabajarás aquí hasta que te mueras -le dijo-. Y después otro indio tomará tu puesto, así como tú estás tomando el puesto de un indio muerto.

Don Juan dijo que la casa parecía una fortaleza inexpugnable, con hombres armados con machetes por doquier. Así que hizo lo único sensato que podía hacer: ponerse a trabajar y tratar de no pensar en sus cuitas. Al final de la jornada, el hombre regresó y, porque no le gustó la mirada desafiante en los ojos de don Juan, se lo llevó a patadas hasta la cocina. Amenazó a don Juan con cortarle los tendones de los brazos si no le obedecía.

En la cocina una vieja le sirvió comida, pero don Juan estaba tan perturbado que no podía comer. La vieja le aconsejó que comiera todo porque tenía que fortalecerse ya que su trabajo jamás terminaría. Le advirtió que el hombre que ocupaba su lugar había muerto el día anterior. Estaba demasiado débil y se cayó de una ventana del segundo piso.

Don Juan dijo que trabajó en la casa del patrón por tres semanas, y que el hombre abusó de él a cada instante. Bajo la amenaza constante de su cuchillo, pistola o garrote, el capataz lo hizo trabajar en las más peligrosas condiciones, haciendo los trabajos más pesados que es posible imaginar. Cada día lo mandaba a los establos a limpiar los pesebres mientras seguían en ellos los nerviosos garañones. Al comenzar el día, don Juan tenia siempre la certeza de que no iba a sobrevivirlo. Y sobrevivir sólo significaba que tendría que pasar otra vez por el mismo infierno al día siguiente.

Lo que precipitó la escena final fue la petición que don Juan hizo en un día feriado. Pidió unas horas para ir al pueblo a pagarle el dinero que le debía al capataz del molino de azúcar. Era un pretexto. El capataz se dio cuenta y repuso que don Juan no podía dejar de trabajar, ni siquiera un

minuto, porque estaba endeudado hasta las orejas por el solo privilegio de trabajar allí.

Don Juan tuvo la certeza de que ahora si estaba perdido. Entendió las maniobras de los dos capataces: estaban de acuerdo para hacerse de indios pobres del molino, trabajarlos hasta la muerte y dividirse sus salarios. Al darse cabal cuenta de todo esto don Juan explotó. Comenzó a dar gritos histéricos; gritando atravesó la cocina y entró a la casa principal. Sorprendió tan por completo al capataz y a los otros trabajadores que pudo salir corriendo por la puerta delantera. Casi logró huir, pero el capataz lo alcanzó y en medio del camino le pegó un tiro en el pecho y lo dio por muerto.

Don Juan dijo que su destino no fue morir; ahí mismo lo encontró su benefactor y lo cuidó hasta que se repuso.

-Cuando le conté toda la historia a mi benefactor -prosiguió don Juan-, apenas logró contener su emoción. "Ese capataz es un verdadero tesoro" dijo mi benefactor. "Es algo demasiado raro para ser desperdiciado. Algún día tienes que volver a esa casa".

"Se deshacía en elogiar a mi suerte de encontrar un pinche tirano, único en su género, con un poder casi ilimitado. Pensé que el señor estaba loco. Me tomó años entender cabalmente lo que me dijo en ese entonces.

-Este es uno de los relatos más horribles que he escuchado en mi vida -dije-. ¿Realmente volvió usted a esa casa?

-Claro que volví, tres años después. Mi benefactor tenia razón. Un pinche tirano como aquel era único en su género y no podía desperdiciarse.

-¿Cómo logró usted regresar?

-Mi benefactor ideó una estrategia utilizando los cuatro atributos del ser guerrero: control, disciplina, refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno.

Don Juan dijo que su benefactor, al explicarle lo que él tenía que hacer en la casa del patrón para enfrentar a aquel ogro de hombre, también le reveló que los nuevos videntes consideraban que habían cuatro pasos en el camino del conocimiento. El primero es el paso que dan los seres humanos comunes y corrientes al convertirse en aprendices. Al momento que los aprendices cambian sus ideas acerca de sí mismos y acerca del mundo, dan el segundo paso y se convierten en guerreros, es decir, en seres capaces de la máxima disciplina y control sobre si mismos. El tercer paso, que dan los guerreros, después de adquirir refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno, es convertirse en hombres de conocimiento. Cuando los hombres de conocimiento aprenden a *ver*, han dado el cuarto paso y se han convertido en videntes.

Su benefactor recalcó el hecho de que don Juan ya había recorrido el camino del conocimiento lo suficiente para haber adquirido un mínimo de los dos primeros atributos: control y disciplina.

-En aquel entonces, me estaban vedados los otros dos atributos -prosiguió don Juan-. El refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno quedan en el ámbito del hombre de conocimiento. Mi benefactor me permitió el acceso a ellos a través de su estrategia.

-¿Significa eso que usted no hubiera podido enfrentarse al pinche tirano por su cuenta? -pregunté.

-Estoy seguro de que hubiera podido hacerlo yo solo, aunque siempre he dudado que hubiera podido hacerlo con estilo y elegancia. Mi benefactor disfrutó inmensamente dirigiendo mi tarea. La idea de usar un pinche tirano

no es solo para perfeccionar el espíritu sino también para la felicidad y el gozo del guerrero.

-¿Cómo podría alguien gozar con el monstruo que describió usted?

-Ese señor no era nada en comparación con los verdaderos monstruos que los nuevos videntes enfrentaron durante la Colonia. Todo parece indicar que aquellos videntes se quedaron bizcos de tanta diversión. Probaron que hasta los peores pinches tiranos son un encanto, claro esta, siempre y cuando uno sea guerrero.

Don Juan explicó que el error de cualquier persona que se enfrenta a un pinche tirano es no tener una estrategia en la cual apoyarse; el defecto fatal es tomar demasiado en serio los sentimientos propios, así como las acciones de los pinches tiranos. Los guerreros por otra parte, no solo tienen una estrategia bien pensada, sino que están también libres de la importancia personal. Lo que acaba con su importancia personal es haber comprendido que la realidad es una interpretación que hacemos. Ese conocimiento fue la ventaja definitiva que los nuevos videntes tuvieron sobre los españoles.

Dijo que estaba convencido de que podía derrotar al capataz usando solamente la convicción de que los pinches tiranos se toman mortalmente en serio, mientras que los guerreros no.

Siguiendo el plan estratégico de su benefactor, don Juan volvió a conseguir trabajo en el mismo molino de azúcar. Nadie recordó que él trabajó allí; los peones trabajaban en el molino de azúcar por temporadas.

La estrategia de su benefactor especificaba que don Juan tenia que ser esmerado y circunspecto con quien fuera que llegara buscando otra víctima. Resultó que la misma señora llegó, como lo había hecho años antes y se fijó inmediatamente en don Juan, quien tenía aún más fuerza física que la vez anterior.

Tuvo lugar la misma rutina con el capataz. Sin embargo, la estrategia requería que don Juan, desde el principio, rehusara pago alguno al capataz. Al hombre jamás se le había hecho eso, y quedó asombrado. Amenazó con despedir a don Juan del trabajo. Don Juan lo amenazó por su parte, diciendo que iría directamente a la casa de la señora a verla. Le dijo al capataz que él sabía donde vivía ella, porque trabajaba en los campos aledaños cortando caña de azúcar. El hombre comenzó a regatear, y don Juan le exigió dinero antes de aceptar ir a casa de la señora. El capataz cedió y le entregó algunos billetes. Don Juan se dio perfecta cuenta de que el capataz accedía sólo como ardid para conseguir que aceptara el trabajo.

El mismo me llevó de nuevo a la casa -dijo don Juan-. Era una vieja hacienda propiedad de la gente del molino de azúcar; hombres ricos que o bien sabían lo que pasaba y no les importaba, o eran demasiado indiferentes para darse cuenta.

"En cuanto llegamos ahí, corrí a buscar a la señora. La encontré, caí de rodillas y besé su mano para darle las gracias. Los dos capataces estaban lívidos.

"El capataz de la casa me hizo lo mismo que antes. Pero yo estaba preparadísimo para tratar con él; tenía yo control y disciplina. Todo resultó tal como lo planeó mi benefactor. Mi control me hizo cumplir con las más absurdas necedades del tipo. Lo que generalmente nos agota en una situación como ésa es el deterioro que sufre nuestra importancia personal. Cualquier hombre que tiene una pizca de orgullo se despedaza cuando lo hacen sentir inútil y estúpido.

“Con gusto hacía yo todo lo que el capataz me pedía. Yo estaba feliz y lleno de fuerza. Y no me importaban un comino mi orgullo o mi terror. Yo estaba ahí como guerrero impecable. El afinar el espíritu cuando alguien te pisotea se llama control.”

Don Juan explicó que la estrategia de su benefactor requería de que en lugar de sentir compasión por sí mismo, como lo había hecho antes, se dedicara de inmediato a explorar el carácter del capataz, sus debilidades, sus peculiaridades.

Encontró que los puntos más fuertes del capataz eran su osadía y su violencia. Había balaceado a don Juan a plena luz del día y ante veintenas de espectadores. Su gran debilidad era que le gustaba su trabajo y que no quería ponerlo en peligro. Bajo ninguna circunstancia intentaría matar a don Juan dentro de la propiedad, durante el día. Su otra gran debilidad consistía en que era hombre de familia. Tenia una esposa e hijos que vivían en una casucha cerca de la casa.

-Reunir toda esta información mientras te golpean se llama disciplina -dijo don Juan-. El hombre era un demonio. No tenia ninguna gracia que lo salvara. Según los nuevos videntes, el perfecto pinche tirano no tiene ninguna característica redentora.

Don Juan dijo que los dos últimos atributos del ser guerrero, que él aún no tenia en aquel entonces, habían quedado automáticamente incluidos en la estrategia de su benefactor. El refrenamiento es esperar con paciencia, sin prisas, sin angustia; es una sencilla y gozosa retención del pago que tiene que llegar.

-Mi vida era una humillación diaria -prosiguió don Juan-, a veces hasta lloraba cuando el hombre me pegaba con su látigo, y sin embargo, yo era feliz. La estrategia de mi benefactor fue lo que me hizo aguantar de un día a otro sin odiar a nadie. Yo era un guerrero. Sabía que estaba esperando y sabía qué era lo que esperaba. Precisamente en eso radica el gran regocijo del ser guerrero.

Agregó que la estrategia de su benefactor incluía acosar sistemáticamente al hombre, escudándose siempre tras un orden superior, así como habían hecho los videntes del nuevo ciclo, durante la Colonia, al escudarse con la iglesia católica. Un humilde sacerdote era a veces más poderoso que un noble.

El escudo de don Juan era la señora dueña de la casa. Cada vez que la veía se hincaba ante ella y la llamaba santa. Le rogaba que le diera la medalla de su santo patrón para que él pudiera rezarle por su salud y bienestar.

-Me dio una medalla de la virgen -prosiguió don Juan-, y eso casi aniquiló al capataz. Y cuando conseguí que las cocineras se reunieran a rezar por la salud de la patrona casi sufrió un ataque al corazón. Creo que entonces decidió matarme. No le convenía dejarme seguir adelante.

"A manera de contramedida organicé un rosario entre todos los sirvientes de la casa. La señora creía que yo tenia todas las características de un santo.

"Después de aquello ya no dormía profundamente, ni dormía en mi cama. Cada noche me subía al techo de la casa. Desde allí vi dos veces al hombre llegar a mi cama con un cuchillo.

"Todos los días me empujaba a los pesebres de los garañones con la esperanza de que me mataran a patadas, pero yo tenia una plancha de tablas pesadas que apoyaba en una de las esquinas. Yo me escondía detrás

de ella y me protegía de las patadas de caballo. El hombre nunca lo supo porque los caballos le daban náuseas; era otra de sus debilidades, la más mortal de todas, como resultó al fin.

Don Juan dijo que la habilidad de escoger el momento oportuno es una cualidad abstracta que pone en libertad todo lo que está retenido. Control, disciplina y refrenamiento son como un dique detrás del cual todo está estancado. La habilidad de escoger el momento oportuno es la compuerta del dique.

El capataz sólo conocía la violencia, con la cual aterrorizaba. Si se neutralizaba su violencia quedaba casi indefenso. Don Juan sabía que el hombre no se atrevería a matarlo a la vista de la gente de la casa, así. que un día, en presencia de otros trabajadores y también de la señora, don Juan insultó al hombre. Le dijo que era un cobarde y un asesino que se amparaba con el puesto de capataz.

La estrategia de su benefactor exigía que don Juan estuviera alerta para escoger y aprovechar el momento oportuno y voltearle las cartas al pinche tirano. Cosas inesperadas siempre suceden así. De repente, el más bajo de los esclavos se burla del déspota, lo vitupera, lo hace sentirse ridículo frente a testigos importantes, y luego se escabulle sin darle tiempo de tomar represalias.

-Un momento después -prosiguió don Juan-, el hombre enloqueció de rabia, pero yo ya estaba piadosamente hincado frente a la patrona.

Don Juan dijo que cuando la señora entró a su recamara, el capataz y sus amigos lo llamaron a la parte trasera de la casa, supuestamente para hacer un trabajo.

El hombre estaba muy pálido, blanco de ira. Por el tono de su voz don Juan supo lo que el hombre pensaba hacer con él. Don Juan fingió obedecer, pero en vez de dirigirse adonde el capataz le ordenaba corrió hacia los establos. Confiaba en que los caballos harían tanto ruido que los dueños de la casa saldrían a ver lo que pasaba. Sabía quo el hombre no se atrevería a dispararle, y que tampoco se acercaría adonde estaban los caballos. Esa suposición no se cumplió. Don Juan había empujado al hombre más allá de sus límites.

-Salté al pesebre del más salvaje de los caballos -dijo don Juan-, y el pinche tirano, cegado por la rabia, sacó su cuchillo y se metió tras de mí. Al instante, me escondí detrás de mis tablas. El caballo le dio una sola patada y todo acabó.

"Yo había pasado seis meses en esa casa,. y durante ese periodo ejercí los cuatro atributos de ser guerrero. Gracias a ellos había triunfado. Ni una sola vez. sentí compasión por mí mismo, ni lloré de impotencia. Sólo sentí regocijo y serenidad. Mi control y mi disciplina estuvieron afilados como nunca lo estuvieron. Además, experimenté directamente, aunque no los tenía, lo que siente el guerrero impecable cuando usa el refrenamiento y la habilidad de escoger el momento oportuno."

"Mi benefactor explicó algo muy interesante. Refrenamiento significa retener con el espíritu algo que el guerrero sabe que justamente debe cumplirse. No significa que el guerrero ande por ahí pensando en hacerle mal a alguien, o planeando cómo vengarse y saldar cuentas. El refrenamiento es algo independiente. Mientras el guerrero tenga control, disciplina y la habilidad de escoger el momento oportuno, el refrenamiento asegura que recibirá su completo merecido quienquiera que se lo haya ganado."

-¿Triunfan alguna vez los pinches tiranos, y destruyen al guerrero que se les enfrenta? -pregunté.

-Desde luego. Durante la Conquista y la Colonia los guerreros murieron como moscas. Sus filas se vieron diezmadas. Los pinches tiranos podían condenar a muerte a cualquiera, por un simple capricho. Bajo ese tipo de presión, los videntes alcanzaron estados sublimes.

Aseguró don Juan que, en esa época, los videntes que sobrevivieron tuvieron que forzarse hasta el límite para encontrar nuevos caminos.

-Los nuevos videntes -dijo don Juan mirándome con fijeza- usaban a los pinches tiranos no sólo para deshacerse de su importancia personal sino también para lograr la muy sofisticada maniobra de desplazarse fuera de este mundo. Ya entenderás esa maniobra conforme vayamos discutiendo la maestría de estar consciente de ser.

Le expliqué a don Juan que lo que yo le había preguntado era si, en el presente, en nuestra época, los pinches tiranos podrían derrotar alguna vez a un guerrero.

-Todos los días -contestó-. Las consecuencias no son tan terribles como las del pasado. Hoy en día, por supuesto, los guerreros siempre tienen la oportunidad de retroceder, luego reponerse y después volver. Pero el problema de la derrota moderna es de otro género. El ser derrotado por un repinche tiranito no es mortal sino devastador. En sentido figurado, el grado de mortandad de los guerreros es elevado. Con esto quiero decir que los guerreros que sucumben ante un repinche tirano son arrasados por su propio sentido de fracaso. Para mí eso equivale a una muerte figurada.

-¿Cómo mide usted la derrota?

-Cualquiera que se une al pinche tirano queda derrotado. El enojarse y actuar sin control o disciplina, el no tener refrenamiento es estar derrotado.

-¿Qué pasa cuando los guerreros son derrotados?

-O bien se reagrupan y vuelven a la pelea con más tino, o dejan el camino del guerrero y se alinean de por vida a las filas de los pinches tiranos.

III. LAS EMANACIONES DEL ÁGUILA

Al día siguiente, don Juan y yo dimos un paseo por la carretera a la ciudad de Oaxaca. A esa hora, el camino estaba desierto. Eran las dos de la tarde.

De pronto, mientras caminábamos tranquilamente, don Juan comenzó a hablar. Dijo que nuestra discusión acerca de los pinches tiranos sólo había sido una introducción al tema de estar consciente de ser. Yo comenté que la discusión me había revelado un nuevo panorama. Me pidió que explicara lo que quería decir.

Le dije que tenía que ver con una conversación que habíamos tenido algunos años antes, acerca de los indios yaquis. En el curso de sus enseñanzas para el lado derecho, él trató de explicarme las ventajas que los yaquis podían encontrar en su opresión. Yo afirmé apasionadamente que no había ventajas posibles en las miserables condiciones en que vivían. Le dije que yo no podía entender cómo él, siendo un indio yaqui, no reaccionaba contra tan enorme injusticia.

Me escuchó con atención. Y luego, cuando yo estaba seguro de que iba a defender su punto de vista, aceptó que las condiciones de los indios yaquis eran realmente miserables. Pero recalcó que era inútil aislar específicamente

a los yaquis cuando las condiciones de vida del hombre en general eran horrendas.

-No solamente sientas lástima por los pobres indios yaquis -dijo-. Siente lástima por la humanidad. En el caso de los indios yaquis, incluso puedo decir que son los afortunados. Están oprimidos, pero al final, algunos de ellos hasta pueden salir triunfando. Los opresores son otra historia, los pinches tiranos que los aplastan, no tienen esperanza alguna.

De inmediato, le contesté con una descarga de lemas políticos. Yo no había entendido lo que quería decirme. De nuevo intentó explicarme el concepto de los pinches tiranos, pero la idea se me escapó por completo. Sólo ahora todo encajaba en su lugar.

-Nada ha encajado en su lugar todavía -dijo, riéndose de lo que yo le decía-. Mañana, cuando estés en tu estado de conciencia normal, ni siquiera recordarás lo que has entendido ahora.

,Me sentí completamente deprimido, porque sabía que él tenía razón.

-Lo que te va a pasar a ti es lo que me pasó a mí -prosiguió-. Mi benefactor, el nagual Julián, me hizo comprender, en estados de conciencia acrecentada, lo que tú acabas de comprender acerca de los pinches tiranos. Y, en mi vida diaria, acabé cambiando de opiniones sin saber por qué.

"Toda mi vida me oprimieron, y por eso yo tenía un verdadero odio contra mis opresores. Imagínate mi sorpresa cuando me di cuenta de que andaba buscando la compañía de pinches tiranos. Pensé que me había vuelto loco.

Llegamos a un lugar, a la vera del camino, donde unas enormes rocas estaban medio enterradas por un derrumbe; don Juan se sentó sobre una roca plana. A

señas, me indicó que me sentara frente a él. Y sin mayores preámbulos, comenzó su explicación de la maestría de estar consciente de ser.

Dijo que los videntes, tanto antiguos como nuevos, descubrieron una serie de verdades acerca de estar consciente de ser, y que esas verdades fueron arregladas en un orden específico. La mayoría de ellas fueron descubiertas por los antiguos videntes. Pero el orden en que esas verdades estaban dispuestas era obra de los nuevos videntes. Y sin ese orden, las verdades eran casi incomprensibles.

Explicó que la maestría de estar consciente de ser consistía en entender y manejar dichas verdades, en el orden en que habían sido puestas. Dijo que la primera verdad era que éramos parte y estábamos suspendidos en las emanaciones del Águila, y que era sólo nuestra familiaridad con cl mando que percibimos lo que nos forzaba a creer que estamos rodeados de objetos, objetos que existen por sí mismos y como sí mismos, tal como los percibimos.

Luego me dijo que antes de poder explicar qué cosa eran las emanaciones del Águila, él tenía que hablar acerca de lo conocido, lo desconocido y lo que no se puede conocer. Dijo que uno de los grandes errores que cometieron los antiguos videntes fue suponer que lo desconocido y lo que no se puede conocer eran la misma cosa. Fueron los nuevos videntes quienes corrigieron ese error y definieron lo desconocido como algo que está oculto, envuelto quizás en un contexto aterrador, pero aun así al alcance del hombre. En cierto momento, lo desconocido se convierte en lo conocido. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es lo indescriptible, lo impensable, lo irrealizable. Es algo que jamás comprenderemos y que sin embargo está ahí, deslumbrante, y a la vez aterrador en su inmensidad.

-¿Cómo pueden los videntes diferenciar el uno del otro? -pregunté.

-Hay una simple regla práctica -dijo-. Frente a lo desconocido, el hombre es audaz. Una cualidad de lo desconocido es que nos da un sentido de esperanza y de felicidad. Frente a él, el hombre se siente fuerte, animado. Incluso la aprensión que despierta es muy satisfactoria. Los nuevos videntes *vieron* que lo mejor del hombre aflora cuando se enfrenta a lo desconocido.

Dijo que cuando los videntes enfrentan a lo que no se puede conocer los resultados son desastrosos. Se agotan, se sienten confusos, sus cuerpos pierden tono, su razonamiento y su sobriedad vagan sin rumbo, porque lo que no se puede conocer no está dentro del alcance humano, y por ello no imparte energía alguna. Los nuevos videntes se dieron cuenta de que tenían que estar preparados a pagar precios exorbitantes por el más leve contacto con lo que no se puede conocer.

Don Juan explicó que los nuevos videntes, a fin de separar lo desconocido de lo que no se puede conocer, tuvieron que superar formidables barreras. En la época en que comenzó el nuevo ciclo, ninguno de ellos sabía con certeza cuáles procedimientos de su inmensa tradición eran los correctos y cuáles no. obviamente, los antiguos videntes cometieron errores crasos, pero los nuevos videntes no sabían cuáles eran. Los antiguos videntes fueron maestros de la conjetura. Habían, por ejemplo, supuesto que su habilidad de *ver* era una protección; eso es, hasta que los invasores los aniquilaron. A pesar de su total certeza de que eran invulnerables, los antiguos videntes no tuvieron protección alguna.

Los nuevos videntes no perdieron el tiempo especulando cuál fue el error de sus predecesores y empezaron a delinear lo desconocido para separarlo de lo que no se puede conocer.

-¿Cómo delinearon lo desconocido, don Juan? -pregunté.

-A través del uso controlado de *ver* -contestó.

Le dije que lo que había querido preguntar era: ¿qué implicaba delinear lo desconocido?

Repuso que implicaba hacerlo accesible a nuestra percepción. Mediante la práctica constante del *ver*, los nuevos videntes encontraron que lo desconocido y lo conocido tienen realmente la misma base; ambos quedan al alcance de la percepción humana. En cierto momento, los videntes pueden penetrar en lo desconocido y transformarlo en lo conocido.

Todo lo que queda más allá de nuestra capacidad de percibir es otro asunto. Y la distinción entre lo que se puede y lo que no se puede conocer es crucial. Confundirlos colocaría a los videntes en una posición extremadamente precaria.

-Cuando esto les sucedió a los antiguos videntes -prosiguió don Juan- le echaron la culpa a sus procedimientos. Nunca se les ocurrió que casi todo lo que nos rodea está más allá de nuestra comprensión. Ese fue el espeluznante error que les costó más caro.

-¿Qué pasó después de que quedó establecida la distinción entre lo desconocido y lo que no se puede conocer? -pregunté.

-Comenzó el nuevo ciclo -contestó-. Esa distinción es la frontera entre lo antiguo y lo nuevo. Todo lo que han hecho los nuevos videntes se origina allí.

Don Juan dijo que el *ver* había sido el elemento crucial tanto en la destrucción del mundo de los antiguos videntes como en la reconstrucción del nuevo ciclo.

Fue gracias a que *veían* que los nuevos videntes descubrieron ciertos factores innegables que utilizaron para llegar a conclusiones, ciertamente

revolucionarias para ellos, acerca de la naturaleza del hombre y del universo. Estas conclusiones, que hicieron posible el nuevo ciclo, eran las verdades que me estaba explicando acerca del estar consciente de ser.

Don Juan me pidió que lo acompañara al centro del pueblo a dar un paseo alrededor de la plaza principal. Ya en camino, comenzamos a hablar de maquinarias e instrumentos de precisión. Dijo él, que los instrumentos son extensiones de nuestros sentidos, y yo sostuve que hay instrumentos que no corresponden a esa categoría, porque llevan a cabo funciones que nosotros no estamos fisiológicamente capacitados para realizar.

-Nuestros sentidos son capaces de todo -afirmó.

-Muy a la ligera, le puedo mencionar que existen, por ejemplo, instrumentos que captan las ondas de radio que provienen del universo -dije-. Nuestros sentidos no pueden captar ondas de radio.

-Yo opino de otro modo -dijo-. Yo pienso que nuestros sentidos pueden captar todo lo que nos rodea.

-¿Y qué ocurre en el caso de los sonidos ultrasónicos? -insistí-. No tenemos el equipo orgánico necesario para escucharlos.

-Es la convicción de los videntes que sólo hemos organizado una porción muy pequeña de nosotros mismos -contestó

Guardó silencio por un largo rato. Parecía estar perdido en sus pensamientos, como si tuviera dudas de seguir hablando. Al fin, me sonrió.

-La primera verdad acerca del estar consciente de ser, como ya te lo dije -comenzó-, es que el mundo que nos rodea no es en realidad como pensamos que es. Pensamos que es un mundo de objetos y no lo es.

Hizo una pausa, como si midiera el efecto de sus palabras. Le dije que yo estaba de acuerdo con su premisa, porque todo podía concebirse como campos de energía. Dijo que yo solamente intuía una verdad, que razonarla no era verificarla, y que no daba un comino si yo estaba o no estaba de acuerdo con él. Lo que quería era mi esfuerzo por comprender lo que implicaba esa verdad.

-Tú no puedes ver los campos de energía -prosiguió-. No como hombre común y corriente. Porque, si pudieras verlos, serías un vidente, y en ese caso tú estarías explicando las verdades acerca del estar consciente de ser. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Siguió adelante, diciendo que las conclusiones a las que llegamos mediante el razonamiento tienen muy poca o ninguna influencia para alterar el curso de nuestras vidas. De ahí los incontables ejemplos de personas poseedoras de las más claras convicciones y que sin embargo actúan diametralmente en contra de ellas una y otra vez.

-La primera verdad dice que el mundo es tal como parece y sin embargo no lo es -prosiguió-. No es tan sólido y real como nuestra percepción nos ha llevado a creer, pero tampoco es un espejismo. El mundo no es una ilusión, como se ha dicho que es; es real por una parte, e irreal por la otra. Pon mucha atención en esto, porque debe entenderse, no sólo aceptarse. Nosotros percibimos. Este es un hecho innegable. Pero lo que percibimos no es un hecho del mismo tipo, porque aprendemos qué percibir.

"Lo que nos rodea afecta nuestros sentidos. Esta es la parte que es real. La parte irreal es lo que nuestros sentidos perciben como lo que nos rodea. Piensa en una montaña, por ejemplo. Tiene tamaño, color, forma. Incluso tenemos categorías de montañas, que son, por cierto, precisas. No hay nada malo en todo eso; el error está en que nunca se nos ha ocurrido que

nuestros sentidos sólo juegan un papel superficial. Nuestros sentidos perciben como, lo hacen porque una característica específica de nuestra conciencia de ser los obliga a hacerlo así.

De nuevo comencé a darle la razón, pero no porque estaba convencido, ya que no le había yo entendido muy bien. Era simplemente mi reacción ante algo incomprensible. Él me hizo callar.

-He usado el término el mundo -continuó don Juan- para abarcar todo lo que nos rodea. Desde luego, hay un término mejor, pero va a ser totalmente incomprensible paré ti. Los videntes dicen que debido á nuestra conciencia de ser, nosotros pensamos que nos rodea un mundo de objetos. Pero lo que, en realidad, nos rodea son las emanaciones del Águila, fluidas, siempre en movimiento, y sin embargo inalterables, eternas.

Con un gesto de la mano me detuvo justo cuando iba a preguntarle qué eran las emanaciones del Águila. Explicó que uno de los legados más dramáticos de los antiguos videntes era el descubrimiento de que los seres vivientes existen solamente para acrecentar la conciencia de ser. Don Juan lo llamó un descubrimiento colosal.

En un tono medio serio, me preguntó si yo conocía una mejor respuesta a la pregunta que siempre ha perseguido al hombre: la razón de nuestra existencia. De inmediato adopté una posición defensiva y comencé a discutir que la pregunta carecía de significado, porque uno no puede contestarla lógicamente. Le dije que para discutir ese tema tendríamos que hablar de creencias religiosas y convertirlo todo en un asunto de fe.

-Lo que los antiguos videntes dijeron no tiene nada que ver con la fe -dijo-. No eran tan prácticos como los nuevos videntes, pero lo eran lo suficiente como para darse cuenta de lo que *veían*. Lo que yo trataba de hacerte ver con esa pregunta, que tanto te molestó, es que nuestro raciocinio, por sí solo, no puede proporcionarnos una respuesta a la razón de nuestra existencia. Cada vez que trata de hacerlo, la conclusión es siempre un asunto de fe y credo. Los antiguos videntes tomaron otro camino, y por cierto llegaron a otra conclusión que no tiene nada que ver con la fe y el credo.

Dijo que los antiguos videntes, enfrentándose a peligros incalculables, habían visto la fuerza indescriptible que es el origen de todos los seres conscientes. La llamaron el Águila, porque al vislumbrarla brevemente, la *vieron* como algo que parecía un águila, negra y blanca, de tamaño infinito.

Ellos *vieron* que es el Águila quien otorga la conciencia de ser. El Águila crea seres conscientes a fin de que vivan y enriquezcan la conciencia que les da con la vida. También vieron que es el Águila quien devora esa misma conciencia de ser, enriquecida por las experiencias de la vida, después de hacer que los seres conscientes se despojen de ella, en el momento de la muerte.

-Para los antiguos videntes -prosiguió don Juan- no es un asunto de fe o de deducción decir que la razón de la existencia es enriquecer la, conciencia de ser. Ellos *vieron* que era así.

"Ellos *vieron* que la conciencia de ser se separa de los seres conscientes y se aleja volando en el momento de la muerte. Y luego flota como una luminosa mota de algodón justo hacia el pico del Águila, para ser consumida. Para los antiguos videntes esa era la evidencia de que los seres conscientes viven sólo para acrecentar la conciencia de ser: el alimento del Águila.

La elucidación de don Juan se interrumpió porque tuvo que hacer un viaje corto de negocios. Néstor lo llevó en coche a Oaxaca. Mientras los despedía, recordé que al principio de mi asociación con don Juan, cada vez que mencionaba un viaje de negocios, yo pensaba que era un eufemismo. Al paso del tiempo me di cuenta de que en realidad hacía viajes de negocios. Cada vez que los hacía, se ponía uno de sus muchos trajes inmaculadamente cortados, y parecía cualquier cosa menos el viejo indio que yo conocía. Le había comentado la sofisticación de su metamorfosis.

-Un nagual es alguien lo suficientemente flexible para ser cualquier cosa -había dicho-. Entre otras cosas, ser un nagual significa no tener puntos qué defender. Recuerda esto, regresaremos al mismo tema una y otra vez.

Y habíamos vuelto sobre lo mismo, una y otra vez, de todas las maneras posibles. En verdad, don Juan no parecía tener puntos qué defender, pero durante su ausencia en Oaxaca me entró una duda. De repente, me di cuenta de que un nagual sí tenía un punto qué defender: la descripción del Águila y lo que hace merecía, en mi opinión, una defensa apasionada.

Intenté plantearle esa pregunta a algunos de los videntes, compañeros de don Juan, pero eludieron mis indagaciones. Me dijeron que ese tipo de discusión me estaba vedado hasta que don Juan terminara su explicación del estar consciente de ser.

En cuanto regresó, nos sentamos a hablar y yo le pregunté acerca de ello.

-Esas verdades no son algo que hay que defender apasionadamente -contestó-. Si crees que trato de defenderlas, te equivocas. Esas verdades fueron recopiladas para el deleite y el esclarecimiento de los guerreros, no para despertar sentimientos de propiedad. Cuando te dije que un nagual no tiene puntos qué defender, quería decir, entre otras cosas, que un nagual no tiene obsesiones.

Le dije que por lo visto yo no estaba siguiendo sus enseñanzas, porque la descripción del Águila y lo que hace me había obsesionado terriblemente. Le comenté una y otra vez la horrorosa magnitud de tal idea.

-No es tan sólo una idea -dijo-. Es un hecho. Y en mi opinión, un hecho que lo deja a uno pasmado. Los antiguos videntes no andaban jugando con ideas.

-Pero, ¿qué tipo de fuerza sería el Águila?

-No sabría como contestar eso. El Águila es algo tan real para los videntes como la gravedad y el tiempo lo son para ti, y tan abstracto e incomprensible.

-Un momento, don Juan -le argüí-. Esos son conceptos, por cierto, abstractos, pero sí se refieren a fenómenos reales que pueden corroborarse. Hay disciplinas enteras dedicadas a ello.

-El Águila y sus emanaciones son igualmente corroborables -replicó don Juan-. Y la disciplina de los nuevos videntes se dedica precisamente a hacerlo.

Le pedí que explicara lo que son las emanaciones del Águila.

Dijo que las emanaciones del Águila son una cosa-en-sí-misma, inmutable, que abarca todo lo que existe, lo que se puede y lo que no se puede conocer.

-No hay manera de describir con palabras lo que son las emanaciones del Águila -prosiguió don Juan-. Un vidente tiene que ser testigo de ellas.

-¿Usted las ha visto, don Juan?

-Claro que sí, y sin embargo no puedo decirte lo que son. Son una. presencia, casi una especie de masa, una presión que crea una sensación deslumbrante. Uno sólo puede vislumbrarlas, así como sólo es posible vislumbrar al Águila misma.

-¿Diría usted, don Juan, que el Águila es el origen de las emanaciones?

-¡Qué pregunta! ¿Quién más que el Águila puede ser el origen de sus emanaciones?

-Lo que quería decir era si eso es algo visual.

-El Águila no tiene nada de visual. Todo el cuerpo del vidente siente al Águila. Hay algo en cada uno de nosotros que puede hacernos percibir con todo nuestro cuerpo. Los videntes explican el acto de *ver* al Águila en términos muy sencillos: puesto que el hombre está compuesto por las emanaciones del Águila, uno sólo necesita regresar a sus componentes. El problema lo crea la conciencia de ser. En el momento crucial, cuando todo debía ser el simplísimo caso de las emanaciones que se reconocen a sí mismas, lo consciente del hombre se ve obligado a interpretar. El resultado es la visión de un Águila y de sus emanaciones. Pero no hay ningún Águila y no hay emanaciones algunas. Lo que nos rodea es algo que ninguna criatura viviente puede comprender.

Le pregunté si le llamaron Águila porque en general las águilas tienen atributos importantes.

-Llamarle Águila es el caso de encontrar una vaga semejanza entre lo que no se puede conocer y algo conocido -contestó-. Debido a ello, ciertamente, se le han querido adjudicar a las águilas atributos que no poseen. Pero eso siempre ocurre cuando la gente impresionable aprende a realizar actos que requieren gran sobriedad. Los videntes vienen en todo tamaño y forma.

-¿Quiere usted decir que hay diferentes tipos de videntes?

-No. Quiero decir que hay muchísimos imbéciles que se convierten en videntes. Los videntes son seres humanos llenos de debilidades, o más bien, seres humanos llenos de debilidades que son capaces de volverse videntes. Igual que en el caso de gente atroz que se convierte en magníficos científicos.

"La característica de los videntes de mala muerte es que están dispuestos a olvidar la maravilla que nos rodea. Se quedan abrumados por el hecho de que *ven*, y creen que su talento es lo que cuenta. Un vidente debe ser un parangón para poder superar la flojedad casi invencible de nuestra condición humana. Lo que hacen los videntes con lo que *ven* es más importante que el *ver* en sí.

-¿Qué quiere decir con eso, don Juan?

-Mira lo que nos han hecho los antiguos videntes. Nos han ensillado como burros con su visión del Águila que nos domina y ordena y que nos devora al momento de morir.

Dijo que había una definitiva flojedad en esa versión, y que a él personalmente no le gustaba la idea de que algo nos devora. Para él, sería más preciso si los videntes hubieran dicho que hay una fuerza que atrae nuestra conciencia, muy a la manera en que un imán atrae limaduras de hierro. En el momento de morir, todo nuestro ser se desintegra bajo la atracción de esa inmensa fuerza.

Que un evento de tal alcance fuese interpretado como el Águila devorándonos, le parecía grotesco, porque convierte un acto indescriptible en algo tan mundano como comer.

-Yo soy un hombre terriblemente mundano -dije-. La descripción del Águila que nos devora tiene un impacto aterrador para mí.

-El verdadero impacto no puede ser medido hasta el momento en que tú mismo *veas* al Águila -dijo-. Pero debes tener en cuenta que nuestros defectos permanecen con nosotros aún después de convertirnos en videntes. Así que cuando *veas* esa fuerza, es muy posible que estés de acuerdo con los videntes flojos que la llamaron el Águila, así como lo hice yo. Por otra parte, quizá resistas la tentación de atribuirle un carácter humano a lo que es incomprensible, y a lo mejor le inventas un nuevo nombre, un nombre más preciso.

-Los videntes que *ven* las emanaciones del Águila muchas veces las llaman comandos -dijo don Juan-. A mí no me importaría llamarlas comandos si no me hubiera acostumbrado a llamarlas emanaciones. Fue una reacción mía a la preferencia de mi benefactor; para él eran comandos. Pensé que ese término le encajaba mejor a. él que a mí, debido a su dominante personalidad. Yo quería algo impersonal. Comandos me parece demasiado humano, pero eso es lo que realmente son, los comandos del Águila.

Don Juan dijo que *ver* las emanaciones del Águila equivale a cortejar el desastre. Los nuevos videntes muy rápidamente descubrieron las tremendas dificultades que esto representaba, y sólo después de grandes tribulaciones, al tratar de delinear lo desconocido y separarlo de lo que no se puede conocer, se dieron cuenta de que todo está compuesto por las emanaciones del Águila. Solamente una pequeña porción de esas emanaciones queda al alcance del conocimiento humano, y esa pequeña porción se ve reducida a una fracción aún más minúscula por los apremios de nuestras vidas diarias. Lo conocido es esa minúscula fracción de las emanaciones del Águila; la pequeña parte que queda a un posible alcance del conocimiento humano es lo desconocido, y el resto, incalculable y sin nombre es lo que no se puede conocer.

Prosiguió diciendo que los nuevos videntes, debido a su orientación pragmática, comprendieron de inmediato que las emanaciones poseían una fuerza apremiante y obligatoria. Se dieron cuenta de que todos los seres vivientes se ven obligados a usar las emanaciones del Águila, sin jamás saber lo que son. Y comprendieron que los organismos están hechos para captar cierta porción de esas emanaciones, y que cada especie tiene una gama definida. Las emanaciones ejercen enorme presión sobre los organismos, y a través de esa presión, los organismos construyen su mundo perceptible.

-En nuestro caso, como seres humanos -dijo don Juan- nosotros utilizamos esas emanaciones y las interpretamos como la realidad. Pero lo que el hombre capta es una parte tan pequeña de las emanaciones del Águila que resulta ridículo dar tanto crédito a nuestras percepciones, y sin embargo no es posible pasarlas por alto. Llegar a entender ésto, que parece tan simple, les costó inmensidades a los nuevos videntes.

Don Juan estaba sentado donde generalmente se acomodaba en la sala grande de la casa. Nunca hubo muebles en ese cuarto, todos se sentaban en el suelo, sobre pequeños petates; pero Carol, la mujer nagual, había logrado amueblarlo con sillones muy cómodos para las sesiones en las que ella y yo nos turnábamos, leyéndole a don Juan obras de los poetas de habla hispana.

-Quiero que estés muy consciente de lo que estamos haciendo -me dijo en cuanto me senté-. Estamos hablando de la maestría del estar consciente de ser. Las verdades que estamos discutiendo son los principios de esa maestría.

Agregó que en sus enseñanzas para el lado derecho demostró esos principios a mi conciencia normal con la ayuda de uno de sus compañeros videntes, Genaro, y que Genaro había jugado con mi conciencia normal con todo el humor y la irreverencia que caracterizaban a los nuevos videntes.

-Genaro es el que debería estar aquí hablándote del Águila -dijo-, pero sus versiones son demasiado irreverentes. Él piensa que los videntes que llamaron Águila, a esa fuerza inconcebible, o eran muy estúpidos o estaban haciendo una broma monumental, porque las águilas no sólo ponen huevos, sino que también cagan mojones.

Don Juan se rió y dijo que los comentarios de Genaro le parecían siempre tan apropiados que nunca podía resistir la risa. Agregó que, sin duda alguna, si los nuevos videntes hubieran sido los que describieron al Águila, la descripción se habría hecho medio en broma.

Le dije a don Juan que en cierto nivel yo consideraba al Águila como una imagen poética, y que como tal me encantaba; pero que en otro nivel me aterraba porque la consideraba como un hecho.

-Una de las fuerzas más grandes en la vida de los guerreros es el miedo -dijo-. Los impulsa a aprender.

Me recordó que la descripción del Águila provenía de los antiguos videntes. Los nuevos videntes rehusaron descripciones, comparaciones y conjeturas de cualquier especie. Querían llegar directamente al origen de las cosas, y para lograrlo se arriesgaron a peligros ilimitados. *Vieron* las emanaciones del Águila, pero jamás alteraron la descripción del Águila. Sabían que requería demasiada energía *ver* al Águila, y que los antiguos videntes ya habían pagado muy caro por sus breves vislumbres de lo que no se puede conocer.

-¿Cómo fue que los antiguos videntes llegaron a describir al Águila? -pregunté.

-Necesitaban unas guías mínimas de lo indescriptible a fin de instruir a sus aprendices -contestó-. Lo resolvieron con una descripción esquemática de la fuerza que rige todo lo que hay, pero no de sus emanaciones. Las emanaciones no pueden describirse, de ninguna manera, con un lenguaje de comparaciones. Personalmente, ciertos videntes sí pueden tener la urgencia de hacer comentarios acerca de ciertas emanaciones, pero esa urgencia es siempre individual. En otras palabras, no existe una versión conveniente de las emanaciones, como la hay del Águila.

-A mí me parece que los nuevos videntes eran muy abstractos -comenté-. Me suenan como ciertos filósofos de hoy en día.

-No. Los nuevos videntes eran hombres terriblemente prácticos -repuso-. No se dedicaban a urdir teorías racionales.

Dijo que los que fueron pensadores abstractos eran los antiguos videntes. Construyeron monumentales edificios de abstracciones, propias a ellos y a su tiempo. Y, al igual que los filósofos de hoy, no tuvieron control alguno sobre sus fabricaciones. En cambio, los nuevos videntes, imbuidos con lo práctico, se ocuparon sólo de *ver*. Y lo que *vieron* fue un flujo de emanaciones, y cómo el hombre y los otros seres vivientes las usan para construir el mundo que perciben.

-¿Cómo utiliza el hombre esas emanaciones, don Juan?

-Es tan simple que suena como una idiotez. Para un vidente, los hombres son seres luminosos. Nuestra luminosidad se debe a que una minúscula porción de las emanaciones del Águila está encerrada dentro de una especie de capullo en forma de huevo. Nosotros somos huevos luminosos. Esa porción, ese manojo de emanaciones que está encerrado es lo que nos hace hombres. Percibir consiste en emparejar las emanaciones encerradas en nuestro capullo con las que están afuera.

"Por ejemplo, los videntes pueden *ver* las emanaciones interiores de cualquier ser viviente, y pueden saber cuáles emanaciones exteriores hacen juego con ellas.

-¿Las emanaciones son como rayos de luz? -pregunté.

-No. De ninguna manera. Eso sería demasiado simple. Son algo indescriptible. Y, sin embargo, mi comentario personal sería decir que son como filamentos de luz. Lo que es incomprensible para la conciencia normal es que los filamentos están conscientes de ser. No puedo decirte lo que significa eso, porque no sé lo que estoy diciendo. Lo único que puedo decirte con mis comentarios personales es que los filamentos están conscientes de si mismos, vivos y vibrantes, que hay tantos que los números pierden todo sentido, y que cada uno es una eternidad.

IV. EL RESPLANDOR DEL HUEVO LUMINOSO

Don Juan, don Genaro y yo acabábamos de regresar de recolectar plantas en las montañas circunvecinas. Estábamos en la casa de don Genaro, sentados a la mesa, cuando don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia. Don Genaro me había estado mirando fijamente y comenzó a reírse entre dientes. Comentó que era tan extraño que yo tuviera dos criterios completamente diferentes para tratar con los dos lados de la conciencia. Mi relación con él era el ejemplo más obvio. En mi lado derecho, él era el respetado y temido brujo don Genaro, un hombre cuyos actos incomprensibles me encantaban y a la vez, me llenaban de un terror mortal. En mi lado izquierdo, él era simplemente Genaro, o Genarito, sin un don añadido a su nombre, un vidente simpático y amable cuyos actos eran totalmente comprensibles y coherentes con lo que yo hacía o trataba de hacer.

Concordé con él y agregué que en mi lado izquierdo, el hombre cuya mera presencia me hacía temblar de pies a cabeza era Silvio Manuel, el más misterioso de los compañeros de don Juan. También dije que, siendo un verdadero nagual, don Juan trascendía todos los criterios y en mis dos estados era respetado y admirado.

-Pero, ¿es temido? -preguntó Genaro con voz temblorosa.

-Muy temido -interpuso don Juan hablando en falsete.

Nos reímos todos, pero don Juan y Genaro se rieron con tanto abandono que inmediatamente sospeché que sabían algo que no me querían decir.

Don Juan parecía leer mis sentimientos. Explicó que en el estado de conciencia acrecentada, el cual es una fase intermedia antes de que uno entre de lleno en la conciencia del lado izquierdo, uno es capaz de tremenda concentración, pero también es uno susceptible a cualquier influencia. En mí, estaba influyendo la sospecha.

-La Gorda siempre está en esta fase -dijo-, y por ello, la Gorda tiene extraordinaria facilidad para hacer todo, incluso para ser un verdadero dolor de cabeza. No puede evitar ser influenciada por cualquier cosa que cruce su camino, incluyendo, desde luego, cosas ejemplares, como la total concentración.

Don Juan explicó que los, nuevos videntes descubrieron que durante esa fase intermedia es cuando tiene lugar el aprendizaje más profundo, y que también es cuando hay que supervisar, a los guerreros y darles explicaciones para que puedan evaluarlas debidamente. Si no reciben explicaciones antes de entrar por completo en el lado izquierdo, llegan a ser magníficos brujos pero malísimos videntes, como les pasó a los antiguos toltecas.

Dijo que, en especial, las mujeres guerreras sucumben a la atracción del lado izquierdo. Son tan ágiles que pueden entrar en él sin necesidad de explicaciones y sin esfuerzo alguno, de una forma tan fácil que las perjudica la mayoría de las veces.

Después de un largo silencio, Genaro se quedó dormido y don Juan siguió hablando. Dijo que los nuevos videntes habían tenido que inventar cierto número de términos para poder explicar la segunda verdad del estar consciente de ser. Su benefactor había cambiado algunos de esos términos, y él había hecho lo mismo; los videntes creían que no importaba en absoluto

cuáles términos se usen siempre y cuándo las verdades hayan sido verificadas, *viéndolas*.

Me interesó muchísimo saber qué términos había cambiado él, pero no supe cómo plantear mi pregunta. Él entendió que yo dudaba de su derecho o habilidad para cambiarlos, y me explicó que si los términos que proponemos se originan en nuestra razón, sólo pueden comunicar el sabor mundano de la vida diaria. Por otra parte, cuando los videntes proponen un término, es ostensible que ese término se origina en su capacidad de *ver* y, por lo tanto, es una expresión de todo lo que los videntes pueden alcanzar.

Le pregunté por qué él y su benefactor habían cambiado ciertos términos.

-Es un deber del nagual buscar siempre mejores maneras de explicar -contestó-. El tiempo lo cambia todo, y cada nuevo nagual tiene que incorporar nuevas palabras, nuevas ideas, para describir lo que *ve*.

-¿Quiere decir que un nagual toma ideas del mundo cotidiano? -pregunté.

-No. Quiero decir que un nagual habla de lo que *ve* en formas siempre nuevas -dijo-. Por ejemplo, como el nuevo nagual, tú tendrás que decir que el estar consciente de ser da lugar a la percepción. Dirías lo mismo que dijo mi benefactor, pero de manera diferente.

-Don Juan, ¿qué es la percepción para los nuevos videntes?

-Dicen que la percepción es una condición del alineamiento; las emanaciones que están en el interior del capullo se alinean con las que están afuera y encajan con ellas. El alineamiento es lo que permite que el estar consciente de ser sea cultivado por cada ser viviente. Los videntes pueden afirmar esto porque *ven* a los seres vivientes como son en realidad: seres luminosos que parecen burbujas de luz blanquecina.

La pregunté cómo las emanaciones interiores del capullo encajaban con las de afuera para lograr la percepción.

-Las emanaciones de adentro y las emanaciones de afuera -dijo- son los mismos filamentos de luz. Los seres conscientes son minúsculas burbujas hechas con esos filamentos; microscópicos puntos de luz, unidos a las emanaciones infinitas.

Prosiguió, explicando que la luminosidad de los seres vivientes se debe a la porción particular de las emanaciones del Águila que tienen dentro de sus capullos: Cuando los videntes *ven* la percepción, son testigos de que la luminosidad de las emanaciones que están afuera intensifican la luminosidad de las emanaciones que están dentro de los capullos. La luminosidad exterior atrae a la interior; la atrapa, por así decirlo, y la fija. Esa fijación es el estar consciente de ser.

Los videntes también pueden *ver* cómo las emanaciones exteriores ejercen una presión particular sobre las emanaciones interiores. Esta presión determina el grado de conciencia que tiene cada ser viviente.

Le pedí que me aclarara cómo las emanaciones del Águila que están afuera del capullo ejercen presión sobre las interiores.

-Las emanaciones del Águila son más que filamentos de luz -contestó-. Cada una de ellas es una fuente de energía ilimitada. Piénsalo de esta manera: puesto que la minúscula porción de las emanaciones que están dentro del capullo es igual a una minúscula porción de las que están afuera, sus energías son como una presión continua, pero el capullo aísla las emanaciones que están adentro y de esa manera dirige la presión.

"Ya te he dicho que los antiguos videntes eran maestros del arte de manejar la conciencia de ser -prosiguió-. Ahora, lo que puedo agregar es que eran maestros de ese arte porque aprendieron a manejar la estructura del capullo del hombre. Te he dicho que ellos desenredaron el misterio del estar consciente de ser. Con eso quiero decir que *vieron* y comprendieron que la conciencia de ser es un resplandor en el capullo de los seres vivientes. Y con toda razón lo llamaron el resplandor del huevo luminoso.

Explicó que los antiguos videntes *vieron* que la conciencia de ser del hombre es un resplandor de luminosidad ambarina, más intenso que el resto del capullo. Ese resplandor se encuentra sobre una banda angosta de luminosidad, al extremo del lado derecho del capullo, y corre a todo lo largo de la verticalidad del capullo. La maestría de los antiguos videntes consistía en mover ese resplandor, en hacerlo extenderse de su posición original en la superficie del capullo, hacia adentro, cruzando su ancho.

Dejó de hablar y miró a Genaro, quien seguía bien dormido.

-A Genaro le importan un pepino las explicaciones -dijo-. Él actúa. Mi benefactor lo empujaba constantemente a que enfrentara problemas insolubles. Así entró de pleno al lado izquierdo y nunca tuvo oportunidad de hacerse preguntas.

-¿Es mejor ser así, don Juan?

-Eso depende. Para él, es perfecto. Para ti y para mí no, porque de una manera o de otra, nosotros nos vemos obligados a explicar. Genaro o mi benefactor son más como los antiguos videntes que como los nuevos: pueden controlar el resplandor de la conciencia y hacer lo que quieran con él.

Se puso de pie sobre el petate en el que estábamos sentados y estiró los brazos y las piernas. Le rogué que siguiera hablando. Sonrió y dijo que yo necesitaba descansar, que mi concentración menguaba.

Alguien tocó a la puerta. Me desperté. Era de noche. Durante un momento no pude recordar donde me hallaba. Había algo en mí que parecía estar distante, era como si una parte de mí siguiera dormida, y sin embargo estaba completamente despierto. Por la ventana abierta brillaba la luz de la luna.

Vi que don Genaro se incorporó y fue hacia la puerta. Me di cuenta entonces de que estaba en su casa. Don Juan estaba echado de lado, profundamente dormido sobre un petate en el suelo. Tenía yo la clara impresión de que los tres nos habíamos quedado dormidos después de regresar agotados de un viaje a las montañas.

Don Genaro encendió su quinqué. Lo seguí a la cocina. Alguien le había traído una olla de guisado caliente y una canasta de tortillas.

-¿Quién le trajo comida? -le pregunté-. ¿Tiene usted por ahí una vieja que le calienta las tortillas?

Don Juan había entrado a la cocina. Ambos me miraron, sonriendo. Por alguna razón, sus sonrisas me resultaban aterradoras. Poseído por un pánico incontrolable, estaba yo a punto de gritar cuando don Juan me golpeó en la espalda y me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada. En un instante me di cuenta de que quizá mientras dormía, o al momento de despertar, había regresado a la conciencia de todos los días.

La sensación que experimenté entonces, ya de vuelta en la conciencia acrecentada, fue una mezcla de alivio, enojo y la más aguda tristeza. Sentía alivio al volver a ser yo mismo, porque había llegado a considerar que esos estados incomprensibles constituían mi verdadero ser. La razón era muy

sencilla, en esos estados me sentía completo, nada me faltaba ni me sobraba. Mi enojo y mi tristeza eran una reacción ante mi impotencia, ante las limitaciones de mi ser cotidiano.

Le pedí a don Juan que me explicara cómo era posible que yo hiciera lo que estaba haciendo. En mi nivel de conciencia normal yo no podía recordar nada de lo que había hecho en estados de conciencia acrecentada, aunque mi vida dependiera de ello. Pero una vez que entraba en la conciencia acrecentada podía yo contemplar el pasado y recordar todo; podía rendir cuentas de todo lo que había hecho en los dos estados; incluso podía acordarme de mi incapacidad para recordar.

-Espera un momento -dijo-. Aun en la conciencia acrecentada todavía no recuerdas mucho. Más allá de ella hay infinitamente más, y tú has estado ahí muchas, muchas veces. Ahorita no puedes recordar todo lo que has hecho en ese más allá aunque tu vida dependa de ello.

Tenía razón. No tenía la menor idea de lo que hablaba. Le rogué que me diera una explicación.

-Ya viene la explicación -dijo-. Es un proceso lento, pero ya llegaremos a ella. Es lento porque yo soy igual que tú: me gusta entender. Yo soy lo opuesto de mi benefactor, que no estaba dado a explicar. Para él sólo existía la acción. Le gustaba ponernos directamente frente a problemas incomprensibles y dejarnos resolverlos por nuestra cuenta. Muchos de nosotros nunca resolvimos nada, y acabamos en la misma situación de los antiguos videntes: mucha acción y muy poca comprensión.

-¿Están esos recuerdos atrapados en mi mente? -pregunté.

-No. Eso sería demasiado sencillo -contestó-. Las acciones de los videntes son más complejas que dividir al hombre en cuerpo y mente. Tú no te acuerdas de todo lo que has hecho, porque cuando uno está en la conciencia acrecentada uno *ve*.

Le pedí a don Juan que volviera a interpretar lo que acababa de decir.

Me explicó con mucha paciencia, que yo había olvidado todo, porque, al entrar en la conciencia acrecentada o al ir más allá de ella, mi conciencia normal había sido elevada, intensificada, y que eso significaba que otras áreas de mi ser total fueron usadas.

-Todo lo que no puedes recordar está atrapado en esas áreas de tu ser total -dijo-. El usar esas otras áreas es el *ver*.

-Don Juan, estoy más confundido que nunca -dije.

-No te culpo -dijo-. *Ver* es dejar al desnudo la esencia de todo, es ser testigo de lo desconocido y vislumbrar lo que no se puede conocer, pero ello no nos trae desahogo. Generalmente, los videntes se descalabran al *ver* que la existencia es incomprensiblemente compleja y que nuestra conciencia cotidiana la difama con sus limitaciones.

Reiteró que, durante sus explicaciones, mi concentración tenía que ser total, que el comprender era de crucial importancia, y que los nuevos videntes daban el más alto valor a las comprensiones profundas que no eran producto de la emoción.

-Por ejemplo, el otro día -prosiguió- cuando creíste haber comprendido algo muy significativo acerca de tu importancia personal y la de la Gorda, en realidad no entendiste nada. Tuviste un arranque emocional, eso es todo. Digo esto porque al día siguiente andabas de nuevo abrazado de tus ideas, como si nunca te hubieras dado cuenta de nada.

"Lo mismo le pasó a los antiguos videntes. Eran dados a las reacciones emocionales. Pero cuando llegó el momento de comprender lo que habían

visto, no pudieron hacerlo. Para comprender uno necesita de sensatez, de cordura, no de emocionalidad. No te confíes en aquéllos que lloran con la emoción de comprender, porque no han comprendido nada.

"En el camino del conocimiento hay peligros incalculables para quienes carecen de sobriedad y serenidad -prosiguió-. Con mis explicaciones, estoy delineando el orden en el que los nuevos videntes arreglaron las verdades del estar consciente de ser, para que te sirva como un mapa, un mapa que tienes que sensatamente *ver*, pero no con tus ojos.

Hubo una larga pausa. Me miró con fijeza. Definitivamente, esperaba a que yo le hiciera una pregunta.

-Todos caen presa del error de que se *ve* con los ojos -prosiguió-. Pero no te sorprendas de que después de tantos años aún no te das cuenta de que el *ver* de los brujos no es cuestión de los ojos. Es muy normal cometer ese error.

-Entonces, ¿cómo *ven*? -pregunté.

Contestó que *ver* es alineamiento. Y yo le recordé que me dijo que la percepción es alineamiento. Explicó que alinear emanaciones que se usan rutinariamente es la percepción del mundo cotidiano, pero alinear emanaciones que nunca se usan es *ver*. El acto de *ver*, siendo resultado de un alineamiento fuera de lo ordinario, no puede ser algo que uno simplemente vea con los ojos. A pesar del hecho de haber visto incontables veces, yo había sucumbido a la manera en que se clasifica y se describe *ver*.

-Cuando los videntes *ven*, hay algo que les explica todo a medida que se lleva a cabo el nuevo alineamiento -prosiguió-. Es una voz que les habla en el oído. Si esa voz no está presente, el vidente no está viendo.

Después de una pausa momentánea, siguió explicando que sería igualmente falaz decir que *ver* es oír, pero que los videntes habían optado por usar la frase la voz del *ver*, como norma de un alineamiento fuera de lo común. Dijo que esa voz era algo extremadamente misterioso e inexplicable.

-Mi conclusión personal es que la voz del *ver* pertenece sólo al hombre -dijo-. Quizás ocurre porque el hablar es algo que nadie más hace, además del hombre. Los antiguos videntes creían que era la voz de una entidad de increíble potencia íntimamente relacionada con la humanidad, un protector del hombre. Los nuevos videntes descubrieron que esa entidad, a la que llamaron el molde del hombre, no tiene voz. Para los nuevos videntes la voz del *ver* es algo incomprensible; dicen que es el resplandor del estar consciente de ser que toca las emanaciones del Águila como un arpista toca el arpa.

Se negó a explicar más, diciendo que más adelante, conforme avanzara en su elucidación, todo se aclararía para mí.

Mientras don Juan hablaba, mi concentración había sido tan total que realmente no recordaba haberme sentado a la mesa a comer. Cuando don Juan dejó de hablar, me di cuenta que su plato de carne guisada estaba casi vacío.

Genaro me miraba fijamente, con una sonrisa radiante. Mi plato estaba frente a mí sobre la mesa, y también estaba casi vacío. Ya sólo contenía un pequeño residuo de guisado, como si en ese momento acabara de comer. Y yo no recordaba haber comido, pero tampoco recordaba haber ido a la mesa o haberme sentado.

-¿Te gustó la comida? -preguntó Genaro, y miró hacia otro lado.

Le dije que sí, porque no quería admitir que tenía problemas para recordar.

-Para mí, estaba demasiado picante -dijo Genaro-. Tú nunca comes comida picante, así que me preocupa un poco lo que te vaya a pasar. No debiste comer dos platos. Supongo que eres un poco más tragón cuando estás en la conciencia acrecentada, ¿eh?

Admití que probablemente él tenía razón. Me pasó una gran jarra de agua para saciar mi sed y aliviar mi garganta. Cuando bebí toda el agua ávidamente, los dos comenzaron a reír a carcajadas.

De pronto, comprendí lo que ocurría. Mi comprensión fue física. Fue un destello de luz amarillenta que me golpeó como si se hubiera encendido un cerillo justo entre mis ojos. Supe entonces que Genaro bromeaba. Yo no había comido. Estuve tan absorto en la explicación de don Juan que olvidé todo lo demás. El plato frente a mí era el de Genaro.

Después de la cena, don Juan siguió adelante con su explicación. Genaro se sentó a mi lado, escuchando como si nunca antes hubiera. oído la explicación.

Don Juan dijo que, en todos los seres conscientes, es igual la presión que las emanaciones exteriores, llamadas emanaciones en grande, ejercen sobre las emanaciones interiores. Sin embargo, los resultados de esa presión son enormemente diferentes entre ellos, porque sus capullos reaccionan en todas las formas imaginables.

-Ahora bien, -prosiguió- cuando los videntes *ven* que la presión de las emanaciones en grande desciende pesadamente sobre las emanaciones interiores, que siempre están en movimiento, y las hace detenerse, saben que en ese momento el ser luminoso está consciente de ser.

"Decir que las emanaciones en grande descienden pesadamente sobre las que están dentro del capullo y las hacen detenerse significa que los videntes *ven* algo indescriptible, cuyo significado conocen sin la menor duda. Significa que la voz del *ver* les ha dicho que las emanaciones interiores descansan por completo y encajan en aquellas de afuera que les son correspondientes.

Dijo que, naturalmente, los videntes afirman que el estar consciente de ser procede de nuestro exterior, y que el verdadero misterio no está dentro de nosotros. Ya que, por naturaleza, las emanaciones en grande ejercen tremenda presión sobre las que están dentro del capullo, lo perfecto sería dejar que las emanaciones en grande se amalgamen libremente con las que están dentro. Los videntes creen que si dejáramos que este ocurriese nos convertiríamos en lo que realmente somos, seres fluidos, siempre en movimiento, eternos.

Hubo una extensa pausa. Los ojos de don Juan tenían un brillo intenso. Parecían contemplarme desde una gran profundidad. Sentía que cada uno de sus ojos era un punto de brillantez independiente. Por un instante pareció estar luchando contra una fuerza invisible, un fuego interior que quería consumirlo. Pasó con rapidez y don Juan siguió hablando.

-La calidad de conciencia de cada ser individual -continuó- depende del grado en que las emanaciones en grande se amalgaman con las de adentro.

Después de una larga interrupción, don Juan siguió explicando. Dijo que los videntes *vieron* que la conciencia de ser crece desde el momento de la concepción, se enriquece con el proceso de vivir. Dijo que, por ejemplo, los videntes *ven* cómo la conciencia de ser de un insecto o la de un hombre crece de maneras asombrosamente diferentes, pero con igual consistencia.

-¿La conciencia de ser se desarrolla a partir del momento de la concepción o a partir del momento de nacer? -pregunté.

-A partir del momento de la concepción -contestó-. Yo siempre te he dicho que la energía sexual es algo de extrema importancia y que debe ser controlada y usada con mucho tino. Nunca te gustó esa proposición porque, crees que yo hablo de control en términos de moralidad; control para mí significa el ahorro y la recanalización de la energía.

Don Juan miró a Genaro. Genaro asintió con la cabeza.

-Genaro te va a contar lo que decía nuestro benefactor, el nagual Julián, acerca del ahorro y la recanalización de la energía sexual -me dijo don Juan.

-El nagual Julián decía que el sexo era un asunto de energía -comenzó Genaro-. Por ejemplo, él nunca tuvo problemas, porque tenía energía hasta en los dedos gordos de los pies. Pero a mí me echó una sola mirada y de inmediato prescribió que mi chile era sólo para orinar. Me dijo que yo no tenía suficiente energía para el sexo. Dijo que mis padres habían estado demasiado aburridos y demasiado cansados cuando me hicieron dijo que yo era el resultado de una *cogida muy aburrida*, y que así nací, aburrido y cansado. El nagual Julián recomendaba que la gente como yo jamás tuviera relaciones sexuales, a fin de que pudiéramos almacenar la poca energía que tenemos.

"A Silvio Manuel y a Emilio les dijo lo mismo. Vio que los demás compañeros tenían suficiente energía. No eran el resultado de cogidas aburridas. Les dijo que podían hacer lo que quisieran con su energía sexual, pero recomendó se controlaran y que entendieran que el comando del Águila es que el fulgor de la conciencia de ser se da a través del acto sexual. Todos le dijimos que habíamos entendido y que estábamos de acuerdo.

"Un día, sin aviso alguno y con la ayuda de su propio benefactor, el nagual Elías, abrió la cortina del otro mundo, y sin vacilaciones, nos empujó a todos adentro Con excepción de Silvio Manuel, todos casi nos morimos allí. No tuvimos un ápice de energía para resistir el impacto del otro mundo. A excepción de Silvio Manuel nadie había seguido la recomendación del nagual Julián.

-¿Qué es la cortina del otro mundo? -le pregunté don Juan.

-Pues ya lo dijo Genaro, es una cortina -contestó don Juan-. Y como siempre, te estás desviando de tema. Estamos hablando de que el Águila ordenó que la energía sexual se use para crear vida. A través de la energía sexual, el Águila otorga la conciencia de ser. Por eso cuando los seres conscientes realizan el acto sexual, las emanaciones que están dentro de sus capullos hacen lo mejor que pueden para conferirle conciencia al nuevo ser que están creando.

Dijo que durante el acto sexual, las emanaciones contenidas en los capullos de ambos participantes sufren una profunda agitación, cuyo punto culminante es una unión, una fusión de dos pedazos de energía consciente, uno de cada participante, que se separan de sus capullos.

-El acto sexual es siempre una donación de conciencia aunque ese regalo no se consolide y cree un nuevo ser viviente -agregó-. Las emanaciones que están dentro del capullo de los seres humanos no saben del acto sexual sólo como placer.

Desde su silla al otro lado de la mesa, Genaro se inclinó hacia mi y me habló en voz baja, moviendo la cabeza para hacer énfasis.

-El nagual te está diciendo la verdad -dijo guiñándome el ojo-. Esas emanaciones realmente no saben nada.

Don Juan hizo un esfuerzo por no reírse, y agregó que la falacia del hombre es actuar con total desdén por el misterio de la existencia y creer que el sublime acto de conceder vida y conciencia es simplemente un impulso fisico que uno puede distorsionar a voluntad.

Genaro hizo gestos sexuales obscenos, girando sus caderas, una y otra vez. Don Juan asintió con la cabeza y dijo que eso era exactamente lo que el hombre hacía. Genaro le dio las gracias por reconocer su sola contribución a la explicación de dicho tema.

A carcajadas me dijeron que yo estaría riéndome con ellos si supiera lo serio que era para su benefactor la explicación de la energía sexual.

Le pregunté a don Juan qué significado tenía todo esto para el hombre en el mundo cotidiano.

-¿Te refieres a lo que está haciendo Genaro? -me preguntó fingiendo seriedad.

El regocijo de los dos siempre era contagioso. Tardaron mucho tiempo en calmarse. Su nivel de energía era tan alto que, a su lado, yo parecía viejo y decrépito.

-Realmente no se -me contestó finalmente don Juan-. Todo lo que sé es que para los guerreros la única energía que poseemos es la energía sexual, dadora de vida. Este conocimiento los fuerza a darse cabal cuenta de su responsabilidad.

"Si los guerreros quieren tener la suficiente fuerza para *ver*, tienen que volverse avaros con su energía sexual. Esa fue la lección que nos dio el nagual Julián. Nos empujó adentro de lo desconocido, y todos casi nos morimos. Puesto que todos nosotros queríamos *ver*, tuvimos que abstenernos de desperdiciar nuestra energía sexual.

Ya antes le había escuchado expresar esa creencia. Cada vez que lo hacía, entrábamos en una acalorada discusión. Siempre me sentía obligado a protestar lo que yo consideraba ser una actitud puritana hacia el sexo.

Nuevamente, volví a objetar. Ambos se rieron hasta que les salieron lágrimas.

-¿Qué puede hacerse con la sensualidad natural del hombre? -le pregunté a don Juan.

-Nada -contestó-. La sensualidad del hombre no tiene nada malo. Lo que está mal es la ignorancia que obliga al hombre a pasar por alto su naturaleza mágica. Es un error desperdiciar la fuerza dadora de vida y no tener hijos, pero también es un error no saber que al tener hijos uno disminuye el fulgor de la conciencia.

-¿Cómo saben los videntes que al tener hijos, uno disminuye el fulgor de la conciencia?

-Los videntes *ven* que, al tener un hijo, el fulgor de la conciencia de los padres disminuye mientras que el de la criatura aumenta. En algunos padres débiles y nerviosos, ese fulgor desaparece casi por completo. Conforme los niños ensanchan su conciencia, crece también en el capullo luminoso de los padres una mancha oscura, en el mismo lugar de donde se desprendió el fulgor que dio vida a esos niños. Generalmente está en la parte media del capullo. A veces, esas manchas incluso pueden *verse* como si estuvieran pegadas al cuerpo.

Le pregunté si había algo que se pudiera hacer para darle a la gente común y corriente una comprensión más equilibrada de lo que es el fulgor de la conciencia.

-No se puede hacer nada -dijo-. Por lo menos, no hay nada que los videntes puedan hacer. Los videntes aspiran a ser libres, a ser testigos sin prejuicios, testigos incapaces de juzgar; de lo contrario tendrían la responsabilidad de implantar un nuevo ciclo más ajustado. Nadie puede hacer eso. Un nuevo ciclo, si hubiera de surgir, tendría que surgir por sí mismo.

V. LA PRIMERA ATENCIÓN

Al día siguiente desayunamos al amanecer, después don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia.

-Vayamos hoy día a uno de esos sitios originales -le dijo don Juan a Genaro.

-Pues, ándale -dijo Genaro con acento grave. Me miró y entonces agregó en voz baja, como si no quisiera que yo lo escuchara:- Crees que él debe... a lo mejor es mucho...

En cosa de segundos, mi terror y mis sospechas escalaron alturas insoportables. Empecé a sudar y a jadear involuntariamente. Don Juan vino a mi lado y, con una expresión de risa contenida, me aseguró que Genaro simplemente se estaba divirtiendo conmigo, y que nos íbamos a un lugar adonde los antiguos videntes habían vivido hacía miles de años.

Mientras don Juan me hablaba, miré brevemente a Genaro. Con lentitud, movió la cabeza de un lado a otro. Era un gesto casi imperceptible, como si me hiciera saber que don Juan no decía la verdad. Entré en un estado de frenesí nervioso, casi de histeria, y sólo reaccioné cuando Genaro comenzó a carcajearse.

Me maravillé de la facilidad con la que mis emociones subían hasta ser casi incontrolables o se apagaban totalmente.

Don Juan, Genaro y yo caminamos una corta distancia hacia las erosionadas colinas aledañas. Nos sentamos en una enorme roca plana, sobre una ladera de tierra cultivable. El maíz había sido recientemente cosechado.

-Este es un sitio original -me dijo don Juan-. Volveremos aquí, o a otro sitio muy parecido, un par de veces más, durante el curso de mi explicación.

-De noche aquí pasan cosas muy raras -dijo Genaro-. El nagual Julián, de verdad, se consiguió un aliado aquí. O más bien, el aliado...

Don Juan hizo un gesto visible con las cejas y Genaro se detuvo a media oración. Me sonrió.

-Es todavía muy de mañana para contar cuentos de horror -dijo Genaro-. Esperemos a que oscurezca.

Se puso de pie y comenzó a andar a hurtadillas alrededor de la roca, en puntas de pie, con la espina dorsal arqueada hacia atrás.

-¿Es verdad que su benefactor se consiguió un aliado aquí? -le pregunté a don Juan.

No me contestó al momento. Miraba extático las contorsiones de Genaro.

-Genaro se refería a una manera muy compleja de usar la conciencia de ser -me contestó al fin, sin dejar de mirar a Genaro.

Genaro completó una vuelta alrededor de la roca y se sentó a mi lado. Resollaba penosamente, casi sin aliento.

Don Juan parecía estar fascinado por lo que Genaro había hecho. De nuevo sentí que se divertían conmigo, que ambos planeaban algo que yo desconocía.

De pronto, don Juan comenzó su explicación. Su voz me tranquilizó. Dijo que, después de muchos trabajos, los videntes llegaron a la conclusión de que a la conciencia de los seres humanos adultos, madurada por el proceso del crecimiento, ya no se la puede llamar simplemente conciencia de ser, porque su modificación la ha convertido en algo más intenso y complejo, algo que los videntes llaman atención.

-¿Cómo saben los videntes que la conciencia de ser del hombre crece y se cultiva? -pregunté.

Dijo que en cierto momento, a medida que los seres humanos crecen, una banda de las emanaciones del interior de sus capullos se vuelve muy brillante; conforme los seres humanos acumulan experiencia, esa banda comienza a resplandecer. En algunos casos, el resplandor de la banda aumenta tan dramáticamente que se fusiona con las emanaciones del exterior. Los videntes, al presenciar tal enriquecimiento, tuvieron que concluir que la conciencia de ser es la materia prima y que la atención es el producto final.

-¿Cómo describen los videntes a la atención? -pregunté.

-Dicen que la atención es domar y enriquecer la conciencia de ser a través del proceso de vivir -contestó.

Dijo que el peligro de las definiciones es que simplifican las cosas para volverlas comprensibles; en este caso, al definir la atención, uno corre el riesgo de transformar un logro mágico y milagroso, en algo común. La atención es el logro individual más grande del hombre. Empieza a desarrollarse desde la conciencia animal, en bruto, hasta que llega a abarcar toda la gama de las alternativas humanas. Los videntes la perfeccionan aún más hasta hacerla cubrir la gama total de posibilidades humanas.

Le pregunté si en la visión de los videntes tenían especial significado las alternativas y las posibilidades.

Don Juan repuso que las alternativas humanas son todo lo que somos capaces de escoger como personas. Tienen que ver con el nivel de nuestra escala cotidiana, con lo conocido; y por lo tanto, son bastante limitadas en número y alcance. Las posibilidades humanas, por otro lado, pertenecen a lo desconocido. No son lo que somos capaces de escoger como personas sino lo que somos capaces de alcanzar como seres vivientes. Dijo que un ejemplo de lo primero, las alternativas humanas, es creer que el cuerpo humano es un objeto entre objetos. Un ejemplo de lo segundo, las posibilidades humanas, es lo que los videntes logran hacer al *ver* al hombre como un ser luminoso en forma de huevo. Con el cuerpo como objeto uno se enfrenta a lo conocido, con el cuerpo como huevo luminoso uno enfrenta lo desconocido; las posibilidades humanas tienen, por consiguiente, un alcance casi inagotable.

-Los videntes dicen que hay tres tipos de atención -continuó don Juan-. Cuando dicen eso, se refieren sólo a los seres humanos y no a todos los seres conscientes que existen. Pero los tres no son tan sólo tipos de atención, son más bien tres niveles de realización. Son la primera, segunda y tercera atenciones; cada una es un reino independiente, completo en sí mismo.

Explicó que, en el hombre, la primera atención es la conciencia animal, en bruto, que a través del proceso de la experiencia humana ha sido convertida en una facultad compleja, intrincada y extremadamente frágil,

que se encarga del mundo cotidiano en todos sus innumerables aspectos. En otras palabras, todo aquello en lo que puede uno pensar forma parte de la primera atención.

-La primera atención es todo lo que somos como hombres comunes y corrientes -prosiguió-. En virtud de su dominio tan absoluto sobre nuestras vidas, la primera atención es la propiedad más valiosa que tenemos. Quizás es incluso nuestra única propiedad.

"Tomando en cuenta su verdadero valor, los nuevos videntes comenzaron un riguroso examen de la primera atención. Sus hallazgos moldearon todas sus perspectivas y las perspectivas de todos sus descendientes, aunque la mayoría de ellos aún hoy en día no entienden lo que aquellos videntes realmente *vieron*.

Enfáticamente, me advirtió que las conclusiones del riguroso examen de los nuevos videntes tenían muy poco que ver con la razón o la racionalidad, porque para examinar y explicar la primera atención, uno debe *verla*. Sólo los videntes pueden hacer eso. Pero examinar lo que los nuevos videntes vieron en la primera atención, es esencial, a fin de permitirnos la única oportunidad, en nuestra existencia, de darnos cuenta de nuestras propias funciones.

-En términos de lo que los videntes *ven*, la primera atención es un intenso resplandor de color ambarino -continuó-. Es un resplandor que invariablemente se mantiene fijo en la parte superior de la superficie del capullo y que abarca lo conocido.

"La segunda atención, por otra parte, es un resplandor muchísimo más intenso y cubre una mayor extensión. Tiene que ver con lo desconocido. Es un estado complejo y especializado que entra en función cuando se utilizan las emanaciones interiores del capullo que ordinariamente permanecen fuera de juego.

"La razón por la cual lo llamo un estado complejo y especializado es que, para poder utilizar las emanaciones que ordinariamente no entran en juego, uno necesita de extraordinarias y elaboradas tácticas que requieren suprema disciplina y concentración.

Comentó que ya me había explicado, en sus enseñanzas para el lado derecho, que la concentración requerida para estar consciente de que uno está soñando es la predecesora de la segunda atención. Esa concentración es una forma de estar consciente de ser que no está en la misma categoría de la conciencia normal necesaria para tratar con el mundo diario.

Dijo que a la segunda atención también se le llama la conciencia del lado izquierdo; y que es el campo más vasto que pueda uno imaginarse, tan vasto que parece ilimitado.

-Yo no me metería en ella. por nada del mundo -agregó-. Es un atolladero tan complejo y grotesco que los videntes sensatos sólo entran en ella bajo las más estrictas condiciones.

"La gran dificultad consiste en que la entrada a la segunda atención es enteramente fácil y su atracción es casi irresistible.

Dijo que los antiguos videntes, siendo maestros consumados del arte de manejar el resplandor de la conciencia, la hicieron expandirse a límites inconcebibles. Dedicaron todo su esfuerzo a extender ese resplandor a todas las emanaciones interiores de sus capullos, encendiéndolas por bandas, una banda a. la vez. Y lo lograron, pero curiosamente, el hecho de encenderlas por bandas los hizo quedar aprisionados en algo tan inmenso que no pudieron salir más de ello.

-Los nuevos videntes corrigieron ese error -prosiguió- y dejaron que el arte de manejar el resplandor de la conciencia se desenvolviera y llegara a extender ese resplandor, de un solo golpe, a todos los confines del capullo luminoso.

"La tercera atención se alcanza así, cuando el resplandor de la conciencia se convierte en el fuego interior; un fuego que no enciende sólo una banda a la vez, sino que enciende a todas las emanaciones del Águila que están en el interior del capullo del hombre.

Don Juan expresó su reverencia y admiración por el esfuerzo premeditado de los nuevos videntes para alcanzar la tercera atención cuando aún tienen vida y están conscientes de su individualidad.

No consideró que valiera la pena discutir los casos fortuitos de hombres y de otros seres conscientes que entran en lo desconocido y en lo que no se puede conocer sin darse cuenta de ello; se refirió a ésto como el don del Águila. Afirmó que para los nuevos videntes el entrar en la tercera atención también es un don, pero tiene un significado diferente. Es más bien como un premio por un logro extraordinario.

Agregó que al momento de morir todos los seres humanos entran en lo que no se puede conocer, y que algunos de ellos sí alcanzan la tercera atención, pero de una forma del todo breve y sólo para purificar el alimento del Águila.

-El logro supremo de los seres humanos -dijo- es alcanzar ese nivel de atención y al mismo tiempo retener la fuerza de la vida, sin convertirse en una conciencia incorpórea que se mueve como un punto vacilante de luz hacia el pico del Águila para ser devorado.

Mientras estuve escuchando la explicación de don Juan, una vez más perdí totalmente de vista todo lo que me rodeaba. Indudablemente, Genaro se había levantado y se había ido, ya que no aparecía por ningún lado, Me sorprendí al darme cuenta de que yo estaba acuclillado en la roca, con don Juan también en cuclillas a mi lado. Me tenía agarrado, muy a la ligera, de los hombros.

Me recosté en la roca y cerré los ojos. Había una suave brisa que soplaba del oeste.

-No te duermas -dijo don Juan-. Por ningún motivo debes quedarte dormido en esta roca.

Me senté. Don Juan me miraba con fijeza.

-Descansa y no pienses en nada -me ordenó-. Deja que se extinga tu diálogo interno.

Usé toda mi concentración para cumplir lo que me pedía, pero una sacudida me hizo volver al nivel de los pensamientos. Al principio no supe lo que era; pensé que acaso me atacaba otra vez la desconfianza. Y en ese instante me di cuenta, como si recibiera una descarga eléctrica, que estaba muy entrada la tarde. Lo que yo habría calculado que fue una hora de conversación con don Juan había ocupado el día entero.

Me incorporé de un salto, plenamente consciente de la incongruencia, aunque no podía concebir lo que me había ocurrido. Sentí una extraña sensación que me impulsaba a correr. Don Juan me saltó encima, deteniéndome a la fuerza. Caímos al suelo, y ahí me retuvo con mano de hierro. No tenía ni la menor idea de que don Juan fuera tan macizo.

Mi cuerpo se sacudió con violencia. Mientras temblaban, mis brazos parecían volar en todas direcciones. Me estaba dando algo como un ataque

epiléptico. Sin embargo, un pedazo de mí estaba separado al grado de quedar fascinado viendo a mi cuerpo vibrar, torcerse y sacudirse.

Finalmente, los espasmos se extinguieron y don Juan me soltó. El esfuerzo lo había agotado. Recomendó que volviéramos a subirnos a la roca y nos sentáramos ahí hasta que me sintiera bien.

Una vez que nos sentamos no pude contenerme de hacer mi pregunta de siempre: ¿qué me pasó? Me dijo que mientras me hablaba, Genaro me dio un empujón y que había entrado muy profundamente en el lado izquierdo de la conciencia. Él y Genaro me habían seguido. Y luego yo salí corriendo, con la misma velocidad con la que había entrado.

-Te agarré justo a tiempo -dijo-. De otra forma hubieras acabado en un estado de conciencia normal.

Yo estaba totalmente confundido. Me explicó que los tres estuvimos manejando el resplandor de la conciencia, y que eso indudablemente me asustó.

-Genaro es el maestro de ese manejo -prosiguió don Juan-. Silvio Manuel es el maestro del *intento*. Los dos fueron forzados, sin misericordia, a entrar en lo desconocido. Mi benefactor hizo con ellos lo que su benefactor hizo con él. En algunos aspectos, Genaro y Silvio Manuel son muy parecidos a los antiguos videntes. Saben lo que pueden hacer, pero no les interesa saber cómo lo hacen. Hoy, Genaro aprovechó la oportunidad para empujar el resplandor de tu conciencia y todos acabamos en los extraños confines de lo desconocido.

Le rogué que me dijera lo que me había ocurrido en lo desconocido.

-Eso tendrás que recordarlo tú. mismo -dijo una voz justo en mi oreja.

Estaba tan convencido de que era la voz del *ver* que no me asombré en lo más mínimo. Ni siquiera obedecí el impulso de volverme.

-Soy la voz del *ver* y te digo que eres un pinche pendejo -volvió a hablar la voz y se rió.

Me volví. Genaro estaba sentado detrás de mí. Me sorprendí tanto que me reí quizás un poco más histéricamente que ellos.

-Ya está oscureciendo -me dijo Genaro-. Como te prometí hoy por la mañana, ahorita ya comienza la fiesta y nos va a ir muy bien aquí.

Don Juan intervino y dijo que ya deberíamos parar, porque yo era el tipo de simplón que podría morirse de miedo.

-No es cierto -dijo Genaro tocándome el hombro.

-Mejor pregúntale -le dijo don Juan a Genaro-. El mismo te dirá que es tan simplón que es pendejo.

-¿A poco eres un pendejo? -me preguntó Genaro frunciendo el ceño.

No le contesté. Y eso hizo que se doblaran de risa. Genaro acabó rodando hasta el suelo.

-Ya se atragantó -le dijo Genaro a don Juan, refiriéndose a mí. Don Juan había saltado velozmente al suelo para ayudarlo a incorporarse-. Jamás admitirá que es un pendejo. Tiene demasiada importancia personal para hacer eso. Pero mira cómo le tiemblan las rodillas cuando piensa lo que le pueda ocurrir porque no confesó que es un pendejo.

Viéndolos reírse, quedé convencido de que sólo los indios podían reír con tanto gozo. Pero asimismo me convencí de que también eran maestros de la malicia india. Siempre se andaban burlando de mí porque no era indio.

De inmediato, don Juan se dio cuenta de mis cavilaciones.

-No dejes que te monte la importancia personal -dijo-. No eres de ninguna manera especial. Ninguno de nosotros lo somos, indios y no indios.

El nagual Julián y su benefactor agregaron años de felicidad a sus vidas riéndose de nosotros.

Genaro volvió a subirse a la roca, con agilidad felina, y se sentó a mi lado.

-Si yo fuera tú, me sentiría tan pinche, tan avergonzado que lloraría -me dijo-. Llora. Llora a tus anchas y te sentirás mejor.

Para mi completo asombro, comencé a sollozar. Luego me enojé tanto que rugí con furia. Sólo entonces me sentí mejor.

Don Juan me sacudió del brazo. Me dijo que por lo general la furia da cordura, o que a veces el miedo, o el humor dan cordura. Mi naturaleza violenta hacía que la cordura me viniera a través de la furia.

Agregó que me había debilitado debido a un cambio repentino en el resplandor de la conciencia. Ellos dos habían estado tratando de ayudarme por un largo rato. Aparentemente, Genaro lo había logrado al hacerme rabiar.

Para entonces ya era casi de noche. De pronto, Genaro señaló hacia algo que se movía al nivel de los ojos. En el crepúsculo parecía ser una gran mariposa nocturna que volaba alrededor del lugar en el que estábamos sentados.

-Ten mucho cuidado, tú eres muy exagerado -me dijo don Juan-. No te agites. Deja que Genaro te guíe y no desvíes tu mirada de ese punto que se mueve.

Definitivamente, lo que se movía era una mariposa nocturna. Yo podía distinguir con claridad todos sus detalles. Seguí su vuelo tortuoso y lento hasta que pude ver cada partícula de polvo en sus alas.

Algo me sacó de mi total absorción. Justo a mis espaldas sentí un parpadeo, un ruido silencioso, como si tal cosa fuera posible. Me volví y descubrí que había toda una hilera de gente alineada en el otro borde de la roca, el borde que quedaba un poco más alto que aquel en que estábamos sentados. Supuse que la gente de los alrededores, sospechosos al vernos en la vecindad por todo el día, había llegado con la intención de hacernos daño. Reconocí sus intenciones al instante.

Don Juan y Genaro, sin ponerse de pie, se deslizaron al suelo. De allí, los dos me dijeron al unísono que me bajara de inmediato. Nos alejamos de la roca sin volvernos a mirar si la gente nos seguía. Don Juan y Genaro se rehusaron a hablar mientras caminábamos de regreso a la casa de Genaro. Don Juan incluso me hizo callar con un feroz gruñido, llevando un dedo a sus labios. Genaro no entró a la casa, sino que siguió caminando mientras don Juan abrió la puerta y me empujó adentro.

-¿Quiénes eran esas personas, don Juan? -le pregunté cuando los dos estábamos sentados y había encendido la lámpara.

-Esos no eran gente -contestó.

-Vamos, don Juan no me venga con esas -dije-. Eran gente como usted y yo, los vi con mis propios ojos.

-Claro que los viste con tus propios ojos -repuso-, pero eso no significa nada. Tus ojos te engañaron. Esos no eran gente como tú y yo, y te estaban siguiendo. Genaro tuvo que alejarlos de ti.

-Si no eran gente, ¿qué eran entonces?

-Ah, ahí está el misterio -dijo-. Es un misterio del resplandor de la conciencia y no puede resolverse con raciocinios. Ese misterio sólo se puede presenciar.

-Déjeme presenciarlo entonces -dije.

-Pero ya lo hiciste, dos veces en un día -dijo-. En este momento no recuerdas lo que has visto, sin embargo lo recordarás cuando vuelvas a encender las emanaciones que resplandecían cuando estabas *viendo* el misterio al que me estoy refiriendo. Mientras tanto, volvamos a nuestra explicación.

Reiteró que la conciencia de ser comienza con la presión permanente que ejercen las emanaciones en grande sobre las del interior del capullo. Esta presión produce el primer acto de conciencia; detiene el movimiento de las emanaciones atrapadas, que incesantemente luchan por romper el capullo para salir, para morir.

-Los videntes saben que en verdad todos los seres vivientes luchan por morir -continuó-. Lo que detiene a la muerte es estar consciente de ser.

Don Juan dijo que los antiguos videntes se vieron profundamente perturbados por el hecho de que la conciencia detiene a la muerte y a la vez la induce al ser alimento para el Águila. Como no podían explicar esta contradicción, porque no hay manera racional de comprender la existencia, los videntes llegaron a la conclusión de que su conocimiento estaba compuesto de proposiciones contradictorias.

-¿Por qué desarrollaron un sistema de contradicciones? -pregunté.

-No desarrollaron nada -repuso-. *Viendo* descubrieron verdades indiscutibles. Esas verdades están ordenadas en términos de contradicciones supuestamente flagrantes, eso es todo.

"Por ejemplo, los videntes tienen que ser seres metódicos, racionales, parangones de sobriedad, y a la vez deben rehusar todas esas cualidades para poder ser completamente libres y abrirse a las maravillas y misterios de la existencia.

Su ejemplo me dejó confundido, pero no en extremo. Comprendí lo que quería decir. Él mismo había patrocinado mi racionalidad sólo para triturarla y exigir que no la tuviera. Le dije cómo entendía su punto de vista.

-Sólo un sentimiento de suprema sobriedad puede tender un puente entre las contradicciones -dijo.

-¿Podría decirse, don Juan, que el arte es ese puente?

-Al puente entre las contradicciones, lo puedes llamar como quieras, arte, sobriedad, amor, o incluso gentileza, gracia.

Don Juan siguió con su explicación y dijo que, al examinar el resplandor de la conciencia, los nuevos videntes hallaron que todos los seres orgánicos, excepto el hombre, aquietan las emanaciones atrapadas dentro de sus capullos para que ellas puedan alinearse con sus correspondientes emanaciones en grande. Los seres humanos en lugar de eso hacen que su primera atención tome un inventario de las emanaciones del Águila en el interior de sus capullos.

-¿Qué es un inventario, don Juan? -pregunté.

-Los seres humanos prestan atención a las emanaciones que tienen en el interior de sus capullos -contestó-. Ninguna otra criatura hace eso. En el momento en el que la presión de las emanaciones en grande fija a las emanaciones interiores, la primera atención comienza a observarse a sí misma. Anota todo acerca de sí misma, o por lo menos intenta hacerlo, de maneras aberrantes. Este es el proceso que los videntes llaman hacer un inventario.

"Con esto no quiero decir que los seres humanos eligen hacer un inventario, o que pueden rehusar hacerlo. Hacer un inventario es una orden

del Águila. Sin embargo, lo que queda sujeto a la voluntad del hombre es la forma en que se obedece ese comando.

Dijo que aunque no le gustaba llamar comandos a las emanaciones, eso es lo que son: comandos que nadie puede desobedecer. No obstante, la manera de no obedecer las órdenes radica en obedecerlas.

-En el caso del inventario de la primera atención -continuó-, los videntes hacen el inventario, porque no pueden desobedecer. Pero una vez que lo han hecho lo tiran por la ventana. El Águila no nos ordena adorar nuestro inventario: nos ordena hacerlo, esto es todo.

-¿Cómo *ven* los videntes que el hombre hace un inventario? -pregunté.

-Las emanaciones interiores del hombre no se aquietan con objeto de aparejarse con las exteriores -contestó-. Esto es evidente después de *ver* lo que hacen otras criaturas. Al aquietarse, algunas de ellas, se funden con las emanaciones en grande y se mueven con ellas. Por ejemplo, los videntes pueden *ver* cómo se expande a gran tamaño la luz de las emanaciones de los escarabajos.

"Pero los seres humanos aquietan sus emanaciones y reflexionan en ellas. Las emanaciones se concentran en sí mismas.

Dijo que los seres humanos llevan el comando de hacer un inventario a un extremo lógico y hacen caso omiso de todo lo demás. Una vez que están profundamente involucrados en el inventario, pueden ocurrir dos cosas. Pueden ignorar los impulsos de las emanaciones en grande, o pueden utilizar esos impulsos de una manera muy especializada.

El resultado final de ignorar esos impulsos es un estado único conocido como la razón, el raciocinio. El resultado de usar los impulsos de una manera especializada se conoce como la absorción en uno mismo.

Los videntes perciben la razón humana como un resplandor opaco, extrañamente homogéneo, que sólo en muy raras ocasiones responde a la constante presión de las emanaciones en grande; un resplandor que endurece al capullo, pero que también lo vuelve más quebradizo.

Don Juan comentó que en la especie humana la razón debería abundar, pero que en realidad es muy escasa. La mayoría de los seres humanos eligen la absorción en sí mismos.

Afirmó que para que pueda haber interacción entre los seres vivientes, la conciencia necesita un grado de absorción en sí misma. Pero con la excepción del hombre, ningún ser viviente tiene un grado tal de absorción en sí mismo. Al contrario de los hombres de razón, que ignoran el impulso de las emanaciones en grande, los individuos absortos en sí mismos usan esos impulsos y los convierten en una fuerza que agita aun más las emanaciones en el interior de sus capullos.

Al observar todo esto, los videntes llegaron a una conclusión práctica. *Vieron* que los hombres de razón llegan a vivir mucho más, porque al no hacer caso del impulso de las emanaciones en grande, aquietan la agitación natural dei interior de sus capullos. Por otra parte, al usar el impulso de las emanaciones en grande para crear una mayor agitación, los individuos absortos en si mismos acortan sus vidas.

-¿Qué *ven* los videntes cuando contemplan a seres humanos absortos en sí mismos? -pregunté.

-Los *ven* como descargas intermitentes de luz blanca, seguidas por largas pausas de opacidad -dijo.

Don Juan dejó de hablar. Yo ya no tenía preguntas que hacerle, o quizás estaba demasiado cansado para preguntar algo más. Hubo un fuerte

golpe en la puerta de la calle que me hizo saltar. La puerta se abrió de par en par y Genaro entró, sin aliento. La cerró al entrar y se dejó caer sobre el petate. Estaba cubierto de sudor.

-Estábamos hablando de la primera atención -le dijo don Juan.

-La primera atención sólo sirve con lo conocido -comentó Genaro-. Vale madre con lo desconocido.

-Eso no es del todo correcto -repuso don Juan-, La primera atención funciona muy bien con lo desconocido. Lo bloquea; lo niega con tanta ferocidad que, al final, lo desconocido no existe para la primera atención.

"Hacer un inventario nos vuelve invulnerables -continuó-. Es precisamente por eso que existe el inventario.

-¿Qué es lo que está usted diciendo? -le pregunté a don Juan.

No contestó. Miró a Genaro como si esperara una respuesta.

-Pero si abro la puerta -dijo Genaro- ¿podría la primera atención bloquear a lo que va a entrar?

-La tuya y la mía no podrían, pero la suya sí -dijo don Juan señalándome-. Vamos a tratarlo.

-¿Aunque esté en la conciencia acrecentada? -le preguntó Genaro a don Juan. ,

-Eso no significa nada -contestó don Juan.

Genaro se puso de pie, fue a la puerta y la abrió de un golpe. Saltó a un lado y al instante entró una ráfaga de viento frío. Don Juan y Genaro se colocaron junto a mí. Ambos me miraron con asombro.

Yo quería cerrar la puerta. El frío me hacía sentirme incómodo. Pero cuando me moví hacia ella, don Juan y Genaro saltaron frente a mí y me escudaron.

-¿No notas que hay algo extraño en el cuarto? -me preguntó Genaro.

-No, no noto nada -dije, y lo dije sinceramente.

Salvo el viento frío que soplaba por la puerta abierta, no había nada extraño allí.

-Cuando abrí la puerta entraron unos seres muy raros -dijo-. Qué, ¿a poco no los ves?

Había algo en su voz que me decía que esta vez no bromeaba. Y yo no veía absolutamente a ningún ser extraño.

Los tres salimos caminando de la casa, cada uno de ellos estaba pegado a mi costado. Don Juan recogió el quinqué y Genaro cerró con llave la puerta de la calle. Me empujaron dentro del coche a mí primero. Y luego los llevé a la casa de don Juan en el pueblo vecino.

VI. LOS SERES INORGÁNICOS

Al día siguiente le pedí una y otra vez a don Juan que me explicara nuestra apresurada salida de la casa de Genaro. Se negó a siquiera mencionar el incidente. Y Genaro tampoco me ayudó. Cada vez que le preguntaba me guiñaba el ojo, y se sonreía con una mueca de idiota.

Por la tarde, don Juan vino al patio trasero de la casa, donde yo estaba hablando con sus aprendices. Como si les hubieran dado una señal, todos los aprendices se fueron al instante.

Don Juan me tomó del brazo y comenzamos a caminar a lo largo del corredor. No dijo nada; durante un tiempo simplemente caminamos, casi como si estuviéramos en la plaza pública.

Don Juan de repente paró de andar y se volvió hacia mí. Dio una vuelta a mi alrededor, mirándome de pies a cabeza. Yo sabía que me estaba *viendo*. Sentí una extraña fatiga, una flojera que no había sentido hasta que sus ojos quedaron fijos en mí. De pronto comenzó a hablar.

-Creo que ayer Genaro y yo erramos contigo -empezó-, y digo esto porque te asustaste demasiado al entrar en lo desconocido. Genaro te empujó muy adentro, y allí te ocurrieron cosas extrañísimas.

-¿Qué cosas, don Juan?

-Cosas que por, ahora resultarían difíciles, aun imposibles de explicarte -dijo-. No tienes energía sobrante como para entrar a lo desconocido y encontrarle sentido. Cuando los nuevos videntes arreglaron el orden de las verdades de la conciencia de ser, *vieron* que la primera atención consume todo el resplandor de la conciencia del hombre, y que no queda libre ni un ápice de energía. Ese es tu problema, y el problema de todos los guerreros. De modo que los nuevos videntes propusieron que si los guerreros quieren penetrar en lo desconocido tienen que conservar su energía. Pero, ¿de dónde van a conseguir energía, si toda ella ya está usada? La conseguirán, dicen los nuevos videntes, destruyendo hábitos innecesarios.

Dejó de hablar y me pidió preguntas. Le pregunté qué le hacía al resplandor de la conciencia el destruir hábitos innecesarios.

Contestó que destruir hábitos desprende a la conciencia de la absorción en sí misma y le permite libertad al resplandor para enfocarse en otras cosas.

-Lo desconocido esta eternamente presente -prosiguió-, pero queda fuera de nuestro alcance normal. Lo desconocido es la parte superflua del hombre común. Y es superflua porque el hombre común no tiene suficiente energía libre para comprenderlo.

"Puesto que has pasado años enteros en el camino del guerrero, ahora tienes suficiente energía libre para captar lo desconocido; pero no la suficiente como para entenderlo o siquiera para recordarlo.

Me explicó que en el sitio ése de la roca plana yo había entrado muy profundamente en lo desconocido. Pero como yo estaba dado al vicio de la exageración, hice lo peor que uno puede hacer, me había aterrado desmedidamente. Por eso salí del lado izquierdo, con la prisa del alma que lleva el diablo, desafortunadamente llevando conmigo una legión de seres extraños.

Le dije a don Juan que no se andara por las ramas, que me dijera exacta y directamente qué quería decir con una legión de seres extraños.

Se encogió de hombros y siguió paseando conmigo.

-Al explicar la conciencia de ser -dijo-, se supone que estoy poniendo todo o casi todo en su lugar. Antes de hablar de esos seres hablemos un poco de los antiguos videntes.

Me llevó entonces al cuarto grande. Ahí nos sentamos y comenzó su elucidación.

-Los nuevos videntes han estado siempre aterrados por el conocimiento que los antiguos videntes habían acumulado a lo largo de los años -dijo don Juan-. Eso es muy natural. Los nuevos videntes han sabido siempre que ese conocimiento sólo lleva a la destrucción total. Pero aun así, siempre lo encontraron fascinante, especialmente a las prácticas.

-¿Cómo supieron de esas prácticas los nuevos videntes? -pregunté.

-Son el legado de los antiguos toltecas -contestó-. Los nuevos videntes las van conociendo conforme avanzan. Casi nunca las usan, pero las prácticas están ahí, como parte del conocimiento en general.

-¿Qué tipo de prácticas son, don Juan?

-Son fórmulas inescrutables, encantaciones, largos procedimientos que tienen que ver con el manejo de una fuerza muy particular y enigmática. Por lo menos era enigmática para los antiguos toltecas, que la enmascararon y la hicieron más aterradora de lo que es en realidad.

-¿Qué es esa fuerza misteriosa? -pregunté.

-Es una fuerza que se encuentra presente en todo lo que existe -dijo-. Los antiguos videntes jamás se propusieron desentrañar el misterio de la fuerza que los hizo crear sus prácticas secretas; simplemente lo aceptaron como algo sagrado. Pero los nuevos videntes lo observaron de cerca y lo llamaron *voluntad*, la *voluntad* de las emanaciones del Águila, o el *intento*.

Don Juan siguió explicando que los antiguos toltecas habían dividido su conocimiento secreto en cinco grupos de dos categorías cada uno: la tierra y las regiones de tinieblas, el fuego y el agua, lo de arriba y lo de abajo, el ruido y el silencio, lo móvil y lo estacionario. Especuló que debieron existir miles de técnicas diferentes que se volvieron más y más intricadas conforme pasó el tiempo.

"El conocimiento secreto de la tierra -prosiguió- tenía que ver con todo lo que se encuentra en el suelo. Había series particulares de movimientos, palabras, ungüentos, pociones que se aplicaban a personas, animales, insectos, árboles, plantas pequeñas, piedras y todo lo demás.

"Estas eran técnicas que convirtieron a los antiguos videntes en seres horrendos. Y las usaban ya fuera para cuidar o para destruir a cualquier ser animado o cosa inanimada.

"La contraparte de la tierra era lo que conocían como las regiones de tinieblas. Definitivamente, estas prácticas eran las más peligrosas. Trataban con entidades sin vida orgánica. Criaturas vivientes que se encuentran presentes en la tierra y que la habitan junto con todos los seres orgánicos.

"Sin duda alguna, uno de los hallazgos más valiosos de los antiguos videntes, al menos para ellos, fue el descubrimiento de que la vida orgánica no es la única forma de vida presente en esta tierra.

No le comprendí del todo. Esperé a que aclarara lo que había dicho.

-Los seres orgánicos no son las únicas criaturas que tienen vida -dijo; haciendo otra pausa, como dándome tiempo para evaluar sus afirmaciones.

Yo contesté con un largo alegato acerca de la definición de la vida y del estar vivo. Hablé de la reproducción, el metabolismo y el crecimiento: los procesos que distinguen a los organismos vivos de las cosas inanimadas.

-Estás sacando todo eso sólo de lo orgánico -dijo-. Esa no es la única categoría. No deberías basar todo lo que dices en esa sola categoría.

-Pero, ¿de qué otra manera puede ser? -pregunté.

-Para los videntes, el estar vivo significa tener conciencia -contestó-. Para el hombre común, tener conciencia significa ser un organismo. Ahí es donde difieren los videntes. Para ellos, tener conciencia significa que las emanaciones que crean la conciencia están encajonadas dentro de un receptáculo.

"Los seres orgánicos vivientes tienen un capullo que encierra las emanaciones. Pero hay otras criaturas, seres inorgánicos cuyos receptáculos no parecen capullos para el vidente. Pero sí contienen las emanaciones de la

conciencia y muestran características de vida que no son la reproducción y el metabolismo.

-¿Cómo cuáles, don Juan?

-Como las emociones desgarradoras, la tristeza, la alegría, la ira y etcétera, etcétera. Y que no se me olvide la mejor: el amor; un tipo de amor que el hombre ni siquiera puede concebir.

-¿A lo serio, don Juan? -le pregunté con sinceridad.

-A lo inorgánicamente serio -contestó sin expresión alguna y después comenzó a reírse.

-Si consideramos como clave lo que los videntes *ven* -continuó-, la vida es en verdad extraordinaria.

-Si esos seres están vivos, ¿por qué no se dejan conocer por el hombre?

-Lo hacen, todo el tiempo. Y no sólo se dejan conocer por los videntes sino también por el hombre común. El problema es que toda nuestra energía utilizable es consumida por la primera atención. El inventario del hombre no sólo la usa toda, también endurece al capullo al grado de volverlo inflexible. Bajo esas circunstancias no hay interacción posible.

Me recordó que en el curso de mi aprendizaje con él, había yo tenido, incontables veces, una visión directa de los seres inorgánicos. Repuse que yo había explicado racionalmente casi todos esos casos. Incluso había formulado la hipótesis de que sus enseñanzas, mediante el uso de plantas alucinógenas, estaban construidas para forzar a los aprendices a considerar como norma una interpretación primitiva del mundo. Le dije que no la había llamado formalmente una interpretación primitiva pero que en términos propios de la antropología la designé como una "visión del mundo más apropiada para sociedades de cazadores y recolectores de comida".

Don Juan se rió hasta que se quedó sin aliento.

-Realmente no sé si eres peor en tu estado de conciencia normal o en uno de conciencia acrecentada -dijo-. En tu estado normal no eres desconfiado, sino aburridamente razonable. Creo que me caes mejor cuando estás bien metido en el lado izquierdo, a pesar de que todo te asusta horriblemente, como te pasó ayer.

Antes de que pudiera yo decir nada, declaró que estaba oponiendo lo que hacían los antiguos videntes contra los logros de los nuevos videntes, como una especie de contrapunto, con el cual trataba de darme una visión más inclusiva del estar consciente de ser.

Continuó explicando las prácticas de los antiguos videntes. Dijo que otro de sus grandes hallazgos tenía que ver con el grupo del fuego y el agua. Descubrieron que las llamas tienen una cualidad muy peculiar; pueden transportar el cuerpo de un vidente, al igual que el agua.

Don Juan lo llamó un magnífico descubrimiento. Yo comenté que existen leyes básicas de la física que probarían que eso es imposible. Me pidió que esperara a que hubiera explicado todo antes de llegar a conclusión alguna. Me dijo que yo tenía que refrenar mi excesiva racionalidad, porque me afectaba de manera constante en mis estados de conciencia acrecentada. No se trataba de mis reacciones a influencias externas, sino dé sucumbir ante mis propios recursos.

Siguió adelante, explicando que los antiguos toltecas, aunque ciertamente *veían*, no comprendieron lo que *veían*. Simplemente usaron sus hallazgos sin tomarse la molestia de relacionarlos a una visión más amplia. En el caso de su categoría de fuego y agua, dividieron el fuego en calor y llama, y el agua en humedad y fluidez. Correlacionaron el calor con la

humedad y los llamaron propiedades menores. Consideraban que las llamas y la fluidez eran propiedades mágicas, superiores, y las usaron como medio para transportar sus cuerpos al reino de la vida inorgánica. Entre su conocimiento de la vida inorgánica y sus prácticas de fuego y agua, los antiguos videntes se quedaron atrapados en un atolladero sin salida.

Don Juan me aseguró que los nuevos videntes estaban de acuerdo en que el descubrimiento de seres vivos inorgánicos era en verdad extraordinario, pero no en la manera en que lo consideraban los antiguos videntes. El tener una relación directa con otro tipo de vida le dio a los antiguos videntes un falso sentido de invulnerabilidad, que sólo les aportó su perdición.

Le pedí que me explicara con mayor detalle las técnicas de fuego y agua. Se negó, diciendo que el conocimiento de los antiguos videntes era tan intrincado como inútil y que sólo iba a delinearlo.

Después hizo un resumen de las prácticas de lo de arriba y lo de abajo. Lo de arriba se trataba de conocimientos secretos acerca del viento, la lluvia, los relámpagos, las nubes, el trueno, la luz del día y el sol. El conocimiento de lo de abajo tenía que ver con la niebla, el agua de manantiales subterráneos, los pantanos, los rayos, los terremotos, la noche, la luz lunar y la luna.

El ruido y el silencio eran una categoría que tenía que ver con el manejo de los sonidos y del silencio. Lo móvil y lo estacionario eran prácticas que se ocupaban de aspectos misteriosos del movimiento y la inmovilidad.

Le pregunté si podría darme un ejemplo de cualquiera de las técnicas que había delineado. Me contestó que en todos los años de andar juntos ya me había dado docenas de demostraciones. Insistí que eso tenía muy poco valor para mí, puesto que yo ya había explicado racionalmente todo lo que me había sucedido.

No me contestó. Parecía o estar enojado conmigo por hacerle preguntas o bien seriamente dedicado a buscar un buen ejemplo. Después de un rato sonrió y dijo que ya había visualizado el ejemplo adecuado.

-La técnica que tengo en mente tiene que ponerse en acción en un arroyo que no sea nada hondo -dijo-. Hay uno cerca de la casa de Genaro.

-¿Qué tendré que hacer?

-Tendrás que conseguir un espejo de tamaño mediano.

Me sorprendió su petición. Comenté que los antiguos toltecas no conocían los espejos.

-Pues no los conocían -admitió sonriendo-. El espejo es lo que mi benefactor le agregó a la técnica. Lo único que necesitaban los antiguos videntes eran una superficie que reflejara las imágenes.

Explicó que la técnica consistía en sumergir una superficie brillante en las aguas poco hondas de un arroyo. La superficie podía ser cualquier objeto plano que tuviera una mínima capacidad para reflejar imágenes.

-Quiero que construyas un marco sólido de metal, para un espejo de tamaño mediano -dijo-. Tiene que ser impermeable, así que debes de sellarlo con broa. Tú mismo tienes que hacerlo, con tus propias manos.

-Cuando lo hayas hecho, tráelo y seguiremos adelante.

-¿Qué va a pasar, don Juan? .

-Qué, ¿a poco ya te entró el miedo? Y eres tú el que me pidió un ejemplo de una antigua práctica tolteca. Yo le pedí lo mismo a mi benefactor. Creo que en cierto momento todos piden lo mismo. Mi benefactor me dijo que él

también pidió una muestra. Su benefactor, el nagual Elías, le dio una; a su vez mi benefactor me dio la misma a mí, y ahora te la voy a dar a ti.

"En la época en que mi benefactor me la enseñó yo no sabía cómo lo hizo. Ahora lo sé. Algún día tú mismo también sabrás cómo funciona esta técnica; entenderás lo que hay detrás de todo esto.

Pensé que don Juan quería que yo regresara a mi casa en Los Angeles y que allá construyera el marco para el espejo. Le comenté que me sería imposible ir a Los Angeles y recordar la tarea, puesto que cambiaba de niveles de conciencia al irme a casa.

-En lo que acabas de decir hay algo totalmente desalineado -dijo-. México no es la luna. Podemos ir a Oaxaca y comprar cualquier cosa que necesites.

Al día siguiente fuimos a la ciudad en coche y compré todas las partes para el marco. Por un pago mínimo yo mismo lo armé en un taller mecánico. Don Juan me dijo que lo metiera en la cajuela de mi coche, y ni siquiera volvió la cabeza para verlo.

Entrada la tarde partimos de vuelta hacia la casa de Genaro y llegamos en la madrugada. Guardé el auto y busqué a Genaro. No estaba allí. La casa parecía desierta.

-¿Por qué tiene Genaro esta casa? -le pregunté a don Juan-. Él vive con usted, ¿no es así?

Don Juan no contestó. Me miró de manera extraña y fue a encender el quinqué. Me quedé yo solo en el cuarto en una oscuridad total. Sentí un gran cansancio que atribuí al viaje largo y tortuoso. Quería acostarme. En la oscuridad, no podía ver adónde había puesto Genaro los petates. Tropecé con un montón de ellos. Y entonces supe por qué Genaro tenía esa casa; él cuidaba de los aprendices hombres Pablito, Néstor y Benigno, quienes vivían allí cuando estaban en su estado de conciencia normal.

Me sentí eufórico; ya no estaba cansado. Cuando don Juan entró con la linterna, le conté lo que me había pasado. Se encogió de hombros y dijo que no tenía importancia, que no lo recordaría por mucho tiempo.

Me pidió que le mostrara el espejo. Pareció satisfecho y comentó que a pesar de no ser pesado era bien sólido. Se fijó en que usé tornillos y tuercas para unir el marco de aluminio a un pedazo de hojalata que usé como respaldo para un espejo de 45 cms. de largo por 35 cms. de ancho.

-Yo le hice un marco de madera a mi espejo -dijo-. Este se ve mucho mejor que el mío. Mi marco era muy pesado y a la vez frágil.

"Déjame explicar lo que vamos a hacer -prosiguió cuando terminó de inspeccionar el espejo-. O quizá debería decir lo que vamos a tratar de hacer. Tú y yo juntos, vamos a poner este espejo sobre la superficie del arroyo, ése que está al otro lado de esta casa. Es perfecto para nuestro propósito, es lo suficientemente ancho y poco profundo.

"La idea es dejar que la fluidez del agua nos presione y nos lleve de aquí.

Antes de que pudiera yo comentar algo o hacer alguna pregunta, me recordó que en el pasado yo ya había usado el agua de un arroyo muy similar y logré extraordinarios resultados con mi percepción. Se refería a lo que yo consideraba como los efectos posteriores a la ingestión de plantas alucinógenas. Yo había experimentado varias veces distorsiones perceptuales estando sumergido en la zanja de riego atrás de una casa que él tenía en el norte de México.

-Guarda tus preguntas hasta que yo te explique un poco más lo que los videntes saben acerca del fulgor de la conciencia -dijo-. Entonces

entenderás, de diferente modo, todo lo que estamos haciendo. Pero primero sigamos con nuestro procedimiento.

Caminamos hasta el arroyo, y eligió un lugar donde las rocas eran planas y no estaban cubiertas por el agua. Dijo que allí el arroyo no tenía profundidad, lo que era ideal para nuestros propósitos.

-¿Qué espera que suceda? -le pregunté lleno de una feroz aprensión.

-No lo sé. Lo único que puedo describirte es el procedimiento. Sostendremos el espejo con mucho cuidado, pero con gran firmeza. Lo colocaremos suavemente sobre la superficie del agua y lo dejaremos que se sumerja. Después lo sostendremos contra el fondo. Ya revisé este sitio. Hay suficiente sedimento como para hundir los dedos bajo el espejo y sostenerlo firmemente.

Me pidió que me acuclillara en una roca plana, en medio de la lenta corriente. Me hizo agarrar el espejo con ambas manos, de dos esquinas y se acuclilló frente a mí sosteniendo el espejo al igual que yo. Dejamos que el espejo se hundiera y luego lo sujetamos metiendo nuestros brazos en el agua casi hasta los codos.

Me ordenó que borrara todos mis pensamientos y mirara con fijeza la superficie del espejo. Repitió una y otra vez que el asunto consistía en no pensar en nada. Miré con fijeza el espejo. La lenta corriente desordenaba ligeramente la reflexión de la cara de don Juan y la mía. Después de unos minutos de contemplación ininterrumpida me pareció que poco a poco se aclaraba la imagen de su cara y de la mía. Creció el tamaño del espejo hasta que abarcó por lo menos una cuadratura de un metro. La corriente parecía haberse detenido, y el espejo se veía tan claro como si estuviera colocado encima del agua. Lo que me parecía aún más extraño era la precisión y agudeza de nuestras imágenes. Era como si hubieran amplificado mi cara, no en tamaño sino en enfoque. Podía ver los poros de la piel de mi frente.

Don Juan me susurró que no fijara mi vista en mis ojos o los suyos, sino que dejara vagar mi mirada sin enfocar ninguna parte de nuestras imágenes.

-¡Mira intensamente sin mirar con fijeza! -ordenó repetidamente susurrando en mi oído.

Hice lo que dijo sin detenerme a pensar en la aparente contradicción. En ese momento algo adentro de mí estaba atrapado en ese espejo y la contradicción tenía sentido. "Es realmente posible mirar intensamente sin mirar con fijeza" pensé, y al momento en que quedó formulado ese pensamiento otra cabeza apareció junto a la de don Juan y a la mía, en el lado inferior del espejo, a mi izquierda.

Todo mi cuerpo tembló. Susurrando, don Juan ordenó que me calmara y que no mostrara miedo o sorpresa. Me ordenó mirar intensamente sin mirar con fijeza al recién llegado. Tuve que hacer un esfuerzo inimaginable para no quedar boquiabierto y soltar el espejo. Mi cuerpo se sacudía de pies a cabeza. Con un susurro don Juan volvió a decirme que me controlara. Una y otra vez me tocó ligeramente con el hombro.

Lentamente logré controlar mi temor. Miré intensamente a la tercera cabeza y poco a poco me di cuenta de que no era una cabeza humana ni tampoco una cabeza de animal. No era una cabeza en lo más absoluto. Era una forma que no tenía movimiento interno. Al ocurrírseme ese pensamiento, me di cuenta al momento de que no lo había pensado yo mismo. Pero darme cuenta de ello no era tampoco un pensamiento.

Experimenté un momento de tremenda ansiedad y entonces algo incomprensible se me hizo claro. ¡Los pensamientos eran una voz en mi oído!

-¡Estoy *viendo*! -grité en inglés, pero no se escuchó sonido alguno.

-Sí, estás *viendo* -dijo en castellano la voz en mi oído.

Sentía que una fuerza incontenible me había encajonado y me apretaba. No sentía dolor, ni siquiera angustia. No sentía nada. Pero sabía, sin duda alguna, porque la voz me lo decía, que yo no podía romper el apretón de esa fuerza mediante un acto de voluntad o de fortaleza. Sabía que me estaba muriendo. Levanté la vista automáticamente, para mirar a don Juan, y en el instante en que nuestras miradas se encontraron la fuerza me soltó. Estaba libre. Don Juan me sonreía como si supiera con exactitud lo que me estaba pasando.

Me di cuenta de que estaba de pie. Don Juan sostenía el espejo de lado para escurrirle el agua.

Caminamos en silencio de regreso a la casa.

-Los antiguos toltecas estaban simplemente hipnotizados con sus hallazgos -dijo don Juan.

-No me extraña en nada -dije.

-A mí tampoco -repuso don Juan.

La fuerza que me envolvió fue tan poderosa que, durante horas después, quedé incapacitado para hablar, incluso para pensar. Me había congelado con una total ausencia de voluntad. Y me estaba deshelando muy lentamente.

-Sin ninguna intervención deliberada de nuestra parte -prosiguió don Juan-, esta antigua técnica tolteca ha sido dividida en dos partes para ti. La primera fue justo lo suficiente para familiarizarte con lo que ocurre. En la segunda, trataremos de lograr a lo que aspiraban los antiguos videntes.

-¿Qué es lo que en realidad pasó allá afuera, don Juan? -pregunté.

-Existen dos versiones. Primero te contaré la versión de los antiguos videntes. Ellos creían que la superficie reflectora de un objeto brillante sumergido en el agua amplifica el poder de la fluidez del agua. Lo que solían hacer era mirar intensamente a extensiones de agua, y la superficie reflectora sumergida en ellas les servía como ayuda para acelerar el proceso de contemplar. Creían que nuestros ojos son las llaves que abren las puertas de lo desconocido; contemplar el agua, permitía que sus ojos abrieran el camino.

Don Juan dijo que los antiguos videntes observaron que la humedad del agua sólo humedece o empapa, que la fluidez del agua mueve. Supusieron que la fluidez corría en busca de otros niveles debajo del nuestro. Creían que el agua nos fue dada no sólo para la vida, sino también como la conexión, como el camino a los otros niveles de abajo.

-¿Hay muchos niveles de abajo? -pregunté.

-Los antiguos videntes contaron siete niveles.

-¿Los conoce usted, don Juan?

-Yo soy un vidente del nuevo ciclo, y por consiguiente tengo una visión diferente -dijo-. Yo te estoy simplemente mostrando lo que hacían los antiguos videntes y te estoy explicando en lo que creían.

Afirmó que él tenía puntos de vista diferentes, pero que eso no invalidaba las prácticas de los antiguos videntes; ellos erraron en sus interpretaciones, pero sus verdades tenían valor práctico para ellos. En el caso de las prácticas del agua, estaban convencidos de que era humanamente posible ser transportado de cuerpo entero por la fluidez del

agua, a cualquier nivel entre el nivel nuestro y los otros siete niveles de abajo; o ser transportados en esencia a cualquier lugar en nuestro nivel, siguiendo el curso natural de un río en sus dos direcciones. De acuerdo a ello utilizaban la corriente de los ríos para ser transportados en esencia, en este nivel nuestro, y el agua de lagos profundos o el de los manantiales para ser transportados en cuerpo a las profundidades.

-A dos cosas aspiraban con la técnica que te estoy mostrando -continuó-. Por una parte usaban la fluidez del agua para ser transportados en cuerpo al primer nivel de abajo, y por otra parte la usaban para tener un encuentro cara a cara con un ser viviente de ese primer nivel. Eso en forma de cabeza que vimos en el espejo era una de esas criaturas que se acercó a echarnos un vistazo.

-Entonces, ¡realmente existen! -exclamé.

-Claro que sí -repuso.

Dijo que a los antiguos videntes les hizo mucho daño su absurda insistencia en aferrarse a sus procedimientos, pero eso no significaba que lo que encontraron fuera una tontería. Descubrieron que la manera más segura de ir al encuentro de una de esas criaturas es a través de una extensión de agua. El tamaño de la extensión de agua no es pertinente; un océano o una laguna cumplen la misma función. Él había escogido un arroyo porque odiaba mojarse. Hubiéramos obtenido los mismos resultados en un lago o un gran río.

-Esas otras vidas se acercan a indagar lo que ocurre cuando los seres humanos llaman -prosiguió-. La técnica tolteca es como tocarles la puerta. Los antiguos videntes decían que la superficie brillante en el fondo del agua servía como anzuelo y como ventana. Así que los seres humanos y esas criaturas se citan en una ventana.

-¿Fue eso lo que me ocurrió? -pregunté.

-Los antiguos videntes hubieran dicho que te jaló el poder del agua y el poder del primer nivel, además de la influencia magnética de la criatura en la ventana.

-Pero escuché una voz en el oído que decía que me estaba muriendo -dije.

-La voz tenía razón. Te estabas muriendo, y hubieras fallecido si no estoy yo allí. Ese es el peligro de practicar las técnicas de los toltecas. Son extremadamente efectivas pero la mayor parte del tiempo son mortales.

Le dije que me daba vergüenza confesar que había estado aterrado. Ver ese bulto en el espejo y tener la sensación de una fuerza envolvente a mi alrededor, habían resultado ser demasiado para mí el día anterior.

-No quiero alarmarte -dijo-, pero todavía no te ha pasado nada. Si lo que me pasó a mí va a ser el punto de referencia de lo que te va a pasar a ti, más vale que te prepares para un susto mortal. Es mejor que te tiemblen las piernas ahora que morir de miedo mañana.

El pánico que me envolvió fue tan aterrador que ni siquiera podía hablar para plantear las preguntas que se me ocurrían. Luché por recobrar la voz. Don Juan se rió tanto que comenzó a toser. Su cara se puso morada. Cuando recuperé la voz, cada una de mis preguntas provocó otro ataque de risa y tos.

-No sabes lo chistoso que me parece todo esto -dijo al fin-. No me río de ti. Simplemente es la situación. Mi benefactor me hizo pasar lo mismo, y al verte no puedo evitar verme a mí mismo.

Le dije que me sentía mal hasta del estómago. Dijo que eso estaba muy bien, que era natural tener miedo, y que el controlar el miedo era un error que no tenía sentido. Los antiguos videntes quedaron atrapados al suprimir su terror cuando lo natural hubiera sido volverse locos de miedo. Controlaron su miedo, en vez de cambiar o abandonar sus cómodos esquemas.

-¿Qué más vamos a hacer con el espejo? -pregunté.

-Lo vamos a usar para efectuar un encuentro cara a cara entre tú y la criatura esa que sólo vislumbramos ayer.

-¿Qué ocurre en un encuentro cara a cara?

-Lo que ocurre es que una forma de vida, la forma humana, se encuentra con otra forma de vida. Los antiguos videntes dirían que, en este caso, es una criatura del primer nivel de la fluidez del agua.

Explicó que los antiguos videntes supusieron que los siete niveles que existían debajo del nuestro eran niveles de la fluidez del agua. Para ellos un manantial tenía una incalculable importancia, porque creían que en un caso así la fluidez del agua se invierte y va de la profundidad a la superficie. Consideraron que ese era el medio a través del cual las criaturas de otros niveles, esas otras formas de vida, vienen a nuestro plano a escudriñarnos, a observarnos.

-En este respecto los antiguos videntes no se equivocaron -prosiguió-. Dieron en el clavo. Entidades que los nuevos videntes llaman los aliados aparecen, por cierto, alrededor de pozos y manantiales.

-¿La criatura en el espejo era un aliado? -pregunté.

-Claro que sí. Pero no era uno que pueda ser utilizado. La tradición de los aliados, con la que te he familiarizado en el pasado, viene directamente de los antiguos videntes. Hicieron maravillas con los aliados; y sin embargo, todo lo que hicieron no valió nada cuando se presentaron sus verdaderos enemigos: sus semejantes.

-Puesto que esos seres son los aliados, deben ser muy peligrosos -dije.

-Tan peligrosos como nosotros los hombres, ni más, ni menos.

-¿Pueden matarnos?

-No directamente, pero seguro pueden matarnos de un susto. Tienen suficiente energía para acercarse a la ventana, o hasta para cruzar los linderos entre los niveles. Estoy seguro que ya te habrás dado cuenta, a estas alturas, que los antiguos toltecas no se detuvieron solamente en la ventana. Encontraron extrañas maneras de pasar al otro lado.

La segunda fase de la técnica transcurrió muy similar a la primera, excepto que me tardé quizás el doble de tiempo en calmarme y detener mi agitación interna. Una vez logrado eso, se aclararon al instante las imágenes de don Juan y la mía. Las miré intensamente sin mirarlas con fijeza, por lo menos, durante una hora. Yo esperaba que el aliado apareciera en cualquier momento, pero nada ocurrió. Me dolía el cuello. Tenía tiesa la espalda y las piernas adormecidas. Susurrando, don Juan me dijo que mi incomodidad se desvanecería en el momento en que apareciera el aliado.

Eso fue absolutamente cierto. La impresión de ver surgir un bulto redondo al margen del espejo dispersó todas mis incomodidades.

-¿Qué hacemos ahora? -susurré.

-No te pongas tenso y no enfoques tu mirada en nada, ni siquiera por un instante -contestó-. Observa todo lo que aparece en el espejo. Mira intensamente sin mirar con fijeza.

Le obedecí. Observé todo dentro del marco del espejo. Había un peculiar zumbido en mis oídos. Don Juan me dijo en voz baja que tenía que mover mis ojos en la dirección de las manecillas del reloj si sentía que me envolvía una fuerza insólita, pero que bajo ninguna circunstancia debía levantar la cabeza para mirarlo.

Después de un momento me di cuenta de que el espejo reflejaba algo más que las imágenes de nuestras caras y la del bulto redondo. Su superficie se oscureció. Aparecieron puntos de una intensa luz violeta. Crecieron. También había puntos de profunda negrura. Luego se convirtió todo en algo como una imagen plana de un cielo nocturno con nubes dispersas, a la luz de la luna. De pronto, toda la superficie se aclaró, como si hubiera sido una película que fuera enfocada. El nuevo panorama era una soberbia vista tridimensional de las profundidades.

Era absolutamente imposible para mí sustraerme de la tremenda atracción de esa grandiosa vista. Comenzó a arrastrarme inexorablemente hacia su interior.

Con autoridad, don Juan susurró que debía girar los ojos si apreciaba en algo la vida. El movimiento me brindó alivio inmediato. De nuevo distinguía la forma del aliado y nuestras imágenes. Después desapareció y volvió a aparecer al otro margen del espejo.

Don Juan me ordenó empuñar el marco con toda mi fuerza. Me advirtió que tuviera calma y que no hiciera movimientos repentinos.

-¿Qué va a pasar? -susurré.

-El aliado tratará de salirse por el espejo -contestó.

Inmediatamente sentí un poderoso tirón. Algo me sacudió de los brazos. El tirón provenía de por debajo del espejo. Era como una fuerza succionadora que creaba una presión uniforme alrededor de todo el marco.

-Aférrate del marco con firmeza pero no rompas el espejo -ordenó don Juan-. Hazle la lucha. No dejes que el aliado hunda demasiado el espejo.

La fuerza que tironeaba contra nosotros era enorme. Sentí que mis dedos iban a romperse o ser aplastados contra las rocas del fondo del arroyo. En cierto momento don Juan y yo perdimos el equilibrio y tuvimos que saltar de las rocas al agua. Las aguas eran bastante bajas, pero la violenta y aterradora agitación de la fuerza del aliado alrededor del marco del espejo me daba la impresión de que estábamos en un río enorme. El agua giraba locamente en torno a nuestros pies, pero las imágenes en el espejo permanecían inalteradas.

-¡Cuidado! -gritó don Juan-. ¡Ahí viene!

El tironeo se convirtió en un empujón desde abajo. Algo agarraba al espejo, y no del margen exterior del marco donde don Juan y yo lo sosteníamos sino del interior del vidrio. Era como si la superficie del vidrio fuera en verdad una ventana y algo o alguien estuviera trepando por ella para salirse.

Don Juan y yo luchamos desesperadamente, ya fuera para hundir el espejo cuando lo empujaban hacia arriba, o para empujarlo hacia arriba cuando lo trataban de hundir. Lentamente, en una posición encorvada, nos movimos aguas abajo. El arroyo era allí más profundo y el fondo estaba cubierto de rocas resbalosas.

-Saquemos el espejo del agua y librémonos del aliado -dijo don Juan con voz ronca.

La violenta agitación continuaba sin descanso. Era como si con las manos hubiéramos atrapado un enorme pez que nadaba dando vueltas alocadamente.

Se me ocurrió que, en esencia, el espejo era una media puerta o una escotilla cuadrada. Definitivamente una extraña forma trataba de salir por ella trepándose desde el fondo. Se apoyaba en el margen de la media puerta con un peso formidable, y era lo suficientemente grande para bloquear las imágenes de don Juan y la mía. Yo solamente distinguía una masa que trataba de empujarse hacia arriba.

El espejo estaba hundido pero no reposaba en el fondo del arroyo. Mis dedos no estaban oprimidos contra las piedras. El espejo estaba a media agua, detenida por las fuerzas opuestas del aliado y de nosotros. Don Juan dijo que iba a extender sus manos por abajo del espejo y que yo debía asirlas rápidamente para lograr así un mejor punto de apoyo para alzar el espejo con nuestros antebrazos. Cuando lo soltó, el espejo se inclinó hacia su lado. Rápidamente busqué sus manos pero no había nada por debajo. Titubeé un segundo más de la cuenta y el espejo voló de entre mis manos.

-¡Agárralo! ¡Agárralo! -gritó don Juan.

Cogí al espejo justo cuando iba a estrellarse sobre unas rocas. Lo saqué del agua, pero no con la rapidez suficiente. El agua parecía goma. Al sacar el espejo también saqué una porción de una pesada sustancia gomosa que simplemente me arrebató el espejo de las manos, regresándolo al agua.

Mostrando una extraordinaria agilidad, don Juan pescó al espejo y lo levantó de lado sin ninguna dificultad.

Nunca en mi vida había sufrido un ataque de tal melancolía. Era una tristeza que no tenía fundamento preciso; la asociaba yo con el recuerdo de las profundidades que vi en el espejo. Era una mezcla de añoranza pura por aquellas profundidades y un absoluto horror de su escalofriante soledad.

Don Juan comentó que en la vida de los guerreros era extremadamente natural el estar triste sin ninguna razón aparente, y que, como campo de energía, el huevo luminoso presiente su destino final cada vez que se rompen las fronteras de lo conocido. Vislumbrar la eternidad que queda fuera del capullo es suficiente para romper la seguridad de nuestro inventario. En ocasiones, la melancolía resultante es tan intensa que puede provocar la muerte.

Dijo que la mejor manera de deshacerse de la melancolía es reírse de ella. Con un tono burlón comentó que mi primera atención hacía todo para restaurar el orden que había sido roto por mi contacto con el aliado. Ya que no había forma de restaurarlo por medios racionales, mi primera atención lo hacía enfocando todo su poder en la tristeza.

Le dije que para mí era innegable que mi melancolía era real. Darme completamente a ella, sentirme abatido, estar taciturno no pertenecían al sentimiento de soledad que se me venía encima al recordar aquellas profundidades.

-Finalmente estás aprendiendo algo -dijo-. Tienes razón. No hay nada más solitario que la eternidad. Y nada es más cómodo para nosotros que la condición humana. Esto es ciertamente otra contradicción, ¿cómo puede el hombre conservar los vínculos de su humanidad y al mismo tiempo aventurarse, con gusto y con propósito, en la absoluta soledad de la eternidad? Cuando logres resolver este acertijo, estarás listo para el viaje definitivo.

Con total certeza, supe entonces la razón de mi tristeza. Era un sentimiento recurrente en mí, algo que siempre olvidaba hasta el momento de enfrentarlo de nuevo: la insignificancia de la humanidad ante la inmensidad de esa cosa-en-sí-misma que vi reflejada en el espejo.

-En verdad, los seres humanos no somos nada, don Juan -dije.

-Sé exactamente lo que estás pensando -dijo-. Por supuesto, no somos nada, pero ¡qué maravillosa contradicción! ¡Qué desafío! ¡Que unas nulidades como nosotros puedan enfrentarse a la soledad de lo eterno!

Abruptamente cambió de tema, dejándome con la boca abierta. Comenzó a hablar de nuestro encuentro con el aliado. Dijo que, en primer lugar, la lucha con el aliado no era un chiste. No había sido realmente una cuestión de vida o muerte, pero tampoco fue un paseo al campo.

-Escogí esa técnica -prosiguió-, porque mi benefactor me la enseñó a mí. Cuando le pedí que me diera un ejemplo de las técnicas de los antiguos videntes, casi se partió de risa; mi petición le recordaba tanto su propia experiencia. Su benefactor, el nagual Elías, también le había dado una ruda demostración de la misma técnica.

Dijo don Juan que como él y su benefactor usaron madera para hacer el marco de sus espejos, debía haberme pedido hacer lo mismo, pero quiso saber lo que pasaría si mi marco era más resistente que el suyo o el de su benefactor. Los de ellos se rompieron, y en ambas ocasiones el aliado salió.

Explicó que en su caso el aliado despedazó el marco. Él y su benefactor se quedaron con dos pedazos de madera en las manos mientras el espejo se hundía y el aliado salía por él. Comentó que en la reflexión de los espejos los aliados no son realmente aterradores porque uno sólo ve una forma, una especie de bulto. Pero una vez que salen, además de ser horrendos a la vista, son un verdadero dolor de cabeza. Me advirtió que una vez que los aliados salen de su nivel les resulta muy difícil regresar. Lo mismo ocurre con el hombre. Si los videntes se adentran al nivel de esas criaturas, es posible que jamás se vuelva a saber de ellos.

-Mi espejo se deshizo con la fuerza del aliado -dijo-. Ya no existía la ventana y el aliado no podía regresar a su nivel así que se me vino encima. Corrió a agarrarme, rodando como una bola. Huí en cuatro patas a una velocidad inverosímil. Gritando como demonio, subí y bajé laderas y cerros como poseído. Durante todo ese tiempo el aliado estaba a centímetros de mí.

Don Juan dijo que su benefactor corrió tras él y el aliado, pero como ya era un anciano no podía moverse con suficiente rapidez. Sin embargo, tuvo el buen tino de gritar que iba a hacer una hoguera para deshacerse del aliado y que don Juan debía correr en círculos hasta que todo estuviera listo. Se puso a juntar ramas secas mientras don Juan corría alrededor de una colina enloquecido de pavor.

Don Juan confesó que en un momento dado se dio clara cuenta de que su benefactor, puesto que era un guerrero capaz de disfrutar cualquier situación concebible, se estaba divirtiendo enormemente a su costo. Se enojó tanto que el aliado dejó de perseguirlo, y don Juan, lleno de ira le echó en cara a su benefactor que era malicioso. Su benefactor no contestó, pero hizo una mueca de genuino horror al mirar por encima de don Juan al aliado que les hacía sombra a los dos. En vista de tal peligro, don Juan olvidó su enojo y comenzó de nuevo a correr en círculos.

-En verdad, mi benefactor era un viejo diabólico -dijo don Juan riendo-. Había aprendido a reírse por dentro. No se le veía en la cara, y así podía fingir llorar o rabiar cuando realmente se estaba muriendo de risa. Ese día,

mientras el aliado corría en círculos, persiguiéndome, mi benefactor se quedó cruzado de brazos, defendiéndose de mis acusaciones. Cada vez que pasaba yo corriendo ante él, sólo escuchaba fragmentos de su larga defensa. Cuando hubo terminado, comenzó a discutir el procedimiento para deshacernos del aliado: que tenía que reunir una gran cantidad de ramas secas, que el aliado era grande, que la hoguera tenía que ser tan grande como el mismo aliado, que quizá la maniobra no resultaría.

"Sólo mi miedo enloquecedor me mantuvo en pie.

Finalmente, cuando vio que yo estaba a punto de caer muerto de agotamiento, encendió la hoguera y con las llamas me escudó del aliado.

Don Juan dijo que permanecieron ante la hoguera durante toda la noche. Para él, el peor momento fue cuando su benefactor tuvo que ir en busca de ramas secas y lo dejó solo. Tuvo tanto miedo que le prometió a Dios que iba a dejar el camino del guerrero y se iba a convertir en agricultor.

-Por la mañana, cuando había agotado toda mi energía, el aliado logró empujarme al fuego y sufrí graves quemaduras, agregó don Juan.

-¿Qué le pasó al aliado? -pregunté.

-Mi benefactor nunca me dijo lo que le pasó -contestó-. Pero siento que sigue vagando por ahí, tratando de encontrar el camino de regreso.

-¿Y qué pasó con la promesa que le hizo usted a Dios?

-Mi benefactor me dijo que no me preocupara, que había demasiadas cosas que yo aún no comprendía. Mi promesa era seria, pero que no había nadie que escuchara tales promesas, porque no existe un Dios. Lo único que existe son las emanaciones del Águila, y a ellas no hay manera de hacerles promesas.

-¿Qué habría ocurrido si el aliado lo atrapa? -pregunté.

-Quizá me hubiera muerto de miedo -dijo-. De haber sabido lo que le pasa a uno al ser atrapado hubiera dejado que me alcanzara. En aquel entonces yo era un hombre temerario. Una vez que te agarra el aliado, o te da un ataque al corazón y te mueres del susto, o forcejeas con él. Después de un momento de violenta agitación, la energía del aliado mengua. Aparte de asustarnos, los aliados no pueden hacernos nada con su imitación de ferocidad; nosotros tampoco los afectamos mucho. Estamos verdaderamente separados por un abismo.

"Los antiguos videntes creían que, al momento en que la energía del aliado mengua, sus poderes pasan al hombre con quien forcejea. ¡Qué poderes, ni qué poderes! A los antiguos videntes les salían aliados por las orejas, y el poder de los aliados no les valió un bledo.

Don Juan explicó que, una vez más, les correspondió a los nuevos videntes aclarar esta otra confusión. Descubrieron que lo único que cuenta es la impecabilidad, esto es, la energía que se ahorra. Era cierto que hubo casos entre los antiguos toltecas, de videntes que fueron salvados por sus aliados, pero eso no tuvo nada que ver con el poder de sus aliados, sino más bien con la impecabilidad de esos videntes que les permitió usar la energía de aquéllas otras formas de vida.

Los nuevos videntes descubrieron algo aún más importante; lo que hace a los aliados utilizables o inutilizables para el hombre. Los aliados inútiles, de los cuales hay extraordinarias cantidades, son aquéllos compuestos de emanaciones que no tienen equivalente en los seres humanos. Son tan diferentes a nosotros que resultan completamente incomprensibles. La otra clase de aliados, notablemente escasa en número, está compuesta de seres que poseen emanaciones correspondientes a las nuestras.

-¿Cómo utiliza el hombre a esa clase de aliados? -pregunté.

-Deberíamos usar otra palabra en vez de utilizar -contestó-. Yo diría que lo que tiene lugar entre videntes y aliados de este tipo es un adecuado intercambio de energía.

-¿Cómo ocurre el intercambio?

-A través de las emanaciones que coinciden -dijo-.

“Naturalmente, esas emanaciones están en el lado izquierdo del hombre; el lado que jamás se usa. Por esta razón, los aliados están totalmente vedados al mundo de la conciencia normal, o el lado de la racionalidad.

Dijo que las emanaciones coincidentes les dan a ambos un terreno común. Luego, con la familiaridad, se establece un eslabón más profundo, que beneficia a ambas formas de vida. Los videntes buscan la cualidad etérea de los aliados; pueden ser fabulosos guías y guardianes. Los aliados buscan la fuerza del amplio campo energético del hombre, e incluso con él pueden hasta materializarse.

Me aseguró que videntes con experiencia ejercitan esas emanaciones coincidentes hasta que las hacen unirse; en ese momento tiene lugar el intercambio. Los antiguos videntes no supieron que existía tal proceso y desarrollaron complejas técnicas, como la que me había mostrado, para descender a las profundidades que yo vi en el espejo.

-Para ayudarse en su descenso -continuó-, los antiguos videntes tenían una cuerda de fibra especial que se ataban alrededor de la cintura. Tenía una punta remojada en resina, que cabía en el ombligo, como un tapón. Los videntes tenían un asistente o varios que sostenían la cuerda mientras ellos se perdían en su contemplación.

-Pero, ¿llegaron a descender corporalmente? -pregunté.

-Los hombres, en general, tienen enorme capacidad, especialmente si controlan la conciencia -contestó-. Los antiguos videntes eran estupendos. En sus excursiones a las profundidades hallaron maravillas. Para ellos era rutinario encontrarse con aliados.

"Desde luego que ahora ya te das cuenta de que decir las profundidades es usar una metáfora. No hay ninguna clase de profundidades. Lo único que existe es el Aguila y sus emanaciones. El secreto es manejar la conciencia de ser. Sin embargo los antiguos videntes jamás lo entendieron.

Le dije a don Juan que, basándome en lo que él me había contado de su experiencia con el aliado, y en mi propia impresión al sentir la violenta agitación del aliado en el agua, concluí que los aliados son muy agresivos.

-Ni tanto -dijo-. No es que no tengan suficiente energía para ser agresivos, sino que tienen más bien un diferente tipo de energía. Son más como una corriente eléctrica. Los seres orgánicos son como ondas de calor.

-¿Por qué lo persiguió el aliado durante tanto tiempo? -pregunté.

-Eso no es ningún misterio -dijo-. A los aliados los atraen las emociones. El terror básico es lo que más los atrae; libera el tipo de energía más conveniente para ellos. El terror básico unifica las emanaciones en su interior. Como mi terror básico era ininterrumpido, el aliado comenzó a seguirlo o mejor dicho mi terror enganchó al aliado y no lo soltó.

Dijo que los antiguos videntes al descubrir que el terror animal es lo que los aliados disfrutan por encima de todo, llegaron al extremo de intencionalmente nutrir a sus aliados, asustando a gente a veces hasta matarlos. Los antiguos videntes estaban convencidos de que los aliados tenían sentimientos humanos, pero los nuevos videntes *vieron* que la energía

liberada por las emociones simplemente engancha a los aliados; el cariño es igualmente efectivo, o el odio, o la tristeza, o la alegría.

Don Juan dijo que si él hubiera sentido cariño por aquel aliado, el aliado lo hubiera perseguido de todos modos, pero la persecución hubiera tenido otro cariz. Yo le pregunté qué habría pasado si él hubiera controlado su terror. ¿Habría el aliado dejado de perseguirlo? Contestó que controlar el terror era una estratagema de los antiguos videntes. Aprendieron a controlarlo al punto de poder repartirlo. Con su propio terror enganchaban a los aliados, y al darlo de manera gradual, como si fuera alimento, de verdad esclavizaban a los aliados.

-Los antiguos videntes eran hombres aterradores -agregó don Juan y me encaró con una sonrisa burlona-. No debería referirme a ellos en el pasado pluscuamperfecto -continuó- porque incluso el día de hoy son aterradores. Su intención es dominar, ser los amos de todos y de todo.

-¿Incluso hoy en día, don Juan? -pregunté buscando que me explicara más.

Cambió de tema, dijo que yo había perdido la oportunidad de sentir un terror básico y sin medida. Comentó que la efectiva manera en que yo había sellado el marco del espejo impidió que el agua se colara atrás del vidrio. Consideraba ésto como el factor decisivo que había impedido que el aliado despedazara el marco.

-Qué lástima -dijo-. A lo mejor hasta te hubiera caído simpático ese aliado. Por cierto, no era el mismo que vino a la ventana el día anterior. El segundo era perfectamente utilizable y tenía mucha afinidad contigo.

-¿Usted tiene aliados, verdad, don Juan? -le pregunté.

-Como tú sabes, tengo los aliados de mi benefactor -dijo-. No puedo decir que siento por ellos el mismo cariño que mi benefactor les tenía. Él era un hombre sereno pero completamente apasionado, que regalaba generosamente todo lo que podía, incluyendo su energía.

-Amaba a sus aliados. Para él no era ninguna pérdida o inconveniente que los aliados usaran su energía y se materializaran. Había uno en particular que incluso podía adoptar la figura humana en una forma grotesca.

Don Juan de pronto comenzó a reír. Y me aseguró que gracias a que él no sentía gran cariño por los aliados, nunca me había asustado con ellos, como lo hizo su benefactor con él. Me contó que mientras estaba inmovilizado en cama, reponiéndose dé su herida en el pecho, tenía mucho tiempo para cavilar y que su benefactor le resultaba un viejo tremendamente extraño. Habiendo logrado escapar a duras penas de las garras de un pinche tirano, don Juan sospechaba que había caído en otra trampa. Su intención era esperar hasta haber recuperado sus fuerzas y entonces huir cuando el viejo no estuviera en casa. Pero el viejo debió leerle el pensamiento porque un día, en tono confidencial, le susurró a don Juan que debía reponerse lo más rápido posible para que ambos pudieran escapar de un hombre monstruoso que lo había capturado y lo tenía de esclavo. Temblando de miedo e impotencia, el viejo señaló la puerta. La puerta se abrió de par en par y un hombre monstruoso, con cara de pez entró al cuarto, con una furia macabra. Su color era un verde grisáceo, tenía un solo ojo enorme que no parpadeaba y era tan alto que apenas cabía en el umbral de la puerta. Don Juan dijo que su sorpresa y su terror fueron tan intensos que se desmayó, y que llevó años liberarse del conjuro de aquel susto.

-¿Le son útiles sus aliados, don Juan? -pregunté.

-Eso es algo muy difícil de decidir -dijo-. Yo los quiero, a mi manera, y les doy muy poco pero ellos son capaces de corresponder ese poco con afecto inconcebible. Pero aún así son incomprensibles para mí. Me fueron dados para acompañarme por si me quedo desamparado y solo en la eternidad de las emanaciones del Águila.

VII. EL PUNTO DE ENCAJE

Después de mi encuentro con los aliados, don Juan interrumpió durante varios meses su explicación de la maestría de la conciencia de ser. Cierto día volvió a iniciarla al aclarar un extraño acontecimiento.

Don Juan estaba en ese entonces en el norte de México. Ya entrada, la tarde, llegué a la casa que él tenía ahí, y de inmediato me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada. Al instante recordé que don Juan siempre volvía a Sonora a fin de renovarse. Me había explicado que un nagual, siendo un líder con tremendas responsabilidades, debe tener un punto de referencia físico, un lugar en el mundo donde ocurra una confluencia de energías compatibles con él. Para don Juan, el desierto de Sonora era tal lugar.

Al entrar en la conciencia acrecentada, noté que estaba otra persona escondida en la penumbra dentro de la casa. Le pregunté a don Juan si Genaro estaba con él. Contestó que estaba solo, y que yo había visto a uno de sus aliados, el que cuidaba la casa.

Don Juan hizo un gesto extraño. Contorsionó el rostro como si estuviera sorprendido o aterrado. Y al momento se abrió la puerta del cuarto y apareció la figura de un hombre extraño. La presencia del hombre ese me asustó tanto que me sentí hasta mareado. Y antes de que pudiera recuperarme del susto, el hombre se abalanzó sobre mí con escalofriante ferocidad. Me aferró de los antebrazos y sentí una sacudida bastante parecida a la descarga de una corriente eléctrica baja.

Yo estaba enmudecido, prisionero de un terror que no podía dispersar. Don Juan me sonreía. Balbuceé y gemí, tratando de pedir auxilio, mientras sentía una sacudida aún mayor.

El hombre me apretó con más fuerza y trató de tirarme de espaldas al suelo. Don Juan, sin prisa en la voz; me exhortó a que me serenara y a que no combatiera mi miedo, sino que me dejara llevar por él. Ten miedo sin estar aterrado, dijo. Don Juan vino a mi lado y, sin intervenir en mi lucha, me susurró al oído que debía dirigir toda mi concentración al punto medio de mi cuerpo.

A través de los años, insistió en que yo midiera mi cuerpo, hasta en milímetros, y estableciera su exacto punto medio, tanto a lo largo como a lo ancho. Siempre había dicho que tal punto es un verdadero centro de energía en todos nosotros.

En cuanto hube enfocado mi atención en ese punto medio, el hombre me soltó. Al instante me di cuenta de que no era un ser humano sino algo que sólo tenía una vaga similaridad con el hombre. En cuanto perdió su forma humana para mí, el aliado se convirtió en una masa amorfa de luz opaca. Se alejó de mí. Corrí tras ella, impulsado por una gran fuerza que me hacía seguir a esa luz opaca.

Don Juan me detuvo, y caminó conmigo a la ramada de su casa. Me hizo sentar en un macizo cajón de madera que usaba como banca.

El aliado me perturbó intensamente, pero el hecho de que mi terror hubiera desaparecido de manera tan rápida y completa me perturbaba aún más.

Comenté mi repentino cambio. Don Juan dijo que cambios volátiles como el mío no tenían nada de extraño, y que el miedo se extinguía en cuanto el resplandor de la conciencia cruzaba cierto umbral dentro del capullo del hombre.

Empezó entonces su explicación. Brevemente delineó las verdades acerca del estar consciente de ser que ya habíamos discutido. Que no existe un mundo de objetos, sino sólo un universo de campos energéticos que los videntes llaman las emanaciones del Águila, y que cada uno de nosotros está envuelto en un capullo que encierra una pequeña porción de estas emanaciones. Que la conciencia de ser es el producto de la constante presión que ejercen las emanaciones exteriores, llamadas emanaciones en grande, sobre las emanaciones interiores. Que la conciencia da lugar a la percepción, que ocurre cuando las emanaciones interiores se alinean con las correspondientes emanaciones en grande.

-La quinta verdad -prosiguió-, es que la percepción es canalizada porque en cada uno de nosotros hay un factor llamado el punto de encaje, que selecciona emanaciones internas y externas para alinearlas. El determinado alineamiento que percibimos como el mundo es producto del especifico lugar en nuestro capullo donde está localizado nuestro punto de encaje.

Repitió esto varias veces, dándome tiempo para entenderlo. Como yo no di muestras de haberlo comprendido, dijo que para poder entender y corroborar las verdades del estar consciente de ser no se necesitaba raciocinio sino energía.

-Yo te dije una vez -prosiguió-, que tratar con los pinches tiranos ayuda a los videntes a lograr una maniobra de gran sofisticación. Ahora puedo decirte que esa maniobra es mover el punto de encaje.

Dijo que percibir un aliado significaba que yo había sacado a mi punto de encaje de su posición acostumbrada. En otras palabras, el resplandor de mi conciencia había pasado cierto umbral, borrando también así mi terror. Y todo esto ocurrió porque tenía yo energía sobrante.

Horas más tarde, durante la noche, después de completar una parte de sus enseñanzas para el lado derecho en las montañas vecinas, regresamos a su casa y don Juan me hizo cambiar otra vez de niveles de conciencia. Continuó luego con su explicación y me dijo que para describir la naturaleza del punto de encaje, tenía que empezar discutiendo la primera atención.

Dijo que los nuevos videntes examinaron la forma desapercibida en que funciona la primera atención, y al tratar de explicársela a otros, arreglaron las verdades de la conciencia de ser en un orden específico. Me aseguró que no todos los videntes son dados a las explicaciones. Por ejemplo, a su benefactor el nagual Julián le importaban un comino las explicaciones. Pero sí le importaban al nagual Elías, el benefactor del nagual Julián, a quien don Juan tuvo la fortuna de conocer. Entre las largas y detalladas explicaciones del nagual Elías, las breves del nagual Julián, y lo que él verá, don Juan llegó a entender y a corroborar esas verdades.

Don Juan explicó que para que nuestra primera atención pueda enfocar al mundo que percibimos tiene que poner en relieve ciertas emanaciones. Las emanaciones seleccionadas provienen de la estrecha banda en la que se localiza la conciencia del hombre. Las emanaciones desechadas aún quedan al alcance de uno, pero permanecen latentes, desconocidas para el hombre por toda la vida.

Los nuevos videntes llaman a las emanaciones puestas en relieve el lado derecho, la conciencia normal, el tonal, este mundo, lo conocido, la primera atención. El hombre común lo llama realidad, racionalidad, sentido común.

Las emanaciones acentuadas integran una gran porción de la banda del hombre, pero son sólo una pequeña parte del espectro total de emanaciones presentes dentro del capullo. Las emanaciones desechadas, aún dentro de la

banda del hombre, son consideradas como el preámbulo de lo desconocido. Lo desconocido propiamente dicho consiste del resto de las emanaciones que no son parte de la banda humana y que jamás son acentuadas. Los videntes las llaman la conciencia del lado izquierdo, el nagual, el otro mundo, lo desconocido, la segunda atención.

-Este proceso de poner en relieve ciertas emanaciones -continuó don Juan-, fue descubierto y practicado por los antiguos videntes. Se dieron cuenta de que un hombre nagual o una mujer nagual, por el hecho de tener más energía que el hombre común, pueden empujar el resplandor de la conciencia y sacarlo de las emanaciones acostumbradas y moverlo a las emanaciones vecinas. Ese empujón es conocido como el golpe del nagual.

Don Juan dijo que este movimiento forzado tuvo una aplicación práctica para los antiguos videntes, quienes la usaron para mantener sojuzgados a sus aprendices. Mediante ese golpe elevaban a sus aprendices a un agudísimo estado de conciencia acrecentada y los transformaban en seres extremadamente impresionables; mientras permanecían indefensos y moldeables, los antiguos videntes les enseñaban aberrantes técnicas de hechicería que convertían a los aprendices en hombres siniestros, iguales a sus maestros.

Los nuevos videntes utilizaron la misma técnica, pero en vez de usarla para propósitos sórdidos, la usaron para guiar a sus aprendices en la investigación de las posibilidades totales del hombre.

Don Juan explicó que el golpe del nagual tiene que darse en un punto preciso, en el punto de encaje, y que el lugar exacto de este punto varía en grados minúsculos de persona a persona. También, el golpe lo tiene que dar un nagual que *ve*. Me aseguró que es igualmente inútil tener la fuerza de un nagual y no *ver*, como *ver* y no tener la fuerza de un nagual. En ambos casos los resultados son simplemente golpes en la espalda. Un vidente podría dar golpes en el punto preciso, una y otra vez, sin tener la fuerza para mover la conciencia, y un nagual que no ve no podría golpear a propósito el punto preciso.

Dijo también que los antiguos videntes descubrieron que el punto de encaje no se encuentra en el cuerpo físico, sino en la concha luminosa, en el capullo. El nagual identifica ese punto por su intensa luminosidad y, más que golpearlo, lo empuja. La fuerza del empujón crea una hendidura en el capullo, y se siente como un golpe en el omóplato derecho, un golpe que saca todo el aire de los pulmones.

-¿Existen diferentes tipos de hendiduras? -pregunté.

-Sólo hay dos tipos -respondió-. Uno es una concavidad y el otro es una grieta; cada cual tiene un efecto distinto en el estar consciente de ser. La concavidad es una característica provisional, y crea un cambio también provisional; pero la grieta es una característica profunda y permanente del capullo, y por consiguiente produce un cambio permanente.

Explicó que generalmente, un capullo endurecido por la absorción en sí mismo no se ve afectado en absoluto por el golpe del nagual. Sin embargo, en ocasiones el capullo del hombre es muy flexible y la más pequeña fuerza crea una hendidura, como un plato de sopa, que varía desde una depresión del tamaño de una naranja a una que abarca la tercera parte de todo el capullo; o crea una grieta que puede correr a todo lo ancho de la concha luminosa, o a lo largo, dando la impresión de que el capullo se ha enroscado en sí mismo.

Después que se crea la hendidura, algunas conchas luminosas al instante vuelven a cobrar su forma original. Otras retienen la hendidura durante horas o incluso durante días enteros, pero al final recobran su configuración. Y hay otras en las que se forma una hendidura tan firme e inafectable, que requiere de otro golpe del nagual, en una área circunvecina, para restaurar su forma original. Y algunas nunca más pierden la hendidura una vez que la reciben. No importa cuántos golpes reciban de un nagual, jamás recobran sus formas ovoides.

Don Juan dijo que al desplazar el resplandor de la conciencia la hendidura agranda el área de la primera atención. La hendidura presiona a las emanaciones interiores, y los videntes pueden ver cómo la fuerza de esa presión hace que el resplandor de la conciencia brille sobre otras emanaciones en otras áreas que generalmente son inaccesibles para la primera atención.

Le pregunté si el resplandor de la conciencia se ve sólo en la superficie del capullo luminoso. No me contestó de inmediato. Pareció perderse en sus pensamientos. Después de varios minutos contestó a mi pregunta; dijo que normalmente el resplandor de la conciencia de ser era visto en la superficie del capullo de todos los seres conscientes. Sin embargo, cuando el hombre ha desarrollado la atención, el resplandor adquiere profundidad. En otras palabras, es transmitido de la superficie del capullo a un número considerable de emanaciones del interior.

-Los antiguos videntes sabían lo que hacían cuando manejaban el resplandor de la conciencia -prosiguió-. Se dieron cuenta de que creando una hendidura podían forzar al resplandor de la conciencia, ya que resplandece en las emanaciones interiores del capullo, a extenderse a las emanaciones vecinas.

-Usted habla como si todo esto fuera un asunto físico -dije-. ¿Cómo pueden hacerse hendiduras en algo que es tan sólo una luminosidad?

-De alguna manera inexplicable, es un asunto de una luminosidad que crea una hendidura en otra luminosidad -contestó-. Tu defecto es seguir pegado al inventario de la razón. La razón no trata al hombre como energía. La razón trata con instrumentos que crean energía, pero jamás se le ha ocurrido seriamente a la razón que somos mejores que instrumentos: somos organismos que crean energía. Somos una burbuja de energía. Por eso no resulta tan jalado de los cabellos el que una burbuja de energía hiciera una hendidura en otra burbuja de energía.

Dijo que el resplandor de la conciencia, movido por la hendidura, debería llamarse realmente atención provisionalmente acrecentada, porque acentúa emanaciones que están tan próximas a las habituales que el cambio es mínimo. Pero a pesar de ser mínimo, el cambio produce una mayor capacidad para concentrarse, comprender y aprender. Los videntes sabían con exactitud como usar esta mejora cualitativa. *Vieron* que, después del golpe del nagual, brillaban, de repente, con más fuerza sólo las emanaciones que rodean a aquellas que utilizamos cotidianamente. Las más alejadas permanecen inafectadas, lo que significaba para ellos que, mientras están en un estado de atención provisionalmente acrecentada, los seres humanos pueden tratar con todo como si estuvieran en el mundo de todos los días. La necesidad de un hombre nagual o de una mujer nagual se volvió de suprema importancia para ellos, porque ese estado dura sólo mientras persiste la depresión; cuando se desvanece, todo se olvida de inmediato.

-¿Por qué es que uno se olvida? -pregunté.

-Porque las emanaciones que permiten mayor claridad dejan de estar en relieve cuando uno sale de la conciencia acrecentada -contestó-. Si el resplandor de la conciencia no brilla más en ellas, lo que uno experimente o atestigüe también se apaga.

Don Juan dijo que una de las tareas que los nuevos videntes desarrollaron para sus aprendices era el forzarlos, años más tarde, a recordar, esto es, a volver a acentuar por sí mismos aquellas emanaciones utilizadas durante estados de conciencia acrecentada.

Me recordó que Genaro siempre me recomendaba aprender a escribir con la punta del dedo en vez de hacerlo con un lápiz, para así no acumular notas. Don Juan me aseguró que lo que Genaro realmente había querido decir era que, mientras estaba yo en estados de conciencia acrecentada, debía utilizar emanaciones no habituales para archivar diálogos y vivencias, y algún día recordarlo todo al hacer brillar nuevamente el resplandor de la conciencia en las emanaciones usadas como archivo.

Prosiguió, explicando que un estado de conciencia acrecentada es visto no sólo como un resplandor que abarca mayor profundidad dentro de la forma ovoide de los seres humanos, sino también como un resplandor más intenso en la superficie del capullo. Sin embargo no es nada comparado con el resplandor producido por un estado de conciencia total, que es visto como una explosión de incandescencia en todo el huevo luminoso. Es una explosión de luz de tal magnitud que los límites de la concha se vuelven difusos y las emanaciones interiores se extienden más allá de todo lo imaginable.

-¿Esos son casos especiales, don Juan?

-Desde luego. Sólo los videntes los viven. Ningún otro hombre o criatura viviente se ilumina así. Los videntes que premeditadamente alcanzan la conciencia total son algo digno de *verse*. Ese es el momento en el que arden por dentro. El fuego interior los consume. Y en plena conciencia se funden con las emanaciones en grande, y se expanden en la eternidad.

Me quedé unos días más en Sonora, y luego regresamos en coche a la casa, en el sur de México, donde vivían don Juan y su grupo de videntes.

El día siguiente fue cálido y brumoso. Me sentía con flojera, y de alguna manera molesto. A media tarde había en ese pueblo una quietud desesperante. Don Juan y yo estábamos sentados en los sillones de la sala. Le dije que la vida en el México rural no era lo ideal para mí. Algo me hacía sentir que el silencio del pueblo era forzado. Y esto me causaba una tremenda frustración. El único ruido que alguna vez llegué a escuchar era el sonido de voces de niños gritando, en la distancia. Nunca pude enterarme si jugaban o gritaban de dolor.

-Cuando estás aquí, siempre estás en un estado de conciencia acrecentada -dijo don Juan-. A eso se debe la diferencia. Pero sea como fuera, deberías andar acostumbrándote a vivir en un pueblo así. Algún día vivirás en uno.

-¿Por qué tendría yo que vivir en un pueblo así, don Juan?

-Ya te expliqué que la meta de los nuevos videntes es ser libres. Y la libertad tiene las más devastadoras implicaciones. Entre ellas está la implicación de que los guerreros deben buscar intencionalmente el cambio. Tu predilección es vivir como lo haces. Estimulas tu razón examinando tu inventario, muy a la ligera, y oponiéndolo a los inventarios de tus amigos. Esas maniobras te dejan muy poco tiempo para hacer un examen de ti

mismo y de tu destino. Tendrás algún día que renunciar a todo eso. Ahora, si todo lo que conocieras fuera la calma muerta de este pueblo, tarde o temprano, tendrías que buscar la otra cara de la moneda.

-¿Es eso lo que hace usted aquí, don Juan?

-Nuestro caso es un poco diferente, porque nos encontramos al final de nuestra senda. No buscamos nada. Lo que todos nosotros hacemos aquí sólo es comprensible para un guerrero. Pasamos de un día a otro sin hacer nada. Estamos esperando. No me cansaré de repetirte esto: sabemos qué estamos esperando y sabemos lo que estamos esperando. ¡Estamos esperando que nos llegue la libertad!

"Y ahora que lo sabes -añadió con una sonrisa maliciosa-, volvamos a nuestra discusión.

En general, cuando nos encontrábamos en ese cuarto no nos interrumpía nadie y don Juan siempre decidía la duración de nuestras sesiones. Pero esta vez alguien tocó la puerta. Genaro entró y tomó asiento. Yo no había visto a. Genaro desde la noche en que precipitadamente salimos de su casa. Lo abracé.

-Genaro tiene algo que decirte -dijo don Juan-.

Ya te he dicho que él es un maestro del arte de manejar la conciencia. Ahora te puedo decir lo que todo eso significa. Genaro puede hacer que el punto de encaje penetre a mayor profundidad en el huevo luminoso después de que el punto ha sido movido de su posición por el golpe del nagual.

Explicó que Genaro había empujado mi punto de encaje, incontables veces, una vez que estaba yo en la conciencia acrecentada. Como aquel día que fuimos a la gigantesca roca plana. Genaro había hecho entonces que mi punto de encaje, se moviera dramáticamente hacia el lado izquierdo; tan dramáticamente que hasta resultó algo peligroso.

Don Juan dejó de hablar y pareció dispuesto a cederle la palabra a Genaro. Movió la cabeza, como dándole una señal a Genaro para que dijera algo. Genaro se incorporó y vino a mi lado.

-Las llamas son muy importantes -dijo en voz baja-. ¿Recuerdas aquel día en que estábamos sentados en aquella gran roca plana, y yo te hice mirar el reflejo de la luz del sol en un pedazo de cuarzo?

Cuando lo mencionó recordé al instante. Aquel día, justo cuando don Juan había dejado de hablar, Genaro señaló la refracción de luz que atravesaba un pedazo de cuarzo pulido que sacó de su bolsa y colocó sobre la roca. De inmediato, el brillo del cuarzo atrajo mi atención. Y eso era todo. En el siguiente instante estaba yo de cuclillas en la roca mientras don Juan, también de cuclillas a mi lado, me miraba con un gesto de preocupación.

Estaba a punto de decirle a Genaro lo que había recordado cuando él comenzó a hablar. Acercó sus labios a mi oído y señaló una de las dos lámparas de gasolina que estaban en el cuarto.

-Mira a la llama -dijo-. En ella no hay calor. Es llama pura. La llama pura puede llevarte a las profundidades de lo desconocido.

Conforme hablaba, comencé a sentir una extraña presión: era una pesadez física. Me zumbaban los oídos; mis ojos lagrimearon al punto de que apenas podía distinguir la forma de los muebles. Mi visión parecía estar totalmente fuera de foco. Aunque tenía abiertos los ojos, ya no podía ver la intensa luz de las lámparas de gasolina. A mi alrededor todo era oscuridad. Había rayos de fosforescencia color verde amarillento que iluminaban oscuras nubes en movimiento. Luego, tan abruptamente como oscureció, aclaró.

No podía determinar dónde estaba. Parecía que flotaba, como un globo. Estaba solo. Tuve un momento de terror, y mi razón se apresuró a elaborar una explicación racional: Genaro me había hipnotizado, usando la llama de la lámpara de gasolina. Me sentí casi satisfecho. Floté sin agitación, tratando de no preocuparme; pensé que una forma de evitar la preocupación era concentrarme en las fases que tendría que atravesar para despertar.

Lo primero que noté fue que yo no era yo mismo. No podía mirar realmente a nada porque no tenía nada con que mirar. Cuando hice un esfuerzo por examinar mi cuerpo me di cuenta de que sólo podía tener conciencia, y sin embargo era como si desde una gran altura contemplara un espacio infinito. Había portentosas nubes de luz brillante y masas de oscuridad; ambas estaban en movimiento. *Vi* claramente a una onda de resplandor ambarino que venía hacia mí como una enorme y lenta ola marina. Supe en ese instante que yo era como una boya flotando en el espacio y que la ola iba a alcanzarme y a arrastrarme con ella. Lo acepté como algo inevitable. Pero justo antes de que me envolviera ocurrió algo completamente inesperado, un viento fuertísimo me sacó del camino de la ola.

La fuerza de ese viento me arrastró con tremenda velocidad. Atravesé un inmenso túnel de intensas luces coloridas. Mi visión se borró completamente. Luego sentí que despertaba, que había vivido un sueño, un sueño hipnótico provocado por Genaro. El próximo instante estaba de vuelta en el cuarto con don Juan y Genaro.

Dormí la mayor parte del día siguiente. Entrada la tarde, don Juan y yo volvimos a reanudar nuestra discusión. Hablé con Genaro más temprano, pero se negó a comentar mi experiencia.

-Anoche, Genaro empujó de nuevo tu punto de encaje -dijo don Juan-. Pero como siempre, el empujón fue demasiado fuerte.

Con ansia, le relaté a don Juan el contenido de mi visión. Sonrió, obviamente aburrido.

-Tu punto de encaje se alejó de su posición normal -dijo-. Y eso te hizo percibir emanaciones que no son percibidas comúnmente. Parece muy fácil, ¿verdad? Y sin embargo es un logro supremo. Los nuevos videntes casi se extinguieron tratando de examinarlo.

Explicó que, por dos razones, nosotros, los seres humanos, ponemos en relieve ciertas emanaciones para percibirlas. La primera y más importante, es porque nos han enseñado que esas emanaciones son perceptibles, y la segunda, porque nuestros puntos de encaje han sido entrenados a seleccionar y preparar esas emanaciones para ser utilizadas.

-Cada ser viviente tiene un punto de encaje -prosiguió-, que selecciona las emanaciones que serán acentuadas. Los videntes pueden saber si los seres conscientes comparten la misma visión del mundo, al ver si son iguales las emanaciones que sus puntos de encaje han seleccionado.

Afirmó que uno de los más importantes adelantos de los nuevos videntes fue descubrir que el sitio donde se encuentra localizado ese punto, en el capullo de todos los seres vivientes, no es una característica permanente. La conducta habitual lo sitúa en ese sitio específico. De ahí la tremenda importancia que le dan los nuevos videntes a las nuevas acciones, a las nuevas posibilidades prácticas. Desesperadamente, quieren llegara nuevos usos, a nuevos hábitos.

-El golpe del nagual es de suprema importancia -continuó-, porque hace que ese punto se mueva. Altera su ubicación. A veces incluso llega a crear una grieta permanente en ese sitio. El punto de encaje queda completamente desalojado, y la percepción cambia de manera dramática. Pero lo que resulta ser aún de mayor importancia, es entender todas las verdades de la conciencia de ser. Sólo así llega uno a darse cuenta de que ese punto debe moverse desde adentro. La triste verdad es que los seres humanos siempre pierden por negligencia. Simplemente desconocen sus posibilidades.

-¿Cómo puede uno lograr ese movimiento desde adentro? -pregunté.

-Los nuevos videntes dicen que la técnica es la comprensión -dijo. Afirman que, en primer lugar, uno debe saber a ciencia cierta que todo lo perceptible emana del sitio específico donde se localiza nuestro punto de encaje. Una vez entendido esto, podemos desplazar el punto de encaje casi a voluntad, como consecuencia de nuevos hábitos.

Le pedí que aclarara el tema de tener nuevos hábitos. Yo no lo entendía.

-El punto de encaje del hombre aparece, en torno a un área definida, en el capullo, porque así lo decreta el Águila -dijo-. Pero el sitio preciso donde se fija queda determinado por los hábitos, por los actos repetitivos. Primero aprendemos que puede situarse allí y después nosotros mismos le ordenamos que ahí se sitúe. Nuestro comando se convierte en el comando del Águila y el punto queda fijo en ese sitio. Considera esto con cuidado; nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por tal hallazgo, los antiguos videntes pagaron carísimo.

Una vez más aseveró que los antiguos videntes nunca entendieron lo que hacían. Desarrollaron miles de las más complejas técnicas de brujería, y jamás supieron que sus procedimientos, por más intrincados que hubieran sido, sólo servían para romper la estabilidad de sus puntos de encaje y hacerlos desplazarse.

Le pedí que me explicara mejor lo que había dicho.

-Te mencioné una vez que la brujería es algo como entrar en un callejón sin salida -contestó-. Lo que quería decir era que las prácticas de brujería no tienen ningún valor intrínseco. Su valor es indirecto. Su verdadera función es hacer que el punto de encaje se desplace al lograr que la primera atención abandone momentáneamente su control sobre ese punto.

"Los nuevos videntes se dieron cuenta del verdadero papel que jugaban esas prácticas de brujería, y decidieron pasarlas por alto e ir directamente a hacer que sus puntos de encaje se desplazaran, evitando así todas las demás tonterías de rituales y encantamientos. Sin embargo, en cierto momento, los rituales y los encantamientos son realmente necesarios. Yo personalmente, te he iniciado en todo tipo de rituales y encantamiento, pero sólo con objeto de permitir que tu primera atención salga de la absorción en sí misma. Esa absorción es la que crea la fuerza que mantiene el punto de encaje rígidamente fijo.

Agregó que los rituales y los encantamientos, siendo repetitivos, obligan a la primera atención a liberar una porción de la energía empleada en contemplar el inventario humano y el punto de encaje pierde así su rigidez.

-¿Qué le ocurre a las personas cuyos puntos de encaje pierden rigidez? -pregunté.

-Si no son guerreros, creen que se están volviendo locos -dijo sonriendo-. Cómo te pasó a ti en cierta época, cuando creías que te habías desquiciado. Si son guerreros, saben que ya los agarró la locura, pero esperan con paciencia. Saben a ciencia cierta que el tener cordura y sentido común sólo

significa que el punto de encaje está fijo y rígido en su posición habitual. Cuando se mueve, pues no está desquiciado, sin más ni más.

Dijo que se les abren dos opciones a los guerreros cuyos puntos de encaje se han desplazado. Una es reconocer estar enfermos y comportarse como locos, reaccionando emocionalmente ante los extraños mundos que la nueva posición de sus puntos de encaje los obliga a presenciar; la otra es permanecer serenos, inconmovibles, sabiendo que el punto de encaje siempre vuelve a su posición original.

-¿Qué pasa si el punto de encaje no regresa a su posición original? -pregunté.

-En ese caso esos sujetos están perdidos -dijo-. O están incurablemente locos porque sus puntos de encaje jamás podrían rearmar la percepción del mundo que conocemos, o son incomparables videntes que han comenzado su movimiento hacia lo desconocido.

-¿Qué determina el que sea una cosa o la otra?

-¡La energía! ¡La impecabilidad! . Los guerreros impecables no pierden la razón. Permanecen intactos. Te he dicho muchas veces que los guerreros impecables pueden ver mundos horripilantes y sin, embargo, en su trato cotidiano nadie lo notaría. Hablan y ríen con sus amigos o con extraños como si nada hubiera ocurrido.

Me sentí obligado a explicarle una vez más algo que le había contado ya muchas veces; lo que me hizo pensar que había perdido la razón fueron una serie de extrañísimas experiencias sensoriales que tuve como efectos posteriores a la ingestión de plantas alucinógenas. Experimenté alarmantes estados de total discordancia de espacio y tiempo, lapsos de concentración mental y alucinaciones.

-Bajo todos los puntos de vista cotidianos, de hecho estabas perdiendo la razón -dijo-, pero desde el punto de vista de los videntes, si la hubieras perdido no habrías perdido gran cosa. Para un vidente, la razón no es más que la autorreflexión del inventario del hombre. Si uno pierde esa autorreflexión, pero no pierde los cimientos, uno vive de verdad una vida infinitamente más interesante, variada, y fuerte.

Comentó que el defecto estaba en mi reacción emocional. Ella me impidió comprender que la rareza de cada una de mis experiencias sensoriales estaba determinada por la profundidad a la que se había movido mi punto de encaje, dentro de la banda de las emanaciones del hombre. Me quejé de que no podía entender lo que me explicaba, porque la configuración que él llamaba la banda de las emanaciones del hombre me resultaba incomprensible. La había visualizado como una cinta colocada sobre la superficie de una pelota.

Dijo que llamarla una banda era falso, y que iba a usar una analogía para ilustrar lo que quería decir. Explicó que la forma luminosa del hombre es como una bola de queso blanco que tiene inyectado un grueso disco de un queso más oscuro. Me miró y se rió. Sabía que no me gustaba el queso.

Hizo un diagrama sobre un pequeño pizarrón. Dibujo una forma ovoide y la dividió en cuatro secciones longitudinales, diciendo que de inmediato borraría las líneas divisorias porque las había dibujado sólo para darme una idea de dónde se localizaba la banda en el capullo del hombre. Subrayó la línea entre la primera y la segunda sección y borró las otras líneas divisorias. Explicó que la banda era un disco de queso amarillo que había sido insertada en la bola de queso blanco.

-Ahora bien -prosiguió-, si esa bola de queso blanco fuera transparente, tendrías la réplica perfecta del capullo del hombre. El queso amarillo penetra completamente al interior de la bola de queso blanco. Es un disco que va de la superficie de un lado a la superficie del otro.

"El punto de encaje del hombre se localiza bastante arriba en la superficie del capullo, a tres cuartas partes, hacia la parte superior del capullo. Cuando el nagual presiona ese punto de intensa luminosidad, el punto se desplaza al interior del disco de queso amarillo. La conciencia acrecentada sucede al momento en que el intenso resplandor del punto de encaje enciende las emanaciones dormidas en la profundidad del disco de queso amarillo. *Ver* que el resplandor del punto de encaje se desplaza hacia el interior de ese disco da la sensación de que se mueve hacia la izquierda sobre la superficie del capullo.

Repitió su analogía tres o cuatro veces, pero yo no la entendía y tuvo que explicarla aún más. Dijo que la transparencia del huevo luminoso crea la impresión de un movimiento hacia la izquierda, cuando en esencia cada movimiento del punto de encaje es hacia las profundidades, hacia el centro del huevo luminoso, dentro del grosor de la banda del hombre.

Comenté que lo que decía me daba la impresión de que los videntes usan los ojos cuando *ven* que se mueve el punto de encaje.

-El hombre no es lo que no se puede conocer -dijo-. La luminosidad del hombre puede *verse* casi cono si uno usara solamente los ojos.

Explicó que definitivamente los antiguos videntes habían visto el movimiento del punto de encaje pero jamás se les ocurrió que era un movimiento en hondo; en vez de eso se guiaron por lo que *veían* y acuñaron la frase "movimiento hacia la izquierda", que los nuevos videntes conservaron aunque sabían que era erróneo llamarlo así.

Dijo también que, en el curso de mi actividad con él, yo había hecho desplazar a mi punto de encaje incontables veces, como estaba sucediendo en aquel preciso momento. Debido a que esos desplazamientos de mi punto de encaje fueron siempre hacia lo hondo, jamás había yo perdido mi sentido de identidad, a pesar de que estaba utilizando, emanaciones que nunca antes usé.

-Cuando el nagual da su golpe -prosiguió-, el punto acaba en cualquier lugar dentro de la banda del hombre, pero, no importa en absoluto dónde acabe, porque dondequiera que lo hace será siempre terreno virgen.

"La gran prueba que los nuevos videntes desarrollaron para sus guerreros aprendices es desandar el viaje que sus puntos de encaje llevaron a cabo bajo la influencia del nagual. A este repaso, cuando ha sido concluido, le llamaron recuperar la totalidad de uno mismo.

Prosiguió diciendo que los nuevos videntes *vieron* que, en el curso de nuestro crecimiento, el resplandor de la conciencia, una vez que se enfoca en la banda de emanaciones del hombre y elige algunas de ellas para acentuarlas, entra en un círculo vicioso. Mientras más acentúe ciertas emanaciones, más estable se vuelve el punto de encaje. Esto equivale a decir que nuestro comando se convierte en el comando del Águila. Por lo tanto, es un verdadero triunfo romper ese comando y mover al punto de encaje.

Don Juan dijo que también el punto de encaje es responsable de que la primera atención perciba en términos de racimos. Un ejemplo de un racimo de emanaciones que recibe énfasis al unísono es lo que percibimos como el cuerpo humano. Otro racimo, parte de nuestro ser total, nuestro capullo luminoso, jamás recibe énfasis y queda relegado al olvido porque el efecto del

punto de encaje no es tan sólo el hacernos percibir racimos de emanaciones, sino también hacernos ignorarlos.

Insistí que me diera una explicación más amplia de los racimos perceptibles. Me contestó que sólo podía agregar que el punto de encaje es como un imán luminoso que irradia un resplandor que automáticamente agrupa haces de emanaciones adondequiera que se mueve dentro del capullo. Cuando estos racimos se alinean, como racimos, con las emanaciones en grande, percibimos el mundo que conocemos. El agrupamiento de emanaciones se lleva a cabo aún cuando los videntes tratan con emanaciones que nunca se usan diariamente. Cada vez que son acentuadas, las percibimos igual que percibimos los racimos de la primera atención.

-Uno de los más grandes momentos de los nuevos videntes -prosiguió-, fue cuando se encontraron que lo desconocido era tan sólo las emanaciones desechadas por la primera atención. Este descubrimiento fue la gloria de los nuevos videntes, porque virtió nueva luz sobre lo desconocido.

"La enormidad de lo desconocido es casi sin límites pero aún en esa enormidad el resplandor del punto de encaje agrupa emanaciones. Lo que no se puede conocer, por otra parte, es una eternidad donde nuestro punto de encaje no tiene manera alguna de agrupar nada.

Explicó que los nuevos videntes se dieron cuenta de que sus visiones obsesivas, aquellas que eran prácticamente imposibles de concebir, coincidían con el movimiento de sus puntos de encaje a profundas regiones en la banda del hombre.

-Esas son visiones del lado oscuro del hombre -aseguró.

-¿Por qué lo llama usted el lado oscuro del hombre? -pregunté.

-Porque es nuestro lado sombrío y nefasto -dijo-. No es tan sólo lo desconocido, sino lo que nadie quiere conocer.

-¿Qué pasa con las emanaciones que están dentro del capullo, pero fuera de los límites de la banda del hombre? -pregunté-. ¿Pueden percibirse?

-Sí, pero de maneras verdaderamente indescriptibles -repuso-. No son lo desconocido humano, como en el caso de las emanaciones desechadas en la banda del hombre, sino lo desconocido casi inconmensurable, donde las características humanas no figuran para nada. En realidad es un área de tan abrumadora inmensidad que los videntes más extraordinarios se verían en dificultades para describirla.

Insistí una vez más que a mí me parecía que el misterio, obviamente, radica dentro de nosotros.

-El misterio queda afuera de nosotros -dijo-. En nuestro interior sólo tenemos emanaciones que intentan romper el capullo. Y, de una manera u otra, este hecho nos aberra, ya seamos hombres comunes o guerreros. Sólo los nuevos videntes pueden superar esto. Luchan por *ver*. Y a través de los desplazamientos de sus puntos de encaje, llegan a darse cuenta de que el misterio es percibir. No tanto lo que percibimos, sino lo que nos hace percibir.

"Te he mencionado que los nuevos videntes creen que nuestros sentidos son capaces de captar todo. Creen esto porque *ven* que es la posición del punto de encaje la que dicta lo que perciben nuestros sentidos.

"Si el punto de encaje alinea otras emanaciones interiores, diferentes a las normales, los sentidos humanos perciben de maneras inconcebibles."

VIII. LA POSICIÓN DEL PUNTO DE ENCAJE

Don Juan reanudó nuevamente su explicación en su casa en el sur de México. La casa, era propiedad de todos los miembros del grupo del nagual, pero Silvio Manuel oficiaba como dueño y todos se referían abiertamente a ella como la casa de Silvio Manuel. Yo, por alguna razón me había acostumbrado a llamarla la casa de don Juan.

Don Juan, Genaro y yo habíamos regresado ese día tras un arduo viaje a las montañas. Mientras descansábamos, después de la larga jornada, le pregunté a don Juan cuál era la razón de tan curioso engaño. Me aseguró que no se trataba de ningún engaño, y que llamarla la casa de Silvio Manuel era un ejercicio del arte del *acecho* que todos sus compañeros debían practicar bajo cualquier circunstancia, incluso en lo privado de sus propios pensamientos. Que alguno de ellos, insistiera en considerarla de otra manera era equivalente a negar sus lazos con el resto de sus compañeros.

Me pareció que se estaba refiriendo a mí y protesté que yo jamás había sabido eso. Le aseguré qué yo no quería causar discordia alguna con mis hábitos.

-No te preocupes por eso -dijo sonriéndome y dándome palmadas en la espalda-. Puedes llamar a esta casa como se te dé la gana. El nagual tiene autoridad. Por ejemplo, la mujer nagual la llama la casa de las sombras.

Nuestra conversación fue interrumpida, y no lo vi hasta que me mandó llamar al patio trasero un par de horas después.

Él y Genaro deambulaban por el extremo lejano del corredor; los veía gesticular con las manos como si estuvieran envueltos en una animada conversación.

Era un día claro y soleado. El sol de media tarde brillaba directamente sobre unas macetas de flores que colgaban de los aleros del techo alrededor del corredor, y proyectaba sus sombras en las paredes del norte y el este del patio. Era asombrosa la combinación de la luz solar intensamente amarilla, las abultadas sombras negras de las macetas y las delicadas sombras de las frágiles plantas en flor que crecían en ellas. Alguien con un agudo sentido del balance y la composición pictórica había podado esas plantas para crear un efecto de exquisita sencillez.

-La mujer nagual ha hecho eso -dijo don Juan como si leyera mis pensamientos-. Por las tardes contempla esas sombras.

La idea de que ella contemplara esas inquietantes sombras tuvo un efecto devastador en mí. La intensa luz amarilla de esa hora, la quietud del pueblo aquel, y el cariño que yo sentía por la mujer nagual evocaron, en un instante, toda la soledad del interminable camino del guerrero.

Don Juan definió el curso de ese camino cuando me dijo que los nuevos videntes son los guerreros de la libertad total, que su única búsqueda es la liberación final que se presenta cuando alcanzan la conciencia total. Al mirar esas perturbadoras sombras en la pared, entendí con perfecta claridad lo que hacía decir a la mujer nagual que el leer poemas en voz alta era el único desasosiego que su espíritu tenía.

Recordé que el día anterior ella me había leído algo, ahí en el patio, pero yo no había entendido toda su urgencia, su añoranza. Era un poema de Juan Ramón Jiménez, "Hora inmensa". Me confesó que sintetizaba para ella la soledad que los guerreros vivían, en su afán de escapar hacia la libertad.

Sólo turban la paz una campana, un pájaro. . .
Parece que los dos hablan con el ocaso.

Es de oro el silencio. La tarde es de cristales.
Mece los frescos árboles una pureza errante.
Y, más allá de todo, se sueña un río límpido
que, atropellando perlas, huye hacia lo infinito. . .

-¿Qué es lo que realmente estamos haciendo, don Juan? -pregunté-. ¿Es posible que los guerreros se preparan solamente para la muerte?

Don Juan y don Genaro me miraron con una expresión de sorpresa.

-De ninguna manera -me dijo don Juan tocándome suavemente el hombro-. Los guerreros se preparan para tener conciencia, y la conciencia total sólo les llega cuando ya no queda en ellos nada de importancia personal. Sólo cuando son nada se convierten en todo.

Guardamos silencio durante un momento. Don Juan me preguntó si era mi situación lo que me ponía triste. No contesté porque no estaba seguro.

-No estás arrepentido de estar aquí, ¿verdad? -preguntó don Juan con una vaga sonrisa.

-Claro que no -le aseguró Genaro. Durante un momento, pareció dudar. Se rascó la cabeza, me miró y arqueó las cejas-. ¿A poco lo estás? -me preguntó-. ¿Lo estás?

-Claro que no -le aseguró esta vez don Juan a Genaro. Repitió el mismo gesto de duda, rascándose la cabeza y arqueando las cejas-. ¿A poco lo estás? -me preguntó-. ¿Lo estás?

-¡Claro que no! -exclamó Genaro en voz resonante, y los dos explotaron en risas incontrolables.

Cuando se calmaron, don Juan dijo que la importancia personal es la fuerza detrás de todo ataque de melancolía. Agregó que los guerreros tienen derecho a sentir estados de profunda tristeza, pero que la tristeza les viene solamente para hacerlos reír.

-Genaro te va a demostrar algo que es más estimulante que toda tu pinche tristeza -prosiguió don Juan-. Tiene que ver con la posición del punto de encaje.

De inmediato Genaro empezó a caminar alrededor del corredor, arqueando la espalda y levantando los muslos hasta el pecho.

-El nagual Julián le enseñó cómo caminar de esa manera -me dijo don Juan susurrando-. Se llama el paso de poder. Genaro conoce varios pasos de poder. ¡Míralo atentamente!

En verdad, los movimientos de Genaro eran hipnóticos. Me encontré siguiendo sus pasos, primero con mis ojos y después, irresistiblemente, con mis pies. Imité su manera de caminar. Le dimos una vuelta al patio y nos detuvimos.

Mientras caminaba, imitando a Genaro, noté la extraordinaria lucidez que cada paso me aportaba. Al detenernos, mi destreza física y mental, habían adquirido matices excepcionales; podía oír todos los ruidos; percibía hasta los más insignificantes cambios en la luz o en las sombras a mi alrededor. Me sentí presa de un sentimiento de urgencia, de acción inminente; tenía la sensación de ser extraordinariamente agresivo, musculoso, atrevido. Vi frente a mí una enorme extensión de tierra plana; justo a mis espaldas, vi un bosque. Gigantescos árboles formaban una línea recta, como un muro descomunal. El bosque era oscuro y verde; la llanura era amarillenta, bañada por el sol.

Respiraba yo de un modo insólito, pero no de manera anormal. Y era el ritmo de mi profunda y extrañamente acelerada respiración el que me obligaba a mover las piernas. Quería echarme a correr, o más bien mi cuerpo quería hacerlo, pero justo cuando iba a partir algo me detuvo.

Repentinamente, don Juan y Genaro estaban a mi lado. Caminamos juntos por el corredor, con Genaro a mi derecha. Me dio un leve empujón con el hombro. Sentí el peso de su cuerpo empujándome ligeramente hacia la izquierda. Seguimos, en ángulo, directamente a la pared oriental del patio. Durante un momento tuve la certeza de que íbamos a travesarla e incluso me preparé para el impacto, pero nos detuvimos justo cuando la punta de mi zapato y la punta de mi nariz tocaban la pared.

Mientras mi nariz aún estaba pegada contra ella, ambos me examinaron con gran cuidado. Yo sabía lo que buscaban: querían asegurarse de que mi punto de encaje se había movido. Y yo estaba seguro de que se había desplazado porque mi estado de ánimo había cambiado. Obviamente, ellos también lo sabían. Me tomaron de los brazos muy levemente y, en silencio, caminaron conmigo al otro lado del corredor hacia un oscuro y estrecho pasillo que unía al patio con el resto de la casa. Ahí nos detuvimos.

Don Juan y Genaro se alejaron a unos metros de mí, y yo quedé encarando el lado de la casa que estaba envuelto en sombras. Miraba al interior de un cuarto vacío y oscuro. Tenía una sensación de cansancio físico. Me sentía lánguido, indiferente, y sin embargo estaba repleto de una gran fuerza espiritual. Me di cuenta entonces de que había perdido algo. No había energía física en mi cuerpo. Apenas podía mantenerme de pie. Finalmente mis piernas cedieron y me senté. Luego me tendí sobre un costado, y me acosaron allí los más piadosos y serenos sentimientos de amor a Dios, y a la bondad, y al bien.

De repente, me hallé frente al altar mayor de una iglesia. Los bajos relieves cubiertos de hoja de oro centelleaban a la luz de miles de velas. Vi las formas oscuras de hombres y mujeres que llevaban en andas a un enorme crucifijo. Me moví a un lado para quitarme de su paso y salí de la iglesia. Había allí una multitud de gente, un mar de velas que venía hacia mí. Me sentí exaltado. Corrí a unirme con ellos. Me impulsaba un amor sin límite. Quería estar con ellos, para rezarle al Señor. Estaba a escasos metros de la crasa de gente cuando algo me sacó de allí de un tirón y me regresó al corredor.

Don Juan y Genaro me ayudaron a ponerme de pie. Se colocaron a mis lados v caminamos muy despacio alrededor del patio.

Al día siguiente, mientras comíamos, don Juan dijo que Genaro empujó mi punto de encaje con su paso de poder, y que había logrado hacerlo porque yo estaba en un estado de silencio interior. Me recordó que, desde el día en que nos conocimos, me explicó que detener el diálogo interno es lo que articula todo lo que hacen los videntes. Subrayó una y otra vez que el diálogo interno es lo que mantiene fijo al punto de encaje en su posición original.

-Una vez que se logra el silencio, todo es posible -dijo.

Le conté que yo estaba muy consciente de que, en general, había dejado de hablar conmigo mismo, pero que no sabía cómo lo logré. Si alguien me pidiera explicar el procedimiento no sabría qué decir.

-La explicación es la sencillez misma -dijo-. Lo decretaste con la fuerza de tu *voluntad*, y de esa manera creaste un nuevo *intento*, un nuevo comando. Después, tu comando se convirtió en el comando del Águila.

"Ya te dije que una de las cosas más extraordinarias que los nuevos videntes descubrieron fue que nuestro comando puede convertirse en el comando del Águila. El diálogo interno termina de la misma manera como empieza: mediante un acto de *voluntad*. Después de todo, son nuestros maestros quienes nos obligan a dialogar con nosotros mismos. Conforme nos enseñan, al usar ellos su *voluntad*, nosotros aprendemos a usar la nuestra, ambos sin saberlo. Conforme aprendemos a hablar con nosotros mismos, aprendemos también a manejar nuestra *voluntad*. En otras palabras, nuestros maestros nos obligan a hablar con nosotros mismos. La manera de terminar con el diálogo interno es usando exactamente el mismo método: debemos obligarnos a pararlo, debemos crear el *intento*, empleando la fuerza de nuestra *voluntad*.

Durante algunos minutos guardamos silencio. Le pregunté luego quiénes eran los maestros que nos enseñan a hablar con nosotros mismos.

-Me refería a lo que nos ocurre a nosotros los seres humanos cuando somos niños -contestó-, Durante ese periodo, todos los que nos rodean son nuestros maestros y nos enseñan a repetir un interminable diálogo acerca de nosotros mismos. El diálogo se interioriza y crea tal fuerza que por sí solo mantiene fijo el punto de encaje.

"Los nuevos videntes dicen que los niños tienen cientos de maestros que les enseñan exactamente dónde localizar su punto de encaje y cómo mantenerlo fijo.

Dijo que los videntes aseveran todo esto porque *ven* que, al principio, los niños no tienen un punto de encaje fijo. Sus emanaciones interiores se encuentran en un estado de gran agitación, y sus puntos de encaje se mueven por doquier en la banda del hombre. Esto les da a los niños la tremenda oportunidad de acentuar emanaciones que después serán completamente ignoradas. A medida que van creciendo, los adultos que los rodean, obligan al punto de encaje de los niños a quedarse fijo, al enseñarles un diálogo interno que se vuelve más y más complejo conforme pasan los años. El diálogo interno es, por lo tanto, un proceso de suprema importancia para la posición del punto de encaje; siendo esa posición arbitraria, mantenerla requiere un esfuerzo ininterrumpido.

La pura verdad es que muchos niños *ven* -prosiguió-. La mayoría de los que *ven* son considerados anormales y se hacen todos los esfuerzos posibles para corregirlos, para hacerlos solidificar la posición de sus puntos de encaje.

-Pero, ¿sería posible ayudar a esos niños a que mantengan más fluidos sus puntos de encaje? -pregunté.

-Sólo si viven entre los nuevos videntes -dijo-. De lo contrario, al igual que los antiguos videntes, se verían atrapados en los intrincados detalles del lado silencioso del hombre. Y créeme, eso es peor que estar preso en las garras de la racionalidad.

Don Juan expresó su profunda admiración por la capacidad humana para impartir orden en el caos de las emanaciones del Águila. Sostuvo que cada uno de nosotros es un mago magistral, y que nuestra magia consiste en mantener inconmoviblemente fijo nuestro punto de encaje.

-La fuerza de las emanaciones en grande -prosiguió-, hace que nuestro punto de encaje seleccione ciertas emanaciones interiores y las agrupe en un

racimo para ser alineadas y percibidas. Ese es el comando del Águila, pero darle significado a lo que percibimos es nuestro comando, nuestro don mágico.

Dijo que, en vista de lo que me estaba explicando, Genaro me había hecho el día anterior algo extraordinariamente complejo y a la vez muy sencillo. Era complejo porque requería de una tremenda disciplina por parte de todos; requería que el diálogo interno se detuviera, que se alcanzara un estado de conciencia acrecentada, y que alguien moviera el punto de encaje de uno. Entender el resultado final de todos estos complejos procedimientos era muy fácil porque la explicación era muy sencilla. Puesto que la posición exacta del punto de encaje es una posición arbitraria, seleccionada inconscientemente por nuestros antecesores, puede moverse con un esfuerzo relativamente pequeño; una vez que se mueve, crea nuevos alineamientos de emanaciones y, por consiguiente, nuevas percepciones.

-Yo te di muchísimas veces plantas de poder para así lograr que tu punto de encaje se moviera -prosiguió don Juan-. Las plantas de poder tienen ese efecto; pero también el hambre, el cansancio, la fiebre y otras aflicciones por el estilo tienen un efecto similar. La falla del hombre común es creer que todo lo que sucede, como resultado de un movimiento del punto de encaje, es puramente mental. No lo es, como tú mismo puedes ahora atestiguar.

Explicó que mi punto de encaje se había movido profundamente veintenas de veces en el pasado, así como lo había hecho el día anterior, pero que, la mayoría de las veces que se movió, los movimientos fueron leves y los mundos que me vi forzado a percibir fueron virtualmente mundos fantasmas, por estar tan cercanos al mundo cotidiano. Agregó que movimientos de ese tipo eran automáticamente descartados por los nuevos videntes.

-Las visiones que producen esos movimientos se originan en el inventario del hombre -continuó-. No tienen valor alguno para los guerreros que buscan la libertad total, porque son resultado de un movimiento lateral del punto de encaje.

Dejó de hablar y me miró. Yo supe al instante que "movimiento lateral" significaba un movimiento del punto de encaje en la superficie del capullo, de un lado a otro a lo ancho de la banda de emanaciones del hombre. Le pregunté si yo tenía razón.

-Eso es exactamente lo que quise decir -dijo-. En los dos bordes de la banda del hombre hay un extraño depósito de basura, una incalculable masa de cachivaches humanos. Es un almacén mórbido y siniestro, que tenía un gran valor para los antiguos videntes pero no para nosotros.

"Una de las cosas más fáciles que puede uno hacer es caer en ese depósito de basura. Ayer, Genaro y yo empujamos a tu punto de encaje porque queríamos darte un vivo ejemplo de ese movimiento lateral. Pero cualquier persona puede llegar a ese almacén simplemente deteniendo su diálogo interno. Cuando eso sucede, los resultados se explican como fantasías de la mente si el cambio es mínimo. Si el cambio es considerable, los resultados son llamados alucinaciones.

Luego me explicó cómo había usado Genaro su paso de poder para mover mi punto de encaje. Dijo que, una vez que los guerreros han entrado en un estado de silencio interior al detener su diálogo interno, los rige el oído más que la vista. El sonido y el ritmo de pasos amortiguados captura al

instante la fuerza de alineamiento de las emanaciones interiores, que ha sido desconectada por el silencio interior.

-De inmediato, esa fuerza se engancha a los bordes de la banda -prosiguió-. A la orilla derecha encontramos interminables visiones de actividad física, violencia, matanzas, sensualidad. A la orilla izquierda encontramos espiritualidad, religión, Dios. Genaro y yo movimos tu punto de encaje a los dos bordes, para poder darte una visión completa de ese basurero humano.

Don Juan guardó silencio; parecía estar pensando cómo continuar su explicación. Por fin habló y dijo que los increíbles efectos del silencio interior eran uno de los más valiosos aspectos del conocimiento de los videntes, en general. Repitió una y otra vez que en el momento en que uno entra a un estado de silencio interno empiezan a romperse los lazos que atan al punto de encaje al sitio específico en el que está localizado, y que el punto de encaje queda así en libertad para moverse.

Añadió que generalmente el movimiento, si no es lateral, es hacia lo profundo de la banda del hombre, que tal preferencia direccional es una reacción natural de la especie humana, pero que existen videntes que pueden mover el punto de encaje a posiciones bajo el sitio normal. Los nuevos videntes llaman a ese cambio "el movimiento hacia abajo".

-Los videntes muy a menudo sufren movimientos involuntarios hacia abajo -prosiguió-. El punto de encaje no permanece en esa posición baja por mucho tiempo, y eso es afortunado porque ese es el lugar de la bestia. Ir abajo va en contra de nuestros intereses, aunque es la cosa más fácil de lograr.

Don Juan dijo que entre los muchos errores que cometieron los antiguos videntes, uno de los más graves fue el mover sus puntos de encaje a la inmensurable área debajo del sitio normal. El moverse de ese modo los volvió expertos en adoptar las formas de los animales que ellos elegían como sus puntos de referencia. Llamaban a esos animales su nagual, y creían que al mover sus puntos de encaje a sitios específicos podían adquirir las características del animal elegido, su fuerza, sabiduría, astucia, agilidad o ferocidad.

Don Juan me aseguró que aún entre los videntes de hoy en día existen espantosos ejemplos de esas prácticas. La relativa facilidad con la que el punto de encaje del hombre se mueve hacia cualquier posición en el área baja representa una gran tentación para los videntes, especialmente para aquellos que tienen una inclinación natural hacia ello. Es el deber del nagual, por lo tanto, poner a prueba a sus guerreros.

Me dijo que me había puesto a prueba una vez, al mover mi punto de encaje a una posición baja. Con la ayuda de una planta de poder guió mi punto de encaje hasta que pude aislar la banda de emanaciones de los cuervos; lo que resultó en que yo me transformara en cuervo.

Cómo había hecho docenas de veces, le pregunté a don Juan una vez más si físicamente me convertí un cuervo o si había sido simplemente un proceso mental y emotivo. Explicó que un movimiento de tal naturaleza resulta siempre en una transformación total. Agregó que si el punto de encaje cruza un límite crucial, el mundo que conocemos se desvanece; deja de ser lo que es al nivel del hombre.

Reconoció que, vista desde cualquier punto, mi transformación fue en verdad horripilante. Mi reacción a aquella experiencia le probó que yo no tenía inclinaciones naturales hacia eso. De no haber sido así, yo hubiera

tenido que emplear enormidades de energía para no sucumbir a la tentación de permanecer indefinidamente en esa área baja.

Me advirtió que los movimientos involuntarios que cada vidente experimenta periódicamente, se vuelven menos frecuentes conforme su punto de encaje avanza más hacia lo profundo de la banda. Sin embargo, cada vez que ocurre ese movimiento hacia abajo disminuye en forma considerable el poder del vidente que lo experimenta.

-Cuando sucede uno de esos movimientos -prosiguió-, los videntes se vuelven extremadamente: malhumorados e intolerantes, y en algunos casos, hasta extremadamente racionales.

-¿Cómo pueden los videntes evitar esos movimientos involuntarios? -pregunté.

-Todo depende del guerrero -dijo-. Algunos de ellos, como tú por ejemplo, están tan encariñados consigo mismos que se consienten toda clase de caprichos y excesos. Esos son a los que les va más mal. Para los que son como tú, yo recomiendo una vigilancia de veinticuatro horas al día. Los guerreros disciplinados son menos propensos a ese tipo de movimiento; para ellos yo recomendaría veintitrés horas y media de vigilancia.

Me miró con ojos brillantes y se rió.

-Las videntes son más propensas a los movimientos hacia abajo que los hombres -dijo-. Pero también son capaces de salir de un salto de esa posición, sin esfuerzo alguno, mientras que los hombres se dilatan peligrosamente en ella.

Dijo que las videntes tienen una capacidad extraordinaria no sólo para salir velozmente sino también para hacer que sus puntos de encaje se aferren a cualquier posición en el área de abajo. Los hombres por otra parte, no pueden ni salir rápidamente de esa área ni aferrarse a ella. Los hombres tienen sobriedad y propósito, pero muy poco talento; por esa razón un nagual tiene que tener ocho mujeres videntes en su grupo. Las mujeres dan al grupo el impulso, la audacia para cruzar la inmensidad de lo desconocido. Junto con esa capacidad natural, o como consecuencia de ella, las mujeres tienen una feroz intensidad. Y por ello, pueden reproducir una forma animal con gran facilidad, con mucho estilo y con una ferocidad sin par.

-Si vas a pensar en algo aterrador -prosiguió-, en algo sin nombre que acecha en la oscuridad, vas a pensar, sin saberlo, en una mujer vidente, en una bruja que sostiene una posición en la inmensurable área baja. Ahí es precisamente donde está el verdadero horror. Si alguna vez encuentras una de esas viejas aberradas, pega un brinco, y sin vergüenza alguna, corre lo más rápido que puedas.

Le pregunté si otros organismos eran capaces de mover sus puntos de encaje.

-Sus puntos de encaje se mueven -dijo-, pero para ellos ese movimiento no es una cosa voluntaria.

-¿El punto de encaje de otros organismos también es entrenado a quedar fijo en un sitio específico? -pregunté.

-De una manera u otra, todo organismo recién nacido es entrenado -contestó-. Por cierto que no entendemos cómo se lleva a cabo su entrenamiento, después de todo, ni siquiera entendemos cómo se lleva a cabo el nuestro, pero los videntes *ven* que los recién nacidos son inducidos a hacer lo que hacen los adultos de su especie. Eso es exactamente lo que ocurre con los niños: los videntes *ven* que sus puntos de encaje se mueven

en todas direcciones, y luego *ven* cómo la presencia de los adultos liga esos puntos a un lugar específico. Todos los demás organismos hacen lo mismo.

Don Juan pareció reflexionar durante un momento, y después agregó que el punto de encaje del hombre tiene un efecto único entre los demás organismos. Señaló un árbol afuera de la casa.

-Cuando nosotros miramos un árbol; como seres humanos adultos, serios -dijo-, nuestros puntos de encaje alinean un número incalculable de emanaciones y logran un milagro. Nuestros puntos de encaje nos hacen percibir un racimo de emanaciones que llamamos árbol.

Explicó que el punto de encaje no sólo efectúa el alineamiento necesario para la percepción de ese racimo, sino que también borra el alineamiento de ciertas emanaciones que pertenecen a ese racimo para poder llegar a un mayor refinamiento de la percepción, a un delicado esquema humano que no tiene paralelo.

Dijo que los nuevos videntes observaron que sólo los seres humanos son capaces de agrupar emanaciones aún dentro de los racimos normales. Para describir tal cosa utilizó la palabra *desnate*, y dijo que era comparable al acto de recoger la nata de un recipiente de leche hervida, después que se ha enfriado. De igual manera, en términos de percepción, el punto de encaje del hombre toma una parte de las emanaciones ya seleccionadas para el alineamiento y forma con ellas un esquema más deleitable.

-Los desnates del hombre -prosiguió don Juan- son más reales que lo que perciben otros seres. Ese es nuestro peligro latente. Son tan reales para nosotros que nos hacen olvidar que los hemos construido nosotros mismos al ordenar a nuestros puntos de encaje que se estacionen donde lo hacen. Nos olvidamos que solamente son reales para nosotros porque ese es nuestro comando. Tenemos poder para sacar la nata de los alineamientos, pero no tenemos poder para protegernos de nuestros comandos. Eso se tiene que aprender. Darle rienda suelta a nuestros desnates, como lo hacemos, es un error de juicio que pagamos tan caro como los antiguos videntes pagaron los suyos.

IX. EL MOVIMIENTO HACIA ABAJO

Don Juan y Genaro hicieron su viaje anual al norte de México, al desierto de Sonora, para buscar plantas medicinales. Vicente Medrano, uno de los videntes compañeros de don Juan, el herbario entre ellos, usaba esas plantas para elaborar medicinas.

Me junté con don Juan y Genaro, como habíamos acordado, en la última etapa de su jornada. Me proponía llevarlos en coche de regreso a su casa.

Un día antes de que partiéramos de vuelta, don Juan repentinamente continuó su explicación. Descansábamos a la sombra de unos arbustos bastante tupidos, al pie de las montañas. Estaba entrada la tarde. Cada uno de nosotros llevaba un gran costal lleno de plantas. En cuanto las depositamos en el suelo, Genaro se acostó sobre su costal y se durmió.

Don Juan me habló en voz baja, como si no quisiera despertar a Genaro. Dijo que ya me había explicado casi todas las verdades del estar consciente de ser, y que sólo quedaba una más por discutir. Me aseguró que esa última era el mayor hallazgo que tuvieron los antiguos videntes, aunque ellos mismos jamás lo supieron. Su tremendo valor sólo fue reconocido por los nuevos videntes, siglos más tarde.

-Te he explicado que el hombre tiene un punto de encaje -prosiguió-, y que ese punto de encaje alinea emanaciones para la percepción. También hemos discutido que ese punto se mueve de su posición fija. Ahora bien, la última verdad es que, una vez que ese punto de encaje se mueve más allá de cierto límite, puede alinear mundos enteramente diferentes al mundo que conocemos.

Sin dejar de susurrar, dijo que ciertas áreas geográficas no sólo ayudan a ese precario movimiento del punto del encaje, sino que también seleccionan direcciones especificas para dicho movimiento. Por ejemplo, el desierto de Sonora ayuda al punto de encaje a moverse de su posición acostumbrada, hacia abajo, al lugar más terrible que uno puede imaginar.

-Es por eso que hay verdaderos brujos en Sonora -continuó-. Especialmente brujas. Tú ya conoces a una, la Catalina. En el pasado, he organizado encuentros entre ustedes dos. Quería yo entonces mover a tu punto de encaje y, con sus payasadas de bruja, la Catalina lo aflojó muchísimo.

Don Juan explicó que las escalofriantes experiencias que yo había tenido con la Catalina eran parte de un acuerdo preestablecido entre ellos dos.

-¿Qué pensarías si la invitáramos a unirse a nosotros? -me preguntó Genaro en voz alta, incorporándose.

La brusquedad de su pregunta y el extraño sonido de su voz me hundieron en un terror instantáneo.

Don Juan se rió, me tomó de los antebrazos y me sacudió. Me aseguró que no había motivo de alarma. Dijo que, para nosotros, la Catalina era como una prima hermana o una tía. Ella era parte de nuestro mundo, aunque no se aunara del todo a nosotros. Comentó que la Catalina estaba en realidad infinitamente más aunada a los antiguos videntes.

Genaro sonrió y me guiñó un ojo.

-Tengo entendido que le tienes muchas ganas a la Catalina -me dijo-. Ella misma me confesó que cada vez que ustedes dos se enfrentaron, mientras más asustado estabas, más ganas le tenías.

Don Juan y Genaro se rieron, casi hasta la histeria.

Tuve que admitir que de alguna manera la Catalina siempre me había parecido una mujer temible pero a la vez extremadamente atractiva. Lo que más me impresionaba de ella era la energía que exudaba.

-Tiene tanta energía ahorrada -comentó don Juan-, que no fue necesario que estuvieras en estado de conciencia acrecentada para que ella moviera tu punto de encaje hasta las profundidades del lado izquierdo.

De nuevo, don Juan dijo que la Catalina estaba muy estrechamente relacionada con nosotros. Me reveló que ella pertenecía al grupo del nagual Julián. Explicó que generalmente, el nagual y todos sus videntes dejan el mundo juntos, pero que hay casos en los cuales lo dejan o bien en pequeños grupos o uno por uno. El nagual Julián y su grupo eran un ejemplo de este caso. El nagual Julián salió del mundo hacía casi cuarenta años, pero la Catalina aún seguía aquí.

Me recordó algo que me había mencionado antes, que el grupo de videntes del nagual Julián consistía de tres hombres completamente inconsecuentes y de ocho mujeres extraordinarias. Don Juan había sostenido siempre que tal disparidad era una de las razones por las que salieron de este mundo uno por uno.

Dijo que la Catalina había estado ligada a una de las soberbias mujeres videntes, quien le había enseñado extraordinarias maniobras para mover su punto de encaje al área baja. Esa vidente fue una de las últimas que dejó el mundo, y puesto que tanto ella como la Catalina era originalmente de Sonora, en su vejez volvieron al desierto y vivieron juntas hasta que la vidente abandonó el mundo, a una edad muy avanzada. En los años que pasaron juntas, la Catalina se convirtió en su más dedicada ayudante y discípula, y aprendió así las extravagantes maneras que los antiguos videntes conocían para mover el punto de encaje.

Le pregunté a don Juan si el conocimiento de la Catalina era diferente al suyo.

-Nosotros sabemos las mismas cosas -repuso-, pero ella es más como Silvio Manuel o Genaro; en realidad es la versión femenina de ellos, pero desde luego, siendo mujer, es infinitamente más agresiva, y peligrosa que ellos dos.

Genaro asintió moviendo la cabeza.

-Infinitamente más -dijo y me volvió a guiñar el ojo.

-¿Está ella unida al grupo de usted, don Juan? -le pregunté.

-Dije que, para nosotros, es como una prima hermana o tía -contestó-. Quise decir que ella pertenece a la generación anterior, aunque es más joven que todos nosotros. Ella es la última vidente de ese grupo. Rara vez entra en contacto con nosotros. No nos quiere mucho. Cree que somos demasiado rígidos y severos. Ella está acostumbrada a las maneras del nagual Julián, y por ello prefiere la gran aventura de lo desconocido a la búsqueda de la libertad.

-¿Cuál es la diferencia entre ambas? -le pregunté a don Juan.

-En la última parte de mi explicación de la conciencia de ser -contestó-, vamos a discutir esa diferencia muy minuciosamente. Lo que es importante que sepas ahora, es que en tu conciencia del lado izquierdo tú guardas celosamente extraños secretos; por eso tú y la Catalina se gustan tanto.

Insistí de nuevo que no era que me gustara la Catalina, sino que más bien yo admiraba su gran fuerza.

Don Juan y Genaro se rieron y me dieron leves codazos como si supieran algo que yo desconocía.

-Le gustas porque ella sabe cómo eres -dijo Genaro chasqueando los labios-. Ella conoció muy bien al nagual Julián.

Ambos me miraron fijamente hasta que me sentí incómodo.

-¿Qué es lo que estás insinuando? -le pregunté a Genaro con un tono agresivo.

Me sonrió y, en un gesto cómico subió y bajó las cejas. Pero no dijo nada.

Don Juan habló y rompió el silencio.

-Hay puntos muy extraños en común entre el nagual Julián y tú -dijo-. Genaro simplemente trata de averiguar si estás consciente de ello.

Le pregunté a ambos cómo diablos podía estar consciente de algo tan jalado de los cabellos.

-La Catalina cree que lo estás -dijo Genaro-. Lo dice porque ella conoció al nagual Julián mejor que cualquiera de nosotros.

Comenté que no podía creer que ella había conocido al nagual Julián, ya que él había abandonado el mundo hacía casi cuarenta años.

-La Catalina no es una jovenzuela -dijo Genaro-. Simplemente se ve joven; eso es parte de su conocimiento. Así como era parte del conocimiento del nagual Julián. Tú sólo la has visto cuando se ve joven. Si la ves cuando se ve vieja, te zurras en tus calzones.

-Lo que hace la Catalina -interrumpió don Juan-, sólo puede explicarse en términos de las tres maestrías: la maestría del estar consciente de ser, la maestría del *acecho* y la maestría del *intento*.

"Pero hoy, vamos a examinar lo que ella hace sólo a la luz de la última verdad de la conciencia de ser: que el punto del encaje puede alinear mundos diferentes al nuestro una vez que se mueve considerablemente de su posición original.

Con una seña, don Juan me hizo ponerme de pie. Genaro también se incorporó. Automáticamente agarré el costal lleno de plantas medicinales. Genaro me detuvo cuando yo estaba por echármelo al hombro.

-Deja el costal -me dijo sonriendo-. Tenemos que subirnos a ese cerro para reunirnos con la Catalina.

-¿Dónde está la Catalina? -pregunté.

-Allá arriba -dijo Genaro señalando la cima de una colina-. Si miras fijamente, con los ojos entrecerrados, la *verás* como un punto muy oscuro contra la vegetación verde.

Me esforcé por *ver* el punto oscuro, pero no pude *ver* nada.

-¿Por qué no te subes hasta allá arriba? -me sugirió don Juan.

Me sentí mareado, estaba a punto de vomitar. Con un gesto de la mano don Juan me animó a subir, pero yo no me atrevía a moverme. Finalmente, Genaro me tomó del brazo y los dos subimos hacia la cima de la colina. Cuando llegamos allí, me di cuenta de que don Juan había subido con nosotros. Los tres llegamos al mismo tiempo.

Con mucha calma, don Juan comenzó a hablarle a Genaro. Le preguntó si recordaba las muchas veces que el nagual Julián estuvo a punto de estrangularlos porque eran tan cobardes.

Genaro se volvió hacia mí y me aseguró que el nagual Julián había sido un maestro despiadado. Él y su propio maestro, el nagual Elías, quien aún estaba en el mundo en aquel entonces, solían empujar los puntos de encaje

de todos sus aprendices más allá de un limité crucial, y los dejaban allí, en mundos inconcebibles, para que se las arreglasen por sí solos.

-Te dije una vez que el nagual Julián nos recomendaba no malgastar nuestra energía sexual -prosiguió Genaro-. El quería decir que para mover el punto de encaje uno necesita energía. Si uno no la tiene, el golpe del nagual no es el golpe de la libertad sino el golpe de la muerte.

-Sin suficiente energía -dijo don Juan-, la fuerza del alineamiento resulta aplastante. Tienes que tener energía para resistir la presión de alineamientos que nunca tienen lugar en circunstancias ordinarias.

Genaro dijo que el nagual Julián también era un maestro inspirado. Siempre encontraba formas de enseñar y de divertirse al mismo tiempo. Uno de sus métodos favoritos consistía en agarrarlos desprevenidos en estados de conciencia normal, darles el golpe del nagual y mover sus puntos de encaje. Después de un par de veces, lo único que tenía que hacer para conseguir su total atención era amenazarlos con un golpe inesperado.

-El nagual Julián fue realmente un hombre inolvidable -dijo don Juan-. Tenía una gran facilidad con la gente. Solía hacer las peores cosas del mundo, pero hechas por él eran sensacionales. Hechas por cualquier otra persona hubieran sido groseras e insensibles.

"Por otra parte, el nagual Elías no tenía facilidad con la gente, pero era un soberbio maestro.

-El nagual Elías era muy parecido al nagual Juan Matus -me dijo Genaro-. Se llevaron muy bien. Y el nagual Elías le enseñó todo, sin jamás alzar la voz o jugarle trampas.

-Pero el nagual Julián era de verdad otra cosa -prosiguió Genaro tocándome con el codo-. Yo diría que, igual que tú, él guardaba celosamente extraños secretos en su lado izquierdo. ¿No dirías tú lo mismo? -le preguntó a don Juan.

Don Juan no contestó, pero movió la cabeza asintiendo. Parecía estar conteniendo su risa.

-Él era muy juguetón -dijo don Juan y ambos irrumpieron en grandes risotadas.

El hecho de que obviamente aludían a algo que sólo ellos sabían me hizo sentirme aún más contrariado.

Don Juan dijo que se referían a las extrañas técnicas de brujería que el nagual Julián había aprendido en el curso de su vida. Genaro agregó que, además del nagual Elías, el nagual Julián tuvo otro maestro único. Un maestro que lo quiso inmensamente y que le enseñó novedosas y complejas maneras de mover su punto de encaje. Como resultado de esto, el nagual Julián fue extraordinariamente excéntrico en su comportamiento.

-¿Quién fue ese maestro, don Juan? -pregunté.

Don Juan y Genaro se miraron uno al otro y se rieron como dos niños.

-Es una pregunta muy difícil de contestar -repuso don Juan-. Lo único que puedo decir es que él fue el maestro que desvió el curso de nuestra línea. Nos enseñó muchas cosas, buenas y malas, pero entre las peores, nos enseñó lo que hacían los antiguos videntes. Y por eso, algunos de nosotros quedamos atrapados. El nagual Julián fue uno de ellos, y también lo es la Catalina. Sólo esperamos que tú no sigas sus pasos.

De inmediato comencé a protestar. Don Juan me interrumpió. Me dijo que yo no sabía contra qué protestaba.

Conforme don Juan hablaba, sentí un terrible enojo contra él y Genaro. El enojo se transformó de pronto en una rabia incontenible. Comencé a

gritarles a todo pulmón. Mi reacción estaba tan fuera de tono que me asustó. Era como si yo fuera otra persona. Me controlé y los miré buscando ayuda.

Genaro tenía puestas las manos sobre los hombros de don Juan, como si necesitara apoyarse. Ambos se ahogaban de risa.

Me sentí tan abatido que casi me salían lágrimas. Don Juan vino a mi lado. Puso su mano sobre mi hombro para tranquilizarme. Dijo que, por razones que le resultaban incomprensibles, el desierto de Sonora fomentaba una definida agresividad en el hombre o en cualquier otro organismo.

-La gente podrá decir que se debe a que aquí el aire es demasiado seco -prosiguió calmadamente-, o porque hace demasiado calor. Los videntes dicen que se debe a que aquí se encuentra una confluencia particular de las emanaciones del Aguila que, como ya dije, ayuda al punto de encaje a moverse hacia abajo.

"Sea como fuera, los guerreros están en el mundo, realmente, con el fin de entrenarse a ser testigos sin prejuicios para así descubrir y entender el misterio que somos. Esta es la meta más alta de los nuevos videntes. Y no todos ellos la alcanzan. Creemos que el nagual Julián no la alcanzó. Pudiéramos decir que asaltaron a él y a la Catalina en el camino y los desviaron.

Dijo que para ser un guerrero sin par uno tiene que amar la libertad, y uno tiene que tener una despreocupación, un desinterés supremo. Explicó que el camino del guerrero es algo extremadamente peligroso porque representa el lado opuesto de la situación del hombre moderno, que ha abandonado el reino de lo desconocido y de lo misterioso, y se ha instalado en el reino de lo funcional. Le ha dado la espalda al mundo de los presentimientos y el júbilo y le ha dado la bienvenida al mundo del aburrimiento.

-El recibir una oportunidad de volver nuevamente al misterio del mundo -prosiguió don Juan-, resulta a veces ser demasiado para los guerreros, y sucumben; los asalta en su camino lo que yo he llamado la gran aventura de lo desconocido. Olvidan la búsqueda de la libertad, olvidan ser testigos sin prejuicios. Y con un gozo ciego, se hunden en lo desconocido.

-Y usted cree que yo soy así, ¿verdad? -le pregunté a don Juan.

-No es cuestión de creer, nosotros lo sabemos -contestó Genaro-. Y la Catalina lo sabe mejor que todos los demás.

-¿Cómo lo sabe? -exigí saber.

-Porque es como tú -repuso Genaro pronunciando sus palabras con una entonación cómica.

Estaba a punto de iniciar una acalorada discusión cuando don Juan me interrumpió.

-No hay motivo para alterarse tanto -me dijo-. Tú eres lo que eres. La lucha por la libertad, es más dura para algunos. Tú eres uno de ellos.

"Para llegar a ser testigos sin prejuicios -prosiguió-, se comienza entendiendo que la estabilidad o el movimiento del punto de encaje determina lo que somos, y lo que es el mundo que atestiguamos.

"Los nuevos videntes dicen que cuando aprendimos a hablar con nosotros mismos, aprendimos los medios de entorpecernos para así poder mantener al punto de encaje en un sitio fijo.

Genaro aplaudió ruidosamente y soltó un chiflido agudo que imitaba el silbato de un entrenador de deportes.

-¡Pongamos en movimiento ese punto de encaje! -gritó-. ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Muévete, muévete, muévete!

Todavía estábamos riéndonos cuando repentinamente los matorrales a mi lado derecho se sacudieron. Don Juan y Genaro se sentaron de inmediato con el pie izquierdo metido bajo el asiento. La pierna derecha, con la rodilla elevada, era como un escudo frente a ellos. A señas, don Juan me indicó que hiciera lo mismo. Alzó las cejas e hizo un gesto de resignación en la comisura de la boca.

-Los brujos tienen sus propias peculiaridades -dijo susurrando-. Cuando el punto de encaje se mueve a las regiones abajo de su posición normal, los brujos no distinguen muy bien. Si te ven de pie, te atacarán.

-El nagual Julián me mantuvo una vez en esta posición de guerrero durante dos días -me susurró Genaro-. Incluso tuve que orinar mientras permanecía sentado en esta posición.

-Y defecar -agregó don Juan con gran seriedad.

-Cierto -dijo Genaro. Y me susurró aún más bajo, como si lo acabara de pensar:- Espero que hayas hecho caca antes. Si no tienes vacíos los intestinos cuando se aparezca la Catalina, te harás caca en los pantalones, a menos que te enseñe cómo quitártelos. Si tienes que cagar en esta posición, tienes que quitarte los pantalones.

Comenzó a enseñarme cómo maniobrar para quitarme los pantalones. Lo hizo con una cara extremadamente seria y preocupada. Toda mi concentración se enfocó en sus movimientos. Sólo después de haberme quitado los pantalones me di cuenta de que don Juan rugía de risa. Nuevamente Genaro se divertía a mi costo. Estaba a punto de incorporarme para ponerme los pantalones cuando don Juan me detuvo. Se reía con tanta fuerza que apenas podía articular sus palabras. Me dijo que me quedara donde estaba, que Genaro sólo bromeaba a medias, y que la Catalina realmente estaba ahí detrás de los matorrales.

Su tono apremiante, a pesar de su risa, me afectó. Al momento, me congelé en mi sitio. Un crujido entre los matorrales me llenó de tanto pánico que olvidé que estaba medio desnudo. Miré a Genaro. Vestía nuevamente sus pantalones. Se encogió de hombros y me sonrió como disculpándose.

-Lo siento -susurró-. No tuve tiempo de enseñarte a ponértelos sin pararte.

No tuve la oportunidad de enojarme o de unirme a su regocijo. En ese instante, justo frente a mí, los matorrales se separaron y surgió de entre ellos una criatura absolutamente horrenda. Era de una apariencia tan estrafalaria que ya no pude ni sentir miedo. Estaba fascinado. Aquello que estaba frente a mí no era un ser humano; era algo que ni siquiera remotamente se asemejaba a uno. Era más como un reptil. O un voluminoso y grotesco insecto. O incluso un ave peluda, totalmente repulsiva. Su cuerpo era oscuro y tenía una gruesa pelambre rojiza. No podía verle extremidades, sólo veía la horrible y enorme cabeza. La nariz era chata y sus dos ventanas eran dos descomunales enormes huecos laterales. Tenía algo parecido a un pico con dientes. Aunque era horrenda esa cosa, sus ojos eran magníficos. Eran como dos lagunas hipnotizantes de incomparable claridad. Poseían conocimiento. No eran ojos humanos, ni ojos de ave, ni ojos de ningún otro ser que yo hubiera visto alguna vez.

La criatura se movió hacia mi izquierda, haciendo crujir los matorrales. Al mover la cabeza para seguirla, me di cuenta de que don Juan y Genaro parecían estar tan hipnotizados como yo. Se me ocurrió que tampoco ellos habían visto jamás algo así.

En un instante, la criatura se perdió completamente de vista. Pero un momento después se escuchó un gruñido y nuevamente su forma gigantesca se elevó ante nosotros,

Yo estaba fascinado sin medida y a la vez preocupado por el hecho de que no le tenía el menor temor a ese grotesco ser. Era como si mi pánico inicial hubiera sido experimentado por alguien que no era yo.

En cierto momento, sentí que comenzaba a incorporarme. Contra mi voluntad, mis piernas se enderezaron y me hallé de pie, frente a ese ser. Vagamente sentí que me quitaba el saco, la camisa y los zapatos. Me quedé desnudo. Los músculos de mis piernas se endurecieron con una contracción tremendamente poderosa. Comencé a saltar con colosal agilidad, y después la criatura y yo corrimos hacia un verdor inefable en la distancia.

La criatura corría delante de mí, enrollándose sobre sí misma, como una serpiente. Corrí hasta alcanzarla. Mientras corríamos juntos, me di cuenta de algo que ya sabía, en realidad ese ser grotesco era la Catalina. De pronto, en carne y hueso, la Catalina estaba a mi lado. Avanzábamos sin esfuerzo. Era como si estuviéramos corriendo sin movernos, tan sólo posando en un gesto corporal de movimiento y velocidad, mientras que el paisaje a nuestro alrededor se movía, creando la impresión de una tremenda aceleración.

Nuestra carrera se detuvo tan repentinamente como había empezado, y luego yo estaba solo con la Catalina, en un mundo diferente. No había en él una sola característica reconocible. Había un intenso brillo y calor que provenía de lo que parecía ser el suelo, un suelo cubierto con grandes rocas. O por lo menos parecían ser rocas. Tenían el color de la arenisca, pero no tenían peso, eran como trozos de tejido esponjoso. Con sólo apoyarme contra ellas podía lanzarlas a lo lejos.

Quedé tan cautivado con mi fuerza que me abstraí de todo lo demás. De alguna manera, yo estaba consciente de que los trozos de material, aparentemente sin peso, si me oponían resistencia, era mi tremenda fuerza la que los lanzaba por doquier.

Traté de agarrarlos con las manos, y me di cuenta de que todo mi cuerpo había cambiado. La Catalina me miraba. De nuevo, era la grotesca criatura que había sido anteriormente, y yo también era así. No podía verme a. mí mismo, pero sabía que los dos éramos exactamente iguales.

Una alegría indescriptible me poseyó, como si la alegría hubiera sido una fuerza que provenía de mi exterior. La Catalina y yo hicimos cabriolas, nos retorcimos, y jugamos hasta que ya no tuve más pensamientos, o sentimientos, o conciencia humana de algún grado. Sin embargo, definitivamente, yo estaba consciente. Mi conciencia era un vago conocimiento que me inspiraba confianza, era una fe ilimitada, una certidumbre física de mi existencia, no en el sentido de un sentimiento humano de individualidad, sino en el sentido de una presencia que lo era todo.

De repente, todo volvió a enfocarse a nivel humano otra vez. La Catalina me tenía agarrado de la mano. Caminábamos en la tierra arenosa y entre las matas espinosas del desierto. Sentí el inmediato y doloroso efecto de las piedras del desierto y los duros pedazos de tierra en mis pies descalzos.

Llegamos a un lugar sin vegetación. Ahí estaban don Juan y Genaro. Me senté y me puse la ropa.

Mi experiencia con la Catalina atrasó nuestro viaje de regreso al sur de México. Me había desequilibrado completamente. En mi estado de conciencia normal me sentí trastornado. Era como si hubiera perdido un punto de referencia. Me sentía abatido, desconsolado. Le dije a don Juan que incluso había perdido el deseo de vivir.

Estábamos sentados en la ramada de la casa de don Juan. Mi coche estaba cargado con bolsas de plantas y estábamos listos para partir, pero me ganó el sentimiento de desesperación y comencé a llorar.

Don Juan y Genaro se rieron hasta que sus ojos empezaron a lagrimear. Mientras más desesperado me sentía, mayor era su gozo. Finalmente, don Juan me hizo cambiar a un estado de conciencia acrecentada y me explicó que el hecho de que se reían de mí no era crueldad de su parte ni el resultado de un extraño sentido del humor, sino la genuina expresión de felicidad al verme avanzar por el camino del conocimiento.

-Te diré lo que el nagual Julián solía decirnos cuando llegamos adonde tú estás -prosiguió don Juan-. De esa forma sabrás que no estás solo. Lo que te está pasando le pasa a cualquiera que ahorra suficiente energía para poder vislumbrar lo desconocido.

Dijo que el nagual Julián solía decirles que habían sido expulsados de los hogares en los que habían vivido todas sus vidas. Un resultado del ahorro de energía había sido la desorganización de su cómodo y acogedor nido en el mundo de la vida cotidiana. La depresión que sentían, les decía el nagual Julián, no era tanto la tristeza de haber perdido un nido aburrido y restrictivo, sino más bien la molestia de tener que buscar nuevas viviendas.

-Las nuevas viviendas -continuó don Juan- no son tan cómodas y acogedoras, pero son infinitamente más holgadas, más amplias.

"Tu aviso de desalojo se presentó en la forma de una gran depresión, una pérdida del deseo de vivir, igual como nos pasó a nosotros. Cuando nos dijiste que no querías vivir, no pudimos evitar reírnos.

-¿Qué me va a pasar ahora? -pregunté.

-En términos vulgares tienes que conseguirte otra cueva donde poner tu petate -contestó don Juan.

Don Juan y Genaro entraron nuevamente en un estado de gran euforia. Cada aseveración o comentario que hacían a mis preguntas los envolvía en risa histérica.

-Todo es muy sencillo -dijo don Juan-. Tu nuevo nivel de energía creará un nuevo sitio para albergar tu punto de encaje. Entrarás en un estado permanente de *conciencia acrecentada*, y el diálogo de guerrero, que tienes con nosotros cada vez que nos reunimos, le dará solidez a esa nueva posición.

Genaro adoptó un gesto arrogante.

-Sigamos adelante con nuestro diálogo de guerrero -dijo y con voz atronadora me preguntó-: ¿Ya cagaste hoy?

Con un movimiento de cabeza me instó a responder.

-¿Ya lo hiciste? ¡Habla! ¡Habla! -demandó con voz autoritaria.

Cuando amainaron sus risas, Genaro dijo muy seriamente que yo tenía que estar consciente de que de vez en cuando se desequilibra la nueva posición y el punto de encaje regresa a su lugar original. Me dio como ejemplo su propio caso; en su posición normal su punto de encaje alineaba un mundo coercivo con gente agresiva y muchas veces aterradora. Fue una total sorpresa para él cuando un día se dio cuenta de que el mundo había cambiado. El tímido Genaro ya no existía, en su lugar estaba un hombre

considerablemente más audaz que se enfrentaba a situaciones que de ordinario lo hubieran hundido en el caos y el temor.

-Un día me encontré haciendo el amor -prosiguió Genaro, y me guiñó el ojo-. Generalmente tenía un miedo mortal a las mujeres. Me desperté como de un sueño en la cama con una vieja rechingona. Aquello era tan ajeno a mí que cuando me di cuenta de lo que hacía casi tuve un ataque al corazón. La sacudida hizo que mi punto de encaje regresara a su miserable posición normal. Fui otra vez el tímido Genaro y tuve que salir corriendo de la casa, temblando como conejo asustado.

-Más te vale que te cuides de la reculada del punto de encaje -agregó Genaro, y comenzaron a reírse nuevamente.

-Como ya lo sabes, la posición del punto de encaje -explicó don Juan-, se mantiene mediante el diálogo interno, por lo tanto es una posición muy frágil. Este es el motivo por el cual los seres humanos pierden tan fácilmente la razón, especialmente aquéllos cuyo diálogo interno es redundante, aburrido y sin ninguna profundidad.

"Los nuevos videntes dicen que los seres humanos más resistentes son aquellos cuyo diálogo interno es fluido y variado.

Dijo que la posición del punto de encaje de un guerrero es infinitamente más fuerte, porque en cuanto el punto comienza a moverse hacia la profundidad del huevo luminoso crea un hoyuelo en la luminosidad, un hoyuelo que alberga al punto de encaje de ahí en adelante.

Es por eso que no podemos decir que los guerreros pierden la razón -prosiguió don Juan-. Si algo pierden, pierden su hoyuelo.

Esa aseveración les pareció tan divertida a don Juan y a Genaro que rodaron por el piso riéndose.

Le pedí a don Juan que explicara mi experiencia con la Catalina.

-Las mujeres son definitivamente más estrafalarias que los hombres -dijo don Juan-. El hecho de que tienen una abertura entre las piernas las hace caer presas de extrañas influencias. A través de esa abertura se posesionan de ellas fuerzas telúricas, extrañas y poderosas. Es la única forma en que puedo entender sus extravagancias. El nagual Julián decía que las mujeres tienen un tercer ojo. Él lo llamaba el ojo telúrico, el ojo que mira al suelo.

Nuevamente los dos se retorcieron de risa. Después guardaron silencio durante un largo rato.

-La Catalina se nos presentó como un gigantesco gusano -comentó don Juan repentinamente.

La expresión de don Juan al decir eso, y la explosión de risa de Genaro me llevaron a un estado de regocijo total. Me reí hasta que me dolía el estómago.

Don Juan dijo que la habilidad de la Catalina era tan extraordinaria que ella podía hacer lo que quisiera en el área de abajo. Su demostración sin par había sido motivada por su afinidad conmigo. El resultado final de todo aquello, dijo, era que la Catalina había arrastrado consigo mi punto de encaje.

-¿Qué cosas hicieron ustedes dos cuando eran gusanitos? -preguntó Genaro y me dio de palmadas en la espalda.

Don Juan parecía estar a punto de ahogarse de risa.

-Ya te dije que las mujeres son más estrafalarias que los hombres -comentó al fin.

-No estoy de acuerdo contigo -le dijo Genaro a don Juan-. El nagual Julián no tenía una abertura entre las piernas, y era más estrafalario que la Catalina. Él fue quien le enseñó a ella a hacerse gusano. Y ni hablar de lo que hacían de gusanos.

Don Juan dio de saltos, como un niño que trata de evitar orinarse en sus pantalones.

Cuando hubo recuperado cierta medida de calma, dijo que el nagual Julián tenía un don especial para crear y explotar las más extrañas situaciones. Dijo también que la Catalina me había dado un ejemplo soberbio del movimiento hacia abajo. Me había dejado verla como el ser cuya forma adoptó al mover su punto de encaje, y luego me había ayudado a mover el mío a la misma posición que le confería esa monstruosa apariencia.

-El otro maestro que tuvo el nagual Julián -prosiguió don Juan-, le enseñó cómo llegar a puntos específicos en esa inmensidad del área baja. Ninguno de nosotros podía seguirlo a esos mundos, pero todos los miembros de su grupo sí lo hacían, especialmente la Catalina y la mujer vidente que le enseñó.

Don Juan dijo además que un cambio hacia abajo implicaba una visión, no de otro mundo propiamente dicho, sino de nuestro mismo mundo de la vida cotidiana visto desde una perspectiva diferente. Agregó que para que yo pudiera ver otro mundo tenía que percibir otra gran banda de las emanaciones del Águila.

Agregó que no tenía tiempo para hablar en detalle sobre el tema de las grandes bandas de emanaciones, porque teníamos que emprender el viaje de regreso. Yo quería quedarme un poco más y seguir hablando, pero alegó que para explicar ese tema él necesitaba mucho más tiempo y yo necesitaba mucha más concentración.

X. LAS GRANDES BANDAS DE EMANACIONES

Días después, ya en la casa de Silvio Manuel, don Juan reanudó su explicación. Me llevó al cuarto grande. Anochecía. El cuarto estaba a oscuras. Yo quería encender las lámparas de gasolina pero don Juan no me lo permitió. Me dijo que tenía que dejar que el sonido de su voz moviera mi punto de encaje para que resplandeciera con las emanaciones de la concentración total y la rememoración total.

Me dijo que íbamos a hablar de las grandes bandas de emanaciones. Lo llamó otro descubrimiento clave hecho por los antiguos videntes, pero dijo que, en su extravío, lo relegaron al olvido hasta que fue rescatado por los nuevos videntes.

-Las emanaciones del Águila se agrupan siempre en racimos -prosiguió-. Los antiguos videntes llamaron a esos racimos las grandes bandas de emanaciones. No son realmente bandas, pero el nombre se les quedó.

"Por ejemplo, existe un racimo inmensurable que produce seres orgánicos. Las emanaciones de esa banda orgánica son de una calidad casi esponjosa. Son transparentes y tienen una luz propia única, una energía peculiar. Están conscientes, se mueven. Esa es la razón por la cual todos los seres orgánicos están llenos de una energía devoradora. Las otras bandas son más oscuras, menos esponjosas. Algunas de ellas no tienen luz en absoluto, sino una especie de opacidad.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que todos los seres orgánicos tienen el mismo tipo de emanaciones dentro de sus capullos? -pregunté.

-No. No es eso lo que quiero decir. Realmente no es tan sencillo, aunque los seres orgánicos pertenecen a la misma gran banda. Imagínatelo como una banda enormemente ancha de filamentos luminosos, hilos luminosos sin fin. Los seres orgánicos son burbujas que crecen alrededor de un grupo de filamentos luminosos. Imagina que en esta banda de vida orgánica algunas burbujas se forman alrededor de los filamentos luminosos del centro de la banda, mientras que otros se forman cerca de los bordes; la banda es lo suficientemente ancha para acomodar a todo tipo de ser orgánico, y con espacio de sobra. En un arreglo así, las burbujas que están cerca de los bordes de la banda no tienen nada que ver con las emanaciones que están en el centro de la banda, que son compartidas sólo por burbujas que se alinean con el centro. De igual manera, las burbujas del centro no tienen nada que ver con las emanaciones de los bordes.

"Como podrás entender, los seres orgánicos se forman con las emanaciones de una sola banda; pero los videntes *ven* que dentro de esa banda orgánica hay diferencias descomunales entre esos seres.

-¿Hay muchas de esas grandes bandas? -pregunté.

-Hay tantas como el infinito mismo -contestó-. Sin embargo, los videntes descubrieron que en la tierra sólo hay cuarenta y ocho de esas bandas.

-¿Qué significa eso, don Juan?

-Para los videntes significa que hay cuarenta y ocho tipos de organizaciones en la tierra, cuarenta y ocho tipos de racimos o estructuras. La vida orgánica es uno de ellos.

-¿Significa eso que hay cuarenta y siete tipos de vida inorgánica?

-No, de ninguna manera. Los antiguos videntes contaron siete bandas que producían burbujas de conciencia inorgánica. En otras palabras, hay cuarenta bandas que producen burbujas sin conciencia alguna; esas son bandas que sólo generan organización.

"Piensa que las grandes bandas son como árboles. Todos dan fruto; producen recipientes llenos de emanaciones; pero sólo ocho de esos árboles dan frutos comestibles, esto es, burbujas con conciencia. Siete tienen fruto amargo, pero aún así, comestible; y uno produce las frutas más jugosas y sabrosas que existen.

Se rió y dijo que en su analogía había tomado el punto de vista del Águila, para quien los más deliciosos bocados son las burbujas con conciencia orgánica.

-¿Qué hace que esas ocho bandas produzcan conciencia? -pregunté.

-El Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones -contestó.

Su respuesta me hizo discutir con él. Afirmé que era una aseveración sin significado, porque decir que el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones es parecido a lo que diría un hombre religioso acerca de Dios, que Dios concede la vida a través de su amor.

-Las dos aseveraciones no tienen el mismo punto de vista -dijo con paciencia-. Y sin embargo creo que significan la misma cosa. La diferencia es que los videntes *ven* cómo el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones y los hombres religiosos no *ven* cómo Dios confiere la vida a través de su amor.

Dijo que la manera en que el Águila confiere la conciencia es mediante tres gigantescos haces de emanaciones que recorren las ocho grandes bandas. Estos haces son bastante peculiares, porque hacen que los videntes sientan un color. Un haz da la sensación de ser rosa amarillento; otro da la

sensación de ser de color durazno; y el tercer haz da la sensación de ser ambarino, como la miel clara.

-De modo que es asunto de *ver* un color cuando los videntes *ven* que el Águila confiere la conciencia a través de sus emanaciones -prosiguió-. Los hombres religiosos no *ven* el amor de Dios, pero si pudieran *verlo*, sabrían que es o rosa, o color durazno, o ambarino.

-El hombre, por ejemplo, está ligado al haz ambarino, pero hay otros seres que también lo están.

Quise saber que otros seres compartían esas emanaciones con el hombre.

-Tú mismo tendrás que descubrir detalles como ése, *viéndolos* -dijo-. No tiene caso que te diga cuáles seres son; sólo te dará ocasión para hacer otro inventario. Basta con decir que descubrir eso por tu cuenta será una de las cosas más emocionantes que puedas hacer.

-¿Los haces de color rosado y color durazno también se ven en el hombre? -pregunté.

-Nunca. Esos haces pertenecen a otros seres vivientes -contestó.

Estaba a punto de hacerle otra pregunta, pero me ordenó detenerme con un vigoroso movimiento de la mano. Se perdió en sus pensamientos. Durante largo tiempo estuvimos envueltos en silencio total.

-Te he dicho que en el hombre el resplandor de la conciencia tiene diferentes colores -dijo finalmente-. Lo que no te dije entonces, porque aún no llegábamos a ese punto, era que no son colores sino tintes de ámbar.

Dijo que el haz de conciencia ambarino tiene una infinidad de variantes sutiles que siempre denotan diferencias en la calidad de la conciencia. Los tintes más comunes son el ámbar rosado y el verde pálido. El ámbar azul es más inusitado, pero el ámbar puro es el más raro de todos.

-¿Qué determina los tintes particulares de ámbar?

-Los videntes dicen que la cantidad de energía que uno ahorra y almacena determina el tinte. Incontables cantidades de guerreros han comenzado con un tinte ordinario, color rosa, y han terminado con el más puro de todos los ámbares. Genaro y Silvio Manuel son ejemplos de ello.

-¿Qué formas de vida pertenecen a los haces de conciencia color rosa y color durazno? -pregunté.

-Los tres haces, con todos sus tintes, entrecruzan las ocho bandas -contestó-. En la banda orgánica, el haz color rosa pertenece sobre todo a las plantas, la banda color durazno pertenece a los insectos, y la banda ambarina pertenece al hombre y a otros seres orgánicos y no necesariamente animales.

"La misma situación prevalece en las bandas inorgánicas. Los tres haces de conciencia producen tipos específicos de seres inorgánicos en cada una de las siete grandes bandas.

Le pedí que me diera detalles de los tipos de seres inorgánicos que existían.

-Esa es otra cosa más que tienes que *ver* por tu cuenta -dijo-. Las siete bandas y lo que producen son en realidad inaccesibles a la razón, pero no al *ver*.

Le dije que no lograba entender del todo su explicación de las grandes bandas, porque su descripción me había obligado a imaginarlas como bandas planas, o incluso como las correas transportadoras de una fábrica.

Explicó que las grandes bandas no son ni planas ni redondas, sino indescriptiblemente arracimadas, como un monto de paja, que queda

sostenido a mitad del aire por la fuerza de la mano que la lanzó ahí. Por eso, no existe orden en las emanaciones; decir que existe una parte central o que existen bordes resulta engañoso, pero necesario para poder entender.

Explicó que los seres inorgánicos producidos por las otras siete bandas se caracterizan por tener un recipiente que carece de movimiento; tienen más bien un receptáculo amorfo con un bajo grado de luminosidad. No se parece al capullo de los seres orgánicos. Le falta la tensión, la calidad que hace que los seres orgánicos parezcan bolas luminosas que rebosan energía.

Don Juan dijo que la única similitud entre los seres inorgánicos y los seres orgánicos es que todos tienen las emanaciones color rosa, color durazno o ambarinas.

-Bajo ciertas circunstancias -prosiguió-, esas emanaciones hacen posible la más fascinante comunicación, entre los seres de esas ocho grandes bandas.

Dijo que, debido a que sus campos de energía son más intensos, los seres orgánicos son generalmente los que inician la comunicación con los seres inorgánicos, pero una sutil y sofisticada relación que siempre resulta es iniciativa de los seres inorgánicos. Una vez rota la barrera, los seres inorgánicos cambian y se convierten en lo que los videntes llaman aliados. A partir de ese momento los seres inorgánicos pueden anticipar los más recónditos pensamientos o estados de ánimo o temores de los videntes.

-Tanta devoción de parte de los aliados hechizó a los mismos hechiceros, los antiguos videntes -agregó don Juan-. Hay historias de que los antiguos videntes conseguían que sus aliados hicieran lo que ellos les pedían. Esa es una de las razones por las que creían en su propia invulnerabilidad. Los engañó su importancia personal. Los aliados sólo tienen poder si el vidente que los *ve* es un parangón de impecabilidad; y esos antiguos videntes simplemente no lo eran.

-¿Existen tantos seres inorgánicos como organismos vivientes? -pregunté.

Dijo que los seres inorgánicos no son tan abundantes como los orgánicos, pero que esto queda compensado, en cierta medida, por el mayor número de bandas de conciencia inorgánica. Puesto que los organismos pertenecen a una sola banda, mientras que los seres inorgánicos pertenecen a siete, las diferencias entre los seres inorgánicos son más vastas que las diferencias entre los organismos.

-Además, los seres inorgánicos viven infinitamente más que los organismos -prosiguió-. Este detalle, por razones que te revelaré más adelante, es lo que impulsó a los antiguos videntes a *ver* todo lo que pudieron, acerca de los aliados.

Dijo que los antiguos videntes llegaron también a darse cuenta de que es la intensa energía de los organismos y el subsecuente alto desarrollo de su conciencia lo que los convierte en deliciosos bocados para el Águila. Su interpretación fue que era la gula, la razón por la cual el Águila produce un número tan grande de organismos.

Luego explicó que el producto de las otras cuarenta grandes bandas no es en absoluto la conciencia, sino una configuración de energía inanimada que los antiguos videntes llamaban vasos, mientras que llamaban capullos y recipientes a los productos de las ocho bandas con conciencia. Dijo que lo que explica la luminosidad independiente de los capullos y de los recipientes es la energía de la conciencia, y que los vasos son receptáculos rígidos cuya

luminosidad estática proviene sólo de la energía de las emanaciones encapsuladas.

-Debes tomar en cuenta que en el mundo todo está encapsulado -prosiguió-. Todo lo que nosotros percibimos está compuesto por porciones de capullos o vasos con emanaciones. Como hombres comunes no percibimos en absoluto los recipientes de los seres inorgánicos.

Se me quedó viendo, esperando una señal de comprensión. Cuando se dio cuenta de que no iba a dársela, siguió explicando.

-El mundo total está integrado por las cuarenta y ocho bandas -dijo-. El mundo que nuestro punto de encaje alinea para nuestra percepción normal está compuesto por dos bandas; una es la banda orgánica, la otra es una banda que sólo tiene estructura. Las otras cuarenta y seis grandes bandas no son parte del mundo que percibimos cotidianamente.

De nuevo hizo una pausa, esperando preguntas pertinentes. Yo no tenía ninguna.

-Hay otros mundos completos que nuestros puntos de encaje pueden alinear -prosiguió-. Los antiguos videntes contaron siete de esos mundos, uno por cada banda de conciencia. Yo puedo añadir que aparte del mundo de todos los días, dos de esos otros mundos son fáciles de alinear; los otros cinco son algo casi imposible.

Cuando volvimos a sentarnos para continuar su explicación, don Juan comenzó a hablar de inmediato acerca de mi experiencia con la Catalina. Dijo que un movimiento del punto de encaje al área abajo de su posición acostumbrada le permite al vidente una visión detallada y estrecha del mundo que conocemos. Esa visión es tan detallada que parece ser un mundo enteramente diferente. Es una visión que tiene un tremendo atractivo, especialmente para aquellos videntes que tienen un espíritu aventurero e imprudente.

-El cambio de perspectiva es muy agradable -prosiguió don Juan-. El esfuerzo requerido es mínimo, y los resultados son asombrosos. Si el vidente busca una ganancia rápida, no existe mejor maniobra que el movimiento hacia abajo. El único problema es que en esas posiciones del punto de encaje los videntes se ven acosados por la muerte, que tiene lugar incluso con mayor brutalidad y mayor rapidez que en la posición del hombre.

"El nagual Julián pensaba que era un lugar ideal para divertirse, pero eso es todo.

Dijo que un verdadero cambio de mundos sólo ocurre cuando el punto de encaje se mueve al interior de la banda del hombre, a suficiente profundidad para alcanzar un umbral crucial, y que sólo entonces es cuando el punto de encaje puede usar otra de las grandes bandas.

-¿Cómo la usa? -pregunté.

Encogió los hombros.

-Es una cuestión de energía -dijo-. La fuerza del alineamiento engancha otra banda, siempre y cuando el vidente tenga suficiente energía. Nuestra energía normal le permite a nuestros puntos de encaje usar la fuerza del alineamiento de una gran banda de emanaciones. Y percibimos el mundo que conocemos. Pero si tenemos un exceso de energía, podemos usar la fuerza del alineamiento de otras grandes bandas, y en consecuencia, podemos percibir otros mundos.

De repente, don Juan cambió de tema y comenzó a hablar sobre las plantas.

-Esto quizá te parezca una rareza -dijo-, pero, por ejemplo, los árboles están más cercanos al hombre que las hormigas. Te he dicho que los árboles y el hombre pueden desarrollar una gran relación; eso se debe a que comparten emanaciones.

-¿Qué tan grandes son sus capullos? -pregunté.

-El capullo de un árbol gigante no es mucho mayor que el árbol en sí. Lo interesante es que algunas plantas muy pequeñas tienen un capullo casi tan alto como el cuerpo del hombre y tres veces más ancho. Esas son plantas de poder. Comparten la mayor cantidad de emanaciones con el hombre, no las emanaciones de la conciencia, sino otras emanaciones en general.

"Otra característica única de las plantas es que sus luminosidades tienen diferentes tintes. En general, son rosadas, porque su conciencia es rosa. Las plantas venenosas son de un rosado pálido y amarillento, y las plantas medicinales son de un rosado vivo tirando a violeta. Las únicas que son de un rosado blancuzco son las plantas de poder; algunas son de color blanco turbio, otras de un blanco brillante.

"Pero la verdadera diferencia entre las plantas y otros seres orgánicos es la localización de sus puntos de encaje. Las plantas lo tienen en la parte inferior de su capullo, mientras que otros seres orgánicos lo tienen en la parte superior.

-¿Y los seres inorgánicos? -pregunté-. ¿Dónde tienen sus puntos de encaje?

-Algunos lo tienen en la parte inferior de sus recipientes -dijo-. Esos son completamente ajenos al hombre, pero afines a las plantas. Otros lo tienen en cualquier parte de la región superior de sus recipientes. Esos son más cercanos al hombre y a otras criaturas orgánicas.

Agregó que los antiguos videntes estaban convencidos de que las plantas tienen la más intensa comunicación con seres inorgánicos. Creían que mientras más bajo estuviera el punto de encaje, más fácil resultaba para las plantas el romper la barrera de la percepción; los árboles muy grandes y las plantas muy pequeñas tienen los puntos de encaje situados muy abajo. Debido a esto, un gran número de las técnicas de brujería de los antiguos videntes eran medios de atrapar la conciencia de los árboles, y de las plantas pequeñas, para usarlas como guías para bajar a lo que ellos llamaban los niveles más profundos de las regiones oscuras.

-Entenderás, desde luego -prosiguió don Juan-, que cuando ellos creían que bajaban a las profundidades, en realidad, movían sus puntos de encaje para alinear otros mundos perceptibles con esas siete grandes bandas.

"Forzaron su conciencia hasta el límite, y unificaron mundos con las cinco grandes bandas que son accesibles a los videntes sólo si se someten a una peligrosa transformación.

-Pero, ¿lograron alinear esos mundos los antiguos videntes? -pregunté.

-Lo lograron -dijo-. En su extravío creyeron que valía la pena romper todas las barreras de la percepción, aunque tuvieran que convertirse en árboles para hacerlo.

XI. ACECHO, INTENTO Y LA POSICIÓN DE ENSUEÑO

Al día siguiente, al comenzar a caer la noche, don Juan vino al cuarto donde yo hablaba con Genaro. Me tomó del brazo, y cruzamos la casa hasta el patio trasero. Ya había oscurecido bastante. Empezamos a caminar alrededor del corredor.

Mientras caminábamos, don Juan me dijo que quería advertirme nuevamente que, en el camino del guerrero es muy fácil perderse en complejidades. Dijo que los videntes se enfrentan a grandes enemigos que pueden destruir sus propósitos, enturbiar sus objetivos y debilitarlos; enemigos creados por el mismo conocimiento que los guerreros buscan, aunado al sentido de indolencia, imprudencia e importancia personal que son partes integrales del mundo cotidiano.

Comentó que fueron tan enormes y tan graves los errores cometidos por los antiguos videntes como resultado de la indolencia, la imprudencia y la importancia personal que los nuevos videntes no tuvieron más opción que rechazar su propia tradición.

-La cosa más importante que necesitaban los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, eran medidas prácticas para poder mover sus puntos de encaje. Puesto que no las tenían, empezaron por desarrollar un gran interés en *ver* el resplandor de la conciencia, y como resultado perfeccionaron tres técnicas que llegaron a ser sus obras maestras.

Don Juan dijo que, con esas tres técnicas, los nuevos videntes lograron una extraordinaria y sumamente difícil hazaña. Lograron mover sistemáticamente el punto de encaje de su posición acostumbrada. Reconoció que los antiguos videntes también habían logrado la misma hazaña, pero por medio de maniobras con bases caprichosas e idiosincráticas.

Explicó que lo que los nuevos videntes *vieron*, al examinar el resplandor de la conciencia, dio lugar al orden en el que arreglaron las verdades del estar consciente de ser, descubiertas por los antiguos videntes. Ese orden se conoce como la maestría de la conciencia. Partiendo de ahí, desarrollaron las tres técnicas. La primera es la maestría del *acecho*, la segunda es la maestría del *intento* y la tercera es la maestría del *ensueño*. Aseveró que me había enseñado las tres desde el primer día en que nos conocimos.

Me dijo que, siguiendo la recomendación de los nuevos videntes, me había enseñado la maestría de la conciencia de dos maneras. En sus enseñanzas para el lado derecho, que aplicó en mi estado de conciencia normal, cumplió dos objetivos: me enseñó el camino del guerrero y aflojó mi punto de encaje de su posición original. En sus enseñanzas para el lado izquierdo, que llevó a cabo en estado de conciencia acrecentada, también logró dos objetivos: me dio una larga serie de explicaciones e hizo que mi punto de encaje se moviera a todas las posiciones que fui capaz de sostener.

Don Juan dejó de hablar y se detuvo. Se recostó contra un pilar del patio y empezó a hablar acerca del *acecho*. Dijo que tuvo orígenes muy humildes y fortuitos. Partió de una observación hecha por los nuevos videntes: que cuando los guerreros se comportan de maneras no acostumbradas, en una forma sistemática y continua, emanaciones internas que ordinariamente nunca se usan empiezan a resplandecer. Y sus puntos de encaje se mueven de una manera lenta, armoniosa, apenas notable.

Estimulados por esta observación, los nuevos videntes comenzaron a practicar el control sistemático de su conducta. Llamaron a esta práctica el arte del *acecho*. Don Juan dijo que, aunque el término era inconveniente, el nombre resultaba apropiado, porque *acechar* implicaba un específico tipo de conducta con la gente, un comportamiento que podría clasificarse como clandestino o furtivo.

Armados con esta técnica, los nuevos videntes abordaron lo conocido de una manera sobria y fructífera. Mediante su práctica continua, movieron a sus puntos de encaje de una forma lenta pero constante.

-En materia de procedimientos, el *acecho* es uno de los dos grandes logros de los nuevos videntes -dijo-. Ellos son los que decidieron que se le debía enseñar esa técnica a un nagual de hoy en día cuando su punto de encaje se ha movido a bastante profundidad en el lado izquierdo. El motivo de esta decisión es que el nagual tiene que aprender los principios del *acecho* sin el estorbo del inventario humano. Después de todo, el nagual es el líder de un grupo, y para guiar a ese grupo tiene que actuar con tremenda rapidez sin tener primero que cavilar en lo que va a hacer.

"Otros guerreros pueden aprender el *acecho* en la conciencia normal, aunque es aconsejable que lo hagan en la conciencia acrecentada, no tanto por el valor de la conciencia acrecentada, sino porque le infunde al *acecho* un misterio que realmente no posee; el *acecho* es simplemente comportamiento con la gente.

Dijo que ahora yo podía entender que el movimiento del punto de encaje era la razón por la cual los nuevos videntes le daban un valor tan alto a los pinches tiranos. Actuar con los pinches tiranos obliga a los videntes a usar los principios del *acecho*, y al hacerlo, los ayuda a mover sus puntos de encaje.

Le pregunté si los antiguos videntes tenían alguna noción acerca de los principios del *acecho*.

-*Acechar* pertenece exclusivamente a los nuevos videntes -dijo-. Ellos son los que tuvieron que tratar con la gente. Los otros estaban tan absortos en su sentido del poder que ni siquiera sabían que existía la gente, hasta que la gente les cayó encima y los exterminó. Pero tú ya sabes todo esto.

Don Juan dijo enseguida que la maestría del *intento* y la maestría del *acecho* eran las dos obras maestras de los nuevos videntes y que marcan el advenimiento de los videntes actuales. Explicó que en sus esfuerzos por sacarle ventaja a sus opresores, los nuevos videntes usaron todas las posibilidades. Sabían que sus predecesores había logrado hazañas extraordinarias manejando una fuerza misteriosa y milagrosa que sólo pudieron describir como el poder. Los nuevos videntes tenían muy poca información acerca de esa fuerza, y por eso se vieron obligados a *verla* y a examinarla sistemática y minuciosamente. Sus esfuerzos fueron ampliamente recompensados cuando descubrieron que esa fuerza es la energía del alineamiento.

Comenzaron *viendo* cómo el resplandor de la conciencia aumenta de tamaño e intensidad conforme las emanaciones interiores del capullo se alínean con las emanaciones en grande. Al igual que hicieron con el *acecho*, usaron esa observación como trampolín, y siguieron adelante, desarrollando una compleja serie de técnicas para manejar ese alineamiento.

Al principio se referían a esas técnicas como la maestría del alineamiento. Luego se dieron cuenta que lo que estaba involucrado era mucho más que el alineamiento, era la energía que surge del alineamiento de emanaciones. A esa energía la llamaron *voluntad*.

La *voluntad* se convirtió en la segunda base de su serie de técnicas. Los nuevos videntes la entendieron como un estallido de energía, ciego, impersonal, ininterrumpido, que nos hace comportarnos como lo hacemos. La *voluntad* es responsable de nuestra percepción del mundo cotidiano, e

indirectamente, a través de la fuerza de esa percepción, es responsable de la localización del punto de encaje en su posición acostumbrada.

Don Juan dijo que los nuevos videntes examinaron cómo tiene lugar la percepción del mundo de la vida diaria y vieron los efectos de la *voluntad*. *Vieron* que el alineamiento es renovado incesantemente para conferirle así continuidad a la percepción. Para renovar cada vez el alineamiento con el frescor que necesita para crear un mundo vivo, la descarga de energía que procede de esos mismos alineamientos se redirige automáticamente para reforzar algunos alineamientos selectos.

Esta nueva observación les sirvió a los nuevos videntes como otro trampolín que los ayudó a alcanzar la tercera base de sus técnicas. La llamaron *intento* y la describieron como guiar la *voluntad*, o guiar intencionalmente la energía del alineamiento.

-El nagual Julián obligó a Silvio Manuel, a Genaro y a Vicente a concentrarse en esos tres aspectos del conocimiento de los videntes -prosiguió-. Genaro es el maestro del manejo de la conciencia, Vicente es el maestro del *acecho* y Silvio Manuel es el maestro del *intento*.

Durante un largo rato, don Juan habló con las mujeres aprendices. Lo escucharon con una expresión de seriedad en los rostros. A juzgar por la feroz concentración de las mujeres, yo estaba seguro que les estaba dando instrucciones detalladas acerca de difíciles procedimientos.

Me habían excluido de la reunión, pero yo los había observado mientras hablaban en el cuarto delantero de la casa de Genaro. Yo estaba sentado en la cocina, esperando a que terminaran.

Finalmente las mujeres se pusieron de pie para partir, pero antes de hacerlo, vinieron a la cocina con don Juan. Él se sentó frente a mí mientras las mujeres hablaban con penosa formalidad. Luego me abrazaron: Todas estaban inusitadamente amigables conmigo, incluso comunicativas. Dijeron que partían a reunirse con los otros aprendices que habían salido con Genaro horas antes. Genaro les iba a enseñar a todos ellos su *cuerpo de ensueño*.

En cuanto se fueron, don Juan reanudó su explicación. Dijo que conforme pasó el tiempo y los nuevos videntes establecieron sus prácticas, se dieron cuenta de que bajo las condiciones prevalecientes de vida, el *acecho* sólo movía mínimamente los puntos de encaje. Para lograr el máximo efecto, el *acecho* necesitaba de un medio ambiente ideal; necesitaba pinches tiranos en posiciones de gran autoridad y poder. Se volvió cada vez más difícil para los nuevos videntes encontrar tales situaciones; la tarea de improvisarlas, o de buscarlas adrede, se convirtió en una carga insoportable.

Los nuevos videntes juzgaron que era imperativo *ver* las emanaciones del Águila, a fin de encontrar una manera más conveniente de mover el punto de encaje. Al tratar de *ver* las emanaciones se enfrentaron con un serio problema. Se dieron cuenta de que no hay manera de *verlas* sin correr un riesgo mortal, y sin embargo tenían que *verlas*. Esa fue la época en la que usaron la técnica de *ensueño* de los antiguos videntes como un escudo para protegerse del golpe mortal de las emanaciones del Águila. Y, al hacerlo, encontraron que el *ensueño* en sí era la manera más efectiva de mover el punto de encaje.

-Una de las órdenes más estrictas de los nuevos videntes -prosiguió don Juan-, fue que los guerreros tienen que aprender a *ensoñar* mientras están

en un estado de conciencia normal. Siguiendo esa orden, comencé a enseñarte el *ensueño* casi desde el primer día en que nos conocimos.

-¿Por qué ordenan los nuevos videntes que el *ensueño* tiene que enseñarse en la conciencia normal? -pregunté.

-Porque *ensoñar* es muy peligroso y los *ensoñadores* muy vulnerables -dijo-. Es peligroso porque la fuerza del alineamiento es inconcebible; y los *ensoñadores* son vulnerables porque el *ensueño* los deja a merced de esa fuerza.

"Los nuevos videntes descubrieron que en nuestro estado de conciencia normal tenemos incontables defensas que pueden protegernos de la fuerza de las emanaciones que nunca son usadas y que repentinamente se alinean en el *ensueño*.

Don Juan explicó que el *ensueño*, como el *acecho*, también comenzó con una simple observación. Los antiguos videntes observaron que en sueños, el punto de encaje se mueve ligeramente al lado izquierdo, de una manera muy natural. Y aunque uno no sueñe, el punto de encaje pierde algo de su fijeza mientras uno duerme, y empieza a hacer resplandecer muchísimas emanaciones que nunca se usan.

Los antiguos videntes inmediatamente tomaron esa observación, y empezaron a trabajar con ese movimiento natural hasta que pudieron controlarlo. Llamaron a ese control *ensoñar*, o el arte de manejar el cuerpo de *ensueño*.

Comentó que no hay manera de describir la inmensidad del conocimiento acerca del *ensueño* que los antiguos videntes tenían. Sin embargo, sólo en muy escasa medida resultó útil a los nuevos videntes. Y así, al llegar el momento de la reconstrucción, ellos sólo utilizaron lo más esencial del *ensoñar* para *ver* las emanaciones del Águila y para mover sus puntos de encaje.

Dijo que los videntes, antiguos y nuevos, entendían el *ensueño* como el control del leve movimiento natural que experimenta el punto de encaje durante el sueno. Subrayó que el controlar ese cambio no implica de ninguna manera dirigirlo, sino mantener al punto de encaje fijo en la posición a la que se mueve durante el sueño; una maniobra extremadamente difícil que los antiguos videntes lograron perfeccionar con enorme esfuerzo y concentración.

Don Juan explicó que los *ensoñadores* tienen que llegar a un equilibrio muy sutil, porque no pueden interferir en los sueños, ni tampoco pueden imponer sus deseos en ellos, y sin embargo el movimiento del punto de encaje debe obedecer la orden del *ensoñador*, una contradicción que no puede ser racionalizada pero que debe resolverse en la práctica.

Después de observar a los *ensoñadores* mientras dormían, los antiguos videntes decidieron dejar que los sueños siguieran su curso natural. Habían visto que en algunos sueños, más que en otros, el punto de encaje del *ensoñador* penetraba en el lado izquierdo a una profundidad considerablemente mayor. Esta observación les planteó la pregunta de que si el contenido del sueño hace moverse al punto de encaje, o si el movimiento del punto de encaje en sí produce el contenido del sueño al activar emanaciones que no se usan de ordinario.

Pronto se dieron cuenta de que el movimiento del punto de encaje al interior del lado izquierdo es lo que produce los sueños. Mientras más profundo es el movimiento, más vívido y extraño es el sueño. Inevitablemente, trataron de dirigir sus sueños para lograr que sus puntos

de encaje penetraran profundamente en el lado izquierdo. Al tratarlo, descubrieron que cuando los sueños son dirigidos, consciente o semiconscientemente, el punto de encaje regresa de inmediato a su lugar de costumbre. Puesto que lo que querían era que ese punto se moviera, llegaron a la inevitable conclusión de que interferir en los sueños era interferir en el movimiento natural del punto de encaje.

Don Juan dijo que así empezaron los antiguos videntes a desarrollar su asombroso conocimiento del *ensueño*, un conocimiento que tuvo una tremenda influencia en lo que los nuevos videntes consideraban como su meta final, pero que les fue de muy poco uso en su forma original.

Me dijo que en sus enseñanzas para el lado derecho, yo erróneamente había entendido que el *ensueño* era el control de los sueños; y que todos los ejercicios que me hizo cumplir, como el encontrar mis manos en mis sueños, no estaban planeados para entrenarme a dirigir mis sueños. Esos ejercicios estaban diseñados para mantener mi punto de encaje fijo en el lugar al que se había movido en mi sueño. Añadió que ahí era donde los *ensoñadores* tenían que lograr un equilibrio sutil. Lo único que ellos podían dirigir era la estabilidad de sus puntos de encaje. Los videntes son como pescadores equipados con un hilo de pescar y un anzuelo que se hunde dondequiera que puede; lo único que ellos pueden hacer es mantener el anzuelo anclado al lugar en el que se hundió.

-Dondequiera que se mueva el punto de encaje en los sueños se llama *posición de ensueño*, -prosiguió-. Los antiguos videntes se volvieron tan expertos en mantener su *posición de ensueño* que incluso podían despertar mientras sus puntos de encaje seguían anclados allí.

"Los antiguos videntes llamaron *cuerpo de ensueño* a ese estado, porque lo controlaban al grado de crear un nuevo cuerpo provisional cada vez que despertaban en una nueva *posición de ensueño*.

-Tengo que aclararte que el *ensueño* tiene un terrible inconveniente -continuó-. Pertenece a los antiguos videntes. Esta viciado con su estado de ánimo. He sido muy prudente contigo al enseñarte a *ensoñar*, pero aún así el peligro es inminente.

-¿De qué me está usted previniendo, don Juan? -pregunté.

-Te estoy previniendo de los impresionantes peligros que existen en el *ensueño* -contestó-. Al *ensoñar* realmente no hay manera de dirigir el movimiento del punto de encaje; lo único que afecta a ese movimiento es la fuerza o la debilidad interna de los *ensoñadores*. Y ahí tenemos al primer peligro inminente.

Dijo que al principio los nuevos videntes tuvieron profundos escrúpulos en usar el *ensueño*. Estaban seguros de que, en vez de fortificar, el *ensueño* debilitaba y volvía compulsivos y caprichosos a los guerreros. Todos los antiguos videntes fueron así. Puesto que no les quedaba otra opción más que usarlo, para contrarrestar el atroz efecto del *ensueño* los nuevos videntes desarrollaron un magnifico sistema de comportamiento llamado el camino o la senda del guerrero.

Con ese sistema, los nuevos videntes se fortificaron y adquirieron la fuerza interna que necesitaban para guiar en sueños el movimiento del punto de encaje. Don Juan subrayó que la fuerza de la que hablaba no era solamente la convicción. Nadie podría tener convicciones más fuertes que los antiguos videntes, y sin embargo eran débiles. Tener fuerza interna significaba poseer un sentido de ecuanimidad, casi de indiferencia, un sentimiento de sosiego, de holgura. Pero sobre todo, significaba tener una

inclinación natural y profunda por el examen, por la comprensión. Los nuevos videntes llamaron sobriedad a todos estos rasgos del carácter.

-La convicción que tienen los nuevos videntes -prosiguió-, es que una vida de impecabilidad lleva de por sí, inevitablemente, a un sentido de sobriedad, y eso a su vez hace moverse al punto de encaje.

"Ya te dije que los nuevos videntes creían que el punto de encaje puede moverse, desde adentro. Ellos sostuvieron que los hombres impecables no necesitan que alguien los guíe, que por sí solos, mediante el ahorro de su energía pueden hacer todo lo que hacen los videntes. Lo único que necesitan es una oportunidad mínima; solamente necesitan estar conscientes de las posibilidades que los videntes han descubierto."

Le dije que nos encontrábamos otra vez en la misma posición en la que nos hallábamos siempre en mi estado de conciencia normal. Yo seguía convencido de que la impecabilidad o el ahorro de energía eran conceptos tan vagos que podían ser interpretados por cualquiera como se le diera la gana.

Quería decir más para continuar mi alegato, pero un extraño sentimiento se apoderó de mí. Fue una sensación física, como si yo atravesara velozmente una masa. Y luego rechacé mi propio argumento. Supe sin duda alguna que don Juan tenía razón. Todo lo que se requiere es impecabilidad, eso es energía. Todo comienza con un solo acto que tiene que ser premeditado, preciso y continuo. Si ese acto se lleva a cabo por un periodo de tiempo largo uno adquiere un sentido de intento inflexible que puede aplicarse a cualquier cosa. Si se logra ese intento inflexible el camino queda despejado. Una cosa llevará a otra hasta que el guerrero emplea todo su potencial.

Cuando le conté a don Juan las ideas que se me acababan de ocurrir, se rió con verdadero deleite y exclamó que eso era un ejemplo llovido del cielo. Explicó que la sobriedad había movido a mi punto de encaje a una posición que fomentaba la comprensión. Pero, de igual manera, el capricho pudo moverlo a una posición que sólo aumenta la importancia personal, como sucedió incontables veces en el pasado.

-Hablemos ahora del *cuerpo de ensueño* -prosiguió-. Los antiguos videntes concentraron todos sus esfuerzos en explorar y explotar el *cuerpo de ensueño*. Y lograron usarlo como un cuerpo más práctico, lo que equivale a decir que se recreaban a sí mismos de maneras cada vez más extrañas.

Don Juan sostuvo que era un conocimiento general entre los nuevos videntes que grandes grupos de los antiguos brujos toltecas jamás regresaron después de despertar en una *posición de ensueño* de su preferencia. Dijo que era muy posible que todos murieron en esos mundos inconcebibles, pero que también era posible que aún siguiesen vivos, en sabe Dios qué desfiguradas formas o maneras.

Dejó de hablar, me miró y soltó una gran carcajada.

-Te mueres por preguntarme qué hacían los antiguos videntes con el *cuerpo de ensueño*, ¿no es verdad? -preguntó alentándome a hacer la pregunta con un movimiento de su mentón.

Don Juan declaró que Genaro, siendo el maestro indisputable del estar consciente de ser, me había mostrado su *cuerpo de ensueño* muchas veces, mientras me encontraba en un estado de conciencia normal. El efecto que buscaba Genaro con sus demostraciones era que mi punto de encaje se moviera, no desde una posición de conciencia acrecentada, sino desde, su posición normal.

Luego, como si me estuviera dando a conocer un secreto, don Juan me dijo que Genaro nos esperaba en unas arboledas cercanas a la casa, para mostrarme su *cuerpo de ensueño*. Repitió una y otra vez que yo me encontraba en el estado de conciencia ideal para *ver* y entender lo que realmente es el *cuerpo de ensueño*. Me hizo ponerme de pie, cruzamos el cuarto y llegamos a la puerta de la calle. Cuando yo estaba a punto de abrirla, me di cuenta de que alguien estaba acostado sobre una pila de petates que los aprendices usaban como camas. Pensé que uno de ellos había regresado a la casa mientras don Juan y yo conversábamos en la cocina.

Me acerqué a él y entonces noté que era Genaro. Estaba profundamente dormido, roncando en paz, de cara al suelo.

-Despiértalo -me dijo don Juan-. Tenemos que irnos. Debe estar agotado.

Lo sacudí muy despacio. Lentamente se dio vuelta, haciendo los ruidos de alguien que despierta de un profundo sueño. Estiró los brazos y abrió los ojos. Involuntariamente grité y salté hacia atrás.

Los ojos de Genaro no eran ojos humanos. Eran dos puntos de intensa luz ambarina. Mi susto fue tan tremendo que me mareé. Don Juan me golpeó la espalda con cierta fuerza y restauró mi equilibrio.

Genaro se puso de pie y me sonrió. Sus rasgos estaban rígidos. Se movía como si estuviera borracho o le faltara coordinación física. Pasó a mi lado y se dirigió hacia la pared. Me encogí anticipando el choque, pero atravesó la pared como si ésta no estuviera ahí. Volvió al cuarto por la puerta de la cocina. Mientras lo observaba con un horror sin nombre, Genaro caminó por las paredes, con el cuerpo paralelo al piso, y por el cielo raso, parado de cabeza.

Caí de espaldas al tratar de seguir sus movimientos. Desde esa posición ya no vi a Genaro; veía en cambio una burbuja de luz que se movía por el cielo raso arriba de mí y por las paredes dándoles vueltas al cuarto. Era como si alguien paseara el haz de luz de una enorme linterna eléctrica por el cielo raso y las paredes. Finalmente, el haz de luz se apagó. Desapareció de vista desvaneciéndose contra la pared.

Miré a don Juan y le dirigí una pregunta muda. Comentó que mi miedo siempre saltaba fuera de toda proporción, y que tenía que luchar para llegar a controlarlo. Me ayudó a incorporarme, y dijo que me había portado muy bien. Había visto el *cuerpo de ensueño* de Genaro como es en realidad, una burbuja de luz.

Le pregunté cómo podía estar tan seguro de que yo había visto una burbuja de luz. Contestó que él vio moverse a mi punto de encaje, primero hacia su sitio normal para compensar mi susto, y luego lo vio moverse a las profundidades del lado izquierdo, más allá del punto en el que no hay más dudas.

-En esa posición sólo hay una cosa que uno pueda *ver*: burbujas de energía -prosiguió-. Pero de la conciencia acrecentada a ese otro punto en la profundidad del lado izquierdo sólo hay un corto trecho. La verdadera hazaña es hacer que el punto de encaje se mueva, de su sitio normal, al punto donde no hay más dudas.

Agregó que yo tenía que entrar en ese momento en un estado de conciencia normal porque aun teníamos una cita con el *cuerpo de ensueño* de Genaro en unas arboledas cercanas a la casa.

Cuando regresamos a la casa de Silvio Manuel, don Juan dijo que la pericia de Genaro con el *cuerpo de ensueño* no era nada en comparación con lo que habían hecho, o aún hacían los antiguos videntes.

-Eso lo *verás* muy pronto -dijo con un tono siniestro, y se rió.

Con un miedo creciente, le pregunté qué era lo que quería decir, y eso sólo evocó más risa. Finalmente dijo que me iba a explicar la manera en que los nuevos videntes entendieron al *cuerpo de ensueño* y la manera en que lo usaron.

-Los antiguos videntes buscaban una perfecta réplica del cuerpo -continuó-, y casi lograron conseguirla. Lo único que no pudieron copiar fueron los ojos. En vez de ojos, el *cuerpo de ensueño* tiene el resplandor de la conciencia. Nunca te diste cuenta de eso antes, cuando Genaro solía mostrarte su *cuerpo de ensueño*.

"A los nuevos videntes les importa un comino una perfecta réplica del cuerpo: nunca tuvieron ningún interés en copiarlo. Han conservado, sin embargo, el nombre *cuerpo de ensueño* para indicar una sensación, un impulso de energía que es transportado por el movimiento del punto de encaje, a cualquier lugar en este mundo, o a cualquier lugar de los siete mundos accesibles para el hombre.

Don Juan delineó el procedimiento usado por los nuevos videntes para lograr el *cuerpo de ensueño*. Dijo que comienza con un acto inicial, cualquier acto que por el hecho de ser continuo engendra intento inflexible. El intento inflexible lleva al silencio interno, y el silencio interno a la fuerza interna necesaria para mover al punto de encaje en sueños a posiciones convenientes.

Llamó a este orden de sucesión el cimiento. Una vez completado este cimiento viene el desarrollo del control, que consiste en mantener sistemáticamente la *posición de ensueño* aferrándose tenazmente a la visión del sueño. La práctica constante resulta en una gran facilidad para sostener *posiciones de ensueño* en nuevos sueños, no tanto porque gane uno control con la práctica, sino porque cada vez que se ejercita este control se fortifica la fuerza interna. A su vez, la fuerza interna fortificada mueve el punto de encaje a *posiciones de ensueño*, que pueden fomentar la sobriedad; en otras palabras, los sueños sé vuelven, de por sí, más y más maniobrables, incluso más ordenados.

-El desarrollo de los *ensoñadores* es indirecto -prosiguió-. Es por eso que los nuevos videntes creyeron que podemos *ensoñar* por nuestra cuenta, solos. Puesto que el *ensueño* utiliza un movimiento natural del punto de encaje, no deberíamos necesitar ayuda de nadie.

"Lo que verdaderamente necesitamos es sobriedad, y nada puede dárnosla, ni ayudarnos a obtenerla, salvo nosotros mismos. Sin ella, el movimiento del punto de encaje, es caótico, como son caóticos nuestros sueños ordinarios.

"Así que, al fin y al cabo, el procedimiento para llegar al *cuerpo de ensueño* es la impecabilidad en nuestra vida diaria."

Don Juan explicó que una vez que se adquiere sobriedad, y una vez que las *posiciones de ensueño* se vuelven progresivamente más fuertes, el siguiente paso consiste en despertarse en una *posición de ensueño*. Comentó que, aunque da la impresión de ser algo sencillo, la maniobra era en verdad un asunto de tan inmensa complejidad que requiere no sólo de sobriedad sino de todos los atributos del guerrero, especialmente de *intento*.

Le pregunté en qué forma ayuda el *intento* a los videntes a despertar en una *posición de ensueño*. Contestó que la maestría del *intento* era la técnica más sofisticada que existía, y que era la única manera de dirigir la fuerza del alineamiento. Despertar en una *posición de ensueño* era sencillamente sostener el alineamiento de emanaciones que han sido encendidas por el movimiento del punto de encaje.

Don Juan dijo que el segundo peligro eminente del *ensoñar* era la fortaleza misma del *cuerpo de ensueño* que incita al *ensoñador* a correr riesgos. Por ejemplo, es muy fácil para el *cuerpo de ensueño* contemplar las emanaciones del Águila durante largos periodos de tiempo, ininterrumpidamente, pero también es muy fácil que sea totalmente consumido por ellas. Los videntes que contemplaron las emanaciones del Águila sin sus *cuerpos de ensueño* murieron, y aquéllos que las contemplaron con sus *cuerpos de ensueño* fueron consumidos por el fuego interior. Los nuevos videntes resolvieron el problema *viendo* en grupos. Mientras un vidente contemplaba las emanaciones, otros permanecían cerca para prestar ayuda.

-¿Cómo *veían* en grupos los nuevos videntes? -pregunté.

-*Ensoñaban juntos* -contestó-. Como tú mismo sabes, para un grupo de videntes es perfectamente posible activar al unísono las mismas emanaciones que nunca se usan. Y también, en este caso, no existen técnicas conocidas, simplemente ocurre sin uno saber cómo.

Agregó que al *ensoñar juntos*, algo en nosotros toma la iniciativa y de pronto nos encontramos compartiendo la misma vista con otros *ensoñadores*. Lo que pasa es que, automáticamente, nuestra condición humana nos hace enfocar el resplandor de la conciencia en las mismas emanaciones que otros seres humanos están usando. Nosotros continuamente ajustamos la posición de nuestros puntos de encaje para cuadrar con la de los que nos rodean. En nuestra percepción ordinaria lo hacemos con el lado derecho de la conciencia, pero también lo podemos hacer con el lado izquierdo, al *ensoñar juntos*.

XII. EL NAGUAL JULIAN

Había una extraña agitación en la casa. Todos los videntes compañeros de don Juan parecían estar tan animados que andaban distraídos, algo que yo nunca había presenciado antes. Su acostumbrado alto nivel de energía parecía haber aumentado. Todo eso me puso muy nervioso. Le pregunté a don Juan qué era lo que les ocurría. Me llevó al patio trasero. Durante un momento caminamos en silencio. Dijo que se acercaba el momento en que todos tendrían que partir. Apresuraba su explicación para poder terminar a tiempo.

-¿Cómo sabe usted que están a punto de partir? -pregunté.

-Es un conocimiento interno -dijo-. Tú mismo lo sabrás algún día. Como ya te dije, el nagual Julián movió incontables veces a mi punto de encaje, así como he hecho moverse el tuyo. Luego me dejó la tarea de realinear todas esas emanaciones que me había ayudado a alinear a través de esos movimientos. Esa es la tarea que le queda por cumplir a cada nagual.

"En todo caso, el trabajo de realinear todas esas emanaciones prepara el camino para la peculiar maniobra de encender todas las emanaciones interiores del capullo. Ya casi he logrado eso. Estoy a punto de alcanzar mi

máximo. Puesto que yo soy el nagual, cuando finalmente encienda todas las emanaciones interiores de mi capullo desapareceremos todos en un instante.

Sentí que debía entristecerme y llorar, pero algo en mí se llenó de tanto regocijo al escuchar que el nagual Juan Matus estaba a punto de ser libre que salté y grité de puro júbilo. Sabía que tarde o temprano alcanzaría otro estado de conciencia y lloraría de tristeza. Pero ese día sólo podía dar viva satisfacción a mi felicidad y optimismo

Le dije a don Juan cómo me sentía. Se rió y me tomó del brazo.

-Recuerda lo que te he dicho -dijo-. No les des mucha importancia a las comprensiones emocionales. Primero deja que tu punto de encaje se mueva, y luego, años más tarde, ten la comprensión emocional.

Caminamos al cuarto grande y nos sentamos. Don Juan no dijo nada por un momento. Miró por la ventana. Desde mi silla yo veía el patio. Era temprano por la tarde; un día nublado. Parecía que iba a llover. Nubarrones de tormenta se acercaban desde el oeste. Por alguna razón, los días nublados me hacían sentir muy bien. A don Juan no. Parecía inquieto, mientras buscaba una posición más cómoda para sentarse.

Don Juan comentó que la dificultad para recordar lo que ocurre en la conciencia acrecentada se debe a la infinidad de posiciones que puede adoptar el punto de encaje después de ser sacado de su sitio habitual. Por otra parte, la facilidad para recordar todo lo que ocurre en la conciencia normal tiene que ver con la fijeza del punto de encaje en el sitio en el que acostumbradamente se localiza.

Me sugirió que reconociera francamente la posibilidad de un fracaso total en mi tarea de recordar, y que era enteramente dable el que jamás pudiera realinear todas las emanaciones que él me había ayudado a alinear.

-Considéralo de esta manera -dijo sonriendo-. Quizá nunca puedas recordar esta conversación, que en este momento te parece tan natural, tan de todos los días.

"Este es en verdad el misterio del estar consciente de ser. Los seres humanos están empapados en ese misterio, estamos empapados en las tinieblas, en lo inexplicable. Si nos consideramos a nosotros mismos en cualquier otra terminología, somos unos imbéciles o estamos locos. Por lo tanto, no deshonres el misterio del hombre sintiendo lástima por ti mismo o tratando de razonar ese misterio. Degrada a lo disparatado del hombre comprendiéndolo. Pero no pidas disculpas ni por una ni por otra cosa; ambas son necesarias.

"Una de las de las maniobras de los *acechadores* es poner el misterio y los disparates frente a frente en cada uno de nosotros.

Explicó que las prácticas de *acecho* no son algo que uno pueda disfrutar abiertamente; son en verdad prácticas censurables, hasta ofensivas. Los nuevos videntes se dieron cuenta muy rápido que no es recomendable discutir o practicar los principios del *acecho* en la conciencia normal.

Le señalé una inconsistencia. El había dicho que los guerreros no pueden actuar en el mundo coherentemente, mientras se encuentran en un estado de conciencia acrecentada, y también dijo que el *acecho* es simplemente un especifico comportamiento con la gente. Las dos aseveraciones se contradecían una a la otra.

-Yo creía que ya te había explicado todo eso -dijo, frunciendo el ceño-. Cuando dije que no se debe enseñar el *acecho* en la conciencia normal, me refería únicamente a enseñárselo a un nagual, porque un nagual, en estado de conciencia acrecentada, puede comportarse tan naturalmente como

cualquier persona. Así que el propósito del *acecho* para un nagual es doble; primero, mover el punto de encaje con la mayor constancia y el menor peligro posibles, y nada puede lograr esto tan bien como el *acecho*; y segundo, imprimir sus principios a un nivel tan profundo que el inventario humano es pasado por alto, como lo es también la reacción natural de desechar y menospreciar algo que puede ser ofensivo a la razón.

Le dije que dudaba sinceramente que yo pudiera menospreciar o desechar una enseñanza tan abstracta como el *acecho*. Se rió y dijo que yo no podía ser una excepción, que reaccionaría como todos los demás si él me contara, por ejemplo, las proezas de un maestro del *acecho*, como su benefactor, el nagual Julián.

-No exagero cuando digo que el nagual Julián fue el más extraordinario *acechador* que jamás he conocido -dijo don Juan-. Todos mis compañeros, que eran sus aprendices, ya te han contado de sus proezas como *acechador*. Pero yo nunca te he contado lo que me hizo a mí.

Yo quería aclararle que nadie me había contado nada acerca del nagual Julián, pero al momento en que iba a expresar mi protesta una extraña sensación de incertidumbre se apoderó de mí. Don Juan pareció saber instantáneamente lo que yo sentía. Se rió de buena gana.

-No puedes recordar, porque aún no entiendes lo que es el *intento* -dijo-. Necesitas una vida de impecabilidad y una gran reserva de energía, y sólo entonces, quizá, el *intento* dé libertad a esas memorias.

"Te voy a contar la historia de cómo se portó conmigo el nagual Julián cuando lo conocí. Si encuentras que su comportamiento es ofensivo o aún cruel, imagina cómo te repugnaría si estuvieras en tu conciencia normal.

Yo protesté que me estaba guiando a una trampa. Me aseguró que lo único que quería hacer con sus advertencias era mantenerme alerta, para que yo entendiera cómo operan los *acechadores* y las razones por las que lo hacen.

-El nagual Julián fue el último *acechador* de la guardia vieja -prosiguió-. Era *acechador* no tanto por las circunstancias de su vida sino porque esa era la inclinación de su carácter.

Don Juan explicó que los nuevos videntes *vieron* que hay dos grupos principales de seres humanos: aquellos a quienes les importan los demás y aquellos a quienes no les importan. Entre estos dos extremos *vieron* que hay una combinación interminable de los dos. El nagual Julián pertenecía a la categoría extrema de hombres a quienes no les importan los demás; don Juan se clasificó a sí mismo dentro de la categoría totalmente opuesta.

-Pero, ¿no me dijo usted que el nagual Julián era generoso, que era capaz de regalar la camisa que traía puesta? -pregunté.

-Claro que lo era -contestó don Juan-. No sólo era generoso; también era un hombre absolutamente encantador, irresistible. Siempre estaba profunda y sinceramente interesado en todos los que le rodeaban. Era amable y abierto y regalaba todo lo que tuviera a quien lo necesitara, o a cualquier persona que le caía simpática. A su vez todos lo adoraban porque, siendo un maestro del *acecho*, les comunicaba a todos sus verdaderos sentimientos: nadie le importaba lo más mínimo.

No dije nada, pero don Juan se dio cuenta de mi incredulidad o incluso de mi zozobra ante lo que decía. Se sonrió y movió la cabeza de un lado a otro.

-Eso es el *acecho* -dijo-. ¿Ves?, ni siquiera he comenzado mi historia del nagual Julián y ya estás molesto.

Cuando intenté explicar lo que sentía, se rió a carcajadas.

-Al nagual Julián nadie le importaba un pepino -continuó-. Por eso podía ayudar a la gente. Y lo hizo; les daba todo lo que tenía y aún lo que no tenía, porque dar o no dar le importaban un cacahuete.

-¿Quiere usted decir, don Juan, que los únicos que ayudan a sus semejantes son aquéllos a quienes no les importan en absoluto? -pregunté, verdaderamente enfadado.

-Eso es lo que dicen los *acechadores* -respondió con una sonrisa radiante-. Por ejemplo, el nagual Julián era un curandero fabuloso. Curó a miles y miles de personas, pero jamás exigió que reconocieran sus méritos. Dejaba creer a la gente que una mujer vidente de su grupo era la curandera.

"Ahora bien, si hubiera sido un hombre al que le importaran sus semejantes, hubiera exigido que lo honraran. Los que se preocupan por los demás se preocupan por sí mismos y exigen que se reconozcan los méritos de quien lo merezca.

Don Juan dijo que él, puesto que pertenecía a la categoría de aquéllos que se preocupan por sus semejantes, jamás había ayudado a nadie. La generosidad lo incomodaba; ni siquiera podía concebir que alguien le tuviera la clase de cariño que le tenían al nagual Julián, y se sentiría ciertamente estúpido regalándole a alguien la camisa que traía puesta.

-Me importan tanto mis semejantes -prosiguió-, que no hago nada por ellos. No sabría qué hacer. Y si hiciera algo, siempre tendría la irritante sensación de estarles imponiendo mi voluntad con mis regalos.

“Naturalmente, ayudado por el camino del guerrero, he superado todos estos sentimientos. Cualquier guerrero puede tener tanto éxito con la gente, como lo tuvo el nagual Julián, siempre y cuando mueva su punto de encaje a una posición en la que no tienen ninguna importancia si la gente lo quiere o no lo quiere o si lo ignoran. Pero eso no es lo mismo.

Don Juan dijo que cuando le dieron a conocer, por primera vez los principios del *acecho*, como me pasaba a mí en ese entonces, se vio en un estado de zozobra total. El nagual Elías, quien era muy parecido a don Juan, le explicó que los *acechadores* como el nagual Julián son líderes naturales. Pueden ayudar a una persona a hacer cualquier cosa.

-El nagual Elías dijo que estos guerreros pueden ayudar a la gente a curarse -prosiguió don Juan-, o los pueden ayudar a enfermarse. Los pueden ayudar a encontrar la felicidad o los pueden ayudar a encontrar la desgracia. Le sugerí al nagual Elías que nosotros en vez de decir que estos guerreros ayudan a la gente, deberíamos decir que la afectan. El nagual Elías dijo que no sólo afectan a la gente, sino que la llevan y la traen activamente, como rijan las circunstancias.

Don Juan soltó una carcajada y me miró con fijeza. Había un brillo malicioso en sus ojos.

-Extraño, ¿verdad? -preguntó-. ¿La manera en que los *acechadores ven* a la gente?

Don Juan comenzó entonces a contarme su historia. Dijo que el nagual Julián estuvo esperando a un aprendiz nagual durante muchos, muchos años. Un día, volviendo a casa después de una corta visita a unos conocidos en un pueblo vecino, se topó con don Juan. El nagual Julián, en ese preciso momento estaba pensando, como solía hacerlo a menudo, en su necesidad de encontrar un aprendiz nagual. Oyó un disparo de pistola y vio gente huyendo en todas direcciones. Corrió con ellos a la maleza al lado del

camino y sólo salió de su escondite al ver a un grupo de personas en torno a alguien que yacía herido en el suelo.

Desde luego, la persona herida era don Juan, a quien disparó el tiránico capataz. Al momento, el nagual Julián vio que don Juan era un hombre especial cuyo capullo estaba dividido en cuatro secciones en vez de dos; también vio que don Juan estaba gravemente herido. Sabía que no tenía tiempo que perder. Su deseo se había cumplido, pero tenía que actuar con rapidez, antes de que alguien se diera cuenta de lo que ocurría. Se agarró la cabeza y gritó: " ¡Han herido a mi hijo!". Iba con una de las videntes de su grupo, una india muy fornida que en público siempre oficiaba como su astuta pero horriblemente regañona esposa. Eran un excelente equipo de *acechadores*. Le hizo una seña a la vidente, y ella también empezó a llorar y a lamentarse por el hijo que estaba inconsciente y desangrándose. El nagual Julián le rogó a los espectadores que no llamaran a las autoridades sino que lo ayudaran a llevar a su hijo herido y moribundo.

Los jóvenes cargaron a don Juan hasta la casa del nagual Julián. El nagual fue muy generoso con ellos y les pagó bastante bien. Los jóvenes se vieron tan conmovidos por la pareja, que había llorado a lágrima viva por su hijo durante todo el trayecto hasta la casa, que se negaron a aceptar el dinero, pero el nagual Julián insistió en que lo tomaran, para darle buena suerte al herido.

Durante algunos días, don Juan no supo qué pensar de la amable pero extraña pareja que lo había llevado a su hogar. Dijo que el nagual Julián le parecía un viejito casi senil. No era indio, pero estaba casado con una india joven, irascible y gorda, que era tan fuerte físicamente como malhumorada. Don Juan pensó que sin duda alguna la mujer era curandera, a juzgar por la manera en que había atendido su herida y por las cantidades de plantas medicinales que tenía guardadas en el cuarto en el que lo habían alojado.

La mujer también dominaba al viejito y a gritos lo obligaba a poner remedios en la herida de don Juan todos los días. Le hicieron una cama a don Juan en el suelo, usando un petate grueso, y el viejo pasaba momentos angustiosos tratando de arrodillarse para curarlo. Don Juan tenía que luchar para no reírse ante la cómica visión del frágil viejecillo que hacía todo lo posible por doblar las rodillas. Don Juan dijo que, mientras limpiaba su herida, el viejo murmuraba incesantemente, tenía una mirada vacuna, le temblaban las manos y su cuerpo se estremecía de pies a cabeza.

Una vez de rodillas, jamás podía incorporarse por su cuenta. Con una voz ronca, llena de furia contenida, llamaba a gritos a su mujer. Ella entraba al cuarto y ambos se enfrascaban en una horrible discusión. Muy a menudo la mujer se marchaba, llena de furia dejando al viejo que se las arreglara como pudiera.

Don Juan me aseguró que jamás sintió tanta lástima por alguien como por aquel pobre y bondadoso viejito. Muchas veces quiso incorporarse para ayudarlo a ponerse de pie, pero él mismo apenas podía moverse. Una vez.mientras jadeaba y se arrastraba como una lombriz, el viejo pasó media hora maldiciendo y gritando hasta llegar a rastras al filo de la puerta abierta. Lo usó como soporte para levantarse penosamente a una posición vertical.

Le explicó a don Juan que su delicada salud se debía a su avanzada edad, a huesos rotos que no soldaron debidamente, y al reumatismo. Don Juan dijo que el viejito alzó los ojos al cielo y le confesó a don Juan que era el hombre más desgraciado de la tierra; había acudido a la curandera

buscando ayuda, y terminó casándose con ella y convirtiéndose en un esclavo.

-Le pregunté al viejo por qué no se iba de la casa -prosiguió don Juan-. El miedo le agrandó los ojos. Tratando de hacerme callar se atragantó con su propia saliva, luego se puso rígido y cayó al suelo como un leño, junto a mi cama, aún intentado hacerme callar. "No sabes lo que dices; no sabes lo que dices" repitió una y otra vez con una expresión loca en los ojos.

"Y le creí. Quedé convencido que con todo lo que me había pasado, yo nunca fui tan feliz como ese pobre hombre. Y con cada día que pasaba me sentía más y más incómodo, aunque yo la pasaba muy bien. La comida era buena y la curandera siempre andaba fuera de casa y yo me quedaba solo con el viejo. Hablamos mucho. Le contaba de mi vida y me encantaba platicar con él. Le dije que no tenía dinero para corresponderle su amabilidad, pero que haría cualquier cosa por ayudarlo. Me dijo que el auxilio no existía más para él, que ya estaba listo para morir, pero que si mi oferta era sincera, me agradecería desde el más allá si me casara con su esposa después que él falleciera.

"En ese mismo instante supe que el viejito estaba más loco que una cabra. Y también supe que tenía que huir de ahí cuanto antes.

Don Juan dijo que ya me había contado parte de la historia, y que cuando se hubo repuesto lo suficiente para poder caminar sin ayuda de alguien el viejecillo le dio una escalofriante demostración de su habilidad como *acechador*. Sin ningún aviso o preámbulo, puso a don Juan cara a cara con un ser viviente inorgánico. Presintiendo que don Juan planeaba escaparse, aprovechó la oportunidad para asustarlo con el aliado que de alguna manera era capaz de adoptar una grotesca forma humana.

-Al ver a ese aliado casi me volví loco -prosiguió don Juan-. No podía creer lo que veían mis ojos, y sin embargo el monstruo estaba frente a mí en el umbral de la puerta. Y el frágil viejito estaba a mi lado gimiendo y rogándole al monstruo que le perdonara la vida. Y es que mi benefactor era como los antiguos videntes; podía repartir su miedo, en pedacitos, y el aliado reaccionaba con ese miedo. Yo no sabía eso. Lo único que podía ver con mis propios ojos era a una criatura horrenda que avanzaba hacia nosotros, lista para hacernos pedazos, miembro por miembro.

"Cuando el aliado corrió bruscamente hacia mí, silbando como serpiente, yo me desmayé. Al volver a recuperar el conocimiento, el viejito me dijo que había hecho un trato con el monstruo.

Le explicó a don Juan que el hombre había acordado dejarlos vivir a los dos, siempre y cuando don Juan entrara a su servicio. Con ansiedad, don Juan preguntó en qué consistía ese servicio. El viejito le contestó que consistía en una esclavitud, pero señaló que la vida de don Juan prácticamente llegó a su fin con un tiro de revólver. Si él y su esposa no hubieran pasado por allí y no hubieran detenido la hemorragia, con toda seguridad don Juan habría muerto, así que tenía muy poco con qué regatear, o muy poco por qué regatear. El hombre monstruoso sabía esto y no le dejaba salida alguna. El viejo le dijo a don Juan que se dejara de titubeos y que aceptara el trato, porque de negarse, el hombre monstruoso, que escuchaba tras la puerta irrumpiría en el cuarto y los mataría allí mismo de una vez por todas.

-Tuve suficiente presencia de ánimo para preguntarle al viejo, que temblaba como hoja, cómo nos mataría el monstruo -continuó don Juan-. Dijo que el monstruo pensaba rompernos todos los huesos del cuerpo,

comenzando por los pies, mientras gritábamos en una agonía indescriptible, y que tardaríamos por lo menos cinco días en morir.

"Al instante, acepté las condiciones del hombre. Con lágrimas en los ojos el viejito me felicitó y dijo que en realidad el pacto no era tan malo. Íbamos a ser más prisioneros que esclavos del hombre monstruoso, pero que al menos comeríamos dos veces al día; y puesto que teníamos vida, podíamos trabajar para ganar nuestra libertad; podíamos fraguar, tramar, mentir y salir de ese infierno luchando a brazo partido.

Don Juan sonrió y luego comenzó a carcajearse. Parecía saber, de antemano, como iba yo a reaccionar con la historia del nagual Julián.

-Te dije que te ibas a enojar -dijo.

-Realmente no entiendo, don Juan -dije-. ¿Cuál era el motivo para montar un engaño tan elaborado?

-El motivo es muy sencillo -dijo sin dejar de sonreír-. Este es otro método de enseñanza, uno muy bueno. Requiere de una tremenda imaginación y de un tremendo control de parte del maestro. Mi método de enseñanza es más parecido a lo que tú consideras enseñanza. Requiere de una tremenda cantidad de palabras. Yo voy a los extremos de la plática. El nagual Julián iba a los extremos del *acecho*.

Don Juan dijo que entre los videntes hay dos métodos de enseñanza. Él los conocía bien a ambos. Prefería el método que explica todo y deja que la otra persona conozca de antemano el curso de la acción. Era el sistema que fomenta la libertad, la selección de alternativas y la compresión. Por otra parte, el método de su benefactor era más coercitivo y no permitía ni la selección de alternativas ni el entendimiento. Su gran ventaja era que obligaba a los guerreros a vivir directamente los conceptos de los videntes, sin ninguna elucidación intermediaria.

Don Juan explicó que todo lo que hizo su benefactor con él era una obra maestra de estrategia. Cada una de las palabras y acciones del nagual Julián era premeditada y escogida para crear un efecto particular. Su arte consistía en proporcionar el contexto más adecuado a sus palabras y acciones para que tuvieran el impacto necesario.

-Ese es el método de los *acechadores* -prosiguió don Juan-. No fomenta la comprensión sino la visión total. Por ejemplo, me llevó casi toda una vida comprender lo que me había hecho al ponerme frente a frente al aliado, y sin embargo yo me di cuenta de todo eso, sin explicación alguna, mientras vivía esa experiencia.

"Te he dicho, por ejemplo, que Genaro no entiende lo que hace, pero se da cuenta cabal de lo que está haciendo. Eso se debe a que su punto de encaje fue movido con el método de los *acechadores*.

Dijo que si el punto de encaje es movido de su sitio acostumbrado mediante el método de explicarlo todo, como en mi caso, siempre se requiere de otra persona no sólo para ayudar a desplazar el punto de encaje, sino también para dar las explicaciones de lo que está ocurriendo. Pero si el punto de encaje es movido mediante el método de los *acechadores*, como en su propio caso, o el de Genaro, sólo se requiere del acto catalizador inicial que, de un tirón, saca al punto de donde normalmente está localizado.

Don Juan dijo que cuando el nagual Julián lo hizo enfrentarse al aliado, su punto de encaje se movió con el impacto del miedo. Aunado a su débil condición física, un susto tan intenso era ideal para desplazar su punto de encaje.

A fin de neutralizar los efectos dañinos del susto, su impacto tenía que ser contrarrestado, pero no disminuido. El explicar lo que ocurría hubiera disminuido el miedo. Lo que quería el nagual Julián era asegurarse de que podría utilizar ese miedo catalizador inicial cuantas veces lo necesitara, pero también quería asegurarse de que podía contrarrestar su devastador impacto; ese era el motivo del engaño. Mientras más elaboradas y dramáticas eran sus historias, mayor era su efecto contrarrestante. Si él mismo parecía compartir el aprieto, el susto de don Juan no podía ser tan intenso como el que habría sentido si hubiera estado solo.

-Con su afición por el drama -prosiguió don Juan-, mi benefactor pudo mover mi punto de encaje lo suficiente para imbuirme, de inmediato, con las dos cualidades básicas de los guerreros: el esfuerzo sostenido y el intento inflexible. Yo sabía que para ser libre algún día, tendría que trabajar de manera constante y ordenada y en cooperación con el frágil viejito, quien a mi parecer necesitaba de mi ayuda tanto como yo necesitaba de la suya. Y también sabía sin duda alguna que eso era todo lo que yo quería hacer en esta vida.

No pude volver a hablar con don Juan hasta dos días después. Estábamos en Oaxaca, paseando en la plaza principal, temprano por la mañana. Había niños caminando a la escuela, gente yendo a misa, algunos hombres sentados en las bancas y conductores de taxi esperando a turistas del hotel.

-Hacer mover al punto de encaje -dijo don Juan-, es la culminación de lo que busca el guerrero. De ahí en adelante es otra búsqueda; es la búsqueda del vidente propiamente dicha.

Repitió que en el camino del guerrero, el mover el punto de encaje lo es todo. Los antiguos videntes jamás llegaron a esa conclusión. Pensaban que el movimiento del punto era como una marca que determinaba sus posiciones en una escala de méritos. Jamás concibieron que era precisamente esa posición la que determinaba lo que percibían.

-Con el método de los *acechadores* -continuó don Juan-, un *acechador* consumado como el nagual Julián puede lograr estupendos cambios del punto de encaje. Estos son movimientos muy sólidos. Como ya te darás cuenta, al apoyar al aprendiz, el maestro *acechador* obtiene la total cooperación y participación del aprendiz. Obtener la total cooperación y participación de alguien es probablemente el más importante resultado del método de los *acechadores*. Y el nagual Julián era un genio indisputable que siempre conseguía ambas cosas.

Don Juan dijo que no tenía palabras para describir la agitación y confusión que vivió al irse enterando, poco a poco, de la riqueza y lo complejo de la personalidad y la vida del nagual Julián. Mientras don Juan estuvo convencido de que trataba con un indefenso viejecillo, frágil y asustado, se sentía seguro de sí mismo, cómodo. Pero un día, poco después de haber hecho el trato con el hombre monstruoso, su seguridad se vino al suelo y se rompió para siempre. El nagual Julián le dio a don Juan otra desconcertante demostración de sus habilidades *acechadoras*.

Aunque para entonces don Juan ya estaba bastante repuesto, el nagual Julián aún dormía en el mismo cuarto para cuidarlo. Aquel día, cuando don Juan despertó, el nagual Julián le comunicó que su captor estaría ausente un par de días y que eso le iba a permitir un momento de libertad. En tono de confidencia dijo que él no era en realidad un viejecillo, sino que sólo pretendía serlo para burlar la vigilancia del hombre monstruoso.

Sin darle a don Juan ni tiempo de pensar, con increíble agilidad se levantó de su petate de un salto; se inclinó y metió la cabeza en un balde de agua durante un momento largo. Cuando se enderezó, tenía el cabello completamente negro, el cabello blanco había desaparecido, y don Juan miraba a un hombre que nunca había visto antes, un hombre qué a lo mucho tenía treinta años. Flexionó los músculos, respiró profundamente y estiró cada parte de su cuerpo como si hubiera estado demasiado tiempo en una jaula apretada.

-Cuando vi al nagual Julián como un hombre joven, pensé que en realidad era el demonio -continuó don Juan-. Cerré los ojos y supe que mi fin estaba cerca. El nagual Julián se rió hasta llorar.

Don Juan dijo que entonces el nagual Julián lo tranquilizó haciéndolo cambiar una y otra vez entre la conciencia del lado derecho y la del lado izquierdo.

-Durante dos días ese joven dio de saltos y corrió por toda la casa, como un niño que juega a lo loco cuando su mamá no está -prosiguió don Juan-. Me contó la historia de su vida y chistes que me hacían caerme de risa. Pero la manera en que había cambiado su esposa, fue aún más asombroso para mí. Estaba delgadita y era hermosísima. Pensé que era una mujer completamente diferente. Me deshice en elogios. Me fascinaba lo completo de su cambio y lo hermosa que se veía. El joven dijo que cuando su captor se ausentaba ella era otra mujer.

Don Juan se rió y dijo que su diabólico benefactor decía la verdad. En realidad, esa bellísima mujer era otra vidente del grupo del nagual.

Don Juan le preguntó al joven por qué aparentaban ser lo que no eran. Con los ojos llenos de lágrimas, el joven miró a don Juan y le dijo que, en verdad, los misterios del mundo son insondables. Él y su joven esposa habían sido atrapados por fuerzas inexplicables y tenían que protegerse fingiendo así. Actuaba como un viejecillo frágil porque su captor siempre los estaba vigilando. Le suplicó a don Juan que le perdonara por haberlo engañado.

Don Juan preguntó quién era aquel hombre de aspecto monstruoso. Suspirando profundamente, el joven confesó que ni siquiera podía adivinarlo. Le dijo a don Juan que aunque él era un hombre educado, un famoso actor del ambiente teatral de la Ciudad de México, no tenía explicaciones. Lo único que sabía era que había venido a casa de la curandera para ser tratado de una tisis que padecía desde hacía muchos años. Estaba a un paso de la muerte cuando sus parientes lo llevaron adonde la curandera. Ella lo ayudó a restablecerse, y él se enamoró tan locamente de la hermosa joven india que acabó casándose con ella. Su plan era llevársela a la capital y enriquecerse con su habilidad curativa.

Antes de iniciar el viaje a la Ciudad de México, ella le advirtió que tenían que disfrazarse para poder escapar de un brujo. Le explicó que su madre también había sido curandera y que aprendió a curar con ese brujo maestro, quien le exigió que ella, la hija, permaneciera con él para toda la vida. El joven dijo que se había negado a preguntarle a su esposa acerca de aquella relación. Sólo quería liberarla, y por eso se disfrazó de viejo y a ella la disfrazó de mujer gorda.

El cuento no tuvo un desenlace feliz. El hombre horripilante los capturó y los mantuvo prisioneros. No se atrevían a quitarse el disfraz ante aquel hombre de pesadilla, y en su presencia se comportaban como si se odiaran;

pero en realidad, languidecían el uno por el otro y vivían sólo para disfrutar los cortos periodos en los que se ausentaba aquel hombre.

Don Juan dijo que el joven lo abrazó y le dijo que el cuarto donde estaba su cama era el único lugar seguro de la casa, y que si sería tan amable de salir a montar guardia mientras le hacía el amor a su esposa.

-Su pasión estremeció a la casa -continuó don Juan-, mientras yo me senté junto a la puerta, sintiéndome culpable por escucharlos y mortalmente asustado con la idea de que el hombre regresara en cualquier momento. Y así fue, escuché que entró a la casa. Golpeé la puerta, y cuando no contestaron, entré al cuarto. La bellísima joven dormía desnuda y el joven no estaba. Jamás en mi vida había visto a una mujer tan hermosa, tan dormida y tan desnuda. Oí al hombre monstruoso caminando hacia el cuarto. Yo aún estaba muy débil. Mi vergüenza y mi terror eran tan grandes que me desmayé otra vez.

La historia me molestó sobremanera. Le dije a don Juan que yo no entendía el valor de las habilidades *acechadoras* del nagual Julián. Don Juan me escuchó sin hacer un solo comentario, y me dejó hablar acaloradamente, mientras seguimos caminando.

Cuando finalmente nos sentamos en una banca, yo estaba muy cansado. No supe qué decir cuando me preguntó por qué su relato del método de enseñanza del nagual Julián me había molestado tanto.

-No me puedo quitar la idea de que simplemente le estaba haciendo jugarretas crueles a todos -dije al fin.

-Los que hacen jugarretas no enseñan nada a nadie -repuso don Juan-. El nagual Julián ponía en escena dramas mágicos que requerían mover el punto de encaje.

-A mí me parece una persona muy egoísta -insistí.

-Te parece ser eso porque lo estás juzgando -contestó-. Actúas como moralista. Yo me sentía al igual que tú. Figúrate ahora, si tú te sientes así solamente oyendo hablar del nagual Julián, imagínate cómo debí sentirme yo viviendo en su casa durante años. Por supuesto que no sólo me cayó mal, también lo envidiaba y le tenía terror.

"Pero también lo quería mucho, sin embargo mi envidia era más grande que mi cariño. Le envidiaba su facilidad, su misteriosa capacidad de ser joven o viejo a voluntad; le envidiaba su estilo, y sobre todo, le envidiaba su manera de influenciar a cualquier persona que estuviera cerca de él. Me mataba oírlo cuando iniciaba las más interesantes conversaciones con la gente. Siempre tenía algo qué decir; yo nunca tenía nada, y sólo sabía sentirme incompetente e ignorado.

Las revelaciones de don Juan me hicieron sentirme incómodo. Deseaba que cambiara de tema, porque no quería oír que era como yo. En mi opinión, él era un nagual sin par. Se dio cuenta de cómo me sentía:

-Lo que estoy tratando de hacer con la historia de mi envidia -prosiguió-, es señalarte algo de gran importancia, que la posición del punto de encaje dicta cómo nos comportamos y cómo nos sentimos.

"En aquel entonces mi gran defecto era que no podía entender este principio. Estaba aún verde. Al igual que tú, vivía a través de la importancia personal, porque ahí era donde estaba emplazado mi punto de encaje. Cómo te darás cuenta, yo aún no había aprendido que la forma de mover ese punto es establecer nuevos hábitos, moverlo con el *intento*. Cuando al fin se movió, fue como si yo acabara de descubrir que la única manera de tratar con

guerreros sin par, como mi benefactor, es no tener importancia personal para así poder celebrarlos sin prejuicios.

Repitió otra vez que todos los entendimientos son de dos tipos. Uno es simplemente exhortaciones que uno se da a sí mismo, grandes arranques de emoción y nada más. El otro es el producto de un movimiento del punto de encaje; no va unido a arranques emocionales sino a la acción. Los entendimientos emocionales vienen años después, cuando los guerreros, mediante el uso, han solidificado la nueva posición de sus puntos de encaje.

-Incansablemente, el nagual Julián nos guió a todos nosotros a ese tipo de movimiento -prosiguió don Juan-. Obtuvo de todos nosotros total cooperación y participación en sus enormes dramas. Por ejemplo, con su drama del hombre joven y su esposa y su captor, atrapó mi absoluta concentración e interés. Para mí, el cuento del hombre viejo que era en realidad joven fue muy consistente. Había visto al hombre monstruoso con mis propios ojos, y eso hacía que el joven tuviera mi imperecedera afiliación.

Don Juan dijo que el nagual Julián era un mago que podía manejar la fuerza del *intento* a un grado que resultaría incomprensible para el hombre común. Sus dramas incluían personajes mágicos convocados por la fuerza del *intento*, como el ser inorgánico que podía adoptar una grotesca forma humana.

-El poder del nagual Julián era tan impecable -continuó don Juan-, que podía obligar al punto de encaje de cualquiera a moverse y a alinear emanaciones que le harían ver lo que el nagual quisiera. Por ejemplo, dependiendo de lo que quería lograr, podía verse muy viejo o muy joven para su edad. Y de su edad, lo único que podían decir quienes conocían al nagual era que fluctuaba. Durante los treinta y dos años que lo conocí, a veces se veía muy joven, y en otras ocasiones estaba tan miserablemente anciano que ni siquiera podía caminar.

Don Juan dijo que, bajo la dirección de su benefactor, su punto de encaje se movió de una manera imperceptible pero profunda. Por ejemplo, un día, sin saber cómo, le vino un temor que por una parte no tenía sentido alguno para él y que por otra parte tenía todo el sentido del mundo.

-Mi temor era que debido a la estupidez perdería mi oportunidad de ser libre y que repetiría la vida de mi padre.

"Y toma en cuenta que la vida de mi padre no tuvo nada de malo. Vivió y murió ni mejor ni peor que la mayoría de los hombres; lo importante era que mi punto de encaje se movió y que un día me di cuenta de que la vida y la muerte de mi padre no tuvieron ningún significado, ni para otros ni para él mismo.

"Mi benefactor me dijo que mi padre y mi madre vivieron y murieron sólo para tenerme a mí, y que sus propios padres hicieron lo mismo por ellos. Dijo que los guerreros son diferentes porque mueven a sus puntos de encaje lo suficiente para darse cuenta del tremendo precio que se ha pagado por sus vidas. Este movimiento les da el respeto y el terror reverente que sus padres jamás sintieron por la vida en general, o por el estar vivo en particular.

Don Juan dijo que el nagual Julián no sólo hizo que sus aprendices movieran sus puntos de encaje, sino que se divirtió tremendamente mientras lo hacían.

-Por lo menos se divirtió inmensamente conmigo -dijo-. Años después, cuando los demás de mis compañeros videntes empezaron a llegar, incluso

yo esperaba ansiosamente las disparatadas situaciones que creaba y desarrollaba con cada uno de ellos.

"Cuando el nagual Julián abandonó el mundo, el deleite se fue con él, y jamás volvió. A veces, Genaro nos deleita, pero nadie puede ocupar el lugar del nagual Julián. Sus dramas siempre eran enormes, sin medida. Te aseguro que no sabíamos lo que era divertirse hasta que vimos lo que hacía cuando se le aguaban algunos de esos dramas."

Don Juan se incorporó de su banca favorita. Se volvió hacia mí. Sus ojos estaban brillantes, en paz.

-Yo no soy buen *acechador* porque quiero a mis semejantes -dijo-. Por ejemplo, si resultara que eres tan estúpido como para fracasar en tu tarea, tienes que tener por lo menos suficiente energía para mover tu punto de encaje y venir a esta banca. Siéntate aquí durante un momento, libre de pensamientos y deseos; yo trataré de venir a recogerte de dondequiera que esté. Te prometo que procuraré hacerlo.

Explotó en una gran carcajada, como si su promesa fuera demasiado ridícula para ser creída.

-Esas palabras deberían decirse ya entrada la tarde -dijo aún riendo-. Nunca en la mañana. La mañana lo hace a uno sentirse optimista y palabras como esas pierden su significado.

XIII. EL LEVANTÓN DE LA TIERRA

-Hoy vamos a dar una vuelta a pie por la carretera a Oaxaca -me dijo don Juan-. Genaro nos está esperando por ahí.

Su petición me sorprendió. Yo no esperaba ir a ningún sitio. Durante todo el día había aguardado a que continuara su explicación. Salimos de la casa, y en silencio atravesamos el pueblo hasta alcanzar el camino de terracería. Durante largo tiempo caminamos pausadamente. De pronto, don Juan comenzó a hablar.

-Te he contado acerca de muchos de los grandes hallazgos hechos por los antiguos videntes -dijo-. Así como el descubrimiento de que la conciencia orgánica no es la única conciencia presente en la tierra, también descubrieron que la tierra misma es un ser viviente.

Esperó un momento antes de proseguir. Me sonrió, como invitándome a hacer algún comentario. No se me ocurría nada que decir.

-Los antiguos videntes *vieron* que la Tierra tiene un capullo -prosiguió-. *Vieron* que hay una pelota que contiene a la tierra, un capullo luminoso que encierra a las emanaciones del Águila. La tierra es un gigantesco ser consciente sujeto a las mismas fuerzas que nosotros.

Explicó que, al descubrir ésto, los antiguos videntes se interesaron de inmediato en los usos prácticos de ese hallazgo. El resultado de su interés fue que las más elaboradas técnicas de su brujería tenían que ver con la tierra. Consideraban que la tierra era la fuente última de todo lo que somos.

Don Juan reafirmó que a este respecto los antiguos videntes no se equivocaban, porque de verdad, la tierra es nuestra original fuente de todo.

No dijo nada más hasta que nos encontramos a Genaro como a un kilómetro y medio del pueblo. Nos esperaba, sentado sobre una roca a un lado del camino.

Me saludó con afecto. Me dijo que debíamos subir a la cima de unas escarpadas montañas, cubiertas de arbustos.

-Los tres vamos a sentarnos contra una roca -me dijo don Juan-, para contemplar la luz del sol que se refleja en las montañas que están hacia el este: Cuando el sol se hunda detrás de las montañas del oeste, quizá la tierra te permita *ver* el alineamiento.

Al llegar a la cima de la montaña, nos sentamos de espaldas contra una roca. Don Juan me hizo sentarme entre los dos.

Yo me sentía terriblemente nervioso. Le pregunté qué era lo que se proponía hacer. No me contestó. Siguió hablando como si yo no hubiera dicho nada.

-Fueron los antiguos videntes quienes dieron accidentalmente con algo monumental al descubrir que la percepción es alineamiento -dijo-. Lo triste es que nuevamente, sus extravíos les impidieron saber lo que habían logrado.

Señaló la cordillera al este del angosto valle donde se encontraba el pueblo.

-Hay suficiente resplandor en esas montañas para sacudir a tu punto de encaje -me dijo-. Justo antes de que se ponga el sol, tendrás unos momentos para captar todo el resplandor que necesites. La llave mágica que abre las puertas de la tierra está hecha de silencio interno y de cualquier cosa que brille.

-¿Qué es exactamente lo que debo hacer, don Juan? -pregunté.

Ambos me examinaron. Pensé ver en sus ojos una mezcla de curiosidad y repugnancia.

-Simplemente para el diálogo interno -me dijo don Juan.

Sentí una intensa punzada de ansiedad y duda; no tenía fe en que pudiera hacerlo a voluntad. Después de un momento inicial de molesta frustración, me resigné simplemente a quedarme sentado allí.

Miré a mi alrededor. Me di cuenta que estábamos a suficiente altura para contemplar todo el largo y estrecho valle abajo de nosotros. Más de la mitad estaba cubierto por las sombras vespertinas. El sol aún brillaba sobre las colinas al pie de la cordillera oriental de montañas, del otro lado del valle; la luz solar le daba a los erosionados cerros un color ocre, mientras que los picos distantes y azulados adquirieron un tono casi purpurino.

-Tú estás consciente de que ya has hecho esto antes, ¿verdad? -me susurró don Juan.

Le dije que no estaba consciente de nada por el estilo.

-Hemos estado sentados aquí en otras ocasiones -insistió-, pero eso no importa, porque esta ocasión es la que contará.

"Hoy, con la ayuda de Genaro, vas a encontrar la llave que lo abre todo. Por el momento aún no podrás usarla, pero sabrás lo que es y donde está. Los videntes pagan los más altos precios por saber eso. Tú mismo has estado pagando, paulatinamente, a lo largo de todos estos años.

Explicó que lo que llamaba la llave de todo era el conocimiento directo de que la tierra es un ser consciente, y que como tal puede darle a los guerreros un tremendo levantón; es decir, un impulso proveniente de la conciencia de la tierra, en el instante en el que las emanaciones interiores del capullo de los guerreros se alinean con las emanaciones apropiadas del interior del capullo de la tierra. Puesto que tanto la tierra como el hombre son seres conscientes, sus emanaciones coinciden, o más bien, la tierra contiene todas las emanaciones presentes en el hombre, o para el caso, todas las emanaciones presentes en todos los seres vivientes, orgánicos o inorgánicos. Cuando tiene lugar un momento de alineamiento, los seres

vivientes usan ese alineamiento de manera limitada, y perciben su mundo. Como todos los demás, los guerreros pueden usar ese alineamiento ya sea para percibir, o como un levantón que les permite entrar a mundos inimaginables.

-He estado esperando que me hagas la única pregunta significativa que se puede hacer, pero nunca la haces -prosiguió-. Y siempre insistes en preguntar si el misterio de todo queda dentro de nosotros. Nunca acertaste, pero te acercaste bastante.

"En realidad, lo desconocido no está en el interior del capullo del hombre en las emanaciones no tocadas por la conciencia, y sin embargo, de cierta manera, está allí. Este es el punto que no has entendido. Cuando te dije que podemos alinear siete mundos aparte del que conocemos, lo consideraste como un asunto interno, porque tu prejuicio final consiste en creer que sólo imaginas todo lo que haces con nosotros. Por eso, nunca me has preguntado dónde se encuentra realmente lo desconocido. Durante años he hecho círculos con la mano para señalarte todo lo que nos rodea y te he dicho que ahí se encuentra lo desconocido. Nunca hiciste la conexión.

Genaro comenzó a reírse y eso lo hizo toser. Finalmente se puso de pie.

-Aún no hace la conexión -le dijo a don Juan.

Admití que si había una conexión por hacer, se me había pasado totalmente por alto.

Don Juan volvió a decir una y otra vez que la porción de emanaciones que hay en el interior del capullo del hombre se encuentra allí sólo para evocar la conciencia de ser, y que la conciencia consiste en alinear porciones de emanaciones internas con las mismas porciones de las emanaciones en grande. Se les llama emanaciones en grande porque son inmensas; y decir que lo que no se puede conocer queda fuera del capullo del hombre es decir que queda dentro del capullo de la tierra. Sin embargo, dentro del capullo de la tierra también queda lo desconocido, y en el interior del capullo del hombre lo desconocido consiste en las emanaciones no tocadas por el fulgor de la conciencia cotidiana. Cuando las toca, se activan y se alinean con las emanaciones en grande que les corresponden. Una vez que eso ocurre, lo desconocido se percibe y se convierte en lo conocido.

-Soy demasiado duro de cabeza, don Juan. Tiene que explicármelo en pedazos más chicos -dije-.

-Genaro te lo va a dar en pedacitos -repuso don Juan.

Genaro se incorporó y empezó el mismo paso de poder que había ejecutado cuando le dio vueltas a una enorme roca plana cerca de su casa. Don Juan lo miraba fascinado, luego me susurró al oído que debía procurar escuchar los movimientos de Genaro, especialmente el movimiento de sus muslos al subir hasta su pecho cada vez que daba un paso.

Seguí con la mirada los movimientos de Genaro. En cosa de segundos sentí que una parte de mí había quedado atrapada en las piernas de Genaro. El movimiento de sus muslos no me soltaba. Sentía que caminaba con él. Hasta me faltaba aliento. Me di cuenta entonces de que realmente seguía a Genaro; caminaba a su lado, y nos alejábamos de donde habíamos estado sentados.

No vi a don Juan, sólo a Genaro caminando delante de mí con su paso de poder. Caminamos durante horas y horas. Mi fatiga era tan intensa que me vino un terrible dolor de cabeza, y de pronto me dio vómito. Genaro dejó de caminar y acudió a mi lado. Había un intenso brillo a nuestro alrededor y la luz se reflejaba en los rasgos de Genaro. Sus ojos resplandecían.

-¡No mires a Genaro! -ordenó una voz en mi oído-. ¡Mira a tu alrededor!

Obedecí. ¡Estaba en el infierno! La impresión de ver lo que me rodeaba fue tan grande que grité, pero mi voz no tenía sonido. A mi alrededor estaba el más vívido cuadro de todas las descripciones del infierno de mi educación católica. Veía un mundo rojizo, caliente y opresivo, oscuro y cavernoso, sin cielo, sin más luz que el maligno reflejo de luces rojizas que daban vueltas a nuestro alrededor a gran velocidad.

Genaro comenzó a caminar de nuevo, y algo me jaló a moverme con él. La fuerza que me hacía seguir a Genaro también me impedía mirar a mi alrededor. Mi conciencia estaba pegada a los movimientos de Genaro.

Vi a Genaro desplomarse como si estuviera absolutamente agotado. Al instante en que tocó tierra y se estiró para descansar, algo en mí quedó en libertad y nuevamente pude mirar a mi alrededor. Don Juan me escudriñaba con curiosidad. Yo estaba frente a él, de pie. Estábamos en el mismo lugar en el que nos habíamos sentado, en una ancha cornisa de roca en la cima de una montaña. Genaro jadeaba y silbaba al respirar y yo también. Estaba cubierto de sudor. Mi cabello estaba completamente empapado. Mi ropa estaba mojada, como si me hubieran metido a un río.

-Dios mío, ¡qué es lo que me están ustedes haciendo! -exclamé en un tono de total sinceridad.

La exclamación sonó tan ridícula que don Juan y Genaro comenzaron a reírse.

-Estamos tratando de hacerte entender el alineamiento -dijo Genaro.

Don Juan me ayudó a sentarme. Se sentó a mi lado.

-¿Recuerdas lo que pasó? -me preguntó.

Le dije que sí e insistió en que le dijera con exactitud lo que *vi*. Su petición resultaba incongruente con lo que dijo, que el único valor de mis experiencias era el movimiento de mi punto de encaje y no el contenido de mis visiones.

Explicó que Genaro ya me había ayudado del mismo modo en otras ocasiones, pero que yo nunca podía recordar nada. Dijo que, como antes, Genaro guió mi punto de encaje para que alineara un mundo con otra de las grandes bandas de emanaciones.

Hubo un largo silencio. Yo estaba entumecido, asombrado, y sin embargo, mi conciencia de ser estaba más aguda que nunca. Pensé que por fin pude entender lo que era el alineamiento. Algo dentro de mí, que yo activaba sin saber cómo, me dio la certeza de que había entendido una gran verdad.

-Creo que ya comienzas a moverte por tu propia cuenta -me dijo don Juan-. Regresemos a casa. Ya hiciste bastante hoy día.

-No le hagas -dijo Genaro-. Es más fuerte que un toro. Hay que empujarlo un poquito más.

-¡No! -dijo don Juan con firmeza-. Tenemos que ir muy despacio con él. Su fuerza no le da.

Genaro insistió en que nos quedáramos. Me miró y me guiñó el ojo.

-Mira -me dijo señalando a la cordillera oriental de montañas-. Las sombras de la tarde apenas han ascendido dos centímetros en las laderas de esas montañas y sin embargo anduviste en el infierno con pasos de plomo por horas y horas. ¿No te parece eso más que asombroso?

-¡No lo asustes por las puras! -protestó don Juan casi con vehemencia.

Fue entonces que *vi* sus maniobras. En ese momento la voz del *ver* me dijo que don Juan y Genaro eran dos *acechadores* extraordinarios que

jugaban conmigo. Don Juan era quien siempre me empujaba más allá de mis límites, pero siempre dejaba que Genaro hiciera el papel agresivo. Aquel día en la casa de Genaro, cuando llegué a un peligroso estado de temor histérico mientras Genaro le preguntaba a don Juan si yo debía ser empujado, y don Juan me aseguró que Genaro se divertía a mi costa, la verdad era que Genaro se preocupaba por mí.

Mi *ver* me causó tanta sorpresa que comencé a reír. Don Juan y Genaro me miraron con asombro. Al instante, don Juan pareció darse cuenta de lo que ocurría en mi mente. Se lo comunicó a Genaro, y ambos se rieron como niños.

-Ya estás entrando en la madurez -me dijo don Juan-. Justo a tiempo; no eres ni demasiado estúpido ni demasiado inteligente. Igual que yo. Eres un poco más estrafalario que yo. En ese respecto eres como el nagual Julián, salvo que él era brillante.

Se puso de pie y estiró la espalda. Me miró con los ojos más penetrantes y feroces que jamás he visto. Me incorporé lleno de terror.

-Un nagual jamás le deja saber a nadie que él controla todo -me dijo-. Un nagual va y viene sin dejar huella. Esa libertad es lo que lo hace nagual.

Sus ojos relumbraron por un instante, luego se cubrieron con una nube de suavidad, de bondad, de humanidad, y nuevamente fueron los ojos de don Juan.

Apenas podía yo mantener el equilibrio. Me iba a desvanecer, y no podía evitarlo. Genaro saltó a mi lado y me ayudó a sentarme. Se sentaron ambos, uno de cada lado.

-Vas a recibir un levantón de la tierra -me dijo don Juan al oído.

-Piensa en los ojos del nagual -me dijo Genaro en el otro oído.

-El levantón te vendrá en el momento en que veas un brillo en la cima de esa montaña -dijo don Juan señalando el pico más alto de la cordillera oriental.

-Nunca más volverás a ver los ojos del nagual -susurró Genaro.

-Deja que el levantón te lleve adonde fuera -dijo don Juan.

-Si piensas en los ojos del nagual, te darás cuenta de que una moneda tiene dos caras -susurró Genaro.

Quería pensar en lo que ambos me decían, pero mis pensamientos no me obedecían. Algo me presionaba desde arriba. Sentía que me contraía. Tuve una sensación de náusea. Vi que las sombras vespertinas avanzaban rápidamente, ascendiendo por las laderas de las montañas orientales. Tenía la sensación de correr tras ellos.

-¡Ahí viene! -exclamó Genaro en mi oído.

-Fíjate en esa cima. Fíjate en el resplandor -me dijo don Juan al otro oído.

En verdad, había un punto de intenso brillo en el lugar que señalaba don Juan, en el pico más alto de la cordillera. Miré cómo el último rayo de luz solar se reflejaba en él. Sentí un hoyo en la boca del estómago, como si estuviera en la montaña rusa de un parque de diversiones.

Más que escuchar, sentí un lejano estruendo de terremoto. Las olas sísmicas, que me alcanzaron abruptamente, eran tan ruidosas y tan enormes que perdieron todo significado para mí. Yo era un insignificante microbio que giraba y se torcía sin tregua.

Por grados, el movimiento disminuyó. Hubo una sacudida final antes de que todo se detuviera. Traté de ver a mi alrededor. No tenía ningún punto de referencia. Parecía estar plantado, como un árbol. Arriba de mí había un

cúpula blanca, reluciente, inconcebiblemente grande. Su presencia me hizo sentirme exaltado. Volé hacia ella, o más bien fui lanzado como un proyectil. Tuve la sensación de seguridad, de bienestar, de tranquilidad; mientras más me acercaba a la cúpula, más intensos se volvían estos sentimientos. Finalmente me hicieron perder toda conciencia de mí mismo.

Cuando volví a estar consciente de mí, me mecía lentamente en el aire como una hoja que cae. Me sentí agotado. Una fuerza succionadora comenzó a jalarme. Pasé por un agujero oscuro y después me encontré sentado entre don Juan y Genaro en la cornisa de roca.

Al día siguiente, los tres fuimos a Oaxaca. Ya entrada la tarde, don Juan y yo paseamos por la plaza. De pronto, comenzó a hablar acerca de lo ocurrido el día anterior. Me preguntó si entendí a lo que se refirió cuando dijo que los antiguos videntes habían tropezado con algo monumental.

Le dije que sí lo entendí, pero que no podía explicarlo con palabras.

-¿Y qué crees que era lo más importante que queríamos que descubrieras en la cima de esa montaña? -preguntó.

-El alineamiento -dijo una voz en mi oído, al mismo tiempo que lo dije.

Me volví instantáneamente y me topé con Genaro, quien estaba justo atrás de mí, caminando en mis huellas. La rapidez de mi movimiento lo sobresaltó. Soltó una risa nerviosa y me abrazó.

Nos sentamos. Don Juan dijo que era muy poco lo que realmente podía decir acerca del levantón de la tierra que yo recibí, que los guerreros siempre se encuentran solos en esos casos, y que la verdadera comprensión llega mucho más tarde, después de años de lucha.

Le dije a don Juan que mi dificultad para entender se amplificaba con el hecho de que él y Genaro hacían todo el trabajo. Yo era simplemente un sujeto pasivo que sólo podía reaccionar ante sus maniobras. Yo no podía iniciar ninguna acción, aunque mi vida hubiera dependido de ello. No sabría cuál sería una acción apropiada ni tampoco como iniciarla.

-Tienes toda la razón del mundo -dijo don Juan-. Se supone que te vas a quedar solo y por tu cuenta, para que reorganices todo lo que ahora te estamos haciendo. Sólo así sabrás cómo y cuándo actuar.

"El nagual Julián hizo lo mismo conmigo, y de una manera mucho más despiadada que la que usamos contigo. Sabía lo que hacía; era un nagual brillante que en unos cuantos años fue capaz de reorganizar todo lo que le enseñó el nagual Elías. En pocos años, hizo lo que a ti o a mí nos llevaría toda una vida realizar. La diferencia estriba en que todo lo que necesitaba el nagual Julián era una ligera insinuación; su agudísima conciencia partía de allí y abría la única puerta que hay.

-¿Qué quiere decir, don Juan, con la única puerta que hay?

-Quiero decir que cuando el punto de encaje del hombre se mueve más allá de cierto límite crucial, los resultados son siempre los mismos para todos los hombres. Las técnicas para moverlo pueden ser tan diferentes como sea posible, pero los resultados son siempre los mismos. En este caso, el punto de encaje de cualquier hombre alinea los mismos mundos ayudado por el levantón de la tierra.

-¿Eso quiere decir que el levantón de la tierra es el mismo para todos los hombres, don Juan?

-Desde luego. Para el hombre común la dificultad es el diálogo interno. Uno solamente puede usar ese levantón habiendo alcanzado un estado de silencio total. Podrás corroborar esa verdad el día que tú mismo trates de usarlo.

-No te recomendaría tratar de hacerlo ahora -dijo Genaro con sinceridad-. Convertirse en guerrero impecable tarda años. Para poder resistir el impacto de esa fuerza de la tierra debes ser mejor de lo que eres ahorita.

-La velocidad de ese levantón disuelve todo lo que nos rodea -dijo don Juan-. Bajo su impacto nos convertimos en nada. La velocidad excesiva y el sentido de la existencia individual no van de la mano. Ayer en la montaña, Genaro y yo te sostuvimos y te servimos de anclas; de otra manera no habrías regresado. Serías como algunos de los antiguos videntes que usaron ese levantón intencionalmente, penetraron en lo desconocido y aún siguen vagando en esa incomprensible inmensidad.

Quise que me explicara aquello en más detalle, pero se negó a hacerlo. Abruptamente, cambió de tema.

-Hay algo que aún no entiendes acerca de la tierra como ser consciente -dijo-. Y Genaro, este terrible Genaro, quiere empujarte hasta que lo entiendas.

Se rieron los dos. Genaro me dio de empujones y me guiñó el ojo al mover la boca sin ruido alguno, diciendo: "Soy terrible".

-Genaro es un supervisor exigente y riguroso, cruel y despiadado -prosiguió don Juan-. Tu miedo le vale un comino y te empuja sin piedad. Si no fuera por mi...

Era el cuadro perfecto del caballero bueno y considerado. Bajó los ojos y suspiró. Los dos irrumpieron en sonoras carcajadas.

Cuando se hubieron calmado, don Juan dijo que Genaro quería darme una demostración de algo que yo aún no entendía, que la suprema conciencia de la tierra es lo que hace posible que cambiemos a otras grandes bandas de emanaciones.

-Nosotros, los seres vivientes, somos perceptores -dijo-. Y percibimos porque algunas emanaciones del interior del capullo del hombre se alinean con algunas emanaciones exteriores. Por ello el alineamiento constituye el pasadizo secreto, y la llave es el levantón de la tierra.

-Genaro quiere que observes el momento del alineamiento. ¡Obsérvalo!

Como un prestidigitador en el teatro. Genaro se puso de pie e hizo una venia hasta el suelo, y después nos mostró que no tenía nada escondido dentro de las mangas o en los pantalones. Se quitó los zapatos y los sacudió para mostrar que ahí tampoco escondía nada.

Don Juan se reía con un total abandono. Genaro movió las manos para arriba y para abajo. De inmediato, ese movimiento creó en mí un estado de fijeza, o aun soñolencia. Sentí que de repente los tres nos incorporamos y nos alejamos caminando de la plaza, yo al centro con uno de ellos a cada lado.

Mientras caminábamos, perdí mi visión periférica. Ya no distinguí más casas o calles. Tampoco vi más montañas o vegetación. En cierto momento me di cuenta de que había perdido de vista a don Juan y a Genaro; en vez de ellos *vi* a dos masas luminosas a mis costados que subían y bajaban levemente.

Sentí un pánico instantáneo, que de inmediato controlé. Tuve la extraña pero bien conocida sensación de que yo era yo mismo y a la vez no lo era. Sin embargo, tenía conciencia de todo lo que me rodeaba, gracias a una rara y a la vez casi familiar capacidad: todo mi ser *veía*. La totalidad de lo que en mi conciencia normal llamó mi cuerpo era capaz de percibir, como si fuese un ojo gigantesco que captara todo. Después de *ver* las dos burbujas de luz,

lo primero que *vi* fue un mundo de color violeta intenso, hecho de lo que parecían ser entrepaños o doseles de colores. Por doquier había entrepaños de círculos concéntricos irregulares, planos, como pantallas.

Sentí una enorme presión, y luego escuché una voz en el oído. Estaba *viendo*. La voz dijo que la presión se debía al acto de moverme. Me movía junto con don Juan y Genaro. Sentí una leve sacudida, como si hubiera roto una barrera de papel, y me encontré frente a un mundo luminoso. De todas partes brotaba una luz que no era enceguecedora. Parecía que el sol estaba a punto de surgir de atrás de unas nubes blancas y diáfanas. Desde un punto alto, yo contemplaba la fuente de la luz. Era una vista sobrecogedora. No había masas terrestres, sólo nubes blancas algodonadas y luz. Y nosotros caminábamos sobre las nubes.

En un momento dado, algo volvió a aprisionarme. Me movía al mismo paso que las dos burbujas de luz a mis costados. Poco a poco comenzaron a perder su brillantez; se opacaron, y finalmente se convirtieron en don Juan y Genaro. Caminábamos por una calle desierta, alejándonos de la plaza principal. Nos dimos la vuelta y regresamos hacia la plaza.

-Genaro acaba de ayudarte a alinear tus emanaciones con unas emanaciones en grande que pertenecen a otra banda -me dijo don Juan-. El alineamiento tiene que ser un acto muy pacífico e imperceptible. Nada de salir volando, nada de escándalo.

Dijo que la sobriedad necesaria para que el punto de encaje alineara otros mundos es algo que no puede improvisarse. La sobriedad tiene que madurar y convertirse en una fuerza en si misma antes de que los guerreros puedan romper la barrera de la percepción.

Nos acercábamos a la plaza principal. Genaro no dijo una sola palabra. Caminaba en silencio, perdido en sus pensamientos. Unas cuadras antes de llegar, don Juan dijo que Genaro quería demostrarme una cosa más: que la posición del punto de encaje lo es todo, y que el mundo que nos hace percibir, sea el que fuera, es tan real que no deja lugar para nada, excepto para esa realidad.

-Exclusivamente para tu provecho, Genaro dejará que su punto de encaje alínie otro mundo -me dijo don Juan-. Y entonces te darás cuenta de que, conforme lo percibe, la fuerza de su percepción no dejará lugar para nada más.

Genaro caminó delante de nosotros, y don Juan me ordenó que al mirar a Genaro yo debía mover los ojos en el sentido de las manecillas del reloj, para evitar ser arrastrado por la fuerza del alineamiento que Genaro iba a efectuar. Le obedecí. Genaro estaba como a unos dos metros de mí. De pronto, su forma se volvió difusa y en un instante desapareció, como un soplo de aire. Pensé en películas de ciencia-ficción que había visto y me pregunté si estaremos subliminalmente conscientes de nuestras posibilidades.

-En este momento, Genaro está separado de nosotros por la fuerza de la percepción -dijo don Juan casi en un susurro-. Cuando el punto de encaje alínea un mundo, ese mundo es total. Esta es la maravilla con la que se toparon los antiguos videntes sin jamás darse cuenta de lo que era: la conciencia de la tierra puede darnos un levantón para alinear otras grandes bandas de emanaciones, y la fuerza de ese nuevo alineamiento hace desaparecer al mundo que conocemos.

"Cada vez que los antiguos videntes efectuaban un nuevo alineamiento, creían que descendían a las profundidades o ascendían a los cielos. Nunca

supieron que el mundo desaparece como un soplo de aire cuando un nuevo alineamiento total nos hace percibir otro mundo total.

XIV. LA FUERZA RODANTE

Don Juan estaba a punto de empezar su explicación, pero cambió de parecer y se puso de pie. Habíamos estado sentados en el cuarto grande, compartiendo un momento de silencio.

-Quiero que trates de *ver* las emanaciones del Águila -dijo-. Para eso, primero tienes que mover tu punto de encaje hasta que *veas* el capullo del hombre.

Caminamos de la casa al centro del pueblo. En el parque, frente a la iglesia, nos sentamos en una banca vacía. Era temprano por la tarde; un día de sol y viento con bastante gente arremolinada por doquier.

Como si intentara grabármelo en la mente, repitió que el alineamiento es una fuerza única porque o ayuda al punto de encaje a moverse, o lo mantiene pegado a su posición acostumbrada. Dijo que el aspecto del alineamiento que mantiene estacionario al punto de encaje es la *voluntad*, y el aspecto que lo hace moverse es el *intento*. Comentó que uno de los misterios más profundos es la manera en que la *voluntad*, la fuerza impersonal del alineamiento se transforma en *intento*, la fuerza personalizada, que está al servicio de cada individuo.

-Lo más extraño de este misterio es que el movimiento es tan fácil de lograr -prosiguió-. Pero lo que no es tan fácil es convencernos de que es posible. Ahí, precisamente ahí está nuestro mecanismo de seguridad. Tenemos que ser convencidos. Y ninguno de nosotros quiere dejarse convencer.

Me aseguró que yo me encontraba en el estado de conciencia acrecentada más agudo, y que era posible que yo *intentara* mover mi punto de encaje a mayor profundidad hacia el lado izquierdo, a una *posición de ensueño*. Dijo que los guerreros jamás deben tratar de *ver* sin la ayuda del *ensueño*. Yo alegué que dormirme en público no era algo que yo considerara placentero. Aclaró que el mover al punto de encaje de su posición natural y mantenerlo fijo en un nuevo sitio es estar dormido; con la práctica, los videntes aprenden a estar dormidos y sin embargo se comportan como si nada les ocurriese.

Hizo una pausa momentánea y después agregó que para poder *ver* el capullo del hombre, uno tiene que contemplar a la gente mientras se alejan de uno. Resulta inútil contemplar a la gente cara a cara, porque el frente de capullo ovoide del hombre tiene un escudo protector que los videntes llaman la placa frontal. Es un escudo casi inexpugnable, inflexible, que a todo lo largo de nuestras vidas nos protege contra los embates de una fuerza peculiar que surge de las emanaciones mismas.

También me dijo que no me sorprendiera si el cuerpo se me ponía tieso, como si estuviera congelado, y que me iba a sentir casi como una persona que mira la calle por la ventana, parado a la mitad de un cuarto. Me advirtió que la velocidad resultaba de fundamental importancia, ya que la gente iba a cruzar la ventana de mi *ver* extremadamente rápido. Me pidió que relajara los músculos, que parara mi diálogo interno, y que, bajo el hechizo del silencio interno dejara desplazarse a mi punto de encaje. Me instó a darme yo mismo de firmes palmadas en el lado derecho, entre la cadera y las costillas.

Lo hice tres veces y quedé profundamente dormido. Era un estado de sueño extremadamente peculiar. Mi cuerpo dormía, pero yo estaba perfectamente consciente de todo lo que ocurría. Escuchaba a don Juan y podía seguir cada una de sus instrucciones, como si estuviera despierto, y sin embargo no podía mover el cuerpo de ningún modo.

Don Juan me advirtió que un hombre iba a pasar frente a la ventana de mi *ver* y que debería *verlo*. Traté de mover la cabeza y no pude hacerlo. De pronto, apareció una brillante forma ovoide. Resplandecía. Quedé atónito al verla y, antes de que me recuperara de la sorpresa, había desaparecido. Se alejó, flotando, ondeando de arriba a abajo.

Todo fue tan repentino y rápido que me sentí frustrado e impaciente. Sentí que me comenzaba a despertar. Don Juan volvió a hablarme; me ordenó terminar con mi nerviosidad. Me dijo que no tenía ni derecho ni tiempo para impacientarme. De pronto, apareció y se alejó otro ser luminoso. Parecía hecho de una blanca pelambre fluorescente.

Don Juan me susurró al oído que si así lo deseaba, mis ojos eran capaces de disminuir la velocidad de todo lo que enfocaban. Me advirtió de nuevo que otro hombre se acercaba. Y en ese momento me di cuenta de que había dos voces. La que acababa de escuchar era la misma que me exhortó a tener paciencia. Esa era la voz de don Juan. La otra, la que me decía que usara los ojos para hacer más lento el movimiento, era la voz del *ver*.

Esa tarde *vi* a diez seres luminosos en movimiento lento. La voz del *ver* me orientó para *ver* en ellos todo lo que don Juan me dijo acerca del resplandor de la conciencia. En el lado derecho de esas luminosas criaturas ovoides, abarcando quizás una décima parte del volumen total del capullo, había una banda vertical con un resplandor ambarino más fuerte. La voz del *ver* dijo que esa era la banda de la conciencia del hombre. La voz señaló un punto en la banda del hombre, un punto con el brillo intenso; se encontraba sobre la superficie del capullo en la parte superior, casi en la cresta de las formas oblongas; la voz dijo que era el punto de encaje.

Al *ver* a cada criatura luminosa de perfil, desde el punto de vista de su cuerpo, su forma ovoide era como un gigantesco yoyo asimétrico parado de lado, o como una olla casi redonda que descansaba de lado, con la tapadera puesta. La parte que parecía una tapadera era la placa frontal; abarcaba quizás una quinta parte del grosor del capullo total.

Hubiera seguido *viendo* a esas criaturas, pero don Juan dijo que tenía que contemplar a la gente cara a cara, mientras vienen hacia mí, y sostener mi contemplación hasta que rompiera la barrera y viera las emanaciones.

Seguí su orden. Casi al instante, *vi* un brillantísimo despliegue de fibras de luz, vivas, apremiantes. Era una visión deslumbrante que de inmediato rompió mi equilibrio. Caí de lado a la acera de cemento. Desde allí, *vi* que las apremiantes fibras de luz se multiplicaban; se abrían con una sorda explosión y surgían de ellas miríadas de otras fibras. Pero, aún siendo apremiantes, de alguna manera, las fibras no interferían con mi visión ordinaria. Muchísima gente entraba a la iglesia. Y ya no podía aplicarles mi *ver*. Había bastantes mujeres y hombres alrededor de la banca. Quería enfocar mis ojos en ellos, pero repentinamente una de esas fibras de luz se hinchó. Se convirtió en una bola de fuego que tenía quizás dos metros de diámetro. Rodó hacia mí. Mi primer impulso fue rodar de lado para quitarme de su camino. Antes de que siquiera pudiera mover un músculo, la bola me había golpeado. La sentí tan claramente como si alguien me hubiera dado un leve puñetazo en el estómago. Un instante después me golpeó otra bola de

fuego, esta vez con bastante más fuerza, y entonces, con la mano abierta, don Juan me dio una cachetada en la mejilla. Me incorporé involuntariamente de un salto, y perdí de vista a las fibras de luz y a los globos que me golpeaban.

Don Juan dijo que tuve mi primer breve encuentro con las emanaciones del Águila, pero que un par de empujones de la tumbadora abrieron peligrosamente mi abertura. Agregó que las bolas que me golpearon se llamaban la fuerza rodante, o la tumbadora.

Regresamos a su casa, aunque yo no recordaba cómo ni cuándo. Había pasado horas en un estado semidormido. Don Juan y los otros videntes de su grupo me dieron a beber grandes cantidades de agua. También, durante cortos periodos de tiempo, me sumergieron en una tina de agua helada.

-¿Esas fibras que *vi* son las emanaciones del Águila? -le pregunté a don Juan.

-Sí. Pero realmente no las *viste* -contestó-. En cuanto empezaste a *verlas* la tumbadora te detuvo. Si hubieras permanecido un momento más te hubiera destruido.

-¿Qué es exactamente la tumbadora? -pregunté.

-Es una fuerza de las emanaciones del Águila -dijo-. Una fuerza ininterrumpida, que nos golpea a cada instante de nuestras vidas. Cuando se la *ve* es mortal, pero como no la *vemos* la ignoramos en nuestra vida ordinaria, porque tenemos escudos protectores. Por ejemplo, estamos permanentemente preocupados con lo que nos pertenece, con nuestra posición frente a otros. Estos escudos no nos protegen de los golpes de la tumbadora, simplemente nos impiden *verla* directamente, de esta manera nos evitan ser heridos por el susto de *ver* que las bolas de fuego nos golpean. Los escudos son una gran ayuda y un gran estorbo para nosotros. Nos pacifican y a la vez nos engañan. Nos dan una falsa sensación de seguridad.

Me advirtió que llegaría un momento en mi vida en el que me encontraría sin escudos, ininterrumpidamente a merced de la tumbadora. Dijo que es una fase obligatoria en la vida de un guerrero, conocida como perder la forma humana.

Le pedí que me explicara de una vez por todas qué era la forma humana y qué significa perderla.

Contestó que los videntes describen la forma humana como la fuerza apremiante del alineamiento de las emanaciones, encendidas por él resplandor de la conciencia, en el sitio preciso en el que se encuentra normalmente el punto de encaje. Es la fuerza que nos convierte en personas. Así que, ser una persona es ser forzado a afiliarse con esa fuerza de alineamiento, y en consecuencia, a afiliarse con el sitio preciso donde se origina.

Debido a sus actividades, en un momento dado, los puntos de encaje de los guerreros se desplazan hacia la izquierda. Es un desplazamiento permanente, que resulta en un excepcional sentido de indiferencia, de control o incluso de abandono. Ese desplazamiento implica un nuevo alineamiento de emanaciones, y es el principio de una serie de cambios mayores. De manera muy apropiada, los videntes llaman a este cambio inicial perder la forma humana, porque el movimiento inexorable del punto de encaje, que se aleja de su posición original, resulta en la pérdida irreversible de nuestra afiliación a la fuerza que nos hace personas.

Después cambió el tema y me pidió que describiera todos los detalles que pudiera recordar acerca de las bolas de fuego. Le dije que las había *visto* tan brevemente que no estaba seguro de poder describirlas en detalle.

Señaló que *ver* es el eufemismo de mover el punto de encaje, y que si yo movía el mío una fracción más hacia la izquierda tendría una visión clara de las bolas de fuego, un cuadro que entonces podría interpretar como el haberlas recordado.

Traté de hacer lo que me pedía, pero no pude lograrlo, así que describí lo poco que recordaba.

Me escuchó con cuidado y luego me preguntó si eran bolas o círculos de fuego. Le dije que no lo recordaba.

Explicó que esas bolas de fuego son de crucial importancia para los seres humanos porque son la expresión de una fuerza que tiene que ver con todos los detalles de la vida y de la muerte, algo que los nuevos videntes llaman la fuerza rodante.

Le pedí que aclarara lo que quería decir con todos los detalles de la vida y de la muerte.

-La fuerza rodante es el medio a través del cual el Águila distribuye vida y conciencia -dijo-. Pero también es la fuerza que, digamos, cobra la renta. Hace morir a todos los seres vivientes. Lo que *viste* hoy era llamado la tumbadora por los antiguos videntes.

Dijo que los videntes la describen como una línea eterna de anillos iridiscentes o bolas de fuego que ruedan incesantemente sobre los seres humanos. Los seres orgánicos luminosos son golpeados sin tregua por la fuerza rodante, hasta el día en el que los golpes resultan ser demasiado para ellos y los hacen finalmente desplomarse. Los antiguos videntes quedaron boquiabiertos al *ver* entonces cómo la fuerza rodante los tumba al pico del Águila para ser devorados. Por esa razón llamaban a esa fuerza la tumbadora.

-¿Ha *visto* usted cuando esa fuerza rueda a los seres humanos? -pregunté.

-Claro que la he *visto* -contestó. Después de una pausa agregó-, tú y yo la *vimos* hace poco en la Ciudad de México.

Su aseveración me sonó tan absurda que me sentí obligado a decirle que se equivocaba. Se rió y me recordó que en aquella ocasión, mientras ambos estábamos sentados en una banca de la Alameda en la Ciudad de México, fuimos testigos de la muerte de un hombre. Dijo que yo registré el evento en mi memoria cotidiana al igual que mis emanaciones del lado izquierdo.

Mientras don Juan me hablaba tuve la sensación de que algo en mí adquiría progresivamente lucidez, y visualicé con insólita claridad toda la escena en el parque. El hombre yacía sobre el pasto con tres policías de pie a su alrededor, para alejar a la gente. Recordé claramente que don Juan me golpeó la espalda para hacerme cambiar niveles de conciencia. Y entonces *vi*. Mi *ver* era imperfecto. Yo era incapaz de deshacerme de la vista del mundo cotidiano. Lo que *vi* fue una composición de filamentos de los más suntuosos colores, superpuesta a los edificios y al tráfico. Los filamentos eran líneas de luces de colores que provenían de arriba. Poseían vida interna; brillaban y estaban repletas de energía.

Cuando miré al hombre moribundo, *vi* algo que era a la vez como círculos de fuego, o como plantas rodadoras iridiscentes que rodaban por

doquiera. Los círculos rodaban sobre la gente, sobre don Juan, sobre mí. Los sentí en el estómago y me dio náusea.

Don Juan me dijo que enfocara los ojos en el hombre moribundo. En cierto momento lo *vi* enroscándose como una bola, así como se enrosca una cochinilla de humedad cuando la tocan. Los círculos incandescentes lo hicieron a un lado, como si lo descartaran, quitándolo de su majestuoso e inalterable camino.

No me había gustado esa sensación. Los círculos de fuego no me asustaron; no eran aterradores, ni siniestros. No me sentía mórbido ni sombrío. Más bien, los círculos me provocaron náuseas. Los había sentido en la boca del estómago. Lo que sentí ese día era asco.

Recordarlos me convocó nuevamente la sensación de incomodidad que experimenté en aquella ocasión. Cuando de verdad empecé a vomitar, don Juan se rió hasta perder el aliento.

-Eres un tipo tan exagerado -dijo-. La fuerza rodante no es tan mala. En realidad, es hermosa. Los nuevos videntes recomiendan que nos abramos a ella. Los antiguos videntes también se abrieron a ella, pero por razones y con propósitos guiados sobre todo por la importancia personal y la obsesión.

"En cambio, los nuevos videntes hacen amistad con ella. Se familiarizan con esa fuerza al manejarla sin ninguna importancia personal. El resultado es asombroso, en sus consecuencias.

Dijo que para abrirse uno a la fuerza rodante lo único que se necesita es mover el punto de encaje. El peligro es mínimo si la fuerza es vista de manera intencional. Pero es extremadamente peligroso si es un movimiento involuntario del punto de encaje que se deba quizás a la fatiga física, al agotamiento emocional, a la enfermedad, o simplemente a una crisis menor, como estar asustado o estar ebrio.

-Cuando el punto de encaje se mueve involuntariamente, la fuerza rodante raja el capullo -prosiguió-. Te he hablado muchas veces de la abertura que tiene el hombre debajo del ombligo. No queda realmente debajo del ombligo en sí, sino en el capullo, a la altura del ombligo. La abertura es más como una hendidura, un defecto natural en el liso capullo. Es allí adonde nos golpea incesantemente la tumbadora y donde se raja el capullo.

Explicó que si es leve el movimiento del punto de encaje, la rajadura es muy pequeña, el capullo se repara a sí mismo rápidamente, y la gente experimenta lo que todos percibimos en alguna ocasión: manchas de color y formas distorsionadas, que siguen ahí aunque tengamos los ojos cerrados.

Si el movimiento es considerable, la rajadura también resulta extensa, y le lleva tiempo al capullo repararse, como ocurre en el caso de guerreros que intencionalmente usan plantas de poder para provocar ese movimiento o personas que usan drogas e inadvertidamente hacen lo mismo. En estos casos los hombres se sienten adormecidos y fríos; se les dificulta hablar o pensar; es como si los hubieran congelado por dentro.

Don Juan dijo que cuando el punto de encaje se mueve drásticamente debido a los efectos de un trauma o de una enfermedad mortal, la fuerza rodante produce una rajadura a todo lo largo del capullo; el capullo se desploma, se arrolla sobre sí mismo, y el individuo muere.

-¿Un cambio intencional también puede producir una rajadura de esa naturaleza? -pregunté.

-A veces -contestó-. Somos realmente frágiles. A medida que la tumbadora nos golpea una y otra vez, la muerte entra dentro de nosotros a través de la abertura. La muerte es la fuerza rodante. Cuando encuentra una

debilidad en la abertura de un ser luminoso, automáticamente raja el capullo, lo abre, y lo hace desplomarse.

-¿Todos los seres vivientes tienen una abertura? -pregunté.

-Claro -repuso-. Si no la tuvieran no morirían. Sin embargo, las aberturas son diferentes en cuanto a tamaño y configuración. La abertura del humano es una depresión, como plato hondo, del tamaño de un puño, una configuración muy frágil y vulnerable. Las aberturas de otras criaturas orgánicas son muy parecidas a la del humano; algunas son más fuertes que la nuestra y otras son más débiles. Pero la abertura de los seres inorgánicos es verdaderamente diferente. Es más bien como un hilo largo, un cabello de luminosidad; en consecuencia, los seres inorgánicos son mucho más durables que nosotros.

"Hay algo persistentemente atrayente en la larga vida de esas criaturas, y los antiguos videntes no pudieron resistir esa atracción.

Dijo luego que la misma fuerza puede producir dos efectos diametralmente opuestos. Cómo resultado de sus labores, los antiguos videntes se vieron aprisionados por la fuerza rodante, y también como resultado de sus labores, la fuerza rodante dio a los nuevos videntes el don de la libertad. Al familiarizarse con la fuerza rodante a través de la maestría del *intento*, en cierto momento, los nuevos videntes abren sus capullos y la fuerza los inunda en vez de enroscarlos como una cochinilla de humedad. El resultado final es su desintegración total e instantánea.

Le hice muchas preguntas sobre la supervivencia de la conciencia después de que el ser luminoso es consumido por el fuego interior. No me contestó. Simplemente se rió, encogió los hombros y prosiguió su explicación. Dijo que la obsesión de los antiguos videntes con la tumbadora les impidió ver el otro lado de esa fuerza. Los nuevos videntes, al rechazar la tradición, con su acostumbrada dedicación se fueron hasta el otro extremo. Al principio, estaban totalmente en contra de ver a la tumbadora; alegaban que tenían que entender la fuerza de las emanaciones en grande cuando conferían vida y acrecentaban la conciencia.

-Llegaron a la conclusión -prosiguió don Juan-, de que es infinitamente más fácil destruir algo que construirlo y mantenerlo. Quitar la vida no es nada comparado con darla y alimentarla. Desde luego, los nuevos vidente se equivocaban en este respecto, pero a su debido tiempo corrigieron su error.

-¿En qué estaban equivocados, don Juan?

-Es un error aislar cualquier cosa para verla. Al principio, los nuevos videntes hicieron exactamente lo opuesto de sus predecesores. Enfocaron con igual atención el otro lado de la tumbadora. Y lo que les pasó fue tan terrible como lo que le pasó a los antiguos videntes, o aún peor. Tuvieron muertes estúpidas, al igual que el hombre común y corriente. No tenían ni el misterio ni la malevolencia de los antiguos videntes, pero tampoco tenían la sed de la libertad de los videntes de hoy.

"Aquellos primeros nuevos videntes sirvieron a todo el mundo. Como enfocaban su *ver* en el acto de conferir la vida, estaban llenos de amor y bondad. Pero eso no impidió que la muerte los arrollara. Estaban rebozantes de amor, pero eran vulnerables al igual que los antiguos videntes, que estaban rebozantes de morbidez.

Dijo que resultaba inadmisible para los nuevos videntes de hoy en día quedarse desamparados después de una vida de disciplina y trabajo, al igual que aquéllos que nunca tuvieron propósito en sus vidas.

Don Juan dijo que, después de haber revisado y readoptado su tradición, los nuevos videntes se dieron cuenta de que el conocimiento que tenían los antiguos videntes acerca de la fuerza rodante era completo; en cierto momento llegaron a la conclusión de que, en efecto, existían dos aspectos diferentes de la misma fuerza. El aspecto tumbador se relaciona exclusivamente con la destrucción y la muerte. Por otra parte, el aspecto circular es lo que mantiene la vida, la conciencia, la realización y el propósito. Sin embargo, decidieron tratar exclusivamente con el aspecto destructor.

-Contemplando en grupos, los nuevos videntes pudieron *ver* la separación entre los dos aspectos -explicó-. *Vieron* que ambas fuerzas están fusionadas, pero que no son iguales. La fuerza circular nos llega justo antes de la fuerza tumbadora; están tan cerca una de la otra que parecen ser la misma.

"La razón por la cual se le llama la fuerza circular es que se presenta en anillos, delgadísimos aros de iridiscencia, realmente algo muy delicado. Y al igual que la fuerza tumbadora, la fuerza circular golpea ininterrumpidamente a todos los seres vivientes, pero con un propósito diferente. Los golpea para darles fuerza, dirección, conciencia; los golpea para darles vida.

"Lo que descubrieron los nuevos videntes es que en cada ser viviente el equilibrio de las dos fuerzas es muy delicado -continuó-. Si en cualquier momento dado un individuo siente que la fuerza tumbadora lo golpea con mayor fuerza que la circular, eso significa que el equilibrio está roto; a partir de entonces la fuerza tumbadora golpea más y más duro, hasta que rompe la abertura del ser viviente y lo hace morir.

Dijo que de lo que yo llamé bolas de fuego sale un aro iridiscente del tamaño exacto al de los seres vivientes, ya sean hombres, árboles, microbios o aliados.

-¿Existen círculos de diferentes tamaños? -pregunté.

-No me tomes tan literalmente -protestó-. No existen círculos propiamente dichos, solamente una fuerza circular que le da a los videntes que la *ensueñan* una sensación de anillos. Y tampoco hay diferentes tamaños. Es una sola fuerza indivisible que se amolda a todos los seres vivientes, orgánicos e inorgánicos.

-¿Por qué enfocaban el aspecto destructor los antiguos videntes? -pregunté.

-Porque creían que sus vidas dependían de que lo *vieran* -contestó-. Estaban seguros de que su *ver* iba a darles respuestas a preguntas tan viejas como el tiempo. Verás, pensaron que si desentrañaban los secretos de la fuerza rodante serían invulnerables e inmortales. Lo triste es que de una manera u otra, sí desentrañaron los secretos y sin embargo no fueron ni invulnerables ni inmortales.

"Los nuevos videntes lo cambiaron todo al darse cuenta de que mientras el hombre tenga capullo no hay manera de aspirar a la inmortalidad.

Don Juan explicó que, aparentemente, los antiguos videntes nunca se dieron cuenta de que el capullo humano es un receptáculo y que no puede sostener indefinidamente el embate de la fuerza rodante. A pesar de todo el conocimiento que acumularon, al final de cuentas acabaron quizá mucho peor que el hombre común y corriente.

-¿De qué manera acabaron peor que el hombre común? -pregunté.

-Su tremendo conocimiento los obligó a creer que sus selecciones eran infalibles -dijo-. Así que escogieron vivir, a cualquier precio.

Don Juan me miró y sonrió. Con su pausa teatral me decía algo que yo no podía entender.

-Escogieron vivir -repitió-. Al igual como eligieron ser árboles para poder unificar mundos con esas grandes bandas casi inalcanzables.

-¿Qué quiere usted decir con eso, don Juan?

-Quiero decir que, en vez de dejar que la fuerza rodante los llevara hasta el pico del Águila para ser devorados, la usaron para mover sus puntos de encaje a *posiciones de ensueño* inimaginables.

XV. LOS DESAFIANTES DE LA MUERTE

Llegué a la casa de Genaro como a las dos de la tarde. Don Juan y yo nos envolvimos en una conversación, y después don Juan me hizo cambiar niveles de conciencia.

-Aquí estamos nuevamente los tres, igual como estábamos el día que fuimos a esa roca plana -dijo don Juan-. Y esta noche vamos a hacer otro viaje a esa área.

"Ahora sabes lo suficiente para llegar a conclusiones muy serias acerca de ese lugar y de sus efectos en la conciencia.

-¿Qué es lo que vamos a hacer en ese lugar, don Juan?

-Esta noche te vas a enterar de unos asuntos tenebrosos que los antiguos videntes descubrieron acerca de la fuerza rodante; y vas a ver cómo es que los antiguos videntes eligieron vivir a cualquier precio.

Don Juan se volvió hacia Genaro, quien estaba a punto de quedarse dormido. Le dio un leve empujón.

-¿No dirías tú, Genaro, que los antiguos videntes eran hombres terribles? -preguntó don Juan.

-Absolutamente -dijo Genaro con un tono cortante y luego pareció sucumbir a la fatiga.

Comenzó a cabecear. En un instante dormía profundamente, apoyando la cabeza sobre el pecho con el mentón metido. Roncaba.

Yo estaba a punto de soltar la risa, pero me di cuenta de que Genaro me miraba con fijeza, como si durmiera con los ojos abiertos.

-Eran hombres tan temibles que incluso desafiaron a la muerte -agregó Genaro entre ronquidos.

-¿No tienes curiosidad por saber cómo desafiaron a la muerte esos hombres terribles? -me preguntó don Juan.

Parecía exhortarme a que le pidiera un ejemplo de lo temibles que eran. Hizo una pausa y me miró con un brillo de expectativa en los ojos.

-Espera usted que le pida un ejemplo, ¿verdad? -dije.

-Este es un momento grandioso -dijo sacudiéndome de los brazos y riéndose-. A estas alturas mi benefactor me tenía comiéndome las uñas de pura curiosidad. Le pedí que me diera un ejemplo, y lo hizo; ahora yo te voy a dar uno, aunque no me lo pidas.

-¿Qué va usted a hacer? -pregunté, tan asustado que tenía el estómago hecho nudos y la voz entrecortada.

Don Juan tardó bastante en dejar de reír. Cada vez que comenzaba a hablar le daba un acceso de tos y risa.

-Como te dijo Genaro, los antiguos videntes eran hombres temibles -dijo frotándose los ojos-. Había algo que trataron de evitar a cualquier precio; no

querían morir. Es obvio que ningún hombre tampoco quiere morir, pero los temibles antiguos videntes tenían la ventaja de su concentración y disciplina para alinear otros mundos; y de hecho, alinearon mundos donde se puede evitar la muerte.

Hizo una pausa y me miró arqueando las cejas. Me dijo que, me estaba volviendo muy lento, que no hacía mis preguntas de costumbre. Yo comenté que me parecía muy claro que me estaba incitando a preguntarle si los antiguos videntes lograron evitar la muerte, pero él mismo ya me había dicho que todo su conocimiento acerca de la tumbadora no los salvó de morir.

-Lograron evitar la muerte mediante el alineamiento de otros mundos -dijo pronunciando sus palabras con especial cuidado-. Pero de todos modos tuvieron o tienen que morir.

-¿Cómo evitaron la muerte mediante el alineamiento de otros mundos? -pregunté.

-Los videntes observaron a sus aliados -dijo-, y *viendo* que eran seres vivientes con una resistencia a la fuerza rodante mucho más grande que la nuestra, se ajustaron al molde de sus aliados.

Don Juan explicó que sólo los seres orgánicos tienen una abertura que parece un tazón. Su tamaño y su forma y su fragilidad hacen de ella la configuración ideal para apresurar la ruptura y el desplome de la concha luminosa bajo los embates de la fuerza rodante. Por otra parte, los aliados, que sólo tienen una línea por abertura, le presentan una superficie tan pequeña a la fuerza rodante que resultan ser prácticamente inmortales. Sus capullos pueden resistir indefinidamente los embates de la tumbadora, porque aberturas del ancho de un cabello no ofrecen ninguna configuración ideal para la ruptura.

-Los antiguos videntes desarrollaron las más extrañas técnicas para cerrar sus aberturas -prosiguió don Juan-. En esencia, estaban en lo correcto al suponer que una abertura del ancho de un cabello es más durable que una forma de tazón.

-¿Aún existen esas técnicas? -pregunté.

-No, ya no -dijo-. Pero aún existen algunos de los videntes que las practicaron.

Por razones que desconocía, esta aseveración me provocó una reacción de terror sin límites. Mi respiración se alteró al instante, y no pude controlar su ritmo. Sudaba copiosamente y mi cuerpo se sacudía.

-Aun viven hoy en día, ¿no es así, Genaro? -preguntó don Juan.

-Absolutamente -murmuró Genaro aparentemente desde un estado de sueño profundo.

Le pregunté a don Juan si conocía la razón por la que yo estaba tan asustado. Me recordó una ocasión previa, en ese mismo cuarto, en la que me preguntaron si había visto las extrañas criaturas que entraron en el momento en que Genaro abrió la puerta.

-Ese día tu punto de encaje entró muy profundamente en el lado izquierdo y alineó un mundo aterrador -continuó-. Pero eso ya te lo dije; lo que no recuerdas es que entraste directamente a un mundo muy remoto y ahí te orinaste del susto.

Don Juan se volvió hacia Genaro, quien roncaba pacíficamente con las piernas estiradas al frente.

-Se orinó del susto, ¿verdad, Genaro? -preguntó.

-Absolutamente orinado -murmuró Genaro, y don Juan se dobló de risa.

-Quiero que sepas que no te culpamos por sentirte tan asustado. -prosiguió don Juan-. A nosotros mismos nos repugnan algunas de las acciones de los antiguos videntes. Estoy seguro de que a estas alturas ya te diste cuenta de que aquella noche vistes a los antiguos videntes que aún viven hoy en día, pero no puedes recordarlo.

Quise protestar que no me había dado cuenta de nada, pero no le podía dar voz a mis palabras. Tuve que despejarme la garganta una y otra vez antes de poder articular una palabra. Genaro se incorporó mientras tanto y me golpeaba duramente la parte superior de la espalda, cerca del cuello, como si me quisiera sacar de un ahogo.

-Tienes un oso en la garganta -dijo.

Le di las gracias con una voz aguda y chillona.

-No, creo que lo que tienes ahí es una gallina -agregó y se sentó a dormir.

Don Juan dijo que los nuevos videntes se rebelaron contra todas las extrañas prácticas de los antiguos videntes, y las declararon no sólo inútiles sino dañinas. Incluso llegaron al grado de prohibir que estas técnicas fueran enseñadas a los nuevos guerreros; y durante generaciones no hubo mención alguna de esas prácticas.

Fue a principios del siglo dieciocho cuando el nagual Sebastián, un miembro del linaje directo de naguales de don Juan volvió a descubrir la existencia de esas técnicas.

-¿Cómo volvió a descubrirlas? -pregunté.

-Era un soberbio *acechador*, y gracias a su impecabilidad tuvo oportunidad de aprender maravillas -contestó don Juan.

Dijo que el nagual Sebastián era el sacristán de la catedral de la ciudad en la que vivía, y que un día, cuando estaba a punto de iniciar su rutina diaria, encontró en la puerta de la iglesia a un indio de edad madura que parecía estar atolondrado.

El nagual Sebastián llegó al lado del hombre y le preguntó si necesitaba ayuda.

“-Necesito un poco de energía para cerrar mi abertura -le dijo el hombre con voz clara y fuerte-. ¿Me podrías dar un poco de tu energía?”

Don Juan dijo que, según el cuento, el nagual Sebastián quedó atónito. No supo qué contestar. Ofreció llevar al indio a ver al sacerdote de la parroquia. El hombre perdió la paciencia y enojado, acuso al nagual Sebastián de andarse con rodeos.

“-Necesito tu energía porque tú eres un nagual -le dijo-. Vamos y no me hagas perder más tiempo”.

El nagual Sebastián sucumbió ante el poder magnético del extraño y dócilmente lo siguió hasta las montañas. Estuvo ausente muchos días. Cuando regresó, no sólo tenía un nuevo punto de vista sobre los antiguos videntes, sino también un conocimiento detallado de sus técnicas. El extraño era un antiguo tolteca. Uno de los últimos sobrevivientes.

-El nagual Sebastián descubrió maravillas acerca de los antiguos videntes -continuó don Juan-. Fue el primero que supo lo grotesco y extraviados que eran en realidad. Hasta ese entonces, ese conocimiento era sólo de oídas.

"Una noche, mi benefactor y el nagual Elías me dieron una demostración de esos extravíos. En realidad nos la mostraron a Genaro y a mí, juntos, así que resulta adecuado que ambos te demos la misma demostración.

Yo quería hablar más, a fin de retrasar lo inevitable; necesitaba tiempo para calmarme, para pensar en todo. Pero antes de poder siquiera decir una palabra, don Juan y Genaro me sacaron prácticamente a rastras de la casa. Nos dirigimos a las mismas colinas erosionadas que antes visitamos.

Nos detuvimos al pie de una gran colina árida. Don Juan señaló unas montañas en la distancia, hacia el sur, y dijo que entre el lugar en el que nos encontrábamos y un corte natural en una de esas montañas, un corte que parecía una boca abierta, había por lo menos siete sitios en los que los antiguos videntes enfocaron todo el poder de su conciencia.

Don Juan aseguró que esos videntes triunfaron porque fueron eruditos y audaces. Agregó que su benefactor le mostró a él y a Genaro un sitio en el que los antiguos videntes, empujados por su amor a la vida, se habían sepultado vivos y lograron realmente evitar la muerte al alinear otros mundos específicos.

-No hay nada inusitado en esos lugares -prosiguió-. Los antiguos videntes se cuidaron de no dejar huellas. Es simplemente un paraje en el campo. Uno tiene que *ver* para saber dónde se localizan esos lugares.

Dijo que no quería caminar hasta los sitios lejanos, pero que me llevaría al más cercano. Insistí en saber lo que se proponía hacer. Dijo que íbamos a *ver* a los videntes sepultados, y que para lograrlo teníamos que quedarnos allí, sentados bajo unos arbustos hasta que oscureciera. Me los señaló, estaban como a un kilómetro, subiendo por una pendiente.

Llegamos al grupo de arbustos y nos sentamos como pudimos. En voz baja, don Juan comenzó a explicar que para poder obtener energía de la tierra, los antiguos videntes solían enterrarse durante periodos, dependiendo de la importancia de lo que querían lograr. Mientras más difícil su objetivo, más largo el periodo de entierro.

Don Juan se puso de pie, y de manera melodramática me mostró un punto a unos cuantos metros de donde estábamos.

-Ahí están sepultados dos antiguos videntes -dijo-. Se enterraron ahí hace dos mil años, para evitar la muerte, no con ánimo de huir de ella sino con ánimo de desafiarla.

Don Juan le pidió a Genaro que mostrara el sitio exacto en el que estaban enterrados. Me volví para ver a Genaro; estaba sentado a mi lado, profundamente dormido otra vez. Pero, para mí total asombro, se incorporó de un salto y ladró como perro y corrió en cuatro patas hasta el punto que señalaba don Juan. Corrió luego alrededor del sitio, imitando a la perfección a un perro pequeño.

Su actuación me pareció divertidísima. Don Juan casi se tendía en el suelo de la risa.

-Genaro te ha mostrado algo extraordinario -dijo don Juan después de que Genaro hubo regresado adonde estábamos y se volvió a dormir-. Te ha enseñado algo acerca del punto de encaje y del *ensoñar*. Ahora está *ensoñando*, pero puede actuar como si estuviera completamente despierto y escucha todo lo que dices. Desde esa posición puede hacer más que si estuviera despierto.

Durante un momento se calló, como si sopesara lo que iba a decir enseguida. Genaro roncaba rítmicamente.

Don Juan comentó lo fácil que le resultaba encontrar defectos en todo lo que hicieron los antiguos videntes, y sin embargo, nunca se cansaba de repetir lo maravillosos que eran sus logros. No sólo descubrieron y usaron el levantón de la tierra, sino que también descubrieron que si permanecían

sepultados, sus puntos de encaje alineaban emanaciones que de ordinario eran inaccesibles, y que un alineamiento tal empleaba la extraña e inexplicable capacidad de la tierra para desviar los golpes incesantes de la fuerza rodante. En consecuencia, desarrollaron las más asombrosas y complejas técnicas, para sepultarse por periodos extremadamente largos, sin daño alguno. En su lucha contra la muerte, aprendieron a alargar esos periodos hasta abarcar milenios.

Era un día nublado, y cuando cayó la noche, todo quedó en profunda oscuridad. Don Juan se incorporó, y sosteniendo al sonámbulo Genaro, nos guió hacia una enorme piedra ovalada plana que me llamó la atención desde el momento en que llegamos. Se parecía a la roca plana donde estuvimos antes, pero era más grande. Se me ocurrió que, a pesar de su enormidad, esa roca fue colocada allí a propósito.

-Este es otro sitio -dijo don Juan-. Esta enorme roca fue puesta aquí como trampa, para atraer a la gente. Pronto sabrás por qué.

Sentí que un escalofrío me recorrió el cuerpo. Pensé que me iba a desmayar. Sabía que, definitivamente, reaccionaba de manera exagerada, y quería decir algo al respecto, pero don Juan siguió hablando, susurrando con voz ronca. Dijo que puesto que Genaro *ensoñaba*, tenía suficiente control sobre su punto de encaje para moverlo hasta poder alcanzar las emanaciones específicas que despertarían a todos los que estaban enterrados alrededor de esa roca. Me recomendó que tratara de mover mi punto de encaje, y que siguiera al de Genaro. Dijo que podría hacerlo, primero si yo tenía el intento inflexible de moverlo, y segundo, si dejaba que el contexto de la situación dictara hacia dónde debía moverse.

Después de pensarlo un momento me susurró al oído que no me preocupara de los procedimientos porque, en realidad, la mayoría de las cosas verdaderamente extrañas que le pasan a los videntes, o aún al hombre común, ocurren de por sí, con la sola intervención del *intento*.

Guardó silencio durante un momento y agregó que, para mí, el peligro consistía en que los videntes sepultados inevitablemente tratarían de matarme de un susto. Me exhortó a seguir los movimientos de Genaro, y a mantener la calma y a no sucumbir ante el miedo.

Desesperadamente, luché contra mi náusea. Don Juan me tomó de los antebrazos y me dijo que si yo no paraba de jugar al inocente expectador, iba a acabar de jugador profesional. Me aseguró que yo no estaba consciente de negarme a dejar moverse a mi punto de encaje, pero que todos los seres humanos hacen lo mismo.

Algo te va a hacer sacudirte en tus pantalones del susto -susurró-. No te rindas, porque si lo haces morirás, y los viejos buitres que están enterrados aquí se van a dar un festín con tu energía.

-Salgamos de aquí -le rogué-. Realmente no tengo ningún interés que me dé usted un ejemplo de lo grotesco que eran los antiguos videntes.

-Es demasiado tarde -dijo Genaro plenamente despierto y de pie a mi lado-. Aunque tratáramos de huir, los dos videntes y sus aliados en el otro sitio nos cortarían el paso. Ya hicieron un círculo a nuestro alrededor. Ahorita hay como dieciséis conciencias enfocadas en ti.

-¿Quiénes son? -le susurré al oído a Genaro.

-Los cuatro videntes y su corte -contestó-. Han estado conscientes de nosotros desde que llegamos.

Yo quería dar la media vuelta y correr como alma que lleva el diablo, pero don Juan me tomó del brazo y señaló al cielo. Me di cuenta de que tuvo

lugar un cambio notable en la visibilidad. En vez de la oscuridad total que prevalecía, había un agradable crepúsculo matutino. Rápidamente me orienté con los puntos cardinales. Definitivamente, el cielo se veía más claro hacia el este.

Sentí una extraña presión alrededor de la cabeza. Me zumbaban los oídos. Tenía frío y fiebre a la vez. Jamás había sentido tanto miedo, pero lo que más me molestaba era una engorrosa sensación de derrota, de ser un cobarde. Me sentí nauseabundo y miserable.

Don Juan me susurró al oído que tenía que estar alerta, porque en cualquier momento los tres sentiríamos el embate de los antiguos videntes.

-Si quieres, te puedes agarrar de mí -dijo Genaro con un rápido susurro, como si algo lo aguijoneara.

Titubee por un instante. No quería que don Juan pensara que yo tenía tanto miedo que necesitaba agarrarme de Genaro.

-¡Ahí vienen! -dijo Genaro susurrando con fuerza.

Para mí, el mundo se paró de cabeza, en un instante, cuando algo me aferró del tobillo izquierdo. Sentí el frío de la muerte en todo el cuerpo. Sabía que había pisado unas tenazas de hierro, quizás una trampa para osos. Todo eso relampagueó en mi mente antes de que soltara un grito penetrante, tan intenso como mi miedo.

Don Juan y Genaro se rieron a viva voz. Estaban a mis costados, a no más de un metro, pero yo estaba tan aterrado que ni siquiera los veía.

-¡Canta! ¡Canta por lo que más quieras! -escuché que don Juan me ordenaba en voz baja.

Traté de liberar mi pie. Sentí una punzada, como si agujas me penetraran la piel. Una y otra vez, don Juan insistía en que cantara. Él y Genaro comenzaron a cantar una canción ranchera. Genaro declamaba la letra mientras me miraba a escasos ocho centímetros de distancia. Sus voces estaban roncas, y cantaban tan mal, perdiendo de tal manera el aliento y saliéndose tanto del registro de sus voces que acabé riéndome.

-Canta, o perecerás -me dijo don Juan.

-Hagamos un trío -dijo Genaro-. El trío los calaveras y cantemos un bolero.

Me uní a ellos en un trío desafinado. Como borrachos, cantamos durante un buen rato, a todo pulmón. Sentí que poco a poco, la empuñadura de hierro soltaba mi pierna. No me atrevía a mirar mi tobillo. En cierto momento lo hice, y me di cuenta de que no era una trampa lo que me aferraba. ¡Una forma oscura, como una cabeza, me mordía!

Sólo un esfuerzo supremo impidió que me desmayara. Sentí que iba a vomitar y automáticamente me incliné hacia adelante, pero algo o alguien con fuerza sobrehumana me asió de los codos y de la nuca y no me dejó moverme. Ensucié toda mi ropa.

Mi repugnancia era tan completa que comencé a caer, desmayado. Don Juan me salpicó la cara con agua que tomó de una pequeña calabaza que siempre llevaba consigo cuando íbamos a las montañas. El agua se deslizó por debajo del cuello de mi camisa. La frialdad restauró mi equilibrio físico, pero no afectó a la fuerza que me sostenía de los codos y del cuello.

-Creo que tu pinche miedo ya se sale de la medida -dijo don Juan en voz alta y con un tono tan práctico que creó inmediatamente una sensación de orden.

-Cantemos de nuevo -agregó-. Cantemos una canción con sustancia, ya no quiero más boleros.

Silenciosamente le agradecí su sobriedad y su gran estilo. Me conmovió tanto escucharlos cantar "La Valentina", que comencé a llorar.

Si porque tomo tequila,
mañana tomo jeréz.
Si porque me ves borracho,
mañana ya no me ves.

Valentina, Valentina,
Rendido estoy a tus pies.
Si me han de matar mañana
que me maten de una vez.

Todo mi ser se cimbró bajo el impacto de esa inconcebible yuxtaposición de valores. Jamás había significado tanto para mí una canción. Al escucharlos cantar, algo que generalmente consideraba sentimentalismo pueril, creí entender el carácter del guerrero. Don Juan me inculcó que los guerreros viven con la muerte al lado, y de saber que la muerte está con ellos extraen el valor para enfrentar cualquier cosa. Don Juan había dicho que lo peor que podía pasarnos es que tenemos que morir, y puesto que ése ya es nuestro inalterable destino estamos libres; aquéllos que han perdido todo ya no tienen nada qué temer. La Valentina en ese contexto era simplemente sublime.

Caminé hasta don Juan y Genaro y los abracé para expresar mi ilimitada gratitud y admiración por ellos. Sin decir palabra don Juan me tomó del brazo y me llevó a sentarme a la roca plana.

-Ahora, la función está a punto de comenzar -dijo Genaro con tono jovial mientras trataba de encontrar una posición cómoda para sentarse-. Acabas de pagar tu boleto de entrada. Lo tienes embarrado en todo el pecho.

Me miró, y los dos soltaron la risa.

-No te sientes demasiado cerca de mí -dijo Genaro-. Y mejor siéntate al otro lado de mí. Quiero estar a favor del viento, porque no hueles muy bien que digamos.

Cuando pararon de reír, Genaro me habló otra vez.

-No te alejes mucho -dijo-. Los antiguos videntes aún no acaban con sus trucos.

Me acerqué a ellos todo lo que permitía la cortesía. Durante un instante me preocupé de mi estado, pero al otro instante todos mis escrúpulos se volvieron una tontería al darme cuenta de que algunas personas se acercaban a nosotros. No podía ver claramente sus formas pero distinguí una masa de figuras humanas que se movía en la penumbra. No traían linternas, y a esa hora las hubieran necesitado. De alguna manera, ese detalle me preocupó muchísimo. No quise enfocarlo e intencionalmente comencé a pensar de manera racional. Supuse que debíamos haber hecho tanto barullo con nuestro canto a todo pulmón y que esas personas venían a investigar. Don Juan me tocó el hombro. Con un movimiento del mentón señaló a los hombres que venían al frente del grupo.

-Esos cuatro son los antiguos videntes -dijo-. Los demás son sus aliados.

Antes de que yo pudiera comentar que simplemente esos eran campesinos locales, escuché un sonido susurrante justo a mis espaldas. En

un estado de alarma total volví la cabeza con toda rapidez. Mi movimiento fue tan repentino que el aviso de don Juan llegó demasiado tarde.

-¡No vuelvas la cabeza! -lo oí gritar.

Sus palabras no eran más que un telón de fondo, no significaban nada para mí. Al volverme, vi que tres hombres grotescamente deformados treparon a la roca justo detrás de mí; en una mueca de pesadilla se arrastraban hacia mí con las bocas abiertas y los brazos extendidos para agarrarme.

Mi intención fue gritar a todo pulmón, pero lo que brotó fue un graznido agonizante, como si algo obstruyera mi garganta. Automáticamente, rodé para eludirlos y caí al suelo.

Al incorporarme, don Juan saltó hasta mi lado, en el momento preciso en que descendían sobre mí como buitres una horda de hombres dirigidos por aquéllos que don Juan había señalado. Chillaban como murciélagos o ratas. Aterrado, grité. Esta vez pude dar un grito penetrante.

Tan ágil como un atleta en plena forma, don Juan me arrebató de sus garras y me subió a la roca. Con voz imponente me dijo que no volviera la cabeza, por muy asustado que estuviera. Dijo que los aliados no pueden empujar en absoluto, pero que sí podían asustarme y hacerme caer al suelo. Una vez en el suelo, los aliados sí podían aprisionar a cualquiera. Si caía en el suelo junto al sitio en el que estaban enterrados los videntes, estaría a su merced. Me harían pedazos mientras los aliados me detenían. Agregó que no me dijo todo eso antes porque tenía la esperanza de que me vería obligado a *ver* y a entenderlo todo por mí mismo. Su decisión casi me costó la vida.

La sensación de que los hombres grotescos estaban justo a mis espaldas era casi insoportable. Con fuerza, don Juan me ordenó conservar la calma y enfocar mi atención en los cuatro hombres que estaban a la cabeza de un grupo de quizá diez o doce. Como si esperaran una señal, en cuanto enfoqué mis ojos en ellos, todos avanzaron hasta el borde de la roca. Ahí se detuvieron y comenzaron a silbar como serpientes. Caminando, se alejaban y se acercaban. Su movimiento parecía estar sincronizado. Era tan consistente y ordenado que parecía ser mecánico. Era como si siguieran un patrón repetitivo, diseñado para hipnotizarme.

-No los mires, corazón -me dijo Genaro como si le hablara a un niño.

La risa que me salió fue casi tan histérica como mi miedo. Me reí con tanta fuerza que el sonido reverberó en los cerros cercanos.

Al momento, los hombres se detuvieron y parecieron quedar perplejos. Distinguía las formas de sus cabezas que subían y bajaban, como si hablaran, como si deliberaran entre ellos. Entonces uno de ellos saltó a la roca.

-¡Cuidado! ¡Ese es un vidente! -exclamó Genaro.

-¿Qué vamos a hacer? -grité.

-Podríamos volver a cantar -contestó don Juan con ecuanimidad.

En ese momento mi terror llegó a su punto culminante. Empecé a saltar y a rugir como animal. El hombre saltó al suelo.

-Ya no le hagas caso a esos payasos -dijo don Juan-. Hablemos como de costumbre.

Dijo que fuimos ahí buscando esclarecimientos, y que yo estaba fracasando miserablemente. Tenía que reorganizarme. Lo primero que debía yo de hacer era entender que mi punto de encaje se había movido y que ahora hacía resplandecer a emanaciones oscuras. El llevar los sentimientos de mi estado de conciencia cotidiano al mundo que había alineado era en

verdad una farsa, porque el miedo sólo prevalece entre las emanaciones de la vida diaria.

Le dije que si es que mi punto de encaje se había movido como él decía, yo tenía nuevas para él. Mi terror era infinitamente mayor y más devastador que cualquier cosa que jamás hubiera experimentado en mi vida diaria.

-Te equivocas -dijo-. Tu primera atención está confundida y no quiere ceder el control, eso es todo. Tengo la impresión de que podrías caminar derechito hasta esas criaturas y enfrentarlas y que no te harían nada.

Insistí que definitivamente no estaba en ninguna condición para poner a prueba algo tan disparatado.

Se rió de mí. Dijo que tarde o temprano tenía que curarme de mi locura, y que el tomar la iniciativa y enfrentar a esos cuatro videntes era infinitamente menos disparatado que la idea de que los veía. Dijo que para él, locura era estar frente a frente con hombres que estuvieron sepultados durante dos mil años y que seguían vivos, y no pensar que eso era el pináculo de lo absurdo.

Escuché con claridad todo lo que dijo, pero realmente no le prestaba atención. Estaba aterrado por los hombres que se movían alrededor de la roca. Parecían prepararse para saltarnos encima, en realidad, para saltar encima de mí. Estaban fijos en mí. Mi brazo derecho comenzó a temblar como si se viera afectado por algún desorden muscular. Note instantáneamente que había cambiado la luz en el cielo. No me di cuenta antes de que ya era de madrugada. Lo más extraño es que un impulso incontrolable me hizo incorporarme y correr hacia el grupo de hombres.

En ese momento tenía dos sensaciones completamente diferentes acerca del mismo evento. La menor era de terror puro. La otra, la mayor, era de indiferencia total. Nada me importaba en absoluto.

Cuando llegué hasta el grupo no me sorprendí de que don Juan tenía razón; no eran hombres en realidad. Sólo cuatro de ellos tenían alguna semejanza con los hombres, pero tampoco lo eran; eran extrañas criaturas con grandes ojos amarillos. Los otros eran simplemente formas impulsadas por los cuatro que parecían hombres.

Sentí una tristeza extraordinaria por aquellas criaturas con ojos amarillos. Traté de tocarlas, pero no pude hallarlas. Una especie de viento huracanado los arrebató.

Busqué a don Juan y a Genaro. No estaban ahí. Nuevamente todo estaba en completa oscuridad. Una y otra vez grité sus nombres. Durante algunos minutos me moví a ciegas en las tinieblas. La repentina llegada de don Juan me espantó. No vi a Genaro.

-Volvamos a casa -dijo-. El camino de vuelta es siempre más largo.

Don Juan comentó lo bien que me comporté en el sitio de los videntes sepultados, especialmente durante la última parte de nuestro encuentro con ellos. Dijo que un movimiento del punto de encaje se marca por un cambio en la luz. De día, la luz se convierte en tinieblas; de noche, la oscuridad se vuelve crepúsculo. Agregó que llevé a cabo dos cambios de por sí, con la sola ayuda del terror primitivo. Lo único que consideraba reprensible era que yo me entregara a mi miedo, especialmente después de darme cuenta de que un guerrero no tiene nada qué temer.

-¿Cómo sabe usted que me di cuenta de eso? -pregunté.

-Porque rompiste la cadena y estabas libre. Cuando desaparece el miedo, todos los lazos que nos atan se disuelven -dijo-. Un aliado te agarraba el pie porque lo atrajo tu terror primitivo.

Le dije lo apenado que estaba por no haber podido sostener lo que ya había comprendido.

-No te preocupes por eso -dijo y se rió-. Sabes que esas comprensiones no valen mucho, no representan nada en la vida de los guerreros, porque quedan canceladas conforme se mueve el punto de encaje.

"Lo que Genaro y yo buscábamos era que te movieras en hondo. Esta vez, Genaro estuvo ahí simplemente para atraer a los antiguos videntes. Ya lo hizo una vez, y penetraste tan profundamente en el lado izquierdo que pasará un buen tiempo antes de que lo recuerdes. Esta noche tu terror fue tan intenso como en aquella ocasión en la que los videntes y sus aliados te persiguieron hasta este mismo cuarto. Pero en esa ocasión la firmeza de la primera atención no te permitió *verlos*, aunque estabas en la conciencia acrecentada.

-Explíqueme lo que pasó esta noche en el sitio de los videntes -pregunté.

-Los aliados salieron a *verte* -contestó-. Como tienen una energía muy baja, siempre necesitan la ayuda de los hombres. Los cuatro videntes han reunido a doce aliados.

"En México, el campo es peligroso, y también ciertas ciudades. Lo que te pasó a ti le puede pasar a cualquier hombre o mujer. Si se tropiezan con esa tumba, quizá incluso *vean* a los videntes y a sus aliados, si son lo suficientemente maleables como para dejar que su terror mueva sus puntos de encaje; pero una cosa es segura: pueden morir de miedo.

-¿Pero sinceramente cree usted que esos videntes toltecas siguen vivos? -pregunté.

Se rió y movió la cabeza con incredulidad.

-Es hora de que muevas tu punto de encaje -dijo-. No puedo hablar contigo cuando estás en tu estado de idiotez acrecentada.

Me pegó en tres sitios con la palma de su mano: en la cresta de mi cía derecha, en el centro de mi espalda abajo de los omóplatos, y en la parte superior del músculo pectoral derecho.

De inmediato, empezaron a zumbarme los oídos. Un hilillo de sangre me brotó de la fosa nasal derecha, y dentro de mí, algo se destapó. Era como si algún flujo de energía hubiera estado bloqueado y de pronto volvía a correr.

-¿Qué buscaban esos videntes y sus aliados? -pregunté.

-No buscaban nada -contestó-. Nosotros somos los que los buscábamos a ellos. Desde luego, los videntes ya notaron tu campo de energía la primera vez que los encontraste; cuando regresaste, estaban listos para darse un festín contigo.

-Usted afirma que están vivos, don Juan -dije-. Debe querer decir que están vivos como están vivos los aliados, ¿no es así?

-Así es, precisamente -dijo-. No es posible que estén vivos como lo estamos tú y yo. Eso sería ridículo.

Prosiguió, explicando que la preocupación de los antiguos videntes por la muerte los hizo investigar las más extrañas posibilidades. Sin duda alguna, aquéllos que optaron por el molde de los aliados tenían en mente el deseo de un refugio. Y lo encontraron, en una posición fija en una de las siete bandas de la conciencia inorgánica. Los videntes pensaron que allí estaban relativamente seguros. Después de todo, quedaban separados del

mundo cotidiano por una barrera casi infranqueable, la barrera de la percepción establecida por el punto de encaje.

-Cuando los cuatro videntes *vieron* que podías mover tu punto de encaje, salieron huyendo como conejos asustados -dijo y se rió.

-¿Quiere decir usted que yo alinié uno de los siete mundos? -pregunté.

-No, no lo hiciste -contestó-. Pero lo has hecho antes, cuando los videntes y sus aliados te persiguieron. Ese día fuiste de plano hasta su mundo. El problema es que te encanta comportarte como estúpido, y por eso no recuerdas nada.

"Estoy seguro -prosiguió-, de que es la presencia del nagual la que en ocasiones hace que la gente se porte tontamente. Cuando el nagual Julián aún andaba por aquí yo era más tonto de lo que soy ahora. Estoy convencido de que cuando yo ya no esté aquí, serás capaz de recordar todo.

Don Juan explicó que como necesitaba mostrarme a los desafiantes de la muerte, él y Genaro los atrajeron a los confines de nuestro mundo. Lo que me ocurrió al principio fue un cambio lateral hondo, que me permitió *verlos* como personas, pero al final, hice correctamente el movimiento que me permitió *ver* a los desafiantes de la muerte y a sus aliados como son.

Muy temprano a la mañana siguiente, ya en casa de Silvio Manuel, don Juan me llamó a la sala grande para discutir los eventos de la noche anterior. Me sentía agotado y quería descansar, dormir, pero don Juan estaba apurado. De inmediato, inició su explicación. Dijo que los antiguos videntes descubrieron una manera de utilizar a la fuerza rodante y de ser impulsados por ella. En vez de sucumbir ante los embates de la tumbadora cabalgaban en ella y dejaban que moviera sus puntos de encaje hasta los confines de las posibilidades humanas.

Don Juan expresó una admiración sin limites por un logro tal. Reconoció que nada más podría darle al punto de encaje el empujón que le da la tumbadora.

Le pregunté acerca de la diferencia entre el levantón de la tierra y el empujón de la tumbadora. Explicó que el levantón de la tierra es la fuerza del alineamiento Únicamente de las emanaciones ambarinas. Es un empujón que aumenta la conciencia de ser a grados imposibles de describir. Para los nuevos videntes es una descarga de conciencia ilimitada, que llaman la libertad total.

Dijo que, por otra parte, el empujón de la tumbadora es la fuerza de la muerte. Bajo el impacto de ella, el punto de encaje se mueve a posiciones nuevas, impredecibles. Por eso, en sus viajes, los antiguos videntes siempre andaban solos, aunque la empresa a la que estaban dedicados era siempre comunal. En sus viajes, la compañía de otros videntes era fortuita y generalmente significaba una lucha por la supremacía.

Le confesé a don Juan que, para mí, fuese lo que fuera, la preocupación de los antiguos videntes resultaba peor que los cuentos de terror más mórbidos. Se rió estrepitosamente. Parecía divertirse sin medida.

-Tienes que admitir, a pesar de todo lo que te disgustan, que esos demonios eran muy audaces -prosiguió-. Como sabes, a mi nunca me cayeron bien tampoco, pero no puedo dejar de admirarlos. Su amor a la vida rebasa mi comprensión.

-¿Cómo puede ser eso amor a la vida, don Juan? Es algo nauseabundo -dije.

-¿Qué otra cosa podría llevar a un hombre a esos extremos sino el amor a la vida? -preguntó-. Amaban a la vida tan intensamente que no estaban

dispuestos a perderla. Así es como yo lo he visto. Mi benefactor vio otra cosa. Él pensaba que tenían miedo de morir, lo que no es lo mismo que amar la vida. Yo digo que no querían morir porque amaban la vida y porque habían visto maravillas, y no porque eran monstruos codiciosos. No. Estaban extraviados porque nadie los desafió jamás, eran caprichosos como niños malcriados, pero su osadía era impecable y también lo fue su valor.

"¿Te aventurarías tú en lo desconocido por codicia? De ninguna manera. La codicia sólo funciona en el mundo de los asuntos cotidianos. Para aventurarse en esa aterradora soledad uno debe tener algo superior a la codicia. Amor, uno necesita amor a la vida, a la intriga, al misterio. Uno necesita de curiosidad insaciable y de una montaña de agallas. Así que no me salgas con estas tonterías de que te hacen sentir nauseabundo. Yo que tú, estaría rojo de vergüenza.

Los ojos de don Juan brillaban con risa contenida. Me ponía en mi lugar, pero se reía de ello.

Por una hora quizá, don Juan me dejó sólo en el cuarto. Quería organizar mis pensamientos y mis sentimientos. No tenía manera de hacerlo. Sabía sin duda alguna que mi punto de encaje se encontraba en una posición en la que no prevalece el razonamiento, y sin embargo me impulsaban preocupaciones razonables. Don Juan dijo que, técnicamente, en cuanto se mueve el punto de encaje, estamos dormidos. Me preguntaba, por ejemplo, si desde el punto de vista de un espectador yo estaba dormido, así como yo había visto dormido a Genaro.

Le pregunté ésto a don Juan en cuanto regresó.

-Estás absolutamente dormido sin tener que estar acostado -contestó-. Si te vieran ahora personas que están en la conciencia normal, les parecería que estás un poco mareado, incluso borracho.

Explicó que durante el sueño normal, el movimiento del punto de encaje ocurre a lo largo de cualquier borde de la banda del hombre. Esos cambios siempre van unidos al sueño. Los cambios que se inducen mediante la práctica ocurren a lo largo de la sección media de la banda del hombre y no van aparejados con el sueño, aunque el *ensoñador* duerme.

-Fue precisamente en esta coyuntura que los nuevos y los antiguos videntes hicieron sus esfuerzos separados para conseguir poder, cada cual por su lado -prosiguió-. Los antiguos videntes querían una réplica del cuerpo, pero con mayor fuerza física, así que deslizaron sus puntos de encaje a lo largo del borde derecho de la banda del hombre. Mientras más profundo penetraban, más extraño se volvía su *cuerpo de ensueño*. Anoche tú mismo fuiste testigo del monstruoso resultado de un movimiento en hondo a lo largo del borde derecho.

Dijo que los nuevos videntes son completamente diferentes, que ellos mantienen sus puntos de encaje a lo largo de la sección media de la banda del hombre. Si el movimiento no es profundo, como por ejemplo el cambio a la conciencia acrecentada, el *ensoñador* es casi como cualquier otra persona en la calle, salvo por una ligera vulnerabilidad a las emociones, como el temor y la duda. Pero, a cierto grado de profundidad, el *ensoñador* que se mueve a lo largo de la sección media se convierte en una burbuja de luz. El *cuerpo de ensueño* de los nuevos videntes es una burbuja de luz.

Dijo también que un *cuerpo de ensueño* tan impersonal es más conducente al entendimiento y a la examinación, que son la base de todo lo que hacen los nuevos videntes. El *cuerpo de ensueño* intensamente

humanizado de los antiguos videntes los llevó a buscar respuestas que eran igualmente personales, humanizadas.

De pronto, don Juan titubeó y pareció buscar ciertas palabras adecuadas.

-Existe otro desafiante de la muerte -dijo secamente-, tan diferente a los cuatro que *viste*, que resulta indistinguible del hombre común de la calle. Ha logrado esta hazaña única al ser capaz de abrir y de cerrar su abertura a voluntad.

Casi nerviosamente, jugó con los dedos.

-Ese desafiante de la muerte es el antiguo vidente que el nagual Sebastián encontró en 1723 -prosiguió-. Consideramos que en ese día principia nuestra línea, por segunda vez. Ese desafiante de la muerte, quien ha vivido en la tierra durante cientos de años, ha cambiado la vida de todos los naguales que conoció, algunas veces más profundamente que otras. Y desde ese día en 1723 ha conocido a cada uno de los naguales de nuestra línea.

Don Juan me miró con fijeza. Me sentí extrañamente avergonzado. Pensaba que mi vergüenza era resultado de un dilema. Tenía las más serias dudas respecto al contenido de su narración, y a la vez tenía la más desconcertante confianza de que todo lo que decía era verdad. Le expresé mi dilema.

-El problema de la incredulidad racional no es solamente tuyo -dijo-. Al principio mi benefactor se vio asediado por la misma pregunta. Desde luego, un día todo se le aclaró. Pero se tardó mucho tiempo en hacerlo. Cuando lo conocí ya había recordado todo, así que nunca fui testigo de sus dudas. Sólo oí hablar de ellas.

"Lo extraño de todo esto es que la gente jamás ha visto a ese hombre, como por ejemplo los otros videntes del grupo del nagual, jamás tienen dificultad para aceptar que él es uno de los videntes originales. Mi benefactor dijo que sus incertidumbres provenían del hecho de que la impresión de conocer a una criatura así había amasado cierto número de emanaciones. Se requiere de tiempo para que esas emanaciones se separen.

Don Juan explicó luego que conforme siguiera moviéndose mi punto de encaje, llegaría un momento en que se encendería la combinación adecuada de emanaciones; en ese momento, la prueba de la existencia de ese hombre sería evidente para mí.

Me sentí obligado a hablar nuevamente acerca de mi ambivalencia.

-Nos estamos desviando de nuestro tema -dijo-. Quizá parezca que estoy tratando de convencerte de la existencia de ese señor; y lo que quería decir era que ese antiguo vidente sabe cómo manejar la fuerza rodante. Si crees o no crees que él existe no tiene ninguna importancia. Algún día reconocerás como hecho que efectivamente logró cerrar su abertura. La energía que toma prestada de cada generación de naguales, la usa exclusivamente para cerrar su abertura.

-¿Cómo logra cerrarla? -pregunté.

-No hay manera de saberlo -contestó-. He hablado con otros dos naguales que vieron a ese hombre cara a cara, el nagual Julián y el nagual Elías. Ninguno sabía cómo lo hizo. El hombre jamás revela cómo cierra esa abertura, que yo supongo comienza a expanderse después de un tiempo. El nagual Sebastián dijo que cuando vio al antiguo vidente por primera vez, el hombre estaba muy débil, de hecho, se estaba muriendo. Pero todos los

otros naguales lo encontraron haciendo vigorosas cabriolas, como un jovenzuelo.

Don Juan dijo que el nagual Sebastián le puso un apodo a aquel hombre sin nombre, le llamó "el inquilino", porque llegaron a un acuerdo según el cual el hombre recibía energía, es decir, alojamiento, y pagaba la renta en forma de favores y conocimientos.

-¿Nunca le fue mal en el intercambio a algún nagual? -pregunté.

-A ningún nagual le fue mal en el intercambio de energía con él -contestó-. La promesa del hombre era que sólo le quitaría al nagual un poco de energía superflua y a cambio le enseñaría extraordinarias habilidades. Por ejemplo, el nagual Julián recibió el paso de poder. Con el podía activar o adormecer las emanaciones interiores de su capullo para verse joven o viejo, a voluntad.

Don Juan explicó que en general, los desafiantes de la muerte llegaron al grado de adormecer todas las emanaciones interiores de sus capullos, salvo aquellas que correspondían a las emanaciones de los aliados. De esta forma, pudieron imitar a los aliados.

Agregó don Juan que cada uno de los desafiantes de la muerte que encontramos en la roca había movido su punto de encaje a un sitio preciso dentro de su capullo, para acentuar las emanaciones compartidas con los aliados y actuar con ellos. Sin embargo, ninguno de esos videntes fue capaz de regresarlo a su posición cotidiana para actuar con la gente. Por otra parte, el inquilino era capaz de mover su punto de encaje para alinear el mundo cotidiano y actuar como si nunca hubiera pasado nada.

Don Juan dijo también que su benefactor estaba convencido, y que él estaba completamente de acuerdo con su benefactor, de que lo que ocurre durante el préstamo de energía es que el brujo antiguo mueve el punto de encaje del nagual para acentuar las emanaciones del aliado que existen dentro del capullo del nagual. Y luego utiliza la gran descarga de energía producida por esas emanaciones que repentinamente quedan alineadas, después de estar tan profundamente adormecidas.

Dijo que la energía encerrada en nosotros, en las emanaciones adormecidas, tiene una fuerza tremenda y un alcance incalculable. Sólo podemos apreciar vagamente el alcance de esa tremenda fuerza, si consideramos que la energía requerida para percibir y actuar en el mundo cotidiano es producto del alineamiento de ni siquiera la décima parte de las emanaciones encerradas en el capullo del hombre.

-Lo que ocurre en el momento de la muerte es que toda esa energía es liberada a la vez -continuó-. En ese momento los seres humanos se ven inundados por la fuerza más inconcebible. No es la fuerza rodante que ha roto sus aberturas, porque esa fuerza jamás penetra al interior de capullo; sólo lo hace desplomarse. Lo que los inunda es la fuerza de todas las emanaciones que repentinamente quedan alineadas después de estar adormecidas durante toda una vida. No hay otra salida para una fuerza tan gigante, sino escapar a través de la abertura rota. Esa es la muerte.

Añadió que el brujo antiguo encontró una manera de utilizar esa energía. Al alinear un espectro limitado y muy específico de las emanaciones adormecidas, el antiguo vidente tenía acceso a una descarga limitada pero gigantesca.

-¿Cómo cree usted que saca esa energía? -pregunté.

-Rompiendo la abertura del nagual -contestó-. Mueve el punto de encaje del nagual hasta que la abertura se abre un poco. Cuando la energía de esas

emanaciones recientemente alineadas es liberada a través de esa abertura, la toma a través de su propia abertura.

-¿Por qué está haciendo todo eso ese antiguo vidente? -pregunté.

-Mi opinión es que está atrapado en un círculo que no puede romper -contestó-. Nosotros llegamos a un acuerdo con él. Hace lo mejor que puede por respetarlo, y nosotros también. No podemos juzgarlo, pero tenemos que saber que su camino no lleva a la libertad. Él lo sabe, y también sabe que no puede cambiarlo; está atrapado en una situación de su propia hechura. Lo único que puede hacer es prolongar lo más que pueda su vida y conciencia de hombre y aliado.

XVI. EL MOLDE DEL HOMBRE

Después del almuerzo, don Juan y yo nos sentamos a hablar. Comenzó sin preámbulo alguno. Anunció que habíamos llegado al final de su explicación. Dijo que ya había discutido conmigo todas las verdades del estar consciente de ser descubiertas por los antiguos videntes. Recalcó que ahora yo conocía el orden en el que los nuevos videntes las dispusieron. Dijo que en las últimas sesiones de su explicación me dio una, relación detallada de las dos fuerzas que ayudan a mover nuestros puntos de encaje: el levantón de la tierra y la fuerza rodante. Explicó también las tres técnicas desarrolladas por los nuevos videntes, *acecho*, *intento* y *ensueño*, y sus efectos sobre el movimiento del punto de encaje.

-Ahora -prosiguió-, lo único que te queda por hacer para completar la explicación de la maestría del estar consciente de ser es romper por tu cuenta la barrera de la percepción. Sin ayuda de nadie, tienes que mover tu punto de encaje y alinear otra gran banda de emanaciones.

"Si no llegas a lograr esto, todo lo que has aprendido y has hecho conmigo será mera plática, simplemente palabras. Y las palabras valen poco.

Explicó que al moverse el punto de encaje y al alcanzar cierta profundidad, rompe una barrera e interrumpe momentáneamente su capacidad para alinear emanaciones. Experimentamos esa ruptura e interrupción como un vacío perceptual. Ese momento era llamado la pared de niebla por los antiguos videntes, porque aparece un banco de niebla cada vez que el alineamiento de emanaciones da un traspié.

Dijo que hay tres maneras de tratar con esto. Se lo puede considerar de manera abstracta, como una barrera de percepción; se lo puede sentir como el acto de romper con el cuerpo entero un apretado tambor de papel; o se lo puede *ver* como una pared de niebla.

A lo largo de mi aprendizaje con don Juan, me había orientado incontables veces para *ver* la barrera de la percepción. Al principio, me gustó la idea de una pared de niebla. Don Juan me advirtió que los antiguos videntes también prefirieron *verlo* de esa manera. Dijo que aportaba gran comodidad y holgura el *verlo* así, pero que también existía el grave peligro de convertir algo incomprensible en algo sombrío y agorero. Por lo tanto, él recomendaba dejar que las cosas incomprensibles siguieran siendo incomprensibles, en vez de convertirlas en parte del inventario de la primera atención.

Después de un fugaz momento de alivio al *ver* la pared de niebla tuve que estar de acuerdo con don Juan en que era mejor dejar que el periodo de transición fuera una abstracción incomprensible, pero para entonces me resultaba imposible romper lo que mi conciencia había logrado. Cada vez

que era colocado en posición de romper la barrera de la percepción, *veía* la pared de niebla.

En el pasado, en cierta ocasión, me quejé con don Juan y Genaro de que aunque quería *verla* como otra cosa, no podía cambiar. Don Juan comentó que eso era comprensible porque yo era así tan mórbido y sombrío como los antiguos videntes, y que en este respecto él y yo éramos muy diferentes. El era alegre y práctico y no adoraba el inventario humano. Yo, por otra parte, no quería deshacerme de mi inventario y de ahí que era pesado, siniestro e impráctico. Su áspera crítica me asombró y entristeció y me puse muy melancólico. Don Juan y Genaro rieron hasta que les corrieron lágrimas por las mejillas.

Genaro agregó que además de todo eso yo era vengativo y tenía una tendencia a engordar. Se rieron con tanto deleite que finalmente me sentí obligado a unirme a ellos.

Don Juan me dijo entonces que no importaba que *viera* la pared de niebla, porque tarde o temprano yo cambiaría. Los ejercicios de alinear emanaciones no usadas normalmente le permitían al punto de encaje ganar experiencia en moverse. Lo que si debería preocuparme era cómo podría yo, por mí mismo, darme el empujón inicial para desalojar mi punto de encaje de su posición acostumbrada. Recalcó entonces que el alineamiento era la fuerza que tenía que ver con todo, por consiguiente, uno de sus aspectos, el *intento*, era lo que hacía moverse al punto de encaje.

Volví a preguntarle acerca de esto.

-Ahora estás en una posición que te permite contestarte tú mismo esa pregunta -replicó-. Lo que le da el empujón al punto de encaje es la maestría de la conciencia. Después de todo, nosotros los seres humanos, no somos en realidad gran cosa; en esencia, somos un punto de encaje fijo en cierta posición. Si quieres moverlo toma en cuenta primero a nuestro enemigo y nuestro amigo a la vez, nuestro diálogo interno, nuestro inventario. Apaga tu diálogo interno; haz tu inventario y después deshazte de él. Los nuevos videntes hacen inventarios precisos y después se ríen de ellos. Sin el inventario, el punto de encaje se libera.

Don Juan me recordó que me había hablado largamente acerca de uno de los aspectos más sólidos de nuestro inventario: nuestra idea de Dios. Dijo que ese aspecto era como una goma muy pegajosa que ligaba al punto de encaje a su posición original. Si yo fuera a alinear otro mundo total con otra gran banda de emanaciones, tenía que dar un paso obligatorio para poder soltar todas las amarras de mi punto de encaje.

-Ese paso consiste en *ver* el molde del hombre -dijo-. Hoy tienes que hacerlo, sin ayuda de nadie.

-¿Qué es el molde del hombre? -pregunté.

-Te hice *verlo* muchas veces -contestó-. Tú sabes de lo que estoy hablando.

Me abstuve de decir que no tenía ni la menor idea de lo que hablaba. Si decía que yo había visto el molde del hombre, debía hacerlo, aunque no tenía la más vaga noción de cómo era.

Él parecía saber lo que cruzaba en mi mente. Me sonrió benévolamente y movió la cabeza de un lado a otro como si no creyera lo que yo pensaba.

-El molde del hombre es un enorme racimo de emanaciones en la gran banda de la vida orgánica -dijo-. Se le llama el molde del hombre porque ese es el racimo que llena el interior del capullo del hombre.

"El molde del hombre es la porción de las emanaciones del Águila que los videntes pueden *ver* directamente sin peligro alguno para ellos.

Hubo una larga pausa antes de que volviera a hablar.

-Romper la barrera de la percepción es la última tarea de la maestría de la conciencia -dijo-. Para poder mover tu punto de encaje a esa posición, por tu cuenta, tienes que reunir mucha energía. Haz un viaje de recuperación. ¡Recuerda lo que has hecho!

Traté de recordar lo que era el molde del hombre. Fallé. Sentí una atroz frustración que pronto se convirtió en enojo real. Estaba furioso conmigo mismo, con don Juan, con todos.

Mi furia no impresionó a don Juan. Con un tono ecuánime dijo que el enojo era una reacción natural ante la incapacidad del punto de encaje de moverse al comando.

-Pasará mucho tiempo antes de que puedas aplicar el principio de que tu comando es el comando del Águila -dijo-. Esa es la esencia de la maestría del *intento*. Mientras tanto, da ahora mismo el comando de no impacientarte, ni siquiera en los peores momentos de duda. Transcurrirá un lento proceso antes de que ese comando sea escuchado y obedecido como si fuera un comando del Águila.

Dijo también que hay una inmensurable área de conciencia entre la posición habitual del punto del encaje y la posición en la que ya no existen dudas, que por cierto es el lugar en el que se presenta la barrera de la percepción. En esa área inmensurable, los guerreros caen presa de todas las fechorías concebibles. Me advirtió que tenía que estar alerta y no perder la confianza, en vista de mis acciones, porque, de manera inevitable, me vería acosado en algún momento por un tenaz sentido de culpa y derrota.

-Los nuevos videntes recomiendan un acto muy sencillo, cuando la impaciencia, o la desesperación, o el enojo, o la tristeza cruza su camino -prosiguió-. Recomiendan que los guerreros giren sus ojos. No importa en qué dirección; yo prefiero girar los míos en el sentido de las manecillas del reloj.

"El movimiento de los ojos hace moverse o detenerse momentáneamente al punto de encaje. En ese movimiento encontrarás alivio. Esto se hace en sustitución de la verdadera maestría del *intento*.

Me quejé de que no quedaba suficiente tiempo para que me enseñara la maestría del *intento*.

-Ya te la he enseñado. Algún día habrás de recordarlo todo -me aseguró-. Una cosa desencadenará a la otra. Una palabra clave y todo saldrá de ti, como si hubiera cedido la puerta de un armario lleno a reventar.

Regresó después a la discusión del molde del hombre. Dijo que *verlo* por mi cuenta, sin ayuda de nadie, era un paso importantísimo, porque todos nosotros tenemos ciertas ideas que deben ser rotas antes de que seamos libres; el vidente que penetra en lo desconocido para vislumbrar lo que no se puede conocer tiene que estar en un estado de ser impecable.

Me guiñó el ojo y dijo que el estar en un estado de ser impecable es estar libre de suposiciones racionales y temores racionales. Agregó que tanto mis suposiciones como mis temores me impedían, en ese momento, realinear las emanaciones que me harían recordar haber visto el molde del hombre. Me sugirió que girara mis ojos y me repitió una y otra vez que era verdaderamente importante recordarlo todo antes de *verlo* de nuevo. Y como el tiempo se le acababa no había cabida para mi lentitud acostumbrada.

Siguiendo su sugerencia, moví los ojos. Casi de inmediato, olvidé mi incomodidad y de repente recordé que había *visto* el molde del hombre.

Ocurrió eso años antes, en una ocasión bastante memorable para mí, porque desde el punto de vista de mi educación católica, don Juan hizo entonces las declaraciones más sacrílegas que jamás escuché.

Todo empezó como una conversación amigable mientras subíamos las faldas de unas montañas en el borde del desierto sonorense. Don Juan me explicaba lo que me hacía con sus enseñanzas. Nos detuvimos a descansar y nos sentamos en unas rocas redondas. Siguió explicándome su procedimiento de enseñanza, y esto me animó a intentar, por centésima vez, hablarle de mis problemas. Resultaba evidente que ya no quería oír hablar de ello. Me hizo cambiar de niveles de conciencia y me dijo que si yo *viera* el molde del hombre, quizá entendería todo lo que él estaba haciendo conmigo y así nos ahorraríamos ambos años de labores.

Me dio una explicación detallada de lo que era el molde del hombre. No habló de él en términos de las emanaciones del Águila, sino en términos de un patrón de energía que sirve para imprimir las cualidades de lo humano sobre una burbuja amorfa de materia biológica. Por lo menos así lo entendí yo, especialmente después de que me lo explicó aún más a fondo usando una analogía mecánica. Dijo que era como un gigantesco molde, un cuño que produce seres humanos uno por uno, interminablemente, como si legaran a él sobre una banda continua de producción en masa. Hizo una vívida mímica del proceso al unir con gran fuerza las palmas de sus manos, como si el cuño moldeara a un ser humano cada vez que eran unidas sus dos mitades.

Dijo también que cada especie tiene su propio molde, y cada individuo de cada especie moldeado por el proceso muestra características particulares de su propia especie.

Después empezó una elucidación extremadamente inquietante acerca del molde del hombre. Dijo que tanto los antiguos videntes como los místicos de nuestro mundo tienen una cosa en común, han podido *ver* el molde del hombre pero no entienden lo que es. A lo largo de los siglos, los místicos nos han legado conmovedores relatos de sus experiencias. Pero, por muy hermosos que sean, estos relatos se ven estropeados por el craso y desesperante error de pensar que el molde del hombre es un omnipotente y omnisciente creador; los antiguos videntes estaban igualmente errados al creer que el molde del hombre era un espíritu amistoso, un protector.

Me aseguró que los nuevos videntes eran los únicos que tenían la sobriedad para *ver* el molde del hombre y para entender lo que es. Lo que han llegado a entender es que el molde del hombre no es un creador, sino el molde de todos los atributos humanos que podamos concebir, y de algunos que ni siquiera podemos concebir. El molde es nuestro Dios porque nos acuñó como lo que somos y no porque nos ha creado de la nada haciéndonos en su imagen y semejanza. Don Juan dijo que, en su opinión, el caer de rodillas en presencia del molde del hombre exhuda arrogancia y autocentrismo humano.

Conforme escuchaba la explicación de don Juan, me preocupé terriblemente. Aunque jamás me consideré un católico practicante, me escandalizaron sus blasfemas implicaciones. Lo estuve escuchando con atención y cortesía, pero ansiaba una pausa en su andanada de sacrilegios para poder cambiar de tema. Pero, sin tregua, siguió recalcando su punto de vista. Finalmente, lo interrumpí y le dije que yo creía en la existencia de Dios.

Repuso que mi creencia estaba basada en la fe y que, como tal, era una convicción de segunda mano que no significaba nada; como la de todos los demás, mi creencia en la existencia de Dios estaba basada en un rumor que circulaba y no en el acto de *ver*.

Me aseguró que aunque yo fuera capaz de *ver*, era seguro que cometería el mismo error de todos los místicos. Cualquiera que *vea* el molde del hombre supone automáticamente que es Dios.

Dijo que la experiencia mística era un *ver* fortuito, algo que sucedía una sola vez en la vida, y que no tenía significado alguno porque era el resultado de un movimiento al azar del punto de encaje. Aseveró que los nuevos videntes eran realmente los únicos que podían emitir un juicio justo sobre este asunto, porque ellos eliminaron el *ver* fortuito y eran capaces de *ver* el molde del hombre cuantas veces quisieran.

Por lo tanto, *vieron* que lo que llamamos Dios es un prototipo estático de lo humano, sin poder alguno. El molde del hombre no puede, bajo ninguna circunstancia, ayudarnos interviniendo a nuestro favor, ni puede castigarnos por nuestras maleficencias, ni recompensarnos de ninguna manera. Somos simplemente el producto de su sello, somos su impresión. El molde del hombre es exactamente lo que dice su nombre, un cuño, una forma, una moldura que agrupa a un haz particular de elementos, de fibras luminosas, que llamamos hombre.

Lo que dijo me hundió en un estado de gran angustia. Pero no parecía preocuparle mi genuina agitación. Siguió aguijoneándome con lo que llamaba el crimen imperdonable de los videntes fortuitos, que nos hacen enfocar nuestra energía irreemplazable en algo que no tiene absolutamente ningún poder para hacer nada. Mientras más hablaba, más crecía mi disgusto. Cuando me vi tan molesto que estaba a punto de gritarle, me hizo entrar en un estado de conciencia acrecentada aún más profundo. Me golpeó en el lado derecho, entre la cadera y las costillas. Ese golpe me hizo remontarme hasta una luz radiante, al corazón de una diáfana fuente de la más pacífica y exquisita beatitud. Esa luz era un refugio, un oasis en la negrura que me rodeaba.

Desde mi punto de vista subjetivo, *vi* esa luz durante un periodo de tiempo incalculable. El esplendor de esa visión rebasaba todo lo que pueda decir, y sin embargo no podía deducir qué era lo que la hacía tan hermosa. Me vino entonces la idea de que su belleza surgía de un sentido de la armonía, de una sensación de paz y descanso, de haber arribado, de finalmente estar a salvo. Me sentí inhalar y exhalar, con quietud y alivio. ¡Qué espléndida sensación de plenitud! Supe, sin sombra de duda, que ahora estaba cara a cara con Dios, con el origen de todo. Y sabía que Dios me amaba. Dios era amor y perdón. La luz me bañó, y me sentí limpio, liberado. Lloré incontrolablemente, sobre todo por mí mismo. La visión de esa luz resplandeciente me hizo sentirme indigno, despreciable.

De pronto, escuché la voz de don Juan en mi oído. Dijo que tenía que ir más allá del molde, que el molde era simplemente una fase, un momento de respiro que le brindaba paz y serenidad transitoria a aquéllos que viajan hacia lo desconocido, pero que era estéril, estático. Era a la vez una imagen plana reflejada en un espejo y el espejo en sí. Y la imagen era la imagen del hombre.

Resentí apasionadamente lo que decía don Juan; me rebelé contra sus palabras blasfemas y sacrílegas. Quería insultarlo, pero no podía romper el

poder de retención de mi *ver*. Estaba atrapado en él. Don Juan parecía saber con exactitud cómo me sentía y lo que quería decirle.

-No puedes insultar al nagual -dijo en mi oído-. Es el nagual quien te permite *ver*. La técnica es del nagual, el poder es del nagual. El nagual es el guía.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de algo acerca de la voz en mi oído. No era la voz de don Juan, aunque era muy parecida. También, la voz tenía razón. El instigador de esa visión era el nagual Juan Matus. Eran su técnica y su poder los que me hacían *ver* a Dios. Dijo que no era Dios, sino el molde del hombre; yo sabía que tenía razón. Sin embargo, no podía admitirlo, no por irritación o necedad, sino simplemente por la absoluta lealtad y el amor que yo sentía por la divinidad que estaba frente a mí.

Mientras contemplaba la luz con toda la pasión de la que yo era capaz, la luz pareció condensarse y *vi* a un hombre. Un hombre brillante que exudaba carisma, amor, comprensión, sinceridad, verdad. Un hombre que era la suma total de todo lo que es bueno.

El fervor que sentí al *ver* a ese hombre traspasaba todo la que había sentido en la vida. Caí de rodillas. Quería adorar a Dios personificado, pero don Juan intervino y me golpeó en la parte superior izquierda del pecho, cerca de la clavícula, y perdí de vista a Dios.

Quedé presa de un sentimiento mortificante, una mezcla de remordimiento, júbilo, certezas y dudas. Don Juan se burló de mí. Me llamó piadoso y descuidado y dijo que yo podría ser un gran sacerdote, un cardenal; podía incluso hacerme pasar por un líder espiritual que había tenido una visión fortuita de Dios. Jocosamente, me instó a comenzar a predicar y a describirle a todos cómo era Dios.

De manera muy casual pero aparentemente interesada dijo algo que era mitad pregunta, mitad aseveración.

-¿Y el hombre? -preguntó-. No puedes olvidar que Dios es un varón.

Mientras entraba en un estado de gran claridad, comencé a tomar conciencia de la enormidad de lo que me decía.

-Qué conveniente, ¿eh? -agregó don Juan sonriendo-. Dios es un varón. ¡Qué alivio!

Después de relatarle a don Juan lo que recordaba, le pregunté acerca de algo que acababa de parecerme terriblemente extraño. Obviamente, para poder *ver* el molde del hombre mi punto de encaje se había movido. El recuerdo de los sentimientos y entendimientos que me sucedieron entonces era tan vivido que me dio una sensación de absoluta futilidad. Sentía ahora todo lo que había hecho y sentido en aquel entonces. Le pregunté cómo era posible que, habiendo tenido una comprensión tan clara la hubiera olvidado de manera tan completa. Era como si nada de lo que me ocurrió en aquella ocasión importara, puesto que siempre tenía que partir del punto número uno, a pesar de lo que hubiera podido avanzar en el pasado.

-Esa es sólo una impresión emocional -dijo-. Una equivocación total. Lo que hayas hecho hace años está, sólidamente contenido en algunas emanaciones sin usar. Por ejemplo, ese día en que te hice *ver* el molde del hombre, yo mismo tuve una verdadera equivocación. Pensé que si lo *veías*, podrías entenderlo. Fue un auténtico malentendido de mi parte.

Don Juan explicó que siempre creyó que su mentalidad era lenta, sabía que le costaba aprender, pero nunca tuvo realmente la oportunidad de poner a prueba su creencia, porque nunca tuvo un punto de referencia fuera de sí mismo. Cuando aparecí yo y se convirtió en maestro, algo totalmente nuevo

para él, se dio cuenta de que a lo mejor no era tan lento como creía. También llegó a entender que no hay manera de acelerar la comprensión, y que desalojar el punto de encaje no es suficiente para comprender. Como el punto de encaje se mueve normalmente durante los sueños, a veces a posiciones extraordinariamente distantes, siempre que experimentamos un cambio inducido todos somos expertos en compensarlo de inmediato. De manera constante restablecemos nuestro equilibrio y la actividad prosigue como si nada nos hubiera sucedido.

Comentó que el valor de las conclusiones de los nuevos videntes no se vuelve evidente hasta que uno trata de mover el punto de encaje de otra persona. Los nuevos videntes dijeron que, en este respecto lo que cuenta es el esfuerzo para fortalecer la estabilidad del punto de encaje en su nueva posición. Consideraban que éste era el único procedimiento de enseñanza que valía la pena discutir. Y sabían que es un largo proceso que tiene que llevarse a cabo poco a poco, a paso de tortuga.

Don Juan me aclaró que de acuerdo a una recomendación de los nuevos videntes, había usado plantas de poder al principio de mi aprendizaje. A través de su experiencia y de su *ver*, ellos sabían que las plantas de poder sacuden al punto de encaje, alejándolo enormemente de su posición normal. En principio, el efecto de las plantas de poder sobre el punto de encaje es muy parecido al efecto que producen los sueños: los sueños lo mueven mínimamente, pero las plantas de poder logran moverlo en una escala gigantesca. Un maestro usa los efectos desorientados de tal movimiento para reforzar la noción de que la percepción del mundo jamás es final.

Recordé entonces que había visto el molde del hombre en otras cinco ocasiones, de una manera muy parecida a la primera. Después de cada una de ellas, me sentí menos apasionado con Dios. Sin embargo, nunca pude sobreponerme al hecho de que siempre veía a Dios como un varón. Al final, la sexta vez que lo *vi* dejo de ser Dios para mí, y se convirtió en el molde del hombre, no debido a lo que dijera don Juan, sino porque la posición de un Dios varón se volvió insostenible. Pude entender entonces las primeras aseveraciones de don Juan. No fueron para nada blasfemas o sacrílegas, porque no las hizo desde el contexto del mundo cotidiano. Tenía razón en decir que los nuevos videntes se encontraban en ventaja por ser capaces de *ver* el molde del hombre cuantas veces quisieran. Pero la verdadera ventaja era que tenían la sobriedad para poder examinar lo que *veían*.

Le pregunté por qué *veía* yo el molde del hombre como un varón. Dijo que se debía a que, en ese momento, mi punto de encaje no poseía la estabilidad para permanecer completamente pegado a su nueva posición, y se movía lateralmente, en la banda del hombre. Era el mismo caso que *ver* la barrera de la percepción como una pared de niebla. Lo que hacía moverse lateralmente al punto de encaje era un deseo casi inevitable, o una necesidad, de presentar lo incomprensible en términos que nos resulten familiares: una barrera es una pared y el molde del hombre sólo puede ser un hombre. Pensaba que si yo hubiera sido mujer, hubiera visto al molde como una mujer.

Don Juan se levantó y dijo que era hora de que fuéramos al centro del pueblo, porque yo tenía que *ver* el molde del hombre entre la gente. En silencio, caminamos hacia la plaza, pero antes de que llegáramos sentí una oleada de energía incontenible y corrí por la calle hasta las afueras del pueblo. Llegué a un puente, y precisamente allí, como si me estuviera

esperando, *vi* al molde del hombre como una cálida y resplandeciente luz ambarina.

Caí de rodillas, no tanto por devoción, sino en una reacción física ante el asombro reverente. La visión del molde del hombre era más sorprendente que nunca. Sin arrogancia alguna, sentí que había experimentado un cambio enorme desde la primera vez que lo *vi*. Sin embargo, todas las cosas que había visto y aprendido sólo me dieron una apreciación más grande y más profunda del milagro que tenía frente a los ojos.

Al principio, el molde del hombre estaba sobrepuesto al puente, luego algo en mí se agudizó y *vi* que, hacia arriba y hacia abajo, el molde del hombre se extendía hasta el infinito; el puente no era más que un pequeñísimo armazón, un pequeñísimo bosquejo sobrepuesto a lo eterno. Eso eran también las minúsculas figuras de personas que se movían a mi alrededor, mirándome con descarada curiosidad. Pero yo sentía estar más allá de su alcance, aunque nunca estuve en una situación tan vulnerable. El molde del hombre no tenía poder para protegerme o compadecerse de mi, y sin embargo yo lo amaba con una pasión que no conocía límites.

Pensé entender entonces algo que don Juan me dijo una y otra vez, que el verdadero afecto no puede ser una inversión. Con toda felicidad, me hubiera convertido en sirviente del molde del hombre, no por lo que pudiera darme, porque no tiene nada que dar, sino por el absoluto afecto que sentía por él.

Tuve la sensación de algo que me jalaba, alejándome de aquel lugar, y antes de desaparecer de su presencia le grité una promesa al molde del hombre, pero una gran fuerza me arrebató antes de que pudiera terminar lo que quería decir. De pronto, me encontré de rodillas en el puente, mientras un grupo de gente local me miraban riéndose.

Don Juan llegó a mi lado y me ayudó a incorporarme y juntos caminamos de vuelta a la casa.

-Hay dos maneras de *ver* el molde del hombre -comenzó don Juan en cuanto nos sentamos-. Lo puedes *ver* como un hombre o lo puedes *ver* como una luz. Eso depende del movimiento del punto de encaje. Si el movimiento es lateral, el molde es un ser humano; si el movimiento ocurre en la sección media de la banda del hombre, el molde es una luz. El único valor de lo que has hecho hoy es que tu punto de encaje se desplazó en la sección media.

Dijo que la posición en la que uno *ve* el molde del hombre es muy cercana a aquella en que aparecen el *cuerpo de ensueño* y la barrera de la percepción. Esa era la razón por la que los nuevos videntes recomendaban *ver* y comprender el molde del hombre.

-¿Estás seguro de entender lo que es realmente el molde del hombre? -me preguntó con una sonrisa.

-Le aseguro, don Juan, que estoy perfectamente consciente de lo que es el molde del hombre -dije.

-Cuando llegué al puente te oí gritarle insensateces al molde del hombre -dijo con una sonrisa en extremo maliciosa.

Le dije que me sentí como un sirviente inservible que adoraba a un amo inservible, y sin embargo un afecto absoluto me llevó a jurar amor eterno.

Todo le pareció chistoso y se rió hasta que empezó a ahogarse.

-La promesa de un sirviente inservible a un amo inservible es inservible -dijo y volvió a ahogarse de risa.

No sentí necesidad de defender mi posición. Mi afecto por el molde del hombre fue ofrecido sin reserva, sin pensar en recompensas. No me importaba que mi promesa fuera inservible.

XVII. EL VIAJE DEL *CUERPO DE ENSUEÑO*

Don Juan montó en mi coche y me dijo que los dos viajaríamos a la ciudad de Oaxaca, por última vez. Expresó muy claramente que jamás volveríamos a estar juntos ahí. Dijo que quizás sus sentimientos regresarían, pero ya nunca más la totalidad de sí mismo.

En Oaxaca, don Juan pasó horas mirando cosas mundanas y triviales, el color desteñido de las paredes, las siluetas de las montañas lejanas, la configuración de las grietas en el cemento de las aceras, las caras de la gente. Fuimos a la plaza y nos sentamos en su banca favorita que, como siempre, se encontraba desocupada cuando quería usarla.

Durante nuestra larga caminata por la ciudad hice mi mejor esfuerzo por entrar en un estado de tristeza, pero simplemente no pude lograrlo. Había algo festivo en su partida. Lo explicó como el vigor irrestringible de la libertad total.

-La libertad es como una enfermedad contagiosa -dijo-. Es transmitida; su portador es el nagual impecable. Quizá la gente no lo aprecie, pero eso se debe a que no quieren ser libres. La libertad es aterradora. Recuérdalo. Pero no para nosotros. Durante casi toda mi vida me he preparado para este momento. Y tú harás lo mismo.

Repitió una y otra vez que, en la fase en que me encontraba, ninguna suposición racional debía interferir con mis acciones. Repitió que el cuerpo de *ensueño* y la barrera de la percepción son posiciones del punto de encaje, y que ese conocimiento resulta tan vital para los videntes como el leer y escribir para el hombre moderno. Ambos son logros que se alcanzan después de años de práctica.

-Es muy importante que ahora mismo recuerdes la ocasión en que tu punto de encaje alcanzó esa posición y creó tu *cuerpo de ensueño* -dijo con tremenda urgencia.

Sonrió y comentó que quedaba muy poco tiempo, y que el recuerdo del viaje principal de mi *cuerpo de ensueño* colocaría a mi punto de encaje en posición para romper la barrera de la percepción y alinear otro mundo.

-El *cuerpo de ensueño* es conocido por diferentes nombres -dijo tras una larga pausa-. El nombre que más me gusta es el otro. Ese término pertenece a los antiguos videntes, junto con el estado de ánimo que evoca. No me interesa sobremanera el estado de ánimo que evoca, pero tengo que reconocer que me gusta el término. Es misterioso, prohibido. Al igual que los antiguos videntes, me provoca una sensación de oscuridad, de sombras. Los antiguos videntes decían que el otro siempre se presenta envuelto en un velo de viento.

A lo largo de los años, don Juan y sus compañeros videntes trataron de hacerme comprender que podemos estar en dos lugares a la vez, que podemos experimentar una especie de dualidad perceptual.

Mientras don Juan hablaba, comencé a recordar algo tan profundamente olvidado que, al principio, era como si sólo hubiera escuchado hablar de ello. Paso a paso, me di cuenta de que yo mismo viví esa experiencia.

Había estado en dos lugares a la vez. Esto tuvo lugar una noche, en las montañas del norte de México. Durante todo el día recolecté plantas con don Juan, como parte de sus enseñanzas en la conciencia normal. Nos detuvimos para pasar la noche y casi me dormí de cansancio cuando de pronto se presentó una ráfaga de viento y don Genaro brotó de la oscuridad, justo frente a mí, y casi me mata del susto.

Mi primer pensamiento fue de sospecha. Pensaba que don Genaro estuvo escondido entre los arbustos durante todo el día, esperando a que cayera la oscuridad antes de hacer su aterradora aparición. Al verlo haciendo cabriolas a mi alrededor, me di cuenta de que, esa noche, había algo verdaderamente extraño acerca de él. Algo palpable, real, y sin embargo, algo que yo no podía precisar.

Bromeó conmigo e hizo payasadas, llevando a cabo actos que desafiaban mi razón. Al ver mi congoja, don Juan se rió como idiota. Cuando juzgó que había llegado el momento oportuno, me hizo cambiar a la conciencia acrecentada y durante un momento pude verlos como a dos burbujas de luz. Genaro no era el don Genaro que yo conocía en mi estado de conciencia normal, sino su *cuerpo de ensueño*. Lo sabía, porque lo *vi* como una bola de fuego suspendida sobre el suelo. No estaba arraigado como don Juan. Era como si Genaro, la burbuja de luz, estuviera a punto de despegar, ya en el aire, a medio metro de la tierra, listo para remontarse velozmente.

Otra cosa hice esa noche, y que de repente se me presentó con claridad al recordar el evento, fue que supe automáticamente que tenía que mover los ojos para hacer moverse a mi punto de encaje. Con mi *intento*, podía alinear las emanaciones que me hacían ver a Genaro como una burbuja de luz, o podía alinear las emanaciones que me hacían verlo solamente raro, desconocido, extraño.

Cuando encontraba raro a Genaro, sus ojos tenían un destello malévolo; eran como los ojos de una bestia en la oscuridad. Pero, con todo, eran ojos. No los *vi* como puntos de luz ambarina.

Esa noche don Juan dijo que Genaro iba a ayudarme a mover mi punto de encaje a gran profundidad, que debía imitarlo y seguirlo en todo lo que hiciera. Genaro empezó a rotar sus caderas y a impulsar la pelvis hacia adelante con gran fuerza. Me pareció un gesto obsceno. Lo repitió una y otra vez, moviéndose como si bailara.

Don Juan me codeó, animándome a imitar a Genaro, y lo hice. Los dos dimos de vueltas, ejecutando el grotesco movimiento. Después de un rato, tuve la sensación de que mi cuerpo llevaba a cabo el movimiento por su cuenta, sin la participación de mi verdadero yo. La separación entre mi cuerpo y mi verdadero yo se volvió aún más pronunciada, y en un momento dado, yo contemplaba una escena ridícula en la que dos hombres se hacían gestos lascivos el uno al otro.

Contemplé la escena fascinado y de repente *vi* que yo era uno de los dos hombres. En cuanto me di cuenta de ello sentí que algo me jalaba y me encontré, de nuevo, rotando las caderas y empujando la pelvis hacia atrás y hacia adelante, al unísono con Genaro. Casi de inmediato, *vi* que otro hombre estaba parado junto a don Juan mirándonos. El viento soplaba a su alrededor. Veía como le erizaba el caballeo. El viento parecía apretarlo, como si lo protegiera, o quizás, al contrario, como si tratara de hacerlo desaparecer de un soplido.

Tardé en darme cuenta de que yo era ese otro hombre. Y al hacerlo, recibí el susto del siglo. Una fuerza física imponderable me separó, como si estuviera hecho de fibras, y me encontré mirando a un hombre, que era yo mismo, moviéndose con Genaro mientras me contemplaba boquiabierto. Y a la vez, yo miraba a un hombre desnudo, que también era yo mismo, que miraba boquiabierto mientras yo hacía gestos lascivos con Genaro. La impresión fue tan grande que rompí el ritmo de mis movimientos y caí al suelo.

Luego sentí que don Juan me ayudaba a ponerme de pie. Genaro y el otro yo, el yo desnudo, habían desaparecido.

Recordé que don Juan se negó a discutir el suceso. No lo explicó, con la excepción de decir que Genaro era un experto en crear su doble, o el otro, y que yo tuve largas interacciones con el doble de Genaro en estados de conciencia normal, sin siquiera haberme dado cuenta de ello.

-Esa noche, como hacía en cientos de ocasiones antes, Genaro hizo que tu punto de encaje se moviera a gran profundidad -comentó don Juan cuando le hube relatado todo lo que recordaba-. Su poder era tal que arrastró tu punto de encaje a la posición en que aparece el *cuerpo de ensueño*. *Viste* a tu *cuerpo de ensueño* contemplándote. Y fue su baile lo que logró todo eso.

Le pedí que me explicara como pudo el movimiento lascivo de Genaro producir un efecto tan drástico.

-Eres un puritano -dijo-. Genaro utilizó tu enorme molestia y tu vergüenza al tener que hacer gestos lascivos. Como él estaba en su *cuerpo de ensueño*, podía *ver* las emanaciones del Águila; con esa ventaja le resultaba facilísimo mover tu punto de encaje.

Dijo que lo que Genaro me ayudó a lograr esa noche no era gran cosa, que Genaro movió mi punto de encaje haciéndolo generar un *cuerpo de ensueño* mucha, muchas veces, pero que esos eventos no eran lo que el quería que yo recordara.

-Quiero que vuelvas a alinear las emanaciones adecuadas y recuerdes la ocasión en que realmente despertaste en una *posición de ensueño* -dijo.

De pronto, pareció explotar adentro de mí una oleada de energía, y supe lo que quería que recordara. Sin embargo, no podía concentrar mi memoria en el evento completo. Sólo recordaba un fragmento de lo ocurrido.

Recordé que cierta mañana, estando yo en un estado de conciencia normal, don Juan, don Genaro y yo nos sentamos en esa misma banca. De repente, don Genaro dijo que iba a hacer que su cuerpo dejara la banca, pero sin levantarse. Su declaración estaba totalmente fuera del contexto de lo que estuvimos discutiendo. Yo estaba acostumbrado a la manera ordenada y didáctica de don Juan. Me volví hacia él esperando alguna seña, pero él permaneció impasivo, mirando de frente como si don Genaro y yo no estuviéramos ahí.

Don Genaro me codeó para atraer mi atención, y luego me hizo presenciar algo extremadamente inquietante. De hecho, *vi* a Genaro al otro lado de la plaza. Me llamaba a señas. Pero también *vi* a don Genaro sentado a mi lado, mirando de frente, al igual que don Juan.

Yo quería decir algo, expresar mi asombro, pero estaba atónito, prisionero de una fuerza que no me dejaba hablar. De nuevo, *vi* a Genaro al otro lado del parque. Allí, seguía, haciéndome un gesto con la cabeza para que me uniera a él.

Mi angustia emocional crecía por segundos. Mi estómago comenzaba a alterarse, y de pronto tuve una visión de túnel, un túnel que iba directamente hacia Genaro. En ese momento, una gran curiosidad, o un gran temor, que por cierto parecían ser la misma cosa, me atrajo hasta donde él estaba. Volé por los aires y llegué adonde estaba Genaro. Me hizo volver la cabeza y señaló a las tres personas que estaban sentadas en la banca, en una posición estática, como si el tiempo se hubiera detenido.

Sentí una terrible molestia, una comezón interna, como si se hubieran incendiado mis órganos internos. Instantáneamente, me hallé de vuelta en la banca, pero Genaro ya no estaba allí. Desde el otro lado de la plaza se despidió de mí con la mano y desapareció entre la gente que iba al mercado.

Don Juan estaba encantado. No dejaba de mirarme. Se puso de pie y caminó a mi alrededor. Volvió a sentarse y no podía conservar una expresión seria mientras me hablaba.

Entendí por qué actuaba de esa manera. Sin la ayuda de don Juan, entré en un estado de conciencia acrecentada. Genaro logró que mi punto de encaje se moviera por su cuenta.

No pude evitar reírme al ver mi cuaderno de apuntes, que don Juan guardó solemnemente en su bolsillo. Dijo que iba a usar mi estado de conciencia acrecentada para mostrarme que no tiene fin el misterio del hombre ni el misterio del mundo. Enfoqué toda mi concentración en sus palabras. De pronto, don Juan dijo algo que no entendí. Le pedí que lo repitiera. Comenzó a hablar muy despacio y muy quedo. Pensé que bajó la voz para no llamar la atención. Escuché atentamente, pero no entendía una palabra de lo que decía; o bien me hablaba en una lengua extranjera o decía cosas sin sentido. Lo más extraño de todo esto era que algo había atraído mi entera atención; o era el ritmo de su voz o el hecho de que yo me estaba forzando por entender lo que decía. Tenía la sensación de que mi mente era diferente que de costumbre, aunque no podía precisar cuál era la diferencia. Me costaba trabajo pensar, razonar lo que estaba ocurriendo.

Don Juan me susurró al oído. Dijo que como entré en la conciencia acrecentada sin ayuda alguna de su parte, mi punto de encaje se hallaba muy maleable, y que, si yo quería, podía dejarlo moverse profundamente en el lado izquierdo, quedándome medio dormido en esa banca. Me aseguró que él cuidaría de mí, que no tenía nada que temer. Me instó a dejar que mi punto de encaje se moviera.

Al instante, sentí la pesadez del sueño profundo. En cierto momento me di cuenta de que soñaba. En mi sueño vi una casa que me era algo familiar. Me acercaba a ella como si caminase por la calle. Había otras casas, pero no podía prestarles ninguna atención. Algo en mí estaba fijo en esa casa en particular. Era una casa moderna, de estuco, con un jardín de cactos al frente.

Cuando me acerqué a esa casa, tuve una sensación de intimidad con ella, como si la hubiera soñado muchas veces con anterioridad. Caminé por un sendero de grava hasta la puerta principal; estaba abierta y pasé al interior. A la derecha había un vestíbulo a oscuras y una gran sala, amueblada con un diván de color rojo oscuro y con dos sillones que hacían juego con él, colocados en una esquina. Definitivamente no podía ajustar mi visión y sólo podía ver lo que tenía frente a los ojos.

Una mujer joven, de quizá veinticinco años, estaba de pie junto al diván, como si se hubiera incorporado cuando entré. Era delgada y alta, exquisitamente vestida con un traje sastre verde. Tenía cabello oscuro, casi

negro, llameantes ojos color café que parecían sonreír y una nariz puntiaguda, finamente labrada. Su cutis era claro pero el sol la había dorado confiriéndole un suntuoso bronceado. Me pareció enormemente hermosa. Parecía ser estadounidense. Me saludó con un movimiento de cabeza, sonriéndome, y extendió las manos con las palmas hacia abajo, como si me ayudara a incorporarme.

Ceñí sus manos con un movimiento extremadamente torpe. Me asusté a mí mismo y quise retroceder, pero me retuvo con firmeza y a la vez con gran suavidad. Sus manos eran largas y hermosas. Me habló en español, con el leve rastro de un acento extranjero. Me suplicó que no me agitara, que sintiera sus manos, que concentrara mi atención en su rostro y en el movimiento de sus labios. Quería preguntarle quién era, pero no podía pronunciar una sola palabra.

Luego escuché la voz de don Juan en mi oído: "Oh, ahí estás", como si en ese momento me encontrara. Yo estaba sentado con él en la banca del parque. Pero también escuchaba la voz de la joven. Dijo: "Ven a sentarte conmigo". Hice precisamente eso y comencé la más increíble serie de cambios de puntos de vista. Alternadamente, estaba con don Juan y con aquella joven. Veía a ambos con toda la claridad del mundo.

Don Juan me preguntó si la joven me gustaba, si me parecía atractiva y serena. No podía hablar, pero de alguna manera le transmití el sentimiento de que efectivamente la joven me gustaba enormemente. Sin ningún motivo aparente, pensé que ella era un parangón de bondad, una persona indispensable en lo que don Juan hacía conmigo.

Don Juan me habló nuevamente al oído y dijo que si esa joven me gustaba tanto debería despertar en su casa, que mi sentimiento de afecto por ella me guiaría.

Me sentía lleno de risa, temerario. Una sensación de excitación ondeó a lo largo de mi cuerpo. Sentía como si, de hecho, la excitación me desintegrara, y de pronto, con toda felicidad, me hundí en una negrura, indescriptiblemente negra, sin importarme lo que me ocurriera. Después me hallé en la casa de la joven. Yo estaba sentado en el diván con ella.

Tras un instante de absoluto pánico, me di cuenta que, de alguna manera, no estaba completo. Algo de mí estaba ausente. Sin embargo, la situación no me parecía peligrosa. Por mi mente cruzó la idea de que estaba *ensoñando* y que tarde o temprano iba a despertar en la banca de la plaza en Oaxaca, con don Juan, donde yo realmente estaba.

La joven me ayudó a incorporarme y me llevó a un baño en el que había una gran tina llena de agua. Yo estaba completamente desnudo. Con suavidad, me hizo meterme a la tina y me sostuvo la cabeza mientras flotaba a medias.

Después de un rato me ayudó a salir del agua. Me sentí débil y flojo. Me acosté en el diván de la sala y ella se acercó a mí. Escuchaba los latidos de su corazón y la presión de la sangre que corría por su cuerpo. Sus ojos eran como dos fuentes radiantes de algo que no era luz, ni calor, sino algo entre ambos. Pensé que *veía* la fuerza de la vida que se proyectaba fuera de su cuerpo a través de sus ojos. Toda ella era como un horno vivo; resplandecía.

Sentí un extraño temblor que agitó todo mi ser; como si mis nervios hubieran quedado expuestos y alguien los pulsara. La sensación era agonizante. Luego, o me desmayé o me quedé dormido.

Cuando desperté, alguien me ponía toallas remojadas en agua fría en la cara y en la nuca. *Vi* a la joven sentada a mi lado, a la cabecera de la cama

en la que yo estaba acostado. Había una cubeta de agua sobre la mesa de noche y era ella quien me ponía las toallas. Don Juan estaba parado a los pies de la cama, con mi ropa doblada sobre el brazo.

En ese momento desperté por completo. Me senté. Estaba cubierto con una cobija.

-¿Cómo está el viajero? -preguntó don Juan sonriendo-. ¿Ya estás entero?

Eso era todo lo que podía recordar. Le narré este episodio a don Juan, y mientras le hablaba, recordé otro fragmento. Recordé que don Juan se burló de mi y me echó en cara el haberme encontrado desnudo en la cama de la joven esa. Sus comentarios me irritaron terriblemente. Me había puesto la ropa y lleno de furia, salí de la casa a grandes pasos.

Don Juan me había alcanzado en el jardín de enfrente. Con un tono muy serio había comentado que nuevamente yo estaba mostrando cuán fea y estúpida era mi persona, que me volví a unificar al sentirme avergonzado, lo que le demostraba que mi importancia personal no tenía límites. Pero con un tono conciliatorio agregó que eso no era muy significativo en aquel momento; lo que era significativo era el hecho de que yo moví mi punto de encaje a gran profundidad, y que en consecuencia viajé una distancia enorme.

Habló de maravillas y de misterios, pero yo no pude escucharlo, pues estaba atrapado entre el terror y la importancia personal. Mi furia era colosal. Estaba seguro de que don Juan me había hipnotizado en el parque y me había llevado a la casa de esa joven, y que ambos me hicieron cosas terribles.

Mi furia se vio interrumpida. Algo ahí en la calle era tan horripilante, tan impresionante para mí, que mi enojo se apagó al instante. Pero antes de que mis pensamientos quedaran completamente reordenados, don Juan me golpeó la espalda y no quedó riada de lo que acababa de ocurrir. Me hallé de vuelta en mi bienaventurada estupidez cotidiana, escuchando contentamente a don Juan, preocupándome de que si realmente me tenía afecto.

Mientras le contaba a don Juan el nuevo fragmento que acababa de recordar me di cuenta de que uno de sus métodos para controlar mi agitación emocional era hacerme cambiar a la conciencia normal.

-El olvido es lo único que da alivio a quienes penetran en lo desconocido -dijo-. ¡Qué alivio estar en el mundo ordinario!

"Ese día, lograste una hazaña maravillosa. Lo esencial para mí era no dejar que la enfocaras. Justo cuando comenzaste a sentir verdadero pánico, te hice cambiar a la conciencia normal; moví tu punto de encaje más allá de la posición en la que ya no hay dudas. Para los guerreros existen dos posiciones tales. En una ya no tienen dudas porque lo saben todo. En la otra, que es la conciencia normal, no tienen dudas porque no saben nada.

"Era prematuro para ti que entonces supieras lo que realmente había pasado. Pero creo que el momento preciso para saberlo es ahora mismo. Mirando esa calle, estabas a punto de saber dónde despertó tu *cuerpo de ensueño*. Ese día recorriste una enorme distancia.

Don Juan me estudió con una mezcla de regocijo y tristeza. Yo hacía todo lo posible por mantener bajo control la extraña agitación que sentía. Sentía que algo de terrible importancia para mí estaba perdido en mi memoria o como hubiera dicho don Juan, en algunas emanaciones sin usar que alguna vez fueron alineadas.

Mi lucha por mantener la calma resultó ser el acto equivocado. Las rodillas se me aflojaron y sentí espasmos nerviosos a lo largo de mi sección media. Murmuré, incapaz de formular mi pregunta. Tuve que tragar con fuerza y respirar profundamente antes de recuperar la calma.

-Cuando llegamos a sentarnos aquí para platicar, dije que ninguna suposición racional debe interferir con las acciones de un vidente -prosiguió con un tono duro-. Sabía que para recordar lo que has hecho, tendrías que arreglártelas sin la racionalidad, pero tendrías que hacerlo en el nivel de conocimiento en el que estás ahorita.

Explicó que yo tenía que comprender que la racionalidad es una condición del alineamiento, el resultado de la posición del punto de encaje. Recalcó que tenía que entender ésto estando en un estado de gran vulnerabilidad, como ocurría en aquel momento. Era inútil entenderlo cuando mi punto de encaje hubiera alcanzado la posición en la que no hay dudas, porque comprensiones de esa naturaleza son trivialidades en esa posición. Resultaba igualmente inútil entenderlo en un estado de conciencia normal; en un estado así, ese tipo de comprensiones eran explosiones emocionales que tienen validez sólo mientras dura la emoción.

-He dicho que ese día recorriste una gran distancia -agregó con calma-. Y lo dije porque lo sé. Yo estaba ahí, ¿recuerdas?

El nerviosismo y la ansiedad me hacían sudar profusamente.

-Viajaste porque despertaste en una *posición de ensueño* lejana -prosiguió-. Cuando Genaro te jaló ese día, desde esta misma banca y te hizo cruzar la plaza, arregló todo para que tu punto de encaje se moviera del sitio de la conciencia normal hasta la posición en la que aparece el *cuerpo de ensueño*. En un abrir y cerrar de ojos, tu *cuerpo de ensueño* voló una increíble distancia. Y sin embargo la gran distancia no es lo importante; la *posición de ensueño* lo es. Si tiene la suficiente fuerza para atraerte, puedes ir hasta los confines de este mundo o más allá, al igual que los antiguos videntes. Muchos de ellos desaparecieron de este mundo porque despertaron en una *posición de ensueño* más allá de los límites de lo conocido. Aquel día tu *posición de ensueño* estaba en este mundo, pero a bastante distancia de la ciudad de Oaxaca.

-¿Cómo se lleva a cabo un viaje así? -pregunté.

-No hay manera de saber cómo ocurre -dijo-. Una fuerte emoción, o un intento inflexible, o un gran interés sirven como guía; después el punto de encaje queda poderosamente fijo en la *posición de ensueño*, durante suficiente tiempo para arrastrar hasta allí a todas las emanaciones interiores del capullo.

Don Juan dijo que, a lo largo de nuestros años de asociación me hizo *ver* incontables veces, ya fuera en estados de conciencia normal o en estados de conciencia acrecentada; y las incontables cosas que yo *vi* comenzaban ahora a cobrar más coherencia. Esta coherencia no era ni lógica ni racional pero sin embargo, de alguna manera extraña, aclaraba todo lo que yo había hecho, todo lo que me habían hecho, y todo lo que había visto en esos años a su lado. Dijo que ahora necesitaba una última clarificación: la coherente pero irracional realización de que todo lo que hemos aprendido a percibir en el mundo está inextricablemente ligado a la posición en que se localiza el punto de encaje. Si el punto de encaje se mueve de esa posición, el mundo deja de ser lo que es para nosotros.

Don Juan declaró que un desplazamiento del punto de encaje más allá de la línea media del capullo del hombre hace que el mundo que percibimos

y conocemos desaparezca. de vista en un instante, como si lo hubieran borrado, porque la estabilidad, la sustancialidad que parece pertenecer a nuestro mundo perceptible es simplemente la fuerza del alineamiento. Ciertas emanaciones se alinean rutinariamente debido a la fijeza del punto de encaje en un sitio específico; eso es todo lo que es nuestro mundo.

-La solidez del mundo no es el espejismo -prosiguió-, el espejismo es la fijeza del punto de encaje en cualquier sitio. Cuando los videntes mueven sus puntos de encaje no confrontan una ilusión, enfrontan otro mundo; ese mundo nuevo es tan real como el que ahora contemplamos, pero la nueva fijeza de sus puntos de encaje en el nuevo sitio, que produce ese nuevo mundo, es un espejismo en igual medida en que lo es la fijeza en el sitio cotidiano.

"Considérate a ti mismo, por ejemplo; ahora estás en un estado de conciencia acrecentada. Todo lo que haces y ves en un estado así no es una ilusión; es tan real como el mundo que enfrentarás mañana en tu vida diaria, y sin embargo, mañana, no existirá el mundo del que ahora eres testigo. Sólo existe cuando tu punto de encaje se mueve al sitio específico en el que estás ahora.

Agregó que, una vez terminado su entrenamiento, la tarea que enfrentan los guerreros es una tarea de integración. En el curso de su entrenamiento, los guerreros, y especialmente los hombres naguales se ven instados a mover sus puntos de encaje a tantos sitios como sea posible. A medida que los recuerdan los integran en un todo coherente.

-Por ejemplo, si movieras tu punto de encaje a una posición específica, recordarías quién es esa joven -prosiguió con una extraña sonrisa-. Tu punto de encaje ha estado en ese sitio cientos de veces. Integrarlo debería ser la cosa más fácil para ti.

Como si mis recuerdos dependieran de su sugerencia, comencé a tener vagas memorias, sentimientos inacabados. Parecía atraerme una sensación de afecto ilimitado; una fragancia extremadamente agradable permeó el aire, justo como si alguien se hubiera acercado a mí por detrás y me hubiera vertido encima ese perfume. Incluso volví la cabeza para ver si alguien estaba allí. Y entonces recordé. ¡Era Carol, la mujer nagual! Acababa de estar con ella el día anterior. ¿Cómo era posible haberla olvidado?

Viví un momento indescriptible en el que corrieron por mi mente todos los sentimientos de mi repertorio sicológico. Me preguntaba a mí mismo si era posible que hubiera despertado en su casa en Tucson, en los Estados Unidos, a tres mil doscientos kilómetros de distancia. Y me azoraba la certeza de que cada una de las instancias de la conciencia acrecentada son tan aisladas que quizá jamás podría recordarlas.

Don Juan se acercó a mi y me puso el brazo sobre el hombro. Dijo que sabía exactamente lo que yo sentía. Su benefactor lo había hecho vivir una experiencia parecida. Y su benefactor trató de hacer con él exactamente lo que él ahora hacía conmigo: tranquilizar con palabras. Había apreciado el esfuerzo y el buen deseo de su benefactor, pero, como ahora, había dudado entonces que hubiera alguna manera de tranquilizar a quienquiera que ha efectuado el viaje del *cuerpo de ensueño*.

No existía más duda en mi mente. Algo en mí recorrió la distancia entre las ciudades de Oaxaca en México y Tucson en los Estados Unidos. Sentí un extraño alivio, como si finalmente hubiera expiado mi culpabilidad.

Durante los años que pasé con don Juan, tuve lapsos de continuidad en la memoria. Que aquel día estuviera en Tucson, con él, era uno de esos

vacíos. Recordaba no poder evocar como había llegado a Tucson. Pensé que el vacío era resultado de mis actividades con don Juan. Siempre se cuidaba mucho de no despertar mis sospechas racionales en estados de conciencia normal, pero si las sospechas resultaban inevitables, siempre las despachaba secamente sugiriendo que la naturaleza de nuestras actividades fomentaba serias disparidades de la memoria.

Le dije a don Juan que como los dos habíamos acabado en el mismo lugar aquel día, me preguntaba si era posible que dos o más personas despertaran en la misma *posición de ensueño*.

-Pues claro que sí -dijo-. Ya te lo he dicho docenas de veces. Así es como los antiguos brujos toltecas partían en grupos hacia lo desconocido. Se seguían uno, al otro. No hay manera de saber cómo sigue una persona a otra. Simplemente eso sucede así. Lo hace el *cuerpo de ensueño*. La presencia de otro *ensoñador* lo lleva a hacerlo. Aquel día tú me jalaste contigo. Y te seguí porque quería estar contigo.

Tenía tantas preguntas que hacerle, pero todas y cada una me parecían superfluas.

-¿Cómo es posible que no recordara a la mujer nagual? -murmuré, y una horrorosa angustia y añoranza se apoderaron de mí. Trataba de ya no sentirme triste, pero de repente, la tristeza fue dolor físico y me rasgó.

Aún no lo recuerdas -dijo don Juan tocándome la cabeza-. Sólo puedes recordarla cuando se mueve tu punto de encaje. Para ti, ella es como un fantasma, y eso mismo eres tú para ella. Tú la has visto una vez estando en conciencia normal, pero ella jamás te ha visto en su conciencia normal, Eres para ella un personaje, tanto como ella lo es para ti. Con la diferencia de que quizás un día tú despiertes y lo integres todo. Quizá tenga suficiente tiempo para hacerlo, pero ella, no lo tendrá. Su tiempo está contado.

Sentí ganas de protestar contra una terrible injusticia. Mentalmente, preparé una descarga de objeciones, pero nunca les di voz. La sonrisa de don Juan era radiante. Sus ojos brillaban con gozo y malicia puros. Tuve la sensación de que esperaba mis declaraciones, porque sabía lo que yo iba a decir. Y esa sensación me detuvo, o más bien no dije nada porque mi punto de encaje se movió nuevamente, por su cuenta. Y supe entonces que no se le podía tener lástima a la mujer nagual por no disponer de tiempo, y que yo tampoco podía regocijarme de tenerlo.

Don Juan me leía como a un libro. Me instó a que redondeara mi comprensión y que expresara la razón porque, en este caso, un guerrero no puede sentir lástima o regocijo. Durante un instante sentí que sabía el porqué. Pero perdí la pista.

-La emoción de tener tiempo es igual a la emoción de no tenerlo -dijo-. Todo es lo mismo.

-Sentir tristeza no es lo mismo que sentir lástima -dije-. Y me siento terriblemente triste.

-¿A quién le importa la tristeza? -dijo-. Piensa sólo en los misterios: el misterio es lo único que importa. Somos seres vivientes; tememos que morir y renunciar a nuestra conciencia. Pero, si pudiéramos cambiar tan sólo un matiz, un hilo de eso, ¡qué misterios deben aguardarnos! ¡Qué misterios!

XVIII. ROMPER LA BARRERA DE LA PERCEPCIÓN

Entrada la tarde, estando aún en la ciudad de Oaxaca, don Juan y yo dimos un lento paseo alrededor de la plaza. Al acercarnos a su banca

favorita los que estaban sentados allí se incorporaron y se fueron. Apretamos el paso y llegamos a sentarnos.

-Hemos arribado al final de mi explicación del estar consciente de ser -dijo-. Y hoy, por tu cuenta, vas a unificar otro mundo y vas a dejar de lado todas las dudas, para siempre.

"No debe haber ningún error respecto a lo que vas a hacer. Hoy, desde la ventajosa posición de la conciencia acrecentada vas a hacer que se mueva tu punto de encaje y en un instante vas a alinear las emanaciones de otro mundo.

"Dentro de unos días, cuando Genaro y yo nos reunamos contigo en la cima de una montaña, vas a hacer lo mismo desde la desventajosa posición de la conciencia normal. En sólo un instante, tendrás que alinear las emanaciones de otro mundo; si no lo haces morirás la muerte de un hombre común que se cae de un precipicio.

Se refería a un acto que me haría llevar a cabo como la última de sus enseñanzas para el lado derecho: el acto de saltar de la cima de una montaña a un abismo.

Don Juan declaró que los guerreros terminaban su entrenamiento cuando eran capaces de romper la barrera de la percepción, sin ayuda, partiendo de un estado normal de la conciencia. El nagual llevaba a los guerreros a ese umbral, pero el éxito dependía del individuo. El nagual simplemente los ponía a prueba, presionándolos de manera continua para que aprendieran a valerse de por sí.

-El alineamiento es la única fuerza que puede cancelar temporalmente al alineamiento -prosiguió-. Tendrás que cancelar el alineamiento que te mantiene percibiendo el mundo cotidiano. Si usas el *intento* e *intentas* una nueva posición para tu punto de encaje, y luego *intentas* que se fije allí durante suficiente tiempo, alinearás otro mundo y escaparás de éste.

"Los antiguos videntes siguen desafiando a la muerte hasta la fecha, haciendo precisamente eso: *intentando* que sus puntos de encaje permanezcan fijos en posiciones que los colocan en cualquiera de los siete mundos.

-¿Qué pasará si logro alinear otro mundo? -pregunté.

-Irás a él -contestó-. Como hizo Genaro cierta noche, en este mismo lugar, cuando te enseñaba el misterio del alineamiento.

-¿Adónde estaré, don Juan?

-En otro mundo, desde luego. ¿En dónde más?

-¿Y qué pasa con la gente que me rodea, con los edificios, las montañas y todo lo demás?

-Quedarás separado de todo eso por la misma barrera que has roto: la barrera de la percepción. Y, al igual que los videntes que se han sepultado para desafiar a la muerte, no estarás en este mundo.

Al escuchar sus aseveraciones, ardía una batalla en mi interior. Alguna parte de mí clamaba que la posición de don Juan era insostenible, mientras otra parte sabía sin lugar a dudas que él estaba en lo cierto.

Le pregunté qué es lo que pasaría si moviera mi punto de encaje mientras estaba en la calle, en el corazón del tráfico de Los Angeles.

-Los Angeles desaparecerá, como un soplo de aire -contestó con gesto serio-. Pero tú seguirás ahí.

"Ese es el misterio que he estado tratando de explicarte. Lo has experimentado, pero aún no lo entiendes, y hoy lo harás.

Dijo que yo aún no podía usar premeditadamente el levantón de la tierra para cambiar a otra gran banda de emanaciones, pero que yo tenía ahora la necesidad imperativa de mover mi punto de encaje, y esa necesidad me iba a servir de lanzador.

Don Juan miró al cielo. Como si hubiera estado sentado demasiado tiempo y sacara a empujones el cansancio físico de su cuerpo, estiró los brazos por encima de la cabeza. Me ordenó parar mi diálogo interno y entrar en silencio interior. Se puso de pie y se alejó de la plaza caminando; me hizo una señal para que lo siguiera. Tomó una calle desierta; era la misma calle en la que Genaro me había dado su demostración del alineamiento. En cuanto recordé eso, me encontré caminando con don Juan en un lugar que para entonces ya me resultaba muy conocido, porque estuve muchas veces en él: una llanura desierta con dunas amarillas que parecían ser de azufre.

Recordé entonces que más allá de ese desolado paraje había otro mundo que brillaba con una luz blanca, pura, exquisita y uniforme.

Esta vez, al entrar don Juan y yo en ese mundo, sentí que la luz, que surgía de todas direcciones, no era una luz vigorizante, pero era tan pacífica, tan calmante que me dio la sensación de que era sagrada.

Al bañarme esa luz sagrada, un pensamiento racional explotó en mi silencio interior. Me pareció bastante posible que místicos y santos hubieran hecho este viaje del punto de encaje. Habrían visto a Dios en el molde del hombre. Habrían visto el infierno en las dunas de azufre. Y habrían visto la gloria del cielo en la luz diáfana.

Mi pensamiento racional se desvaneció casi de inmediato bajo los embates de lo que percibía. Mi conciencia se vio asaltada por una multitud de formas, figuras de hombres, mujeres y niños de todas las edades, y otras apariciones incomprensibles que centelleaban con una cegadora luz blanca.

Vi a don Juan, caminando a mi lado, mirándome a mí y no a las apariciones, pero al instante lo *vi* transformarse en una bola de luminosidad que se balanceaba a un metro de mí. La bola hizo un movimiento abrupto y aterrador y se acercó a mí y *vi* su interior.

Para beneficio mío, don Juan encendía el resplandor de su conciencia. De pronto, en su lado izquierdo, el resplandor brilló sobre cuatro o cinco filamentos delgados como hilos. Ahí permaneció fijo. Toda mi concentración estaba fija en ese resplandor. Algo me tironeó como si me pasara a través de un tubo, y *vi* a los aliados; tres figuras oscuras largas y rígidas agitadas por un temblor, como hojas en el viento. Se encontraban ante un fondo rosa, casi fluorescente. En cuanto enfoqué mi atención en ellos vinieron hacia mí, no caminando o deslizándose o volando, sino arrastrándose a lo largo de unas fibras de blancura que brotaban de mí. La blancura no era una luz o un resplandor sino líneas que parecían dibujadas con tiza gruesa en polvo. Se desintegraron rápidamente, pero no con suficiente rapidez. Antes de que las líneas se desvanecieran, los aliados estaban casi encima de mí.

Me rodearon. Me sentí molesto, y de inmediato se alejaron, como si los hubiera regañado. Sentí lástima por ellos. Mi sentimiento volvió a atraerlos al instante, y de nuevo me rodearon y se frotaron contra mí. Entonces *vi* algo que había visto en el espejo en el río. Los aliados no tenían resplandor interno. No tenían movilidad interna. No hay vida en ellos. Y sin embargo era obvio que estaban vivos. Eran extrañas formas grotescas que parecían bolsas de dormir con los cierres corridos. La delgada línea en el centro de sus formas alargadas, les daba la apariencia de haber sido cosidos.

No eran figuras agradables. La sensación de que eran totalmente diferentes a mí, me hizo sentirme incómodo, impaciente. *Vi* que los tres aliados se movían como si saltaran; en su interior había un leve resplandor. Creció la intensidad del resplandor hasta que, por lo menos en uno de los aliados, adquirió bastante brillantez.

Al momento en que *vi* eso, me encontré en un mundo negro. No quiero decir que estaba oscuro así como la noche es oscura. Más bien, todo lo que me rodeaba era absolutamente negro. Miré al cielo y no pude encontrar luz en ninguna parte. El cielo también era negro y, literalmente, estaba cubierto de líneas y círculos irregulares de varios grados de negrura. El cielo parecía un pedazo de madera negra cuyo grano se veía en relieve.

Miré al suelo. Era esponjoso. Parecía compuesto de escamas de gelatina; no eran escamas opacas, pero tampoco eran brillantes. Era algo entre ambas cosas, que nunca antes vi en mi vida: gelatina negra.

Oí entonces la voz del *ver*. Dijo que mi punto de encaje alineó un mundo total con otra de las grandes bandas de emanaciones: un mundo negro.

Quería absorber cada palabra que me decía; para hacerlo tuve que dividir mi concentración. La voz se detuvo; mis ojos volvieron a enfocar. Estaba de pie con don Juan, a unas cuadras de la plaza.

Sentí al instante que no tenía tiempo que perder, que sería inútil entregarse al asombro. Reuní todas mis fuerzas y le pregunté a don Juan si yo hice lo que él esperaba de mi.

-Hiciste exactamente lo que se esperaba -dijo de manera tranquilizadora-. Volvamos a la plaza y démosle una vuelta, por última vez en este mundo.

Me negué a pensar en la partida de don Juan, así que le pregunté acerca del mundo negro. Tenía vagos recuerdos de haberlo visto antes.

-Es el mundo más fácil de alinear -dijo-. Y de todo lo que has experimentado, el mundo negro es el único que vale la pena tomar en cuenta. Es el único auténtico alineamiento de otra gran banda que has hecho en tu vida. Todas tus otras experiencias han sido solamente un movimiento lateral a lo largo de la banda del hombre, pero sin salir de nuestra gran banda orgánica. La pared de niebla, la llanura con dunas amarillas, el mundo de las apariciones, todos son alineamientos laterales que hacen nuestros puntos de encaje conforme se acercan a una posición crucial.

Mientras regresábamos caminando al parque explicó que una de las extrañas cualidades del mundo negro es que no tiene las mismas emanaciones que equivalen al tiempo en nuestro mundo. Son emanaciones diferentes que producen un resultado diferente. Los videntes que viajan al mundo negro sienten que han estado allí durante una eternidad, pero en nuestro mundo eso resulta ser un instante.

-El mundo negro es un mundo espantoso, porque envejece al cuerpo -dijo con énfasis.

Le pedí que aclarara sus aseveraciones. Redujo el paso y me miró. Me recordó que, en su manera tan directa, Genaro trató de mostrarme esto en cierta ocasión, cuando me dijo que habíamos caminado en el infierno durante una eternidad mientras que no había pasado ni un minuto en el mundo que conocemos.

Don Juan comentó que en su juventud se obsesionó con el mundo negro. Le preguntó a su benefactor qué le pasaría si entrara en él y permaneciera ahí por un tiempo. Como su benefactor no era dado a las

explicaciones, simplemente empujó a don Juan al mundo negro para que contestara su pregunta por su cuenta.

-El poder del nagual Julián era tan extraordinario -prosiguió don Juan-, que me tardé días en regresar de ese mundo negro.

-Quiere usted decir que le llevó días regresar su punto de encaje a su posición normal, ¿no es así? -pregunté.

-Sí, eso es lo que quiero decir -contestó.

Explicó que en los escasos días que estuvo perdido en el mundo negro envejeció por lo menos diez años. Las emanaciones interiores de su capullo sintieron la tensión de años de lucha solitaria.

Silvio Manuel era un caso totalmente diferente. El nagual Julián también lo hundió en lo desconocido, pero Silvio Manuel alineó otro mundo con otra de las grandes bandas, un mundo que tampoco tiene las emanaciones del tiempo pero que tiene el efecto opuesto sobre los videntes. Desapareció durante siete años y sin embargo sintió que sé había ausentado sólo un momento.

-Alinear otros mundos no es sólo cuestión de práctica, sino cuestión de *intento* -prosiguió-. Y tampoco es meramente un ejercicio de andar rebotando de esos mundos, como si lo jalaran a uno con una liga. Mira, un vidente tiene que ser osado. Una vez que rompe la barrera de la percepción, no tiene que regresar al mismo lugar de donde partió en el mundo. ¿Entiendes lo que digo?

Lentamente comencé a entender lo que decía. Tuve un deseo casi invencible de reírme ante una idea tan ridícula, pero antes de que la idea se formara en una certeza, don Juan me habló y rompió lo que yo estaba a punto de recordar.

Dijo que, para los guerreros, el peligro de alinear otros mundos es que esos mundos son tan posesivos como el nuestro. La fuerza del alineamiento es tal que una vez que el punto de encaje se aleja de su posición normal, queda fijo en otras posiciones, aprisionado por otros alineamientos. Y los guerreros corren el riesgo de quedarse varados en una soledad sin límites.

La parte inquisitiva y racional de mí comentó que en el mundo negro lo *vi* a él como una bola de luminosidad. Por lo tanto, era posible estar en ese mundo con otras personas.

-No con otras personas -dijo-, pero sí con otros guerreros; si ellos te siguen, moviendo sus puntos de encaje cuando tu mueves el tuyo. Yo moví el mío para estar contigo; de otra manera hubieras estado ahí solo con los aliados.

Dejamos de caminar y don Juan dijo que ya era hora de que yo partiera.

Quiero que pases por alto todos los movimientos laterales -dijo-, y vayas directamente al siguiente mundo total: el mundo negro. En un par de días tendrás que hacer lo mismo por tu cuenta. No tendrás tiempo para titubeos. Tendrás que hacerlo para poder escapar a la muerte.

Dijo que romper la barrera de la percepción es la culminación de todo lo que hacen los guerreros. Desde el momento en que queda rota esa barrera, el hombre y su destino adquieren un significado diferente. Debido a la trascendental importancia de romper esa barrera, los nuevos videntes usan el acto de romperla como prueba final. La prueba consiste en saltar de la cima de una montaña a un abismo, estando en la conciencia normal. Si el guerrero que salta al abismo no borra el mundo cotidiano y alínea otro antes de tocar el fondo, morirá.

-Tendrás que hacer que este mundo desaparezca, pero en cierta medida tú seguirás siendo el mismo. Este es el último recinto fortificado de la conciencia, con el que cuentan los nuevos videntes. Saben que cuando el fuego interno los consuma, de alguna manera retendrán la sensación de ser ellos mismos.

Sonrió y señaló una calle desierta que veíamos desde donde estábamos parados, la calle en la que Genaro me enseñó los misterios del alineamiento.

-Esa calle, como cualquier otra, lleva a la eternidad -dijo-. Lo único que tienes que hacer es seguirla en silencio total. Ya es hora. ¡Vete ya! ¡Vete!

Se volvió, y se alejó de mí. Genaro lo esperaba en la esquina. Genaro me saludó con la mano y luego hizo un gesto que me instaba a unirme a ellos. Don Juan siguió caminando sin volverse a mirar. Genaro se unió a él. Comencé a seguirlos, pero sabía que no era lo correcto. En vez de continuar, tomé la dirección contraria. La calle estaba oscura y sombría. No me entregué a sentimientos de fracaso o de ineptitud. Caminé en silencio interior. Mi punto de encaje se movía a gran velocidad. *Vi* a los tres aliados. La línea que corría por su centro creaba la impresión de que me sonreían de lado. Me sentí frívolo. Y entonces una fuerza como un viento hizo desaparecer al mundo.

EPÍLOGO

Un par de días después, todos los compañeros videntes del nagual y todos los aprendices se reunieron en esa cima montañosa que don Juan me había mencionado.

Don Juan dijo que cada uno de los aprendices ya se había despedido de todos, y que todos estábamos en un estado de conciencia que no admitía sentimentalismos. Para nosotros, dijo, sólo existía la acción. Éramos guerreros en un estado de guerra total.

A excepción de don Juan, Genaro, Pablito, Néstor y yo, todos se alejaron a una corta distancia de la cumbre montañosa, brindándonos un lugar privado para que Pablito, Néstor y yo entráramos en un estado de conciencia normal.

Pero antes de que lo hiciéramos, don Juan me tomó del brazo y nos hizo caminar por esa cumbre.

-En un momento, van ustedes a usar el *intento* para mover sus puntos de encaje -dijo-. Y nadie los va a ayudar. Ahora están solos. Recuerden pues que el *intento* comienza con un comando.

"Los antiguos videntes solían decir que si los guerreros iban a tener un diálogo interno, debían sostener el diálogo apropiado. Para los antiguos videntes eso significaba un diálogo acerca de la brujería y del engrandecimiento de la importancia personal. Para los nuevos videntes no significa diálogo, sino el manejo desinteresado del *intento*, a través de comandos cuerdos.

Dijo una y otra vez que el manejo del *intento* empieza con un comando dado a uno mismo; el comando se repite hasta que se convierte en el comando del Águila, y luego, el punto de encaje se mueve en cuanto los guerreros alcanzan el silencio interior.

Dijo que el hecho de que sea posible una maniobra tal es de singular importancia para los videntes, tanto antiguos como nuevos, pero por razones diametralmente opuestas. Saber que eso es posible permitió a los antiguos videntes mover sus puntos de encaje a increíbles *posiciones de ensueño* en el desconocido inconmensurable; para los nuevos videntes significa negarse a ser alimento, significa escapar del Águila, moviendo sus puntos de encaje a una muy peculiar *posición de ensueño* llamada libertad total.

Explicó que los antiguos videntes descubrieron que es posible mover el punto de encaje hasta el límite de lo conocido y mantenerlo fijo ahí, en un estado de conciencia acrecentada especial. Desde esa posición, *vieron* la viabilidad de mover lentamente sus puntos de encaje hacia otras posiciones permanentes más allá de aquel límite, una estupenda hazaña cargada de osadía pero carente de cordura, porque jamás pudieron retractar el movimiento de sus puntos de encaje, o quizá jamás quisieron hacerlo.

Don Juan dijo que, ante la elección de morir en el mundo de los asuntos cotidianos o morir en mundos desconocidos, los hombres de espíritu aventurero elegían inevitablemente lo segundo, y que, dándose cuenta de que sus predecesores simplemente eligieron cambiar el lugar de su muerte, los nuevos videntes comprendieron la inutilidad de todo lo que los antiguos videntes hicieron; la inutilidad de luchar por controlar a sus semejantes, la inutilidad de alinear otros mundos y, sobre todo, la inutilidad de la importancia personal.

Dijo que una de las decisiones más afortunadas de los nuevos videntes fue el nunca permitir que sus puntos de encaje se movieran de manera

permanente a cualquier posición que no sea la conciencia acrecentada. Desde esa posición, resolvieron de hecho el dilema de la inutilidad y se dieron cuenta de que la solución no consiste en escoger un mundo alternativo en el cual morir, sino en elegir la conciencia total, la libertad total.

Don Juan comentó que, sin saberlo, al elegir la libertad total, los nuevos videntes prosiguieron la tradición de sus predecesores y se convirtieron en la quintaesencia de los desafiantes de la muerte.

Explicó que los nuevos videntes descubrieron que si se mueve constantemente el punto de encaje, hasta los confines de lo desconocido, pero se le hace regresar a una posición en el límite de lo conocido, cuando se le libera repentinamente se mueve como un rayo a todo lo ancho del capullo del hombre, alineado de golpe a todas las emanaciones interiores.

-Los nuevos videntes se consumen con la fuerza del alineamiento -prosiguió don Juan-, con la fuerza de la *voluntad*, que han convertido en la fuerza del *intento* mediante una vida de impecabilidad. El *intento* es el alineamiento de todas las emanaciones ambarinas de la conciencia, así que resulta correcto decir que la libertad total significa conciencia total.

-Es eso lo que van a hacer todos ustedes, ¿don Juan? -pregunté.

-Lo haremos, con toda seguridad, si tenemos suficiente energía -contestó-. La libertad es el don del Águila al hombre. Desgraciadamente, muy pocos hombres entienden que, para poder aceptar tan magnífico don lo único que necesitamos es tener suficiente energía.

"Y si eso es todo lo que necesitamos, entonces, a como dé lugar, tenemos que ser avaros con nuestra energía.

Después de eso, don Juan nos hizo entrar en un estado de conciencia normal. Al caer la oscuridad, Pablito, Néstor y yo saltamos al abismo. Y don Juan y sus compañeros videntes, la quintaesencia de los desafiantes de la muerte se consumieron con el fuego interior. Entraron en la conciencia total, pues tenían energía suficiente para aceptar el avasallador don de la libertad.

Pablito, Néstor y yo no morimos en el fondo de aquel abismo, porque nunca lo alcanzamos, y tampoco murieron los otros aprendices que saltaron en una ocasión anterior; bajo el impacto de un acto tan tremendo e incomprensible como saltar hacia la muerte, todos movimos nuestros puntos de encaje y alineamos otros mundos.

Ahora sabemos que quedamos atrás para recordar la conciencia acrecentada y para recuperar la totalidad de nosotros mismos. Y también sabemos que mientras más recordemos, más intensa será nuestra exaltación y nuestro asombro, pero también serán más grandes nuestras dudas y nuestra confusión.

Hasta ahora, parece que se nos dejó atrás sólo para ser exasperados por las más trascendentes preguntas acerca de la naturaleza y el destino del hombre, hasta que llegue el día en que podamos tener suficiente energía, no sólo para verificar todo lo que nos enseñó don Juan, sino también para aceptar nosotros mismos el don del Aguila, el don de la libertad total.

FIN

* * *